



1929

El ideal era la tradición hispánica



1945

El ideal pasó a ser una política fascista



1950

El ideal se transformó para justificar una dictadura igualitaria



1975

¿Cual será el ideal futuro?

Comisión de Estudios de la  
Sociedad Argentina de Defensa de la  
Tradicón Familia y Propiedad

**COSME BECCAR VARELA (h)**

Presidente

**CARLOS F. IBARGUREN (h)**

**JORGE M. STORNI**

**MIGUEL BECCAR VARELA**

**ERNESTO P. BURINI**

# EL NACIONALISMO una incognita en constante evolucion

COLECCION  
TRADICION - FAMILIA y PROPIEDAD

## **¿QUE ES EL NACIONALISMO ARGENTINO?**

- **¿Una fuerza para la articulación y estímulo del anticomunismo?**
- **¿Una corriente frustrada y sin contenido ideológico definido?**
- **¿Un instrumento de trasbordo de jóvenes anticomunistas hacia el izquierdismo?**

**Esta cuestión de fundamental importancia para innumerables argentinos, sobre todo para la juventud, es analizada en este libro en un testimonio personal de jóvenes argentinos que empezaron su itinerario ideológico en el nacionalismo y militan hoy en la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia Y Propiedad (TFP).**

**EL NACIONALISMO:  
UNA INCOGNITA  
EN CONSTANTE EVOLUCION**



**COMISION DE ESTUDIOS DE LA SOCIEDAD ARGENTINA  
DE DEFENSA DE LA TRADICION, FAMILIA Y PROPIEDAD  
COSME BECCAR VARELA (H)**

**Presidente**

**CARLOS FEDERICO IBARGUREN (H), JORGE MARIA STORNI,  
MIGUEL BECCAR VARELA, ERNESTO P. BURINI**

**EL NACIONALISMO:  
UNA INCOGNITA  
EN CONSTANTE EVOLUCION**

**BUENOS AIRES**

**1970**

1ª edición — 2.000 ejemplares — Agosto de 1970

2ª edición — 2.000 ejemplares — Agosto de 1970

3ª edición — 2.000 ejemplares — Septiembre de 1970

©

*Depósito que marca la ley n.º 11.723*

EDICIONES TRADICION, FAMILIA, PROPIEDAD

Figuroa Alcorta 3266 — Buenos Aires

*A Nuestra Señora de Lujan,  
Reina de la Argentina*



## INTRODUCCION

Los autores de este libro pertenecen a la **Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP)**, que fuera fundada el 3 de abril de 1967 por los redactores y propagandistas de la revista **“Cruzada”**. La TFP es una entidad en la cual se transpuso al plano cívico la actuación del grupo de **“Cruzada”**.

**“Cruzada”**, a su vez, era una revista cuyo primer número apareció en julio de 1956. Dejó de aparecer en febrero de 1969 para comenzar a ser publicado por la TFP el periódico **“Tradición, Familia, Propiedad”**. Desde el primer día **“Cruzada”** ostentó como lema el siguiente, tomado del “Victorial de Caballeros” de **Gutierre Díez de Gámez**, escritor español del siglo XV: *“En la Sancta Fe sois nacido e otra vez regenerado en agua de Spiritu Sancto. Si te convinier de pelear por tu sólo cuerpo contra todo aquel que dixese la Sancta Fe Católica non ser ansi, obligado eres a ello, ca esta es buena caballeria, la mejor que ningun caballero puede fazer pelear por su ley e fe, cuanto más, teniendo la verdad”*.

Este lema denotaba que la primera intención que le dio nacimiento era la de luchar por la verdad católica y por las tradiciones hispánicas, a través de las cuales nos había llegado la fe.

Desde el primer momento, **“Cruzada”** estuvo en contacto con el nacionalismo, dentro del cual existía, y del cual provenían casi todos los fundadores de la revista. Ello hizo que diera cabida en sus páginas a muchos artículos que denotaban la influencia de los nacionalistas contemporáneos.

Pero casi desde el primer momento, por razones que recién últimamente hemos venido a ver con toda claridad, surgió un malestar indefinido entre **“Cruzada”** y sus amigos del nacionalismo. Malestar este que se situaba exclusivamente en el campo de las tendencias y de las doctrinas, ya que, con los componentes del nacionalismo, todos de trato personal distinguido y ameno, jamás tuvimos ningún roce. Ese malestar se traducía en hechos sintomáticos. Así no era raro que “jefes” nacionalistas disuadiesen de entrar en **“Cruzada”** a jóvenes sobre los cuales tenían influencia. Los nacionalistas recibían con toda cordialidad a los redactores de **“Cruzada”**, mas en ese contacto aparecían siempre de parte a parte puntos de discrepancia. Tal vez por eso **“Cruzada”** les pareciese un desviacionismo que se trataba de absorber. El hecho es que procuraban a todo momento que los redactores de **“Cruzada”** se fundieran en las organizaciones que ellos iban creando a lo largo del tiempo. Algunos redactores de **“Cruzada”** acogieron esas prestigiosas invitaciones y se incorporaron a las actividades explícitamente políticas del nacionalismo.

Mientras tanto, el grupo de **“Cruzada”** continuaba en lo esencial su línea sin embanderarse definida y totalmente en ninguna facción política nacionalista.

La revista siguió, entretanto, involucrada en los ambientes nacionalistas, porque entre sus redactores había cierta heterogeneidad. Algunos de ellos continuaron con la tónica nacionalista aceptando, inclusive, algunos planteos particulares de sector.

Pero en la medida en que el grupo de **“Cruzada”** se iba definiendo cada vez más por una posición netamente católica, hispánica y tradicionalista, iba también adquiriendo los medios para discernir los puntos en que se diferenciaba del nacionalismo. Algunos acontecimientos dejaron aún más clara esa diferenciación, dándoles matices de nítida contraposición sentida naturalmente de ambos lados.

En 1964 fue publicada por **“Cruzada”** la “Interpelación a los Diputados del Partido Demócrata Cristiano”, los cuales eran autores de un proyecto de reforma empresaria claramente so socialista y confiscatorio.

Sobre la actitud de **“Cruzada”** se manifestaron privadamente en fuerte desacuerdo algunos jefes nacionalistas, por lo que un cierto número de jóvenes dejó de adherir a la “Interpelación”. La razón que daban para ese ataque era que se defendía con demasiada fuerza el principio de propiedad privada, beneficiando así a los capitalistas enemigos del pueblo y del país.

La contraposición se fue acentuando hasta que en 1965, a raíz de la publicación por **“Cruzada”** de una “Interpelación a los actuales dirigentes del peronismo”, sobre el plan de “cambio de estructuras” publicado por la CGT, se llegó a divulgar, en una revista nacionalista, una crítica formal contra esa actitud de “Cruzada”; los contactos en plano de solidaridad ideológica y de colaboración entre **“Cruzada”** y la generalidad de los jefes nacionalistas cesaron, aunque continuaron naturalmente las relaciones personales y, además, en lo que llamaríamos las bases nacionalistas, **“Cruzada”** continuó teniendo hasta hoy, simpatías que nos confortan y nos honran. Esa sucesión de acontecimientos fue induciendo a los redactores de **“Cruzada”** a madurar observaciones y reflexiones sobre los problemas que surgían del propio punto de partida de su itinerario ideológico.

De esa preocupación nació la resolución de realizar detenidos estudios, y de esos estudios nació este libro. Lo presentamos a los jefes nacionalistas de incontestables cualidades personales, pero cuya posición ideológica primero encantó y después frustró nuestra juventud, como una toma de posición explicativa de nuestro rumbo. Lo ofrecemos también a los jóvenes que recién empiezan el camino de su incorporación al nacionalismo o a la **TFP**, y también a los no-nacionalistas, porque el nacionalismo constituye una fuerza política, a

veces impalpable, pero siempre actuante y con gran influencia en el país, y todo argentino culto debe tener un juicio formado y responsable sobre él.

Queremos también explicar cuál es el camino recto que los autores, hoy organizados en la pujante **Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad**, han resuelto seguir. Y explicarlo por uno de los mejores métodos de explicación que existen: por contraste. No con los liberales, socialistas o comunistas, con los cuales el contraste es evidente, sino con aquellos que el público puede considerar semejantes, es decir, los nacionalistas.

No se tiene la intención de alabar ni denigrar personas, sino de mostrar cómo ven los autores el fenómeno, y de situarse delante de él, dado que el nacionalismo ocupa una buena parte del campo ideológico de los que sinceramente desean luchar contra los errores con los que el nacionalismo acabó entrando en componendas sincretistas.

A la pregunta de “¿cuál es el fruto del nacionalismo?” los autores responden:

Una obra literaria considerable, hombres de talento en la iniciativa privada y un grupo de funcionarios públicos y políticos conocidos. Ahora bien, en la dirección y el impulso de la Argentina, el nacionalismo no realizó lo que quería, sino que hizo lo contrario de lo que se proponía al principio. Tomó lo mejor de la juventud argentina y lo llevó hacia la izquierda.

La **Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP)**, comprendiendo que el nacionalismo es una fuerza que marcha con rumbo opuesto al que imaginan las bases de éste, resolvió explicar por qué sus fundadores bajaron definitivamente del tren nacionalista y se propusieron abrir una vía para la realización de las esperanzas que casi todas las bases del nacionalismo todavía tienen.

Este libro se divide en tres partes: En la primera se explica sumariamente, la historia del nacionalismo. Esta se compone de tres capítulos; cada capítulo va precedido de un resumen que delinea lo esencial del mismo, con lo cual esperamos facilitar la lectura de un texto necesariamente sintético y con muchos datos y citas.

En la segunda parte, se expone cuál es la doctrina del nacionalismo. Para facilitar la comprensión de la lógica interna de esa doctrina, se han omitido todas las citas que, apoyan nuestras afirmaciones. Estas se remiten a la tercera parte.

En la tercera parte se analizan textos de autores nacionalistas de los cuales se desprenden las diversas tesis manifestadas en la segunda parte. A su vez contiene tres capítulos, correspondientes a las tres épocas de la historia del nacionalismo, también precedidos por sus respectivos resúmenes.

Por último, se incluye una lista bibliográfica y el índice general.

Con respecto a la exposición de la doctrina nacionalista Y a la bibliografía e información que ha sido estudiada para escribir este libro, queremos dejar sentado lo siguiente:

1) Como podrá verse en la parte histórica, el nacionalismo un movimiento multiforme, dirigido por una “élite” de intelectuales y políticos que desarrollan su actividad en un tiempo de aproximadamente cincuenta años. Por eso, el estudio de toda la producción intelectual de tantos autores y la recopilación de toda la información de las actividades desarrolladas en ese plazo, emanada de tan diversas fuentes, es una obra ciclópea que no pretendemos haber agotado. Eso sí, afirmamos haber hecho un estudio razonablemente exhaustivo del material que nos fue posible obtener. Desde luego los libros fundamentales han sido leídos, muchos otros libros que han podido ser encontrados en librerías, bibliotecas particulares o públicas, así como revistas y diarios, han sido leídos también. Debe tenerse en cuenta que las revistas nacionalistas fueron siempre efímeras, y de escasa tirada. Por eso existe especial dificultad en consultarlas todas. Pero las esenciales, han sido vistas.

2) No siendo contemporáneos de la mayor parte de los hechos y escritos que analizamos, admitimos que algunos hechos accidentales no hayan sido relatados. Por eso invitamos a nuestros lectores a proveernos toda la información y todas las obras y revistas que consideren útiles y a hacernos, inclusive, las rectificaciones y críticas que juzguen pertinentes. Pero en cuanto a lo esencial, no nos cabe duda de que nuestros datos son exactos.

3) Siendo el. nacionalismo un movimiento unido y coherente, a pesar de su aparente dispersión y de sus publicitadas desinteligencias internas, aun cuando distinguimos sus diversas alas y corrientes, lo consideramos como un todo. Es así que no hemos pretendido agotar las citas de todos los nacionalistas para probar que el grupo como tal sostiene tal o cual tesis, o sigue tal o cual tendencia. Partimos del principio de que cuando un hombre de doctrina o un político, convive y colabora con otro a lo largo del tiempo y en las mismas empresas, existe de su parte una solidaridad obvia con la línea general de lo que el otro representa.

4) Desde luego esto se refiere a los dirigentes. Las bases del nacionalismo no necesariamente son partícipes de las tesis que iremos desentrañando en su doctrina. Y ello debido a la particular idiosincrasia del nacionalismo, que más adelante se verá. Puede decirse que para muchos de ellos existía una ignorancia invencible.

No es ajeno a la intención de este estudio el deseo de ofrecer a esas bases nacionalistas, especialmente a la juventud, un medio de formar un juicio propio y responsable sobre tan importante asunto. Es obvio también que nuestra crítica

ofrece a la distinguida generación nacionalista, la máxima prueba de respeto que se pueda dar a alguien con quien se disiente: estudiar sus obras y dar las razones en que fundamos nuestra pública disensión.

Buenos Aires, 13 de mayo de 1970.

*53° Aniversario de las Apariciones de Ntra. Sra. de Fátima*

# **PRIMERA PARTE**

## **HISTORIA DEL NACIONALISMO**



## CAPÍTULO I

### Historia de la primera época del nacionalismo. Comienza la mistificación de la reacción contrarrevolucionaria

#### RESUMEN DEL CAPITULO

1. La Revolución Francesa de 1789 influyó en los movimientos de emancipación americanos, hiriendo la Religión.

2. Poco después comenzaron a aparecer signos de una reacción contrarrevolucionaria y católica: las guerras de la Vendée, el “ultramontanismo”, el florecimiento de nuevas gracias en la Iglesia, el combate antimodernista del gran San Pío X y la explicitación de la doctrina social católica desde Gregorio XVI y Pío IX en adelante.

3. En la Argentina la reacción católica e hispánica, contra las ideas liberales, originó guerras civiles por espacio de '43 años, expresándose en lemas como “Religión o muerte”, y en pronunciamientos como el de Fray Pérez en la Asamblea Constituyente de 1853. Las luchas de 1880 en torno a las leyes laicistas son otra expresión de esta reacción. Las antiguas costumbres se conservaron en los hogares argentinos, especialmente en el interior del país.

4. Sin embargo, las ideas y sentimientos contrarrevolucionarios no llegaron a tener expresión política definida. Las apariciones de Fátima, pontificado de San Pío X y la revolución rusa encendieron aún más la 'llama católica.

5. En ese clima aparece la mistificación de las falsas derechas nazi y fascista, apoyadas por algunos líderes católicos.

6. La Ley Sáenz Peña que abrió la era política de las masas (1916), Reforma Universitaria (1918) y la Semana Trágica (1919), marcaron el comienzo de una nueva era en la historia argentina, en la cual apareció el nacionalismo. La Liga Patriótica Argentina, entusiasmaba a los jóvenes de las mejores familias argentinas. En la década del 20 el nacionalismo surge en dos alas, la católica, de los Cursos de Cultura Católica, y la política en “La Nueva República”. Había una gran afinidad y colaboración entre ambas alas.

7. El ala política del nacionalismo tiene como precursores a Carlos Ibarguren, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez. Lugones proclama "La hora de la Espada". “La Nueva República” nuclea a los primeros “nacionalistas políticos” (1927). Los redactores eran un grupo heterogéneo de las más diversas proveniencias ideológicas. Estaban fuertemente influidos por las ideas de Charles Maurras.

8. Los nacionalistas tuvieron esperanzas de que la Revolución de 1930 pondría en práctica las teorías políticas sostenidas por ellos. “La Fronda” realizó una activa campaña contra Irigoyen. Sus redactores fundaron la “Liga Republicana” (1929). Uriburu en sus discursos se mostraba corporativista y simpatizante del fascismo. Otras organizaciones fueron creadas, entre ellas, la “Legión Cívica Argentina” (1931), agrupación militarizada que

realizó varios desfiles uniformados por Buenos Aires. Al triunfar la fórmula de la “Concordancia”, Justo—Roca, comienzan a menguar las esperanzas del nacionalismo político.

9. Acción Nacionalista Argentina refleja el pensamiento nacionalista moderado de Juan P. Ramos. “Bandera Argentina”, el periódico de Juan E. Carulla, hacía propaganda del nazismo y del fascismo. En Córdoba Nimio de Anquin funda el Partido Fascista.

10. Sorprendentemente varios nacionalistas aparecen en la década del-30 como asiduos colaboradores de la revista liberal y agnóstica “Sur”, que dirigía Victoria Ocampo. Más de cuarenta artículos con firmas nacionalistas aparecen. Algunos son firmados por autores de la línea católica del nacionalismo. En abril de 1936 M. Ollivier dictó una conferencia en “Sur”. Se mostró procomunista. Los nacionalistas presentes, entre ellos Ernesto Palacio, no hicieron reparos. Representantes del nacionalismo político fundan en agosto de 1938 el Instituto Juan Manuel de Rosas.

11. Orígenes del ala católica del nacionalismo. Los fundadores de los Cursos de Cultura Católica provenían de una organización católica que fue el Ateneo de la Juventud. Su centro de formación eran los Cursos. César Pico tenía una reunión semanal en los Cursos que se llamaba el “Convivio”. Fundaba sus enseñanzas en una “síntesis” entre Ortega y Gasset y Santo Tomás.

12. La Jerarquía Eclesiástica distinguió a conspicuos representantes del nacionalismo en ocasión del XXXII Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Buenos Aires en 1934. Varios nacionalistas desempeñaron cargos en las diversas comisiones organizadoras del Congreso y en las Asociaciones católicas.

13. “Baluarte” fue vocero de la segunda generación de los Cursos. En estilo modernista exponía la doctrina propia del nacionalismo. El P. Meinvielle y el P. Castellani publicaron, en la década del 30, sus primeros libros.

14. La guerra civil española fue un acontecimiento que marcó al nacionalismo católico. El alma del esfuerzo guerrero fue el carlismo, católico y tradicionalista. El nacionalismo católico, sin embargo, se inclinó hacia la Falange y a la jefatura militar del movimiento dejando en la sombra al carlismo. “Sol y Luna” cuyo primer número apareció en 1938, es expresión de ello.

15. Al final de la década del 30 el nacionalismo católico se politizó paulatinamente, colaborando con el nacionalismo político y otros grupos heterogéneos para el estallido de la Revolución de 1943. Con esto se inicia la segunda época de la historia del nacionalismo.

## 1 — La revolución anticristiana de los siglos XVIII y XIX

La Revolución Francesa de 1789 se había apoderado de la hija primogénita de la Iglesia, y desde allí Napoleón la había extendido por toda Europa. Los nuevos pueblos de América, colonizados por la obra misionera de la España católica, su frieron también el impacto de la Revolución, la cual, al tiempo que causaba la caída de la dominación hispánica, asestó también un golpe mortal a la Fe católica y la Civilización Cristiana, jerárquica y antiliberal que en ellos se venía formando.

Las nuevas tendencias e ideas liberales fueron transformándolo todo, las costumbres, las leyes, los modos de vivir, los hábitos; se apoderaron de las c4edras universitarias, de la prensa, imponiéndose en la vida política y en el poder público. La Europa católica y los pueblos iberoamericanos, herederos de ella, fueron puestos por la Revolución en estado de agonía; pero un resto que no merece morir perdura en ellos. Como dice el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira en su famoso libro *Revolución y Contrarrevolución*, un perfume medieval y católico, una mecha que aún humea sobrevive en costumbres, en instituciones, en leyes y en la heroica fidelidad de muchos hijos de la Iglesia decididos a enfrentar con sus vidas la Revolución.

## 2 — La reacción católica contrarrevolucionaria

De esa mecha surgió en el siglo XVIII, en Francia, el heroico ejército de La Vendée; en España años después, el carlismo, y con una vitalidad hasta entonces desconocida, el “ultramontanismo” del siglo XIX. No podemos dejar de nombrar aquí entre otros a Luis Veuillot, al Conde de Bonald, a Dom Guéranger, al Cardenal Pie, a Donoso Cortés, a Vásquez de Mella. En nuestro continente queremos recordar al contrarrevolucionario García Moreno, que fuera Presidente del Ecuador.

La Providencia derramó sus gracias a través de la Iglesia católica y de sus santos. En pleno siglo liberal la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María tuvieron amplia y piadosa difusión entre los fieles; se definió el dogma de la Infallibilidad Pontificia por el Concilio Vaticano I, por el que tanto lucharon los “ultramontanos” de entonces, y el dogma de la Inmaculada Concepción por el gran Papa Pío IX. San Antonio María Claret, el Santo Cura de Ars, la mística autora de la pequeña vía de la infancia espiritual, Santa Teresa del Niño Jesús, son focos de donde irradiaba una pureza espiritual católica que iba operando un verdadero reerguimiento de la Fe en Europa y el mundo.

Los comienzos del siglo XX nos muestran también promisorios signos de esta reacción. El Pontificado de San Pío X, abre la era de la comunión de los

niños y de la comunión frecuente. El gran santo se convierte en uno de los más vigorosos confesores y apologetas de la Iglesia, al condenar el movimiento demócrata “Le Sillon”, en su encíclica *Notre Charge Apostolique*, el modernismo, en su célebre encíclica *Pascendi* y al institucionalizar el juramento antimodernista que debían proferir obispos y sacerdotes como un requisito para acceder a cualquier cargo eclesiástico.

Las heroicas guerras “*cristeras*” en México, y la guerra civil española, dieron energía y coraje al movimiento católico. Este fue el factor decisivo en la derrota que sufrió el comunismo en 1939 en suelo español.

Las encíclicas que tratan de asuntos sociales y políticos, desde Gregorio XVI y Pío IX en adelante, enfrentaron al socialismo y al comunismo, y explicitaron en sus líneas esenciales y en sus principios básicos, el concepto católico de civilización. Así fueron sólidamente definidos, con valor imperecedero, la tradición, el principio de propiedad privada, la familia fundada sobre el matrimonio indisoluble y, sobre todo, el fundamento religioso de toda la vida de las naciones católicas.

### 3 — La tradición católica e hispánica en la Argentina

En la Argentina ese gran movimiento católico que cobraba fuerza en Europa tuvo también héroes anónimos y brillantes exponentes. Entre los héroes anónimos debemos mencionar a aquellos hombres y mujeres, a aquellas familias, que no se conformaban con la invasión de las ideas liberales y ateas que penetraban en nuestro país, y que por amor a las tradiciones católicas e hispánicas, resistieron. Que esa resistencia existió lo prueba el hecho de las confusas guerras civiles de 1810 en adelante. La historia oficial nos las presenta como luchas por o contra una determinada organización política o como una competencia de primacía entre las provincias y la absorbente Buenos Aires; pero los hechos históricos prueban que esas luchas tenían un trasfondo religioso. Lemas como “Religión o muerte”, —que no fueron sin duda pura inspiración piadosa en su detentador, sino expresión de un anhelo popular del que él sacó partido—, el fracaso de las constituciones laicas de 1813 y de 1826, la reacción de Liniers contra el liberalismo de Mayo, la misma posibilidad de que un Rosas se impusiera presentando de sí una imagen católica y de señor tradicional de la tierra, contra el despotismo ilustrado de los abogados liberales porteños, y las palabras de Fray Manuel Pérez en el Congreso Constituyente de 1853 <sup>1</sup> entre otros, prueban que existía una reacción católica.

---

<sup>1</sup> “Que por otra parte, siendo ésta una medida calculada para el porvenir, no estaba en consonancia con las ideas y con los sentimientos actuales de los Pueblos, lo que la hacía impolítica, pues ocasionaría una alarma general, precisamente sobre el punto en que se habían mostrado más susceptibles las Provincias, en otras ocasiones, en que como había dicho un señor diputado, se levantarían banderas de rebelión que diesen por resultado una prolongada guerra civil que asoló nuestro suelo”. (Fray Manuel Pérez, Diputado por

Esa reacción fue mistificada por Rosas y vencida luego en 1853.

Pero no fue aniquilada; quedó latente. Así la vemos resurgir en la resistencia que ofrecieron José Manuel Estrada, Pedro Goyena y otros, a las leyes laicistas de 1880. No es nuestro objetivo hacer un juicio sobre estas luchas ni sobre quienes las encabezaron. Pero no hay duda de que en la opinión pública argentina existía un sentimiento católico que explica el surgimiento de esas figuras. También fueron derrotados, pero ellos probaron que el liberalismo no conseguía, a pesar de sus éxitos, penetrar en el alma de todas las familias argentinas, ni siquiera de una mayoría de ellas. Las casas solariegas hispánicas y católicas, sobre todo en las provincias, eran verdaderos focos implícitos de contrarrevolución.

#### 4 — Un catolicismo que no tenía expresión política

La reacción hispánica y católica no tenía, sin embargo, expresión política. Los mismos líderes liberales, se veían forzados a financiar la construcción de iglesias y a asistir puntualmente a los “*Te Deum*” con que debían celebrarse las fechas patrias. Pero gracias a ese hábil “término medio”, consiguieron mantener apagada la apetencia de una verdadera restauración católica e hispánica. A ello contribuía poderosa y decisivamente el clero liberal. Es larga la lista de sacerdotes que participaron en las acciones liberales de nuestra historia, incluyendo al afamado Fray Mamerto Esquiú, que al final de su vida parece que se retractó de sus elogios a la Constitución de 1853.

Algo semejante se dio en Europa. Sin embargo, las gracias que el Pontificado de San Pío X derramó sobre el mundo, la constante y maternal asistencia de Nuestra Señora, aparecida en Fátima en 1917 para exhortar a la penitencia, así como la radicalización de la Revolución, que en ese mismo año inauguró su etapa comunista en Rusia, llevaban a la reacción católica a procurar cada vez más una verdadera y total restauración.

#### 5 — Un movimiento de falsas derechas nace en Europa

En ese contexto surgen en Italia y Alemania, los movimientos fascista y nazi, de tipo socialista, corporativo y autoritario. Esos movimientos contaron desde el principio con el apoyo de líderes católicos capaces de producir entre los fieles la apertura de un beneficio de duda en favor de aquellos. Por ejemplo, un Von Papen en Alemania. Pero de allí no podía deducirse que la Iglesia Católica, Santa e Inmaculada, y sus hijos fieles, hayan sido responsables de los totalitarismos del siglo XX sino al contrario: ellos fueron sus primeras víctimas.

---

Tucumán, en la sesión del 24 de abril de 1853, al discutirse el art. 14 de la Constitución que impone la libertad de cultos en el país. Asambleas Constituyentes Argentinas. Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1937, pág. 512).

## 6 — Surgimiento del nacionalismo en la Argentina

En ese momento surge en nuestro país un movimiento filosófico, económico, social, político y cultural, conocido con el nombre de “nacionalismo”.

Nació al calor de los primeros incendios del izquierdismo. Se señalan tres hechos liminares de la nueva época en que el nacionalismo surgió: la iniciación del tiempo de las masas con el radicalismo, alentado por la ley de sufragio universal (1916), la Reforma Universitaria, que habría de contribuir a la formación de las “élites” izquierdistas (1918) y la Semana Trágica, en que agitadores obreros causaron una explosión anárquica (1919).

Estos hechos despertaron en la juventud argentina un deseo antiguo de reafirmación de los principios católicos, por oposición al agnosticismo hipócrita del liberalismo; de orden y de jerarquía, por oposición al igualitarismo anárquico de las sectas izquierdistas, y de tradición hispánica, por oposición al extranjerismo liberal.

La primera manifestación de este espíritu fue la creación, en 1916, de la Liga Patriótica Argentina, por Manuel Carlés, de procedencia radical. La Liga cooperó con las autoridades policiales durante los hechos de la Semana Trágica. Los jóvenes de las familias más tradicionales corrieron a los puestos de policía a ofrecerse como voluntarios para patrullar las calles y proteger la propiedad contra la furia de los anarquistas.

Pero fue recién en la década del 20, cuando se perfiló con más precisión lo que se conoce como “nacionalismo”. Dos corrientes convergentes corporeizaron a todo un movimiento de tendencias. y de ideas; dos alas del mismo pájaro, muy aptas para facilitar su vuelo. Esta presentación bivalente lo capacitaba para atraer toda la gama posible de tradicionalistas y contrarrevolucionarios. Ellas eran: el ala católica, constituida por el grupo de los “Cursos de Cultura Católica”, y el ala política, expresada en el grupo redactor de la revista “La Nueva República”.

Estos grupos respondían a una misma tendencia, como lo prueba el hecho de que los integrantes de ambos se reconocían como solidarios entre sí, y las polémicas que pudo haber entre ellos, sólo eran amables disputas de escuela. (Ver Héctor Llambías y Julio Irazusta, en “Nueva Política” n.º 4.)

En el curso del tiempo, los encontraremos ora actuando en la misma obra, ora en grupos distintos, pero siempre había un “*trait d’union*”, una afinidad profunda que no permite hablar de dos nacionalismos sino de uno sólo. César Pico, por ejemplo, que tuvo una importancia decisiva en la fundación y vida de los “Cursos de Cultura Católica”, máxima expresión del ala católica del nacionalismo, fue también fundador de “La Nueva República”. Ernesto Palacio afirma que “hubo desde el comienzo contactos y compenetración entre ambos

grupos”, el de “Criterio”<sup>2</sup> y el de “La Nueva República” (*Historia de la Argentina*, tomo II, pág. 364, Ed. A. Peña Lillo, 1957). Marcelo Sánchez Sorondo y sus amigos de la “Nueva Política” son hijos de los Cursos, que continuaron la línea de “La Nueva República”, cuyos autores principales habían ya perdido vigencia en la época en que nació “Nueva Política”.

## 7 — El ala política del nacionalismo

Sin duda la menos importante, pero la que en definitiva estaba destinada a imponer su estilo. Reconoce entre sus precursores a Carlos Ibarguren, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez. Carlos Ibarguren era autor de un libro revisionista sobre Rosas que marcó época. Ministro del gobierno de Sáenz Peña, historiador, profesor de Derecho, dio una nota discordante dentro del unanimismo liberal de principios de siglo, prestando el aval de su indudable prestigio a las corrientes nacionalistas. Tuvo importancia en la gestación de la Revolución de 1930 por ser consejero e inspirador del general José Félix Uriburu, ambos fundadores del Partido Demócrata Progresista junto a Lisandro de la Torre, un ateo liberal de este siglo.

Leopoldo Lugones, nacido en Córdoba en 1874, después de haber militado en su juventud en las filas socialistas y en la agitación revolucionaria, pasó a atacar el régimen liberal y a preconizar la construcción de una “Grande Argentina”, estado totalitario, militarista y altamente industrializado. En 1923 el “Círculo Tradición Argentina” y la “Liga Patriótica Argentina”, patrocinaron una serie de conferencias de Lugones en el Teatro Coliseo. En 1924 pronunció un célebre discurso en el Perú: “La Hora de la Espada”. “Sólo la virtud militar —decía— realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza”<sup>3</sup>. Su pensamiento quedó condensado en un libro escrito en 1933, *La Grande Argentina*. En ese mismo año fundó la agrupación “Guardia Argentina”, que sostenía el corporativismo.

Fue defensor de un estado corporativo y autoritario, que únicamente podría realizarse mediante la fuerza militar. Colaboró en el periódico “La Nueva República” y junto al general Uriburu en la revolución del 6 de setiembre de 1930 que derrocó del poder a Hipólito Yrigoyen.

Lugones fue ateo y anticlerical militante, inclusive al empezar su etapa nacionalista; luego se convirtió al catolicismo, pero acabó sus días suicidándose.

El ala política del nacionalismo se institucionalizó en torno a “La Nueva República”, fundada en 1927, llevando como subtítulo “Organo del

---

<sup>2</sup> “Criterio” era la revista oficial de los “Cursos de Cultura Católica” y la dirigía Atilio Dell’Oro Maini, cofundador de los citados “Cursos”.

<sup>3</sup> Citado por MARYSA NAVARRO GERASSI, *Los Nacionalistas*, Editorial Jorge Alvarez, pág. 42.

Nacionalismo argentino”. Estaban allí los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, Juan P. Ramos, Lisardo Zía, Roberto de Laferrère, Juan Carulla y César Pico. Una definida tónica maurrasiana caracterizaba a esta revista y a sus redactores. Una idea los embargaba: la Argentina debe ser una gran potencia, para lo cual debe desarrollar sus fuerzas económicas, establecer un régimen de autoridad e independizarse de toda influencia extranjera, especialmente en el campo económico. Es notable la insistencia en el repudio al poder financiero en la Argentina. No dejaban, sin embargo, de afirmar que la religión católica debía ser el fundamento de la Nueva República.

En su editorial titulado “Nuestro Programa”, sostiene que la Argentina afronta una crisis profunda como resultado de la carencia ideológica de una élite dirigente y propone una nueva política en que el catolicismo sea un factor esencial. Ataca a la democracia que “se traduce en la práctica como una dictadura incontrolable de la canalla” y propone un gobierno fuerte capaz de asegurar la jerarquía y el orden (ver “La Nueva República”, N.º 34). En el N.º 39 de “La Nueva República” formula su ideología en tres principios: “Orden, Jerarquía, Autoridad”.

Uno de sus colaboradores, Ernesto Palacio, provenía, al decir de Julio Irazusta, de “una extrema izquierda más literaria que política, representada por el martinfierrismo y la reforma universitaria” (*A los 40 años de “La Nueva República”*, en “Ulises”, n.º 36). En su libro *Historia argentina* (Editorial A. Peña Lillo, 1957), Palacio elogia al gobierno de Yrigoyen, en cuanto se refiere a su política de nacionalización de las fuentes del petróleo y a la emancipación del monopolio yanqui en materia de importaciones (*op. cit.*, pág. 368). En este último sentido, relata con simpatía:

... las negociaciones con la misión comercial rusa venida al efecto, sobre provisión de petróleo a cambio de productos agropecuarios. Rusia proveería —dice— 250.000 toneladas anuales durante tres años, a 6 centavos el litro, reservándose la Argentina el derecho de aumentar o reducir las cuotas (pág. 368).

Refiriéndose al gobierno de Uriburu, más adelante dice:

El pobre general desconfiaba de su capacidad política y creía en los hombres consagrados, por lo cual se rodeó desde el comienzo de todos los “notables” (las comillas son del autor) en disponibilidad que distraían sus forzados ocios en el Círculo de Armas: ex ministros de Figueroa Alcorta y Sáenz Peña, ex senadores y diputados de Ugarte, que habían sido desplazados por el sufragio popular; que no habían mejorado (por mal acondicionamiento) con el transcurso de los años, sino que se habían agriado; que representaban justamente lo que el pueblo no quería de ninguna manera, y cuya única ambición consistía en el restablecimiento de las condiciones existentes antes del advenimiento del radicalismo, al que consideraban un mal pasajero del que el país se restablecería con la mera eliminación de Yrigoyen. En vez del grupo joven y ágil que habría exigido la realización de un programa revolucionario, Uriburu exhumó un elenco de valetudinarios (salvo alguna que otra excepción), que parecían haber sido conservados en naftalina durante los tres lustros de auge radical, e hizo de ellos sus ministros y sus interventores en doce provincias (pág. 370).

Entre otras cosas critica el allanamiento de la agencia de propaganda rusa “Yuyamtorg” con el resultado de que quedó anulada “la posibilidad del convenio negociado por Yrigoyen, que habría sido un golpe de muerte para el monopolio yanqui de importación” (pág. 371).

Respecto a los gobiernos posteriores a Uriburu, hasta la Revolución del 43, dice Palacio:

El valiente polemista José Luis Torres ha calificado de “infame” a la década que incluye la presidencia de Justo. Lo sería, sin duda, si al lado de la corrupción política, y como consecuencia de ella, no se hubiese mostrado el brusco despertar del patriotismo. (*Op. cit.*, pág. 380).

Este patriotismo lo encuentra Palacio en las filas de la juventud del partido Radical.

Esta tendencia se organizaría pronto en el grupo F.O.R.J.A. (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina), cuyo trabajo de adoctrinamiento político alcanzaría a un sector amplio de las nuevas generaciones (págs. 380—1).

Los redactores de “La Nueva República” estaban fuertemente influidos por las ideas de Charles Maurras.

Juan E. Barulla, otro de los nacionalistas de gran importancia de esta época escribió más tarde en su libro *Al filo del medio siglo* (Editorial Llanura, Bs. As., 1951) que Maurras “es uno de los filósofos políticos más grandes de todos los tiempos” (pág. 147).

Y Alfonso de Laferrère escribía en 1923:

Se pueden no aceptar en conjunto las ideas literarias de Maurras; se puede rechazar, sobre todo lejos de Europa, su doctrina monárquica —sin desconocer por eso el vigor insuperable de su urdimbre—; pero nadie que sienta respeto por los valores espirituales dejará de rendir homenaje a esa gran figura de pensador y de patriota en cuyo torno, por acción o por reacción, gira toda la vida intelectual de Francia. En esa gran figura debía convertirse, después de treinta años de lucha, el joven provenzal que llegara a París desde su Martiques querida, llevando la lección del “coro de las leyes” que aprendiera “junto al gran mar latino” según los versos augurales de Anatole France... Ninguna personalidad significativa de los últimos tiempos, en Francia, podría decir que haya sido ajena en absoluto a la fascinación del Orden maurrasiano... Fuera de su patria tienen asimismo hondo arraigo sus doctrinas. En ellas se funda toda la acción contrarrevolucionaria de nuestros días. (*Literatura y Política*, M. Gleizer Editor, Bs. As., 1928, págs. 119 a 121).

Respecto a “La Nueva República” ha dicho tiempo después uno de sus fundadores:

El grupo (de redacción) era heterogéneo. Había entre los interlocutores católicos tradicionales, o conversos recientes, maurrasianos ortodoxos, conservadores, antipersonalistas y radicales personalistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros... (Julio Irázusta, revista “Ulises”, N.º 36).

Era bien el papel que el ala política estaba llamada a representar en el movimiento nacionalista: abarcar toda la derecha no específicamente católica junto a la católica más politizada.

Los integrantes de este grupo son autores de innumerables artículos y varios libros<sup>4</sup>.

Sería alejarnos demasiado del objeto de este estudio que es un análisis de lo esencial del nacionalismo, pormenorizar considerando cada uno de los autores mencionados. Quedará para quien desee ampliar sus conocimientos el recurrir a la bibliografía que más adelante citaremos.

## 8 — La Revolución de 1930

La Revolución de 1930 fue un acontecimiento en que las esperanzas del ala política del nacionalismo parecieron alcanzar su realización práctica. Su jefe, el general José Félix Uriburu vivió en Alemania de 1914 a 1917, regresando con una fuerte admiración por ese país y su disciplina militar. En la década del 20, nos relata Manuel Gálvez, hablaba larga y frecuentemente con los nacionalistas<sup>5</sup>. En 1928 Juan E. Carulla y Rodolfo Irazusta visitan a Uriburu para preparar el golpe que derrocará a Irigoyen.

El lugar de reunión favorito de los nacionalistas en esa década era “La Fronda”, periódico conservador propiedad de Francisco Uriburu, primo del general, y cuyo redactor principal fue Roberto de Laferrère. “La Fronda” tuvo un papel descollante en la preparación de la Revolución del 6 de septiembre de 1930, por el carácter agudamente denigratorio y jocoso de sus críticas al régimen de Yrigoyen.

En 1929 Roberto de Laferrère, Daniel Videla Dorna, Eduardo Muñiz, Delfín Medina, Delfín Díaz Vieyra y Juan E. Carulla forman la “Liga Republicana” (CARULLA, JUAN E., *Al filo del medio siglo*, pág. 252—253). De ella formaron parte entre otros, Federico Ibarguren, Carlos Ibarguren (h) y Andrés Leguineche, y tuvo activa participación en la revolución del 6 de septiembre.

Producida la Revolución de 1930, decía Uriburu:

Cuando los representantes del pueblo dejen de ser meramente agentes de comités políticos y ocupen las bancas del Congreso obreros, ganaderos, agricultores, profesionales,

---

<sup>4</sup> Para sólo citar algunos mencionaremos los más notables: *Teoría del Estado, Historio de la Argentina, Catilina*, de ERNESTO PALACIO; *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, de JULIO IRAZUSTA, y *La Argentina el imperialismo británico*, del mismo autor en colaboración con su hermano Rodolfo; *La inquietud de esta hora y Juan Manuel de Rosas*, de CARLOS IBARGUBEN.

<sup>5</sup> “A fines de la época que voy historiando, un puñado escritores nacionalistas solían reunirse a comer en restaurantes de tercera o cuarta categoría. Fui algunas veces, y en un par de ocasiones encontré a Uriburu. El general empezaba a ser influido por nuestra ideología”. (*Recuerdos de la vida literaria*, vol. II, Editorial Hachette, 1961, pág. 148).

industriales, etc., la democracia habrá llegado a ser entre nosotros algo más que una bella palabra. (Del manifiesto del general Uriburu del 1.º de octubre de 1930.)

En su “Manifiesto al pueblo”, publicado antes de la entrega de la presidencia al general Justo, decía el general Uriburu:

Estimamos indispensable para la defensa efectiva de los intereses reales del pueblo, la organización de las profesiones y de los gremios y la modificación de la estructura actual de los partidos políticos para que los intereses sociales tengan una representación auténtica y directa. Consideramos equivocada la copia de cualquier ley extranjera de corporaciones, porque nuestro sistema debe ser ante todo argentino, es decir, debe consultar nuestras propias modalidades (20 de febrero de 1932).

Y en otro párrafo del mismo pronunciamiento decía:

Existen afortunadamente agrupaciones y hombres capaces de evolucionar y renovarse aceptando nuevos sistemas y nuevas ideas. En ellos confiamos los revolucionarios argentinos de 1930, que no podemos tomar en serio que se nos tilde de reaccionarios con el lenguaje y con las ideas de la revolución francesa, y se nos acuse de enemigos de la democracia por los demagogos que en lugar de servir al país se sirven a sí mismos; que no podemos tomar en serio que unos cuantos ciudadanos naturalizados que han vivido las angustias de lejanas opresiones se escandalicen ante el supuesto propósito que maliciosamente nos atribuyen de querer importar sistemas electorales extranjeros. Cumple a nuestra lealtad declarar, sin embargo, que si tuviéramos que decidir forzosamente entre el fascismo italiano y el comunismo ruso y vergonzante de los llamados partidos políticos de izquierda, la elección no sería dudosa<sup>6</sup>.

Partidarios de Uriburu fundaron el 7 de noviembre de 1930 el “Partido Nacional”. Entre ellos encontramos a Alberto Viñas, Carlos Silveyra y Juan E. Carulla. Este último en su libro *Al filo del medio siglo* dice que nació de la convicción de la “necesidad de contar con una fuerza política definitivamente nacional, equidistante a la vez del radicalismo demagógico y del conservadurismo utilitarista” (pág. 296). Pocos meses después de su organización se fusionó con la “Federación Democrática Nacional”.

En 1931 se organizó la “Legión Cívica Argentina” que fundaron Juan E. Carulla y el coronel Juan Bautista Molina (conf. Carulla, *op. cit.*, pág. 291). Este último participó activamente junto al general Uriburu en la revolución del 30 y era amigo y colaborador de éste. El 20 de mayo de ese año era reconocida oficialmente por el gobierno (conf. Navarro Gerassi M., *op. cit.*, pág. 75).

La “Legión” fue una organización semimilitar dividida en Brigadas, Compañías y Escuadrones; sus miembros llevaban galones con rango militar.

La Legión publicó un diario llamado “Combate”. Propugnaba la reforma de la Constitución para transformar a la Argentina en un estado corporativo y en el orden social dar propiedad a todos los trabajadores rurales y urbanos

---

<sup>6</sup> Textos del general Uriburu citados por MANUEL DE LEZICA, en *Recuerdos de un nacionalista*, Editorial Astral, 1968, págs. 53—8.

(Legión Cívica Argentina, “Programa”, 1932, pág. 1. Citado en *Los Nacionalistas*, pág. 94). En 1932 desfilaron en Buenos Aires 6.000 legionarios uniformados con “overalles” y camisas. Su similitud con el fascismo se perfilaba cada vez más (conf. Carulla, *op. cit.*, p. 291-2, “Reglamento de Ejercicios y Uniforme”, 19-X-1934).

Carlos Ibarguren, figura representativa del nacionalismo y que fuera interventor federal en la provincia de Córdoba durante el gobierno de Uriburu, sostenía en 1934 que quien quisiera oponerse al comunismo debía colaborar con el fascismo, porque éste era la única fuerza capaz de resistirlo (conf. Navarro Gerassi, *op. cit.*, p. 160, citando a *La inquietud de esta hora. Liberalismo, corporativismo, nacionalismo*, Librería Editorial La Facultad, Bs. As., pág. 35). Para él el nacionalismo era “... un concepto sentimental y místico, que impregnado de la trama moral e histórica de una nación debe tender enérgicamente a elevarla y engrandecerla” (Ibid., p. 160).

Estas referencias nos dan un indicio de la admiración por Mussolini y por el fascismo que existía entonces en el nacionalismo.

El 8 de noviembre de 1931 se realizaron las elecciones generales para elegir presidente de la Nación, en las que triunfó lo que se llamó la fórmula de la “concordia” Justo-Roca<sup>7</sup>, quienes asumieron el nuevo gobierno constitucional. De esta manera terminó el primer intento político de los nacionalistas.

---

<sup>7</sup> El 20 de febrero 1932 asumió la presidencia el Gral. Agustín P. Justo, siendo electo como resultado de una “concordancia” entre el Partido Demócrata Nacional —fruto de la reunión de los grupos conservadores de todo el país— y el radicalismo antipersonalista. Como vicepresidente fue elegido el Dr. Julio A. Roca.

El gobierno de Justo fue una continuación de los regímenes conservadores. Se lo acusaba de tener una mentalidad dependiente del capitalismo extranjero. Se negoció durante su gobierno el famoso pacto Roca-Runciman. El Pacto Roca-Runciman fue firmado el 1.º de mayo de 1933 entre Inglaterra y la Argentina, esta última representada por el vicepresidente Dr. Julio A. Roca. Según CARLOS IBARGUREN, en su libro *La historia que he vivido*, “nuestro país obligóse a todo lo que Inglaterra pretendía y obtuvimos en cambio solamente la relativa promesa de que el Reino Unido no impondrá restricciones a la importación de carne vacuna enfriada procedente de la Argentina que reduzcan esas importaciones a una cantidad inferior a la importada en el trimestre correspondiente del año 1932, excepto cuando, a juicio del Reino Unido, fuera necesario asegurar un nivel remunerativo de precios del mercado del Reino Unido. En tal caso —completa Ibarguren— el gobierno británico consultará con el gobierno argentino y con los dominios a «objeto de convenir la reducción de las importaciones de carne vacuna enfriada»” (pág. 445, *op. cit.*).

A cambio de este compromiso asumido por Inglaterra, nuestro país se comprometía a no exportar hacia esa nación más de un 15 % de carnes provenientes de frigoríficos que no persiguieran fines de lucro, es decir, entes estatales o de fomento ganadero. Ibarguren sostiene que esto implicaba “consolidar el trust de los frigoríficos ingleses y norteamericanos vinculados entre sí” (pág. 446, *op. cit.*).

Al mismo tiempo la Argentina tomaba el compromiso de otorgar ciertas facilidades aduaneras a las importaciones provenientes del Reino Unido así como de dar garantías a las firmas de intereses británicos instaladas en suelo nacional. Era evidente que Inglaterra aprovechaba al máximo la posición fuerte que le confería el hecho de ser la principal fuente de divisas para Argentina, mediante sus compras de carne.

El ministro de Hacienda de Justo, Federico Pinedo, introdujo el Control de Cambios, fundó el Banco Central y estableció el impuesto a los réditos. Su gobierno se caracterizó por una gran prosperidad.

## 9 — Declinación del ala política del Nacionalismo

Con el retorno del régimen liberal, bajo la presidencia de Justo, el nacionalismo del ala política empezó a menguar y a fundirse en la otra ala, el ala católica, que a su vez pasó a ocupar el puesto que, en la arena política, dejaba el grupo de “La Nueva República”.

Sin embargo, no cesó completamente la actividad del nacionalismo político. En junio de 1932 se constituyó en Buenos Aires la “Acción Nacionalista Argentina” integrada, entre otros, por Juan P. Ramos, Enrique Uriburu, el general Medina, el coronel Kinkelín, Octavio Pico, Carlos Ibarguren, Carlos Obligado, Adolfo Bioy, etc. (FEDERICO IBARGUREN, *Orígenes del Nacionalismo Argentino*, Edit. Celsius, 1970 (págs. 116/7). El mismo Ibarguren nos relata en la obra mencionada que:

... su programa consiste en diez puntos de profesión de fe nacionalista oponiéndose a la vez, a la extranjerización interna y al comunismo internacional. (...) Realizaremos — dicen— una enérgica acción nacionalista en defensa de la patria y del orden contra el comunismo y cualquier amago de revolución social... Nuestra organización no representa un partido, sino una acción para amparar a la Patria de los enemigos interiores que quieren destruirla o desnaturalizarla, afianzando así el bienestar propio y el de los extranjeros que sean elementos de orden... La prédica de división o lucha de clases, conspira contra la unidad de la patria. Los símbolos o emblemas que representan esa lucha atentan contra el sentimiento nacional... A una humanidad sin patria, movida sólo por la concepción económica o materialista, oponemos la fuerza espiritual de las creencias morales o religiosas, de los ideales patrióticos y de la tradición nacional... Las entidades que prohíjen y sostengan ideas y programas disolventes y antinacionalistas deben prohibirse, las publicaciones de ese género impedirse, los propagandistas procesarse y los extranjeros indeseables expulsarse del territorio argentino... La enseñanza en todos sus órdenes debe responder al más acendrado nacionalismo, exonerándose a profesores y maestros que no observen este precepto... Combatiremos la demagogia como la fuente más perniciosa del desorden. (*Op. cit.*, pág. 117).

Juan P. Ramos, que fuera uno de sus principales dirigentes, decía en una conferencia pronunciada a fines de ese mismo año:

Basta organizar bien una democracia de tipo funcional, que admite varias combinaciones posibles, para que el actual politiquero de comité, explotador de simple sufragio universal de las opiniones de mayorías ocasionales, se vea obligado a tener que ser obrero, estanciero o comerciante capitalista, para poder volver a ser diputado, si su grupo social lo elige... la democracia funcional... es la forma más nueva y más avanzada de la democracia que sea dado concebir en estos momentos. (*Op. cit.*, pág. 118).

En 1933 ANA cambia de nombre, y pasa a llamarse ADUNA (Afirmación de una Nueva Argentina). Ramos fue declarado entonces “Jefe del Nacionalismo”. En 1936 se jactaba de tener 15.000 afiliados. Cuatro años más tarde

---

Lo sucedió la fórmula Roberto M. Ortiz-Ramón Castillo, designada por la “Concordancia”. El nuevo gobierno se instaló el 20 de febrero de 1938. A poco de iniciada la Segunda Guerra Mundial en 1939, murió Ortiz y le sucedió el vicepresidente, Ramón Castillo.

carecía incluso de sede central y Ramos se había retirado de la vida pública. (Navarro Gerassi, *op. cit.*, pág. 100).

El nacionalismo contaba por entonces con dos diarios matutinos. “Bandera Argentina” y “Crisol”. Este fue dirigido primero por un presbítero tucumano, Alberto Moras Terán, y luego por Enrique P. Osés.

“Bandera Argentina”, fundado por Juan E. Carulla, contó con la colaboración entre otros, de Manuel Rojas Silveyra, que fuera su jefe de redacción, y del joven legionario Santiago Díaz Vieyra, copropietario y administrador. Pretendía ser “a la vez vocero auténtico del uriburismo redivivo y crisol de un sincretismo doctrinario, cuyo fruto anhelado sería un nacionalismo propio”. (JUAN E. CARULLA, *Al filo del medio siglo*, página 306). Según Carulla, él se erguía en sus editoriales contra las desviaciones de ciertos sectores del nacionalismo, que hablaban de reformas a fondo del Estado y elogiaban los sistemas de tipo corporativo, e identificaban principios de esencia católica, con los de la economía dirigida de inspiración socialista (*op. cit.*, pág. 314-315.)

Desde las páginas de “Bandera Argentina” se criticaron con rigor los vicios de la democracia y de la política de facción, y más de una vez se manifestó “admiración por ciertos aspectos del fascismo italiano” y por la figura de Mussolini que “se me aparecía como un estadista genial que venía a dar lecciones de orden y de jerarquía al mundo convulsionado...”. Algo más adelante continúa Carulla:

Si yo me engañé, otros no pocos y más sabios que yo algunos, también se engañaron con respecto al Hitler de los primeros años, cuando una propaganda mistificadora lo presentaba como el salvador del hambriento pueblo alemán, al que, en menos de lo que canta un gallo, había sacado de la desocupación, el hambre, la derrota y la desesperanza, con sus grandiosas realizaciones económico-sociales (*op. cit.*, pág. 309).

El 24 de noviembre de 1933, Carulla reprodujo una entrevista con el teórico fascista italiano Gino Arias, en la que éste manifestaba, de regreso a Italia, que “Bandera Argentina”, “Crisol” y “La Fronda”, “realizaban una excelente campaña de propaganda a favor del fascismo”. (*Los Nacionalistas*, NAVARRO GERASSI, M., pág. 97<sup>8</sup>). En su número del 8 de enero de 1933 se sostuvo que

---

<sup>8</sup> A pesar de nuestras búsquedas en librerías, bibliotecas públicas y privadas, nos ha sido imposible entrar en contacto directo con las colecciones completas de diarios, revistas y periódicos nacionalistas como “Signo”, “La Nueva República”, “Bandera Argentina”, “Crisol” “Número”, “Nuevo Orden” y “Presencia”. Por esta razón hemos recurrido a las citas del libro *Los Nacionalistas*, de MARYSA NAVARRO GERASSI (Editorial Jorge Alvarez, 1969). Su autora reconoce que “numerosos nacionalistas me facilitaron materiales inencontrables”.

En cuanto al libro en sí, “Azul y Blanco” lo comenta en su n.º 120, y si bien dice genéricamente que contiene algunas inexactitudes, no conocemos desmentido concreto alguno por parte del nacionalismo.

Consideramos que se trata de un libro tendencioso, que pretende criticar, y en cierta manera ridiculizar al nacionalismo (termina el libro diciendo: “Los nacionalistas argentinos son el lastre de una generación que vivió demasiado tiempo”), por su carácter “aristocratizante”, “tradicionalista”, e “hispanista”, cosas que

la revolución del 6 de septiembre de 1930 había sido la “marcha argentina sobre Roma”. El 13 de agosto de 1932 se reproduce en sus páginas una fotografía de un acto nazi de masas en Lustgarten, Berlín, con este epígrafe: “¿Cuándo veremos una cosa igual en la Plaza de Mayo?” (*op. cit.*, página 98).

... publicaba la mayoría de los discursos del Duce, difundía artículos de fondo sobre el fascismo y empleaba los servicios de la prensa oficial de Roma sometida a Mussolini. . . también publicaba con frecuencia noticias de la Alemania nazi, los discursos de Hitler y fragmentos de Mein Kampf. (*Op. cit.*, págs. 97-8).

En un editorial del 10 de agosto de 1932 Carulla escribió:

Si queremos salvar la civilización occidental de la peste eslavo-semita hay que alzarse decididamente contra Rusia. Se está con el comunismo o contra el comunismo... Lo que se impone es destruir la democracia política y sustituirla por un sistema de organización corporativa. Hay que rehacer la estructura del Estado, reemplazando el liberalismo de izquierda por una entidad nacional formada de jerarquía y disciplina. (Citado en *op. cit.*, pág. 98).

Otro blanco favorito era la supuesta conspiración semita que estaba destruyendo la Argentina. Como prueba de ello, “Bandera” publicaba los Protocolos de los Sabios de Sión y artículos explicativos de cómo “el oro judío financia la vuelta del régimen depuesto” (6-VIII-1935, pág. 1, citado en *op. cit.*, pág. 99).

Su ideal era un estado fuerte y totalitario.

La violencia —decía— es el placer de los dioses. Un golpe bien colocado es más persuasivo que una conferencia. Todo el país ha sido hecho por los militares: la emancipación, la organización nacional, las leyes que nos rigen. (“Bandera Argentina”, 1.º de agosto de 1932, citados por NAVARRO GERASSI, M., *op. cit.*, págs. 105 y 99).

Las ideas fascistas tuvieron también gran difusión en Córdoba. Por entonces, se había fundado en esa ciudad el Partido Fascista, cuyas cabezas eran Nicolás Vitelli y Nimio de Anquín. Este último, como se verá, fue también profesor de los “Cursos de Cultura Católica”, y más tarde colaborador de “Sol y Luna”, revista nacionalista a la que nos referiremos más adelante.

El 19 de agosto de 1933 varias agrupaciones nacionalistas (“Agrupaciones patrióticas Cnel. Brandsen”, “Comisión Popular Argentina contra el Comunismo”, “Granaderos de San Martín”, “Huinca”, “Legión Cívica Argentina”,

---

nosotros estamos muy lejos de censurar, como se verá en la segunda parte de este libro. Pero algunos hechos que la autora menciona, indicando la fuente, nos pareció prudente aceptar.

En cuanto a la Biblioteca Nacional, lamentablemente, tiene la sección de publicaciones periódicas en desorden, por lo cual nos fue imposible localizar la ubicación de las revistas que nos interesaban.

Esas dificultades de pesquisa nos llevan a hacer un llamado al “Ateneo de la República”, o eventualmente a cualquier otro grupo capacitado para ello, en el sentido de que organice una Biblioteca y un Archivo que contengan todo el material calificado, a justo título por la señorita Navarro Gerassi como “incontrable”. Exponiendo a la consulta pública todo ese material, el nacionalismo prestaría un importante auxilio a los estudiosos de la historia más reciente de nuestro país.

“Legión de Mayo”, “Liga Republicana”, “Milicia Cívica Nacionalista”) resolvieron coordinar su acción y adoptar la designación conjunta de “Guardia Argentina”. Encontramos entre sus fundadores a Carlos M. Silveyra, Jorge Caride Bayá, David Uriburu, Washington Basualdo, Rafael A. Campos, Roberto de Laferrère, Nicolás Bancalari, Pedro A. Valerga Aráoz y a Leopoldo Lugones. Este último fue designado jefe civil de “Guardia Argentina”. Sus fundadores se comprometían “por la Patria y por su honor” a

mantener en reserva todo cuanto disponga con tal carácter el Consejo Directivo..., aceptar las medidas que dichas autoridades resuelvan tomar en caso de transgresión de las órdenes o de violación de secretos. (“Guardia Argentina”, *Propósitos*, 1.<sup>a</sup> edición, Bs. As., 1933).

Decían en “Propósitos”:

Por esto hay que cambiar el sistema de representación transformándolo en corporativo, es decir condicionando el derecho de formar gobierno al cumplimiento del deber social del trabajo y no a los intereses y pasiones de la política electoral.

A último momento el Consejo Superior de la “Legión Cívica” resolvió no integrar esta agrupación. (Ver “Suplemento” agregado al folleto “Propósitos”, ya citado).

Todo esto mantenía una cierta vitalidad en el ala política. Pero era evidente que el prestigio y la iniciativa pasaban, al final de la década del 30, al ala católica la que a su vez comenzó a politizarse.

## 10 — Otras actividades de la línea política del Nacionalismo

La desaparición de “La Nueva República” y el fracaso de las aspiraciones políticas que se abrieran para el nacionalismo con la Revolución del 30, parecen haber sido las causas del repliegue de la línea política, como ya se dijo. Es interesante señalar, porque es sorprendente, que en ese tiempo de la década del 30, los representantes más notorios de este sector aparecen colaborando asiduamente con la revista “Sur”. Entre 1936 y noviembre de 1939, ésta publica más de cuarenta artículos firmados por Julio Irazusta —la mayoría— por Ernesto Palacio, por Lizardo Zía, por Ramón Doll, y varios por autores de la línea católica del nacionalismo, como el P. Leonardo Castellani, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Antonio Vallejo e Ignacio Anzoátegui.

Decimos que es sorprendente esta colaboración porque la revista “Sur” es una revista literaria, de tendencia agnóstica, que profesa un indiferentismo aparente frente a la Iglesia Católica, pero que en el fondo es un coherente anticatolicismo. Su directora la escritora Victoria Ocampo es conocida como figura representativa del más puro liberalismo cultural, admiradora de Rabinadranath Tagore, fiel seguidora de las últimas corrientes del pensamiento no-cristiano de Europa. En las páginas de “Sur” y en la última época en que aparecían las firmas

de los autores nacionalistas, se publicaban artículos de Aldous Huxley, ateo inglés, de Luis Ollivier, propagandista de “Orden Nuevo”, un movimiento francés de tendencia filocomunista, de Jorge Luis Borges, agnóstico literato argentino, Jacques Maritain —quien ya había iniciado hacía cinco años, por lo menos, su camino en el modernismo progresista pro-izquierdista—, Francisco Romero, José Ortega y Gasset, escritor anticristiano de España, Ezequiel Martínez Estrada, izquierdista argentino, José Luis Romero, Emmanuel Mounier, fundador de la revista “Esprit”, de conocida tendencia católico-comunista, y otros autores escépticos y anticristianos.

Más sorprendente aún es que los artículos de los escritores nacionalistas, tratan generalmente de asuntos puramente literarios y muchas veces hacen juicios laudatorios de escritores inaceptables, como Bertrand Russell (ver “Sur”, abril de 1936, pág. 54).

En una ocasión, en abril de 1936 (ver “Sur”, mayo 1936), Luis Ollivier pronunció una conferencia a la cual asistieron los allegados de “Sur”. Entre ellos, Ernesto Palacio. En el debate posterior a la conferencia, Ollivier dijo: “No negamos nuestra simpatía por el comunismo” (pág. 48) y nadie se escandalizó con esa afirmación.

Palacio defendió la instauración de una dictadura, insinuando que Ollivier incurría en ingenuidad al querer acabar con el capitalismo, sin la fuerza de un “poder nuevo”. No consta que se haya destacado una disidencia en cuanto a los fines. Al terminar la conferencia, Palacio, actuando como un dueño de casa dice: “Creo que podríamos terminar con un aplauso a Ollivier porque ha sabido defender una causa que parecía indefendible”. Y uno de los presentes, el comunista Rodolfo Aráoz Alfaro agregó: “una causa que coincide en el fondo con la de todos nosotros”. Y no hubo ninguna observación ulterior de Palacio...

Es 6 de agosto se fundó el “Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas”<sup>9</sup>.

Se reunían allí los más conspicuos miembros de la línea política del nacionalismo. El Instituto así fundado vendría a ser desde 1938 en adelante el centro de acción intelectual, desde el cual influyeron especialmente en el campo de la Historia. Con ellos tomó fuerza el llamado “Revisionismo Histórico”.

En enero de 1939 se publicó el primer número de la “Revista” del Instituto. En la “Declaración de Principios” dice que no es su propósito hacer el

---

<sup>9</sup> Sus autoridades quedaron así constituidas: Presidente, general Juan B. Iturbide; vicepresidente 1.º, el Dr. Manuel Gálvez; vicepresidente 2.º, Tte. Cnel. Evaristo Ramírez Juárez; secretario general, Ramón Doll; secretario de la Sec. Publicaciones, Ernesto Palacio; Sec. de Archivo y Biblioteca, señor Julio Irazusta; Sec. de Divulgación y Conferencias, Roberto de Laferrere; Sec. de Administración, Ricardo Font Ezcurra. Vocales: Carlos Steffens Soler, Rodolfo Irazusta, Mario Lassaga, Isidoro García Santillán, Alberto Ezcurra Medrano, Alberto Contreras, Alfredo Villegas Oromí, Luis M. de Pablo Pardo.

cotejo entre el ideario político de los constituyentes de 1853 y “el conjunto de operaciones y soluciones de orden práctico que hacen del gobierno de Rosas un modelo de realismo y de sagacidad política”, pero sí exaltar el “modo de entender y defender los intereses nacionales” propio de Rosas, contrario al proceder de los liberales que dejaron “abiertas las brechas por donde se infiltraron fuerzas exóticas e intereses contrarios a la integridad de su suelo y al acrecentamiento y distribución de su riqueza”.

## 11 — El ala católica del Nacionalismo

El ala católica del nacionalismo es, sin duda, la más importante. Es la que ha caracterizado en definitiva al movimiento nacionalista y son sus exponentes los que actualmente representan ante la opinión pública lo que se conoce como “nacionalismo”. Fue esta ala la sustancial, aquella que más vitalidad tuvo y la que conserva —metamorfoseada hasta un extremo que veremos en la siguiente parte de este estudio— vigencia en la actualidad.

El grupo de hombres que la constituyeron en sus comienzos provenían de la juventud católica. En 1917, se había creado el Ateneo Social de la Juventud, centro de formación cultural de inspiración católica, entre cuyos fundadores se encontraban Tomás Casares, Atilio Dell’Oro Maini, Julián F. Astarloa, Rafael Ayerza, Juan A. Bourdieu, Octavio M. Pico Estrada, y Eduardo Saubidet Bilbao (“Criterio”, n.º 44, pág. 13).

Gozaba del apoyo del Clero y del Episcopado, que lo alentó en una elogiada Pastoral Colectiva:

Consideramos —decían los obispos— el Ateneo como la obra más urgente y una de las más trascendentales de la hora presente, como que en ella ciframos nuestras mejores esperanzas en favor de una mayor penetración del espíritu cristiano en las fuerzas dirigentes de nuestra sociedad. En favor, pues, de ella veremos complacidos se pronuncie preferentemente la generosidad pública, y si nuestro llamado es escuchado como conviene, no dudamos de que, al propio tiempo que los prestigios de la doctrina católica, crecerán muchísimo en extensión y solidez los frutos de la acción o apostolado católico. (“Criterio”, *op. cit.*).

Sus jóvenes fundadores eran conocidos en los ambientes católicos y su militancia junto a la jerarquía, así como sus iniciativas apostólicas, eran aptas para suscitar la confianza de sus coetáneos y demás hermanos en la fe.

En esos años, apareció la revista “Signo”, constituida por el grupo que más tarde, el 21 de agosto de 1922, fundaría los Cursos de Cultura Católica.

No faltó a los jóvenes católicos que así comenzaban su vida pública, el espaldarazo de hombres de una generación anterior, heredera de Estrada y Goyena, pero no enteramente desapegada del régimen liberal; nos referimos a Emilio Lamarca, Tomás Cullen, Ernesto Padilla y Juan B. Terán.

Los Cursos de Cultura Católica fueron fundados por Atilio Dell’Oro Maini, Tomás Casares y César Pico, este último muerto hace pocos años. Tu vieron los Cursos una gravitación profunda y decisiva en el nacionalismo, pues en su seno se formó la generación de los hombres que hoy constituyen su plana mayor. Tenían como órgano de expresión la revista “Criterio”, fundada por Dell’Oro Maini en 1928, quien la dirigió por dos años para luego pasar a manos de Mons. Gustavo Franceschi, tras un breve interregno. En 1942, los Cursos publicaron otra revista, “Ortodoxia”, dado que “Criterio” enarbolaba ya otras banderas, aunque nunca perdieron contacto con ella.

Los Cursos constituyen un recuerdo imperecedero en todos aquellos que allí se formaron. Poco queda escrito sobre la vida que en ellos se llevaba. Pero mucho se transmite por tradición oral.

Más que una universidad era una convivencia cultural, un foro, en que se recogían las influencias de los últimos autores europeos, no sólo de la derecha —aunque principalmente de ella—, se transmitían conocimientos de Historia de la Iglesia y de Europa, se enseñaban lenguas clásicas y se introducía a los discípulos en algunos libros de Santo Tomás de Aquino, pero sobre todo, se despertaba el apetito de analizar los problemas sociales y políticos a la luz de una particular filosofía.

En sus aulas se formaron muchos jóvenes, varios de los cuales luego adquirieron notoriedad en las filas del nacionalismo. Para sólo mencionar a estos últimos, citaremos a Mario Amadeo, Juan Carlos Goyeneche, Ignacio B. Anzoátegui, Marcelo Sánchez Sorondo, el P. Leonardo Castellani, el P. Julio Meinvielle, el P. Juan R. Sepich, el P. Mario Pinto, Nimio de Anquín, Federico Ibarguren, Guillermo y Luis Gallardo, Leopoldo Marechal, Samuel Medrano, Héctor Bernardo, Máximo Etchecopar, Juan Carlos Villagra, Santiago y José María de Estrada, Mario y Carlos Mendioroz, Héctor y Jorge Llambías y otros. Ballester Peña, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, y Juan Antonio representaban el ala artística de los Cursos, claramente modernista.

Los Cursos dieron a sus integrantes una cohesión que va más allá de cualquier disensión. Todos recuerdan con nostalgia las reuniones semanales del “Convivio” que funcionaba dentro de los Cursos. El “Convivio” era un encuentro de extensión cultural que fue el marco en que César Pico imprimía su “sello” a los jóvenes que a él asistían.

Disponíanse las sillas y sillones formando un círculo y entre medio ellos, Pico caminaba hablando del tema elegido. De vez en cuando, una pregunta, muy rara vez una objeción, porque el “vicepapa” —como le llamaban medio en broma, medio en serio— no las toleraba.

La fundamentación de la enseñanza de César Pico, era una síntesis muy personal de autores modernos —sobre todo, Ortega y Gasset— y de Santo

Tomás. El resultado de su formación, que se gravaba profundamente en sus ávidos oyentes, era una mentalidad que fue y es la del nacionalismo católico. En la segunda parte de este trabajo analizaremos detalladamente esa mentalidad.

Desde luego, no era César Pico el creador de esa filosofía. Sólo que él tenía dotes especiales de divulgador de la moda que existía en el momento. El respondía a la escuela de los fundadores del nacionalismo católico, y era hijo de todas las influencias europeas que lo constituyeron.

Su *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista* (Adsum, 1937), ha quedado como un clásico de la posición del nacionalismo en esa materia:

Se ha hecho patente —dice— que, en el orden político, la forma más eficaz de contrarrestar la difusión del comunismo radica precisamente en esa colaboración fundada en la realidad de un movimiento que ha demostrado su fuerza restauradora del orden y que insinúa tendencias corporativas, autoritarias y pluralistas que sin duda han de prevalecer —como usted mismo lo advierte— en la ciudad futura. (*op cit.*, pág. 41).

## 12 — Vinculaciones entre el Nacionalismo y el Clero

El nacionalismo católico gozaba del beneplácito de la jerarquía eclesial. Por ocasión del XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires, en 1934, al cual asistió el cardenal Paccelli, futuro Pío XII, como legado Apostólico, las vinculaciones del nacionalismo y la jerarquía tuvieron

una expresión palpable.



209.000 hombres comulgaron en la Plaza de Mayo

El Congreso Eucarístico fue un triunfo espectacular del catolicismo argentino. Cientos de millares de fieles se agolparon en las calles, y las conversiones se contaban por multitudes. Decía elocuentemente el Dr. Gustavo Martínez Zuviría, un precursor del naciona-

lismo católico y novelista de fama internacional, “Buenos Aires estaba en gracia de Dios”. La **comunión de los hombres**, realizada en Plaza de Mayo el

jueves 11 de octubre de 1934, fue un espectáculo inolvidable. Hombres de todas las clases sociales confesáronse y comulgaron por centenas de millares, tal vez después de años de frialdad religiosa.

En las glorias de aquel histórico momento fueron llamados a participar de un modo destacado, varios nacionalistas de importancia. En un Auto del 24 de septiembre de 1932, S. E. el cardenal Copello, creó las comisiones encargadas de la organización del Congreso. Para la Comisión de Caballeros, entre un grupo de conspicuos miembros de la aristocracia argentina, designó como comisionados a Tomás Casares y Atilio Dell’Oro Maini —fundadores y directivos de los “Cursos de Cultura Católica”— y a Gustavo Martínez Zuviría. Como presidente de todo el esfuerzo de organización, designó al amigo y protector de los “Cursos”, Mons. Fortunato J. Devoto.

Más tarde, cuando se aproximaba la fecha de llegada de los prelados extranjeros y otras personalidades internacionales, se creó una Comisión de Recepción. Como primer vicepresidente de ella se nombró a Atilio Dell’Oro Maini, y como uno de sus vocales a Carlos Ibarguren.

Para presidir la importante Comisión de Prensa y Publicidad se designó a Gustavo Martínez Zuviría, siendo uno de sus miembros, Manuel Gálvez.

En su calidad de presidente de la Cursos de Cultura Católica, Tomás Casares fue designado vocal de la Comisión Directiva de la Sección Nacional de Caballeros del Congreso Eucarístico. Ricardo Zorraquín Becú era vocal de la Comisión Directiva de la Sección Nacional de Jóvenes.

Carlos A. Mendioroz llegó a Buenos Aires como presidente del Consejo Diocesano de la Federación de la Juventud Católica de la Acción Católica Argentina (Sección Tucumán). Se ve por las declaraciones de su presidente nacional, Ovidio C. Bianchi, la tónica combativa y heroica que reinaba por entonces en esa agrupación de la juventud católica.

En ese momento, José Ignacio Olmedo, nacionalista católico, era miembro del Consejo Superior de la Educación Católica.

Juan Carlos Goyeneche, era vocal de la Comisión Organizadora de la Jornada Eucarística, Sección Universitaria.

El Ateneo de la Juventud, en que hicieran sus primeras armas los líderes del nacionalismo católico, era ya para 1934 una bien dotada institución, con una importante sede social y recreativa en pleno centro de Buenos Aires. El Consejo Superior del Ateneo estaba integrado por personalidades católicas, entre ellas, como vicepresidente, Mons. Fortunato J. Devoto, vicario general del Arzobispado de Buenos Aires, pero el Consejo Particular, en cuyas manos estaba la dirección ejecutiva del Ateneo, estaba integrado por Atilio Dell’Oro Maini como presidente y por Tomás Casares como vicepresidente.

Mario Amadeo era presidente de la Acción Católica de una parroquia del Barrio Norte. Francisco Valsecchi fue más tarde, secretario general de la Acción Católica Argentina durante la época en que ésta fue presidida por Emilio Cárdenas.

Esta simpatía del clero por la acción del nacionalismo católico, se reflejaba también en las ocasiones solemnes de la vida de los Cursos de Cultura Católica y en la composición de sus cuadros profesoriales.

A la inauguración de los Cursos del año 1941, asistió S. E. Mons. Dr. José Fietta, Nuncio Apostólico en Buenos Aires, y a la de 1942, S. E. Rev. Mons. Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires. Cooperaban de un modo decisivo con los Cursos, varios prelados y sacerdotes. En primer lugar, su director, Mons. Tomás J. Solari, que era secretario general del Arzobispado de Buenos Aires, Mons. Fortunato J. Devoto, Obispo de Attea y Vicario general del mismo Arzobispado, Mons. José Canovai, auditor de la Nunciatura Apostólica, y luego el P. Julio Meinvielle, el P. Leonardo Catellani, el P. Octavio N. Derisi, actual rector de la UCA, el P. Juan R. Sepich, y el Pbro. Manuel Moledo, predicador muy en boga en los centros de la aristocracia argentina.

Al morir Mons. Solari, la propia Santa Sede envió una nota en la que expresaba el deseo de que los Cursos prosperaran y se transformaran en la deseada Universidad Católica.

Al aparecer el primer número de “Ortodoxia”, la revista oficial de los Cursos, varios obispos enviaron su bendición y su aplauso. Entre ellos, el cardenal Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires; Mons. José Fietta, Nuncio Apostólico; Mons. Juan Chimento, Arzobispo de La Plata; Mons. Nicolás Fasolino, Arzobispo de Santa Fe; Mons. Fermín Lafitte, Arzobispo de Córdoba; Mons. Audino Rodríguez y Olmos, Arzobispo de Cuyo; Mons. Roberto I. Tavella, Arzobispo de Salta, y Mons. Froilán Ferreyra Reynafé, Obispo de La Rioja.

En la revista “Criterio”, durante el período en que la dirigía Dell’Oro Maini, comenzaron a colaborar autores europeos de fama, como Gilbert K. Chesterton, Hilaire Belloc, Jacques Maritain, Nicolás Berdiaeff, Ramiro de Maeztu, G. Papini y otros. En los Cursos, se leía mucho a León Bloy, Charles Peguy, Paul Claudel, Chesterton, Belloc y otros autores europeos. Lo que llama la atención, ante tanta avidéz de lectura, es la relativa ausencia de mención de autores contrarrevolucionarios como Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Luis Veuillot, el Conde de Bonald, Joseph de Maistre; los que Maurras llamaba despectivamente “la escuela teológica de la política”.

Igual silencio notamos en torno de la gesta “cristera” de México y de la lucha del “carlismo”.

## 13 — Otras actividades vinculadas a los Cursos

En 1932 apareció la revista “Baluarte”, en su segunda época, que tenía como cuerpo de redacción a los siguientes: Mario Amadeo, Juan Carlos Villagra, Héctor Bernardo, Pedro A. Sáenz, Alberto Ezcurra Medrano, Héctor A. Llambías, Dimas Atuña, César E. Pico, Rafael Jijena Sánchez, Santiago de Estrada, Julio Meinvielle, Máximo Etchecopar, Luis Guillermo Villagra, Tomás D. Casares, Mario Colombres Garmendia, Agustín F. Garona, Emiliano Mac Donagh, Leopoldo Marechal, Avelino Forniellas, Alfredo M. Caprile e Ignacio B. Anzoátegui. En su número 17 (noviembre-diciembre de 1933) comienza a figurar como administrador Enrique M. Lagos.

Salió durante poco tiempo. En ella se percibe algo muy característico de la escuela de los Cursos; una especial síntesis entre lo moderno y lo católico, con un fuerte “snobismo” literario y el gusto por un modo original de ver las cosas y de expresarse. Neologismos tomados de la literatura europea aparecen aquí y allá dando al estilo del nacionalismo una nota de extranjerismo que contraría en la práctica sus anhelos de “vuelta a lo nacional”.

En esa misma época se publican algunos libros del P. Julio Meinvielle<sup>10</sup> y del P. Leonardo Castellani<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> En 1932 se publica *Concepción Católica de la Política* y en 1936 *Concepción Católica de la Economía*, de JULIO MEINVIELLE. El conocido autor merece un comentario aparte, dado que reviste una gran importancia en la caracterización del nacionalismo católico.

Es una personalidad fuerte y dominante. Sus libros, siendo de los primeros los ya mencionados, contienen siempre abundantes citas de Santo Tomás, de las Encíclicas y de otros autores católicos. Su obra de más aliento fue la refutación de Maritain, cuyo desvío a partir de la publicación de su libro *Religion et Culture* (1930), Meinvielle denuncia. Los libros antimaritainistas son *De Laménais a Maritain* (1945), *Críticas a la Concepción de la Persona Humana de Jacques Maritain* (1948), y *Cartas al P. Garrigou Lagrange a propósito de la crítica a Maritain* (1947).

Tiene otros libros, como *La Iglesia y el Tercer Reich* (1937), *Qué saldrá de la España que sangra* (1937), en los que sostiene que, si bien el nazismo es condenable, lo es menos el fascismo, pero que estos movimientos representan una reacción frente al judaísmo capitalista y frente al comunismo, que siendo, en el caso del nazismo, mala por ser pagana, es sin embargo cristianizable por contener elementos valiosos. Su libro *El Judío* (1936), del que hizo luego una edición ampliada en 1951, contiene una exposición sobre el peligro que significa el judaísmo en la Historia de la Iglesia.

Incansable redactor, hasta 1965, inspiró revistas como “Nuestro Tiempo” (1944 a 1945), “Balcón” (1946), “Diálogo” y “Presencia” (1949 a 1962, con diversas interrupciones). Con esta última Meinvielle desciende de las alturas de la especulación a la política más concreta. Sus artículos de fondo hacían críticas a Perón en 1949 y críticas a Arturo Frondizi de 1960 a 1962. La característica de estos últimos artículos, así como la de una serie de conferencias pronunciadas a propósito del ejercicio de la dialéctica marxista en nuestro país, era la denuncia de una conspiración para la toma del poder por parte del comunismo, a través de la exasperación de las estructuras capitalistas.

<sup>11</sup> En esta década del 30 y principios de la del 40 se publican varios libros del P. Leonardo Castellani. Entre ellos *Reforma de la Enseñanza* (1937), *Conversación y crítica filosófica* (1943), *El nuevo gobierno de*

## 14 — La Guerra Civil Española

En 1936 empezó en España la Gran Cruzada contra el comunismo. El pueblo católico español no aceptó la maniobra política por la que se lo pretendía conducir al comunismo, y reaccionó con el mismo espíritu con que sus antepasados habían luchado en Covadonga.

La Falange no era en ese entonces sino un pequeño partido fascista, sin mayor trascendencia. Su líder, José Antonio Primo de Rivera, penetrado de las ideas que regían en Alemania e Italia, presentaba una imagen atrayente, ampliamente publicitada. Los falangistas, mediante las luchas callejeras, hacían notar su presencia, pero sus ideas, naturalistas y antitradicionales, eran incapaces de interpretar el alma profundamente católica del pueblo español, por lo que no pasaban de ser una minoría incapaz de liderar una reacción salvadora. Lo contrario sucedía los “requetés” carlistas. Una larga tradición, arraigada en lo que España tenía de característicamente orgánica, foral, corporativa y católica, de visceralmente contrarrevolucionaria, hacía del carlismo el alma y la sustancia de la Cruzada de 1936. Sin embargo, por circunstancias que sería largo explicar, la Falange fue puesta al frente del esfuerzo civil en la guerra, unificándola con los requetés, aunque el grueso del esfuerzo guerrero siguió siendo desempeñado por éstos.

Las revistas nacionalistas exaltan el “hispanismo” interpretado por las corrientes políticas del momento español. Sobre todo “Sol y Luna”, que apareció en 1938, bajo la dirección de Mario Amadeo y Juan Carlos Goyeneche, actuando como secretario de redacción, José María de Estrada, se caracterizó por esta tendencia. Su codirector, Juan Carlos Goyeneche fue a España en 1942 y allí residió hasta 1947, cuando ya había terminado la II Guerra Mundial (Carta de Juan C. Goyeneche a “Azul y Blanco”, pág. 3, n.º 7, del 18-7-56). Durante ésta se incorporó a la Legión Azul que el gobierno de Franco mandó para combatir junto a las tropas de Hitler, contra el comunismo ruso.

El primer número de “Sol y Luna” reproduce el discurso que pronunció Goyeneche al presentar a Eugenio Montes, embajador del Sector Nacional de la España en guerra, ante la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires:

---

*Sancho* (1943), *Cuentos de fantasmas* (1944), *La gloria de Tomás de Aquino* (adapt., 1944), *La Crítica de Kant* (1945), *Una Santa Maestría* (1944), *Las muertes del Padre Metri* (1946).

Son libros en los que la imaginación se mezcla con la doctrina. Algunos de ellos expresan la amarga queja del autor que fuera sancionado por las autoridades eclesiásticas y de su Orden, la Compañía de Jesús, de la que finalmente debió salir. Su estilo es modernista, plagado de neologismos y de “snobismo”. Ejerce una gran influencia sobre el nacionalismo al cual prestó no sólo el servicio de sus libros, sino también una pluma periodística hábil, aunque un tanto superficial. Poeta, sus versos son la expresión más clara de su estilo en el que campean expresiones lunfardas.

España es una encina medio sofocada por la yedra —había lamentado Ramiro de Maeztu—. Cuando la encina sacudió la yedra en una actitud española, parca en palabra y rica en poesía, Montes, cara al sol, en posición vertical, se encontró en su puesto. Montes representa la tradición de España. Por eso queremos ver en su presencia, aquí, el comienzo de un continuo esfuerzo de valoración espiritual que nos entronque definitivamente al añoso árbol de la cultura española, para que su savia sea nuestra savia, porque así lo pide nuestra historia y lo exige nuestro derecho (N.º 1, pág. 60).

Sigue la reproducción del discurso de Eugenio Montes.

En el primer número también escriben Mario Amadeo, Santiago de Estrada, Ignacio B. Anzoátegui, José María de Estrada, Marcelo Sánchez Sorondo, Samuel W. Medrano y Juan R. Sepich.

“Sol Luna” tuvo una gran importancia en la historia del ala católica del nacionalismo. Su diagramación según los cánones de las más modernas reglas del arte, y la fama de los autores que intervenían en su redacción, hacían de “Sol y Luna” una revista de prestigio. No había duda de que, en el plano intelectual, el nacionalismo había llegado a un auge.

Es de destacar que a la revista no le faltaba un cierto apoyo oficial. En efecto, en su número 4, aparecen importantes avisos pagos del Banco Nación, del Ministerio del Interior, del Banco Municipal de Buenos Aires, de YPF, de la Caja Nacional de Ahorro Postal y del Banco Hipotecario Nacional, además de empresas privadas, algunas de importancia.

## 15 — La preparación de la Revolución de 1943

Triunfante el Ejército Nacional de España, el fervor religioso que fuera la nota dominante de la Guerra comienza a ser revestido de aspiraciones políticas, en consonancia con los éxitos de la poderosa Alemania nazi y la Italia fascista. Ese fue el tiempo en que el nacionalismo católico, de un modo paulatino, y avanzando a su vez por alas, inició una segunda época de su existencia. En este período se funde con el nacionalismo político e influye decisivamente sobre éste. La doctrina de los Cursos comenzaba así a tomar estado público.

No hay una transición violenta; por eso hemos mencionado a “Sol y Luna” en la era anterior y a su vez podemos situarla en la segunda época, porque en sus páginas se advierte la evolución hacia el estilo más político que marcará a la nueva era.

Tampoco podríamos decir que todos los integrantes del ala católica entraron simultáneamente en este ciclo más reciente. Siempre hubo intelectuales que no descendieron a la arena política concreta, y siempre hubo activistas que nunca brillaron en los Cursos. Pero por la amistad que había entre ellos, por la comunidad de ideas, el grupo avanzaba en su conjunto, hacia la Revolución de 1943.

En el nuevo período, comienzan las alianzas heterogéneas del nacionalismo; se actuaba con los elementos de FORJA, Jauretche, Scalabrini Ortiz y otros.

Aparecen también hombres nuevos, activistas políticos, y se empieza la acción en los medios obreros. El nacionalismo católico, que se caracterizara por una concepción aristocrática de la sociedad, deja de lado el aristocratismo, para adoptar un estilo obrerista e igualitario.

Pero ya entramos en los años finales de la década del 30 y principios de la del 40. Y eso pertenece ya a una segunda época del nacionalismo, que merece un capítulo aparte.

## CAPÍTULO II

### Historia de la segunda época del nacionalismo. Preparación de la Revolución de 1943 y gobierno de Perón

#### RESUMEN DEL CAPITULO

1. En 1937 se fundó la “Alianza de la Juventud Nacionalista”. Se proponía destruir la democracia liberal y fundar un Estado Nacionalista, con un nuevo orden económico limitativo de los intereses particulares y de la propiedad privada. Su estilo era demagógico e igualitario. Se organizó en partido político sosteniendo la candidatura de Perón. Al triunfar éste, la Alianza, última expresión del nacionalismo político, se eclipsó, pasando todas sus banderas al nuevo “líder”.

2. En 1936 se había fundado “Restauración”, movimiento político de los jóvenes del nacionalismo católico. Al parecer gozaba del apoyo de amplios sectores del Clero con el cual aquéllos habían quedado relacionados a raíz del Congreso Eucarístico de 1934. Se declaraba confesionalmente católico.

3. En 1940 se creó “Nueva Política”, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo. Atacaban al liberalismo y defendían al “país real” y alentaban la esperanza de que el triunfo del Eje abriría una nueva era histórica en la cual el nacionalismo tendría un papel descollante. Propiciaban, sin embargo, la neutralidad. Aplaudieron el acercamiento ruso—alemán. Rusia tendrá “una misión útil en el nuevo orden «europeo» —afirmaban—. En materia económico-social, sostenían el corporativismo de Estado. Atacaban al capital extranjero y judío, y acusaban a la oligarquía de estar a su servicio.

4. Los Cursos, en su nuevo local de Reconquista 572, eran centro de estudios y de reunión. En 1942 los Cursos comienzan a publicar “Ortodoxia”, en reemplazo de “Criterio” por haber pasado ésta a ser feudo casi exclusivo de Mons. Franceschi. “Ortodoxia” declara no estar dispuesta para la apologética sino para transmitir “opiniones rectas”. Sin embargo, adopta una línea ideológica ambigua, con elogios a ciertos filósofos modernos y críticas al “integrista”. En una clase de Mons. Canovai, quedó evidenciado el modernismo del pensamiento de los “Cursos” en ese momento.

5. El “anti-extranjerismo” economicista del nacionalismo, lo llevó a coincidir con grupos de raíz izquierdista como FORJA. Este fue fundado en 1935 por jóvenes radicales, dándole una tónica antiimperialista y antioligárquica que caracterizó a la “izquierda nacional” desde entonces. El libro del “forjista” Scalabrini Ortiz, *Política Británica en el Río de la Plata*, tuvo gran repercusión entre los nacionalistas.

6. En los primeros años de la década del 30 el nacionalismo despliega una intensa actividad. Se fundan varios movimientos, diarios y revistas. Pero todo esto era efímero, pasaban casi directamente de la aurora al ocaso. Efímeras las revistas y el paso por el poder de los pocos líderes nacionalistas que a él consiguieron llegar. Efímeros también, y discutidos, los liderazgos visibles que el nacionalismo implantaba. Sin embargo, ciertas figuras destacadas del nacionalismo duran y dan continuidad al movimiento.

7. El 4 de junio de 1943 estalló una revolución militar aclamada por los nacionalistas. Miembros conspicuos del nacionalismo ocuparon en el gobierno una destacada posición. Perón, desde la Secretaría de Trabajo, procuraba atraerse a las masas por medio de la

demagogia sindical. Cuando el gobierno provisorio rompió relaciones con el Eje, varios nacionalistas adoptaron agudas actitudes de protesta.

8. Perón fue acumulando cargos y poder en el gobierno de la Revolución, hasta que el 8 de octubre de 1945, un golpe militar lo obligó a renunciar, siendo preso en Martín García. Los sindicatos organizaron una gran manifestación obrera el 17 de octubre a raíz de la cual Perón fue liberado. El 24 de febrero de 1946 hubo elecciones. Indirectamente, la Jerarquía eclesiástica apoyó a Perón mediante una pastoral desaconsejando el voto por los partidos laicistas siendo conocidos como tales los nucleados en la “Unión Democrática”, contraria a la candidatura de Perón. Laboristas, socialistas, anarquistas, radicales disidentes y los nacionalistas, apoyaron a Perón. El Partido Comunista apoyó la fórmula contraria. Perón ganó las elecciones.

9. El nacionalismo creó los sentimientos y divulgó las ideas que dieron el triunfo a Perón. La actuación de Braden facilitó la dialéctica “Braden o Perón”, que produjo gran impacto en la opinión pública. Los nacionalistas cooperaron también en la administración peronista, en cargos secundarios la mayoría de ellos, pero muy influyentes. Así, por ejemplo, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. La revista de la Facultad era dirigida por Mario Amadeo. La encuesta del 5 de julio de 1952 fue ocasión para que varios nacionalistas mostraran su adhesión al régimen.

10. Perón produjo una explosión demagógica de lucha de clases y una transformación dirigista de las instituciones, que de ninguna manera eran necesarias para lograr la corrección de los defectos que padecía nuestra sociedad. El nacionalismo no corrigió ni distinguió lo malo en esa amalgama que fue el peronismo. La Constitución de 1949 significó un avance hacia la socialización del país. Introdujo un nuevo concepto de propiedad privada que tendía hacia el socialismo. Los nacionalistas cooperaron, comentaron y aplaudieron la nueva Constitución. El igualitarismo fue el “leitmotiv” de Perón, así como las cuestiones internacionales y el anticomunismo fueron los del nazismo y el fascismo. Perón entró más bien en una competencia de emulación igualitaria con el comunismo. Perón puede compararse a Nasser, que persiguió al Partido Comunista, pero hizo el programa comunista.

11. Desde las revistas “Nuestro Tiempo”, “Balcón” y “Presencia”, aparecidas sucesivamente, el P. Meinvielle ejercía un cierto liderazgo intelectual sobre el nacionalismo católico de esta segunda época. Era “Nuestro Tiempo” una revista “moderna”, que citaba con elogio autores de moda. En “Presencia” se atacó el carácter socializante del gobierno de Perón, pero se defendió su persona y su línea “latino-hispánica”. “Dinámica Social” era otra revista nacionalista de tendencia naturalista y economicista. “Quincena” fue la última revista nacionalista antes de la caída de Perón.

## 1 — La Alianza Libertadora Nacionalista

Ya hemos dicho que el nacionalismo, en constante evolución, fue adquiriendo un nuevo estilo a fines de la década del 30 y principios de la del 40, y preparó el advenimiento del peronismo al poder.

En 1937 Juan Queraltó, que era presidente de la rama juvenil de la “Legión Cívica Argentina”, fundó la “Alianza de la Juventud Nacionalista”, cuyo símbolo era un cóndor con sus alas desplegadas sujetando en sus garras un martillo y una pluma de ave. Fueron miembros de esta agrupación el general Juan Bautista Molina, Alfredo Tarruella (que fuera colaborador de “Bandera Argentina”), Ramón Doll (un exsocialista convertido al nacionalismo), Jordán Bruno Genta, Teotimo Otero Oliva, coronel Natalio Mascarello, Bonifacio Lastra y otros.

Su programa político, condensado en “Postulados de Nuestra Lucha” consistía en destruir la democracia liberal y “organizar en su lugar un Estado corporativo basado en la representación funcional”. Se propiciaba la construcción de “un Estado nacionalista y ético, cuya religión oficial sería el catolicismo, se disolverían los partidos políticos, se limitarían las libertades individuales...”.

En el orden económico social, sería limitada la propiedad privada, “teniendo en cuenta los intereses superiores de la Nación”. El Estado “debe disciplinar la economía, para evitar que el egoísmo individual lesione las conveniencias generales”. Se postulaba la nacionalización del petróleo y de los servicios públicos y en general se proponía frenar el capitalismo internacional.

“Los latifundios y las tierras fiscales serían divididas en parcelas suficientemente pequeñas como para que quienes poseyeran la tierra pudieran trabajarla, y que quienes trabajaran la tierra pudieran poseerla”.

La justicia social sería “un elemento esencial del Estado nacionalista”.

En materia de política internacional, “la nueva Argentina mantendría lazos amistosos con todos los países, pero fortalecería en especial sus vínculos con las naciones latinoamericanas”.

“Denunciamos —decían— el problema judío como uno de los más grandes que tiene la República”. (Conf. Navarro Gerassi M., *op. cit.*, pág. 149/150).

La Alianza no se consideraba de derecha, aunque no rehuía definiciones en favor del orden jerárquico. Dice en el editorial del periódico “Alianza” del 2 de octubre de 1945:

En un sentido ideológico, no somos extremistas de la derecha porque empezamos por no ser de la derecha... Por principio y por instinto detestamos la anarquía y la demagogia. Anhelamos la creación de una sociedad jerárquica, basada en el sentido del deber tanto como en el respeto de los derechos. Pero tenemos suficiente sensibilidad histórica para no apegarnos a las formas caducas y a las estructuras piramidales del ordenamiento social (pág. 3).

A pesar de este enfático repudio de la demagogia, el estilo de la Alianza era fuertemente demagógico. No procuraba la defensa del orden sano de un pueblo digno de este nombre, como decía Pío XII en su famosa alocución sobre la democracia, sino un modo de expresión y de acción masificante y dirigido a la masa. ¡Cómo eso era distante del orden jerárquico del pueblo de la época de la colonia!

Leemos, por ejemplo, en el número del 8 de noviembre de 1945 de “Alianza”:

Esta es la lección que han dado a los socialistas y marxistas de toda laya las multitudes congregadas en las calles de Buenos Aires hace pocos días (se referían, sin duda, a la famosa “marcha” del 17 de octubre de 1945 en que Perón fue liberado de Martín García). Pueblo descamisado, pero pueblo auténtico. Y no importa que también ahora puedan haber equivocado el camino de su redención buscando su caudillo donde no pueden hallarlo. El tiempo ha de colocar en las limpias manos del nacionalismo la conducción de esa masa proletaria, para llevarlas en armonía con los demás elementos de la sociedad a la conquista de la justicia y a la grandeza de la Patria.

Y también este lema que aparece en recuadro en la última página del mismo número:

Aquí en la Alianza, unidos en un común afán de liberación argentina y de solidaridad social, el obrero de alpargatas, el joven estudiante, el peón rural, el estanciero criollo y el industrial honesto se sienten camaradas.

Y era así como se llamaban entre sí: “camaradas”.

La Alianza, al principio de la Revolución de 1943, tenía buenas relaciones con Perón. A raíz de la ruptura y posterior declaración de guerra a Alemania, se separaron de él. Pero no tanto que no les permitiera votarlo para Presidente en las elecciones del año 1946. La Alianza tenía sólo candidatos a diputados — entre ellos, el P. Leonardo Castellani— adhiriendo a la fórmula Perón-Quijano para la Presidencia de la Nación.

En 1945, ante la proximidad de las elecciones, la Alianza se había organizado en Partido. Sus dirigentes jóvenes, eran, entre otros, Juan Queraltó, Alberto Bernaudo, Bonifacio Lastra, Jordán Bruno Genta, Horacio Bernaudo, Carlos García Puló, Samuel Gradin y Arturo Palenque Carreras. Algunas agrupaciones de “aliancistas” surgieron en el interior del país.

La temática de la campaña se centraba en dos puntos polémicos: un anticomunismo agresivo, que estigmatizaba conjuntamente a todos los partidos políticos tradicionales que intervenían en la Unión Democrática, cuya fórmula

era “Tamborini-Mosca”, y por otro lado, un ataque al capitalismo judeo-norteamericano y su política hispanoamericana, corporeizado en un personaje cuya presencia y acción en Buenos Aires durante la campaña electoral de 1946 era lo más a propósito para despertar toda clase de sentimientos pro nacionalistas, y por ende, pro peronistas: Mr. Spruille Braden.

Algunos aliancistas víctimas de atentados comunistas, como Armando Menéndez y Darwin Passaponti, muerto frente al diario “Crítica”, dieron a la acción de la Alianza una dramaticidad que no hizo sino aumentar su ardor propagandístico.

El gobierno, si bien no podía dejar de sentir simpatía por los jóvenes que habían contribuido a preparar la Revolución de 1943, no era homogéneo ni había sustituido a los jueces del régimen liberal. Y estos solían perseguir a los nacionalistas de la Alianza, dando a su lucha los títulos de una acción nacida del pueblo, y auténticamente revolucionaria, sin connivencias con el régimen.

Finalmente, las elecciones, que dieron un masivo triunfo a Perón, dejaron al margen a la Alianza. Sus candidatos tuvieron escasos votos.

Sus dirigentes eran una última supervivencia del nacionalismo político, teñido cada vez más de fascismo y con tendencias cada vez más socialistas. El primer nacionalismo político había sido republicano y conservador, con colores socializantes. El nacionalismo de la Alianza era socializante y revolucionario, con colores jerarquizantes.

A partir de este momento, el nacionalismo político perdió los últimos restos de capacidad centrípeta. Ya no constituyó un núcleo distinguible. Sus banderas fueron pasadas a Perón, quien sacó las últimas conclusiones de sus postulados.

## 2 — El ala católica del nacionalismo se politiza

Por otra parte, como resultado de un acto celebrado en el teatro Coliseo de Buenos Aires, el 21 de noviembre de 1936, se constituyó en mayo de 1937 el movimiento llamado “Restauración”. Sus fundadores eran católicos militantes, principalmente discípulos de los Cursos de Cultura Católica. Sus principales dirigentes eran Héctor Bernardo y Alfredo Villegas Oromí. Entre otros encontramos en este movimiento a Enrique Pearson, Juan Carlos Goyeneche y José Luis Frías (Navarro Gerassi M. *op. cit.*, pág. 121).

En este grupo hacen sus primeras armas los jóvenes católicos nacionalistas formados en los Cursos. Hemos visto cómo su preparación, en el “Convivio” de César Pico, en las lecturas de los nuevos teóricos políticos europeos y, sobre todo, en su admiración por la Roma fascista, y la Berlín de Hitler, había sido intensa y uniforme. Toda la tendencia de su pensamiento los llevaba hacia

la práctica, hacia la política. Era el momento de probar el efecto de sus doctrinas. Sánchez Sorondo escribía:

Así, nuestra convicción comenzó siendo religiosa. Después, fuimosla extendiendo con intemperancia, con la intemperancia de la verdad, también a la política. Y fuimos en política por su lado estético partidarios de la monarquía y por su lado, digamos cinegético —movido— fascistas, acérrimos fascistas. (*La Revolución que anunciamos*, pág. 180).

En este primer grupo no aparecen todos los jóvenes de los Cursos. Sólo los más aptos para ese estilo de acción. Bernardo se revela como un gran orador de barricada. Despierta entusiasmo aun entre los jóvenes nacionalistas del ala política y, sobre todo, entre los jóvenes católicos recién enfervorizados por el sorprendente Congreso Eucarístico de 1934. Ese año, Buenos Aires presenció un espectáculo que asombró a creyentes y descreídos: *Argentina se dio cuenta de que era más católica de lo que pensaba*. Cincuenta años de laicismo no la habían hecho perder la fe.

En la organización del Congreso, ayudaron eficazmente los jóvenes nacionalistas. Ello les puso en contacto con el clero, con las asociaciones católicas en las cuales muchos de ellos entraron. Allí se inició una relación permanente que no puede haber dejado de dar abundantes frutos. Carecemos de los medios de probar contactos y conversaciones, amistades y apoyos que muchas veces sucedían en ambientes privados. Invitamos a aquellos de nuestros lectores que quieran colaborar en el completamiento de esta importantísima parte de nuestra historia, que nos hagan llegar los elementos e información que tengan a su alcance.

Es interesante recordar también la conferencia pronunciada por el Arzobispo de Toledo y Primado de España, D. Isidro Gomá, sobre la obra católica de España en América. Esa recordación de las raíces católicas de la hispanidad y de las consecuencias políticas del catolicismo de los gobernantes, habrá contribuido, sin duda, a levantar el prestigio de un movimiento que, como el nacionalismo católico, reivindicaba en algunos de sus destellos doctrinarios algo muy semejante.

En su Declaración de principios, “Restauración” se presenta como intérprete de la reacción nacionalista contra el desorden liberal y la rebelión comunista. “El principal vínculo de la Nación es con la Iglesia. La Iglesia es la depositaria de la Fe, y a ella debe estar unida la Nación, como el cuerpo al alma”. El Estado —sostenían— debía defender antes que nada los intereses espirituales y secundariamente ocuparse de los intereses económicos y políticos. El jefe del Estado debía concentrar en sí la completa soberanía, y ésta sólo podía provenir de Dios, Señor de todo poder. El pueblo no es ni puede ser soberano. Los judíos no podrán ocupar cargos públicos.

### 3 — Fundación de “Nueva Política”

Pero el nacionalismo católico no estaba preparado para la oratoria de barricada. Era necesaria una arena política en la cual éste pudiera hacer brillar sus talentos intelectuales, al mismo tiempo que ir afinando el instrumento que le permitiera entrar en el juego concreto de la política. Esa era la misión de “Nueva Política”. En junio de 1940 aparece el primer número bajo la orientación de Marcelo Sánchez Sorondo, contando entre sus redactores a César Pico, Héctor Bernardo, Alberto Ezcurra Medrano, Ignacio B. Anzoátegui, Federico Ibarguren, el P. Julio Meinvielle, Bruno Jacovella, el P. Leonardo Castellani, Héctor A. Llambías, Juan Carlos Villagra, Carlos Moyano Llerena y otros.

Dice su primer editorial:

Porque la preocupación política responde a una verdad más inmediata, más allegada a la patria propia y al quehacer de cada día. No especula en la universalidad de la teoría en tanto se afina en la cosa nacional. Si se nos apura, diremos sin remilgos, que somos reaccionarios, pero reaccionarios conforme a una síntesis fecunda: reaccionarios de la revolución (pág. 5).

Sostenía que el descubrimiento y la conquista de América por España estuvo informado por el antiguo espíritu apostólico y guerrero de la Edad Media y de los Reyes Católicos (Conf. *La recuperación de nuestra historia*, Federico Ibarguren, n.º 1, pág. 23). “Que a esa Europa medioeval le siguió una revolución, movimiento oscuro de la potencia animal y sentimental contra la primacía de la inteligencia y del espíritu”, con lo que “degeneró su santo principio de obediencia y amor en la atroz rebelión contra el sacerdocio y el espíritu” (Juan Carlos Villagra, n.º 1, pág. 29).

El liberalismo burgués forma parte de este proceso revolucionario. Dentro de este pensamiento decían:

El país real, la tierra argentina es una cosa, y la ficción del país, las ideologías enchufadas, otra. Si el siglo XIX hizo la confusión posible, el siglo XX nos la aventa. Como agradecía San Pablo a los herejes, le agradecemos este siglo, al siglo XIX. Este siglo, pontífice como el fuego, iconoclasta como un iluminado, que se descarga en furias sobre los viejos ídolos de oro de la mezquindad judía. ¡Salve, siglo XX, restaurador! (*Editorial*, n.º 2, junio de 1940).

El nacionalismo de “Nueva Política” parecía vivir en la esperanza de que el siglo XX, con el surgimiento de los movimientos “derechistas” y “nacionalistas” de Europa, traería la restauración de “nuestra genuina mentalidad y nuestras costumbres familiares así desarraigadas de la tradición viva” por la oligarquía liberal que gobernó el país después de Caseros con el sistema del despotismo ilustrado (Conf. Federico Ibarguren, art. cit.).

Es por ello que el nacionalismo aplaude alborozado el advenimiento del fascismo.

En las naciones de la península hispánica, el nacionalismo se presenta bastante cercano de la política genuina y eterna, de la política clásica y católica, que se funda en la Tradición, y cuyos principios tuvieron realización casi perfecta en los siglos medievales. Por su parte, el fascismo italiano es el único nacionalismo que, colaborando con la Iglesia — aunque sólo sea exterior o políticamente— ha respetado la realeza y la nobleza antigua. Es pues evidente, que se prepara una Edad Media... (Juan Carlos Villagra, n.º 1).

Frente a la gran conflagración mundial, sostenían la política de neutralidad, pero inclinándose hacia el Eje y acusando a los aliados de que bajo la máscara de defender la Civilización Cristiana buscaban mantener el imperio inglés, y es así como enfáticamente advertían que perderían la guerra y que los argentinos no debían formar junto a los derrotados de mañana.

Perdido el cetro (Francia) —decían—, no puede ya sino mirar y, tal vez, admirar la gesta de los vencedores. Europa, ya madura, subyugada al Imperio nuevo que viene en el fondo a desatar sus antiguas cadenas, espera con ansiedad el último acto: cuando las águilas romanas y germanas caigan sobre la guarida del Leopardo. (“Nueva Política”, n.º 2, p. 25).

Asimismo, durante la guerra aplaudieron el acercamiento ruso-alemán, sosteniendo que:

Rusia se halla en pleno proceso de contrarrevolución, toda su política internacional se orientaba por los cauces tradicionalistas y realistas del paneslavismo. El nacional socialismo y el nacional comunismo buscan líneas de franco entendimiento —sostenían— que se apoyan sobre el carácter complementario de sus economías (“Nueva Política”, n.º 2, julio 1940, pág. 25).

Rusia —decían— por todo esto, no será beligerante, tiene asignada una misión útil en el nuevo orden europeo. Será el inmenso elevador de granos que guarde las cosechas del Imperio (“Nueva Política”, n.º 3, agosto 1940, pág. 24).

Finalmente el Eje perdió la guerra. “Nueva Política” en un editorial titulado “Oltre il Destino” decía ya, al caer Mussolini:

El futuro pretendido inevitable se bifurca en dos caminos y en la encrucijada, la libertad, la aventura, el riesgo, la poesía. Fue la revelación del sentido de la acción temporal y el verdadero despertar de nuestra juventud. Esto y ciertamente mucho más, pero sobre todo esto debemos a Benito Mussolini. En la hora crepuscular de su destino declaramos nuestra inmensa deuda, nuestra devoción, frente al impropio infernal de los mediocres (“Nueva Política”, 29 de agosto de 1943, pág. 3).

En materia económico-social sostenía que el liberalismo fracasó por no ajustarse a la realidad, y que ésta reaccionaba produciendo dos revoluciones, una la comunista, que pone el acento en lo económico, con mística proletaria; la otra la nacionalista, que pone el acento en los valores políticos y económicos propios de un determinado grupo nacional. Este ajuste a la realidad lo llevó a cabo el fascismo al establecer el corporativismo y el derecho laboral y sindical.

La estatización de las corporaciones —decían— implica una absorción de la actividad económica por el Estado que es necesaria mientras no se modifique el ambiente histórico y las condiciones desastrosas de la vida social, que hacen ilusoria la esperanza de un

entendimiento espontáneo y orgánico de las fuerzas en lucha (Conf. HÉCTOR BERNARDO, *Experiencias Corporativas*, “Nueva Política” n.º 2, julio 1940).

Carlos Moyano Llerena tenía en “Nueva Política” una sección llamada “Panorama de la Economía Nacional”. Desde ahí sostenía que el plan alberdiano había exigido una doble importación de capitales y mano de obra extranjeros, y cuya incorporación incontrolada había tenido las más serias consecuencias. Ello obligó a sancionar la libertad de cultos, que rompió la “magnífica unidad religiosa” del pueblo, y el capital, especialmente el judío, ensució el panorama del país. Los patricios argentinos se pusieron al servicio de ese capital (“Nueva Política”, n.º 1, pág. 15 a 17). De esta manera, aunque nuestra economía había llegado a tener un creciente volumen de producción agrícola e industrial que nos ponía entre los países de mayor eficiencia económica, decía que la “desigualdad en la distribución, permite la coexistencia del lujo inicuo frente a la terrible indigencia de grandes zonas” (N.º 1, junio 1940, pág. 13).

#### 4 — Qué sucedía en ese entonces en los Cursos

Mientras tanto, los “Cursos de Cultura Católica” continuaban su obra. Su nuevo local de la calle Reconquista 572, estratégicamente situado en las proximidades de la Plaza de Mayo, además de ser un centro de estudios, era un punto de reunión. Al atardecer, llegaban los amigos y se iniciaba una tertulia que contribuía a mantener unidos a sus integrantes. La librería de Enrique Lagos<sup>12</sup>, instalada en el mismo edificio, procuraba la información de los últimos libros de Europa, y también un servicio editorial de gran utilidad.

En julio de 1942, viendo que la revista “Criterio”, que sirviera originalmente a los “Cursos”, había pasado a ser feudo exclusivo de Mons. Gustavo Franceschi —sin que por ello hubiera roto con éste, que también pertenecía a los “Cursos”— se resolvió publicar otra revista. La llamaron “Ortodoxia”, apareciendo el primer número en julio de 1942<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Fue el mismo Lagos (o al menos fue su iniciativa lo que la llevó adelante), quien creó la colección “Adsum”, libritos pequeños que se vendían a un peso y que permitían exponer las ideas que caben en un ensayo. Entre otros títulos de esta colección mencionamos *La clase dirigente*, de MARCELO SÁNCHEZ SORONDO; *Hacia la Cristiandad*, de JULIO MEINVIELLE; *Catolicismo y Nacionalismo*, de SAMUEL MEDRANO, etc.

<sup>13</sup> En la contratapa aparece una interesante nómina que vale la pena reproducir íntegra: “Cursos de Cultura Católica”, fundados el 21 agosto de 1922. Director: Mons. Dr. Tomás J. Solari. Consejo Directivo: Atilio Dell’Oro Maini, Tomás D. Casares, Miguel Angel Etcheverrigaray; Comisionados: Mario Amadeo, Ignacio B. Anzoategui, Isaac Ayerza, Rafael Ayerza, Guillermo Basombrío, Juan A. Bourdieu, Benjamín Bourse, Alfredo M. Caprile, Tomás D. Casares, Carlos Alberto Castaño, Frank Chevallier Boutell, Atilio Dell’Oro Maini, Osvaldo Horacio Dondo, Santiago de Estrada, Miguel Angel Etcheverrigaray, Rafael Jijena Sánchez, Héctor A. Lacarra, Héctor A. Llambías, Emiliano J. Mac Donagh, Leopoldo Marechal, J. A. Jorge Mayol, Samuel W. Medrano, Mario Mendioroz, Manuel V. Ordóñez, César E. Pico, Eduardo Saubidet Bilbao, Néstor S. Sein y Agustín M. Villar. Cuerpo Docente: R. P. Bruno Avila, O.S.B., Pbro. Dr. Octavio Nicolás Derisi, Mons. Gustavo F. Franceschi, R. P. Eleuterio González O.S.B., Pbro. Dr. Manuel Moledo, R. P. Domingo Orfeo

En la lista de los directivos de los Cursos se entremezclan ya algunos nombres que no pertenecían a la línea nacionalista, aunque el hecho de su presencia en los Cursos en un puesto de destaque no podía dejar de significar, por lo menos, una disposición a la coexistencia con ella. En ese entonces había en los Cursos una nutrida representación eclesiástica.

La vida intelectual que allí se desarrollaba y que se refleja en las páginas de “Ortodoxia”, parece estar a mil leguas de la política apasionada y terrible que en esos momentos se desenvolvía. La guerra rugía en Europa, y en nuestro país el nacionalismo católico intervenía ya en las duras lides políticas. Sin embargo, la separación no era sino aparente. Vemos a sus miembros intervenir activamente en éstas: Pico, Amadeo, Sánchez Sorondo, Llambías y otros. En el “Convivio” de César Pico, se recibe a Pemán, autor políticamente embanderado con el franquismo, y al embajador especial de España, Eduardo Aunos (ver n.º 1, de “Ortodoxia”, pág. 191 y 195).

No es ajeno a la política, máxime con las corrientes de ideas corporativistas que circulaban en ese momento, el hecho de que en los Cursos funcionaban diversas corporaciones de profesionales católicos (*Ibidem*, pág. 192).

En su primer editorial, “Ortodoxia” declara que la palabra de la que toma el nombre, se entiende como “opinión recta”. No expondrá los “principios inamovibles” de la doctrina católica, porque ellos no necesitan defensa. Entrará en el campo de lo opinable y será expresión de lo puramente especulativo.

De hecho “Ortodoxia” no hace apologética. Está escrita en un plano abstracto y distante, tratando de asuntos puramente filosóficos o teológicos. Quiere hacer una crítica, pero al mismo tiempo una valoración y hasta una incorporación dialéctica de ciertos filósofos modernos. Así, por ejemplo, el Pbro. Derisi, frecuente colaborador de la revista, escribe en su primer número con cierto elogio de Husserl, Scheller, Brentano y Hartmann, todos ellos fenomenólogos, diciendo que su filosofía de los valores era un intento meritorio de recuperación del ser, perdido para la inteligencia por obra de Kant.

Un artículo, de Trinidad Ángel González (*Historia sagrada e historia de las religiones*, n.º 1 de “Ortodoxia”, pág. 70) hace una crítica acerba del “integrista”, nombre con el que se designaba en Europa a los católicos enemigos del modernismo, la terrible herejía de principio de siglo. Elogia al “sabio arzobispo protestante de Upsala”, y propicia un estudio de la religión hebrea, dejando de lado como “anecdóticos y profanos” los maravillosos ejemplos de la

---

O.P., R.P. Marcolino Páez O.P., R.P. Fernando Pérez Acosta S.J., R.P. José Ponce de León S.J., Pbro. Dr. Juan R. Sepich, R.P. Amado Yáñez O.P., Prof. Nimio de Anquin, Dr. Eilhard Schlesinger, Dr. Francisco Vallsecchi.

Historia Sagrada, tales como la vida de Sansón (ver págs. 73 a 77, 84 y 92, nota 36).

Un artículo del P. Sepich (*El objeto formal de la introducción a la Filosofía*, rev. cit., pág. 120) afirma que en la filosofía lo importante es una “inquietud fundamental”, más allá de lo acertado o desacertado de la filosofía de que se trate.

El Pbro. Derisi, comentando un libro de Arturo Sampay, *La crisis del Estado de Derecho liberal burgués*, lo elogia mucho y hace suya la idea que expone el autor en su libro de que hay dos Argentinas, una hispánica, tradicional y católica, y la otra liberal e iluminista. Elogia a Oliveira Salazar, pero ataca al nazismo, al fascismo y al comunismo (n.º 1, rev. cit., pág. 164).

En noviembre de 1942 murió en Buenos Aires un amigo y protector de los Cursos, Mons. José Canovai, auditor de la Nunciatura Apostólica y sacerdote de militancia en medios derechistas de Italia. Tomás Casares habló en nombre de los Cursos en el acto de homenaje que se le dedicara. El N.º 3 de “Ortodoxia”, reproduce, “in memoria” del desaparecido prelado, la versión taquigráfica de una clase magistral que diera en los Cursos bajo el título de “El proceso de explicación científica y el principio de identidad”. Esta clase es muy interesante para la historia que estamos relatando, porque se hallaban presentes César Pico, Tomás Casares, el P. Castellani, Nimio de Anquin, el P. Sepich y otros, y se entabla luego un diálogo que ilustra cómo el lenguaje intelectual en ese momento en los Cursos era modernista, lejos de la precisión y claridad del tomismo ortodoxo (ver n.º 3, “Ortodoxia”, págs. 5 a 34).

## 5 — Contactos con el Nacionalismo de izquierda

El énfasis puesto por el nacionalismo en la lucha contra la influencia extranjera en nuestro país le llevó a la situación de coincidir con grupos de raíz izquierdista que sostenían una prédica similar.

El comunismo y el socialismo, en aquel tiempo, resaltaban mucho más que hoy su carácter internacionalista y apátrida. En eso se fundaba especialmente la crítica que les hacía el nacionalismo. No tanto en el ateísmo de su concepción del universo, ni en su postulado de lucha de clases, ni en su negación de la familia y de la propiedad privada. Era explicable, por lo tanto, que cuando aparecieron grupos izquierdistas que parecían abandonar la bandera del internacionalismo, para abrazar ardorosamente la de la defensa del patrimonio nacional, sobre todo el económico, frente a los intereses del capitalismo local y extranjero, entonces los grupos nacionalistas se vieron forzados, por la lógica de sus principios antiextranjeros, a aceptarlos dentro del radio de lo “nacional”, palabra con la que distinguían al círculo de aquellos con quienes se podía eventualmente coincidir. No es pura coincidencia que varios nacionalistas de la

primera era, hayan sido antes socialistas, como Lugones, Carulla y Doll, y hasta algunos recordaban con simpatía su etapa juvenil.

Entre esas fuerzas se destaca FORJA (“Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina”), fundada en 1935 y de la que formaban parte elementos jóvenes del radicalismo irigoyenista, como Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo, Eduardo A. Ramos, Amable Gutiérrez Diez, Luis Delepiane y otros.

En 1936 se comenzaron a editar los “Cuadernos de FORJA”, cuyo primer número reproducía un trabajo de Scalabrini Ortiz: “Política británica en el Río de la Plata”. Fue un éxito entre los nacionalistas. Debieron hacerse dos ediciones. Rodolfo Irazusta, en julio de 1940, desde las páginas de la revista del Instituto Juan Manuel de Rosas, elogiaba la reedición en forma de libro de ese escrito como “el libro más notable del año” (ver n.º 5 de la *rev. cit.*).

La temática de FORJA la vemos resumida en la declaración aprobada en la Asamblea del 29 de junio de 1935: “Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre”. Y en los considerandos exponía la necesidad de luchar “contra las oligarquías como agentes virreinales de los imperialismos políticos, económicos y culturales que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América” (ver n.º 2, 3 de julio de 1936, de “Cuadernos de FORJA”).

Impulsados por su nueva amistad con el forjismo, los nacionalistas empiezan a criticar al gobierno de Uriburu, y a revalorizar la figura de Yrigoyen, que del ridiculizado y archisatirizado blanco del ingenio periodístico de “La Fronda”, pasó a ser considerado como un auténtico líder popular, como un caudillo al estilo de los que el nacionalismo consideraba necesarios para salvar al país. Así comienzan a citar con elogio la biografía de Yrigoyen escrita por Manuel Gálvez, muy favorable para aquél.

Durante los años finales de la última Gran Guerra, FORJA sostuvo la neutralidad, en lo cual coincidió también con el nacionalismo.

En 1941 hubo un encuentro entre forjistas y nacionalistas para discutir sus diferencias “...a pesar de sus coincidencias sobre ciertos temas básicos, la diferencia crucial residía en que los forjistas eran antiliberales desde un punto de vista económico, mientras los nacionalistas eran antiliberales en lo político” (Navarro Gerassi M., *op. cit.*, pág. 145, y también “Nuevo Orden”, II, 1941, 63, pág. 2)<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Sobre FORJA, puede leerse el libro de ARTURO JAURETCHE, *Forja y la década infame*, Bs. As., 1962.

## 6 — Proliferan los diarios y periódicos nacionalistas. Otros intentos de organización

En los primeros años de la década del 40 el nacionalismo se nuclea en diversos movimientos: “Alianza”, “Restauración”, “Unión Nacionalista Argentina”, “Nacionalismo Laborista”, “Afirmación Argentina” y “Movimiento de la Renovación”, y en distintos diarios, revistas y periódicos: “Nueva Política”, “Nuestro Tiempo”, “Sol y Luna”, “El Pampero”, “Cabildo”, “Nuevo Orden”, “Crisol”.

En 1941 se publica un folleto llamado “Programa” redactado por los dirigentes del “Movimiento de la Renovación”, Bonifacio del Carril, Basilio Serrano y Lucas Ayarragaray. Denunciaba que la Argentina estaba dominada por el capitalismo internacional y corrompida por sus políticos. El liberalismo era una etapa, superada de la humanidad, y había que hacer una reforma constitucional, para asegurar la primacía de la Nación sobre cualquier interés privado. Creían en el revisionismo histórico y eran neutralistas. Exigían el establecimiento del Estado renovador, federal y republicano, en el que participaran todos los ciudadanos funcionalmente y que repudiara el capitalismo. Las corporaciones guiarían, organizarían y disciplinarían la economía.

Emilio Gutiérrez Herrero, disidente de la Alianza, fundó la Unión Cívica Nacionalista, que en 1942 se convirtió en partido político. Tenía como slogan “Dios, Patria, Hogar”<sup>15</sup>, que era precedido por la frase “Soberanía, Recuperación económica y Justicia social”. Querían un Estado nacionalsindicalista, y los sindicatos serían la base de la representación. Había que argentinizar las inversiones extranjeras, nacionalizar los servicios públicos, controlar los bancos y el crédito. En materia de relaciones entre la Iglesia y el Estado, las mismas deberían definirse mediante un concordato.

En este mismo año 1941, se forma el Consejo Superior del Nacionalismo, cuyo jefe era el general Juan Bautista Molina, y sus miembros, entre otros, Carlos Ribero, Natalio Mascarello, David Uriburu, Arturo R. Rossi, Ramón Doll, Matías de la Torre, Marcelo de Lezica, José María Rosa, Teotimo Otero Oliva, Luis P. Varangot, Luis Alberto Chaves, Horacio Stegman, Rodolfo Amadeo, Ricardo Font Ezcurra y Héctor Rodríguez Galán.

Manuel Fresco fundó el 6 de septiembre de 1941 la Unión Nacional Argentina “Patria”, que fue reconocida como partido político. Manuel Fresco es un político conservador que en 1936 fue elegido gobernador de la Pcia. de

---

<sup>15</sup> Curiosamente este lema es utilizado, en formas levemente variadas, por movimientos pro-fascistas de otras partes del mundo. Por ejemplo, el integralismo brasileño tenía como lema el “Dios, Patria, Familia”.

Buenos Aires. Durante su gobierno proscribió al partido comunista y estableció la enseñanza religiosa en las escuelas.

Al ser intervenida la Provincia se convirtió en nacionalista. En 1943 escribió *Conversando con el pueblo — Hacia un nuevo Estado* (3 vol. Bs. As. 1943, Ed. Kraft), donde sostenía que la democracia es un “...régimen plutocrático, que es burgués, capitalista, ateo, materialista, sensual y positivista, escéptico, pragmático y utilitario, económico; antiheroico y antimilitarista; y antihistórico” (Págs. 20-21, cit. por M. Navarro Gerassi *op. cit.*, pág. 152).

Fue fundador y director del diario “Cabildo”, desde cuyas páginas se consideraba jefe del nacionalismo. “Nuevo Orden” le reprochaba su vinculación a la oligarquía.

Por su parte Ernesto Palacio fundó la revista “Nuevo Orden” en 1940.

Otra revista de esta época fue “Clarínada”. Era una revista mensual dirigida por Carlos M. Silveyra, cuyo lema era: “Dios, Patria y Hogar”. Consideraba al nacionalsocialismo y al fascismo como únicos defensores de la Civilización Occidental (ver “Clarínada”, mayo y octubre de 1937, pág. 3). Su director declaró el 18 de febrero de 1943 que visitaba la embajada alemana en razón de sus ideales comunes y de su interés por el resultado de la guerra (“Comisión Investigadora”, legajo 13, cuerpo 3, pág. 8, cit. por Navarro Gerassi, *op. cit.*, pág. 142).

En 1942, Alejandro Ruiz Guiñazú escribe *La Argentina ante sí misma* (Bs. As., Kraft, 1942), y en 1940 había escrito *Posición argentina ante la guerra*. Defendía la neutralidad, pero formulaba advertencias respecto a la aproximación con las potencias del Eje. “Sólo hay, pues, un criterio nacionalista auténtico —decía— ni germanófilos ni aliadófilos, sino pura y simplemente argentinos” (*Posición argentina*, pág. 3). Atacó el liberalismo, la democracia y el sufragio universal y elogió a Mussolini como la más grande figura política del siglo XX<sup>16</sup>.

Enrique P. Osés, ex director de “Criterio”, desde el diario “El Pampero”, sostuvo durante la guerra la política de neutralidad y no ocultó sus simpatías

---

<sup>16</sup> Mussolini es —decía— muy probablemente, la más grande figura política del siglo XX. Pero su enorme talla de estadista no se debe a que haya creado las camisas negras, ni a que haya adoptado como símbolo el “fascio littorio” o utilizado el aceite de castor como arma de guerra contra sus adversarios. El mismo comenzó por negar al fascismo el carácter de “producto de exportación”, al tiempo que declaraba sentirse “desesperadamente italiano”. Lo que ha desbordado los límites de la península, es cuanto su pensamiento tiene de genial, de universal. La concepción totalitaria del Estado, la modernización del sistema corporativo y sindical como instrumento de justicia social y antídoto contra el odio de clase, la concepción heroica de la vida, la restauración de las nociones de jerarquía, responsabilidad, autoridad, etc., son otros tantos elementos susceptibles de ser aplicados íntegra o parcialmente a la presente situación general del mundo. No entramos todavía a discutir, aquí, la parte de verdad o de error que ellos contienen. (*La Argentina ante sí misma*, pág. 24/5).

por el Eje. El diario hacía una constante campaña antisemita, con caricaturas humorísticas de Eduardo Muñiz.

Nos abstenemos de mencionar la historia, el desenvolvimiento y los términos de las numerosas revistas y partidos políticos nacionalistas, como también la trayectoria de algunos personajes que se atribuyeron ser jefes del nacionalismo, por causa del carácter efímero de los órganos y de los partidos, que pasaban casi directamente del nacimiento al ocaso, y de la discutida autenticidad de esos liderazgos.

De paso es interesante notar que la continuidad del fenómeno “nacionalismo” desde 1922 hasta nuestros días, así como la durabilidad —diríamos, la verdadera vitalidad— del liderazgo de ciertas figuras destacadas del nacionalismo, contrastaba con el carácter extraordinariamente efímero de las múltiples obras u organizaciones nacidas del nacionalismo. Este, en cuanto realidad no estructurada, y sus líderes, en cuanto jefes sin títulos ni cargos definidos, eran duraderos. Por el contrario, siempre que el nacionalismo procura manifestarse a la luz del sol, en liderazgos, movimientos, doctrinas y obras, parece marcado por el signo de lo efímero. La publicación que tuvieron que más duró fue “Azul y Blanco”, pero entretanto, sujeta a la misma ley de lo efímero, pues se abrió y cerró varias veces, desentonando de la estabilidad habitual de órganos de ese género en otras corrientes.

El signo de lo efímero marca también al nacionalismo en lo que dice respecto a sus esperanzas y tentativas de dirigir el Estado. A veces pareceles que esta o aquella figura, será el Constantino que llevará el nacionalismo al poder. Mas esa figura desde el comienzo y súbitamente, muda de rumbo y las esperanzas quedan en el aire. A veces alguna personalidad nacionalista llega al poder, mas salvo raras excepciones su presencia en los altos círculos es transitoria.

Así, el nacionalismo jamás consiguió impulsar al Estado argentino por los rumbos deseados.

## 7 — La Revolución de 1943

El 4 de junio de 1943 se produjo el golpe militar que derrocó al presidente Castillo. Si bien en un primer momento no tuvo el movimiento militar una orientación ideológica definida, los nacionalistas lo aclamaron como la Revolución por ellos tan anhelada y esperada. “Ha triunfado el pronunciamiento militar que el auténtico país argentino esperaba ansiosamente. El triunfo de la revolución es el triunfo del espíritu nacional”, decía Manuel Fresco en la editorial de “Cabildo” del 5 de junio de 1943, al día siguiente del golpe militar.

La Alianza Libertadora Nacionalista dio a conocer una proclama que publicó “Cabildo” el 9 de junio del mismo año, en la que se aclamaba a la

revolución como “renacimiento nacional”. Por su parte, Mons. Franceschi, desde las páginas de “Criterio” (ver XVI, n.º 800, 1.º de julio de 1943) instaba a los católicos a apoyar el nuevo régimen.

El general Rawson, fue el primer presidente del gobierno de facto, y duró escasos días en su cargo. Nombró ministro de Hacienda de su gobierno a un destacado nacionalista, el doctor José María Rosa, amigo personal del general Uriburu, de quien había sido interventor en Mendoza y que perteneció a la Acción Nacionalista Argentina. Fundó también en 1934 un grupo denominado “Nacionalismo Laborista”, que tenía un periódico llamado “Voz Nacionalista”.

El 27 de octubre de 1943, el general Ramírez, que sucedió al general Rawson en la presidencia de la Nación, dictó un decreto elevando al rango de Secretaría autónoma al Departamento Nacional de Trabajo, a cuyo frente se venía desempeñando el coronel Juan Domingo Perón. Desde allí preparó Perón su carrera política, desplegó las primeras banderas de la demagogia y obtuvo el apoyo de los sindicatos.

En este tiempo el sindicalismo en nuestro país era apenas incipiente, y los principales sindicatos, así como la Confederación General del Trabajo, eran de franca tendencia izquierdista sino abiertamente socialistas o comunistas. Eso no fue óbice para que Perón buscara su amistad, tratara de reforzar la organización sindical y eventualmente promoviera nuevos líderes que le fueran adictos. Angel Perelman, un afiliado al socialismo que pertenecía a la Unión Obrera Metalúrgica, relata cómo apoyó a Perón en su maniobra de copamiento de ese sindicato. Ante una manifestación de 20.000 obreros metalúrgicos, frente al Consejo Deliberante, en donde se había instalado la Secretaría de Trabajo y Seguridad Social, Perón exhortó a los obreros a organizarse y a luchar en defensa de sus derechos (*Cómo hicimos el 17 de octubre*, Bs. As., Coyoacan, 1961).

El 12 de agosto de 1945 la CGT organizó un impresionante acto obrero de apoyo a Perón.

Cipriano Reyes fue un elemento decisivo en esta estrategia gremial de Perón. Era éste un dirigente obrero, organizador del 17 de octubre de 1945, electo diputado por el Partido Laborista que llevó a Perón a la presidencia, luego desplazado por su oposición a la constitución del “Partido Único de la Revolución Nacional”, que fundó Perón para apoyar al gobierno y que finalmente se transformó en el “Partido Peronista”.

La revolución del 43, y en particular la prédica del coronel Perón, tomaron sin duda la temática nacionalista y no tuvieron dificultad en conciliarla con la avasalladora demagogia y el creciente igualitarismo del gobierno surgido en 1946.

Los nacionalistas ocuparon numerosos cargos públicos en este período. Gustavo Martínez Zuviría fue nombrado ministro de Justicia e Instrucción Pública. Jordán Bruno Genta fue interventor en la Universidad Nacional del Litoral. Federico Ibareuren fue comisionado municipal en Tucumán, Mario Amadeo director de Política del Ministerio de Relaciones Exteriores, Héctor A. Llambías interventor de la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, Alberto Baldrich interventor en Tucumán, Bonifacio del Carril secretario del ministro del Interior general Luis César Perlinger. Ocuparon cargos de menor importancia en distintas provincias Alfredo Villegas Oromí y Máximo Etchecopar, en Salta; Adolfo Silenzi de Stagni, Héctor Bernardo y Ramón Doll, en Tucumán (Navarro Gerassi, M., *op. cit.*, pág. 181-2). Manuel Gálvez, por su parte escribió un artículo en el diario “El Pueblo” del 13 de septiembre de 1944, titulado *La obra social del coronel Perón*, el cual fue utilizado como prólogo de una recopilación de discursos del citado, que bajo el título *El Pueblo quiere saber de qué se trata* publicó la Presidencia de la Nación. Gálvez sostiene que se lo hizo sin su autorización y, “con disgusto de su parte” (*Recuerdos de la Vida Literaria — En el mundo de los seres reales*, Hachette, 1965, pág. 78). José Ignacio Olmedo fue presidente del Consejo Nacional de Educación, y Tomás Casares interventor de la Universidad de Buenos Aires.

El 31 de diciembre de 1943, Ramírez dictó un decreto por el cual disolvió los partidos políticos, y por iniciativa de su ministro de Educación estableció la enseñanza religiosa en las escuelas. Esta excelente medida procatólica del ministro Martínez Zuviría, que atendía una antigua aspiración nacionalista, fue, en el plano táctico, muy provechosa para la Revolución de 1943 que así ganó la confianza de la mayoría del país.

El 27 de marzo de 1945, el gobierno de Farrell abandonó la política de neutralidad y rompió relaciones con las potencias del Eje, declarándoles la guerra. Esta actitud disgustó a los nacionalistas que eran partidarios de la política anterior y favorables al Eje, como ya hemos visto. Mario Amadeo, que era entonces secretario de la embajada argentina en Chile, renunció a su cargo por estos motivos, y Federico Ibareuren, en Tucumán ordenó poner la bandera argentina a media asta.

Santiago de Estrada, que era interventor de la Universidad de Tucumán, mandó clausurar las puertas de esa casa de estudios como protesta por la ruptura.

## 8 — Ascenso de Perón

En 1944 Perón fue nombrado ministro de Guerra, y el 10 de junio de ese año en una clase inaugural de la cátedra de Defensa Nacional de la Universidad de La Plata, explicó los objetivos políticos y económicos de la revolución. La tarea debía ser, sobre la base de una adecuada defensa nacional, la

industrialización del país y el desarrollo de nuestra economía, mediante una modernización que superara la perpetuación de la estructura agraria (Conf. Presidencia de la Nación, “El sindicalismo justicialista”, pág. 71/86). Cabe recordar que Perón había estado como agregado militar en Italia y era admirador del fascismo y de Mussolini.

El día 7 de julio fue designado vicepresidente de la Nación. Juntamente con este cargo, retenía el de Ministro de Guerra y el de Secretario de Trabajo.

La oposición se nucleó en la Junta de Coordinación Democrática, y el 8 de octubre de 1945 el general Eduardo Avalos, jefe de la guarnición de Campo de Mayo, encabezó una rebelión contra Perón que lo obligó a renunciar a sus cargos. Perón fue conducido secretamente a la isla Martín García, y el general Farrell quedó prácticamente solo en el poder. Esta gran oportunidad de los partidos opuestos a Perón fue curiosamente desperdiciada. Durante nueve días el Gobierno quedó casi vacante. Finalmente, el Comité Central de la Confederación General del Trabajo declaró una huelga general para el 18 de octubre. Los obreros se adelantaron a la huelga, y convocados por Eva Duarte, Cipriano Reyes y el coronel Domingo Mercante, marcharon sobre Buenos Aires, provenientes de Avellaneda y del cinturón industrial del Gran Buenos Aires, gritando: “¡Muera la oligarquía!” “¡Queremos a Perón!” A última hora de la noche Perón se hizo presente y habló a los “descamisados” desde los balcones de la Casa de Gobierno.

El presidente Farrell anunció que se celebrarían elecciones generales el 24 de febrero de 1946. Tres partidos políticos presentaron la candidatura de Perón. Uno, el Partido Laborista, que contaba con el apoyo de socialistas, sindicalistas y anarquistas. En su plataforma propiciaba la nacionalización de las empresas de servicios públicos de capital extranjero, la participación sindical en las ganancias comerciales e industriales, la eliminación de los latifundios y el aumento del impuesto a la propiedad inmobiliaria y a la herencia. Para la vicepresidencia designó como candidato al coronel Mercante, que fuera colaborador de Perón en la Secretaría de Trabajo Previsión.

Otro partido que apoyó a Perón fue la Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical, grupo separado del radicalismo que había colaborado con el gobierno de facto. Jazmín Hortensio Quijano, que fuera por un tiempo ministro del Interior, fue designado candidato para la vicepresidencia. Finalmente, al retirarse la candidatura del coronel Mercante, el Partido Laborista y la Junta Renovadora presentaron una fórmula común: “Perón-Quijano”.

Un tercer partido, minoritario éste, que apoyó la candidatura de Perón fue el Partido Independiente, que nucleaba elementos de distinta procedencia (Conf. Palacio, E., *Historia de Argentina*, tomo II, pág. 398).

Ernesto Palacio y Joaquín Díaz de Vivar aceptaron ser candidatos a diputados por el peronismo en el año 1946, y el P. Castellani se presentó a elecciones por la Alianza Libertadora Nacionalista, que para la Presidencia, adhirió a la candidatura de Perón.

El 16 de noviembre de 1945 una Carta Pastoral del Episcopado instó a los católicos a no votar por los candidatos que apoyaban la separación de la Iglesia y del Estado, la educación laica y el divorcio, lo que significaba indirectamente decir que no se votara por la fórmula de la Unión Democrática, “Tamborini-Mosca”, que agrupaba a los partidos liberales de la oposición, a excepción de los conservadores. La Unión Democrática cometió delante de Perón todos los errores que los liberales habían cometido frente a la ola ascendente del fascismo y del nazismo en Italia y Alemania, pareciendo no comprender la profunda impopularidad del laicismo, tornada aún más aguda con la restauración religiosa iniciada por el Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Ellos se mantuvieron fieles al laicismo de Estado y de enseñanza. Con este error beneficiaron enormemente a Perón, que levantó para las elecciones, juntamente con la bandera de la revolución social, la de las reivindicaciones católicas. En la psicología del tiempo parece improbable que la presencia de las reivindicaciones católicas no contrabalancara el carácter demagógico y revolucionario de los pronunciamientos de Perón. Así, el Episcopado, cuya actitud anticomunista era entonces muy definida, publicó la pastoral que más arriba hemos referido. Con eso prestó un inestimable apoyo a las pretensiones de Perón.

Perón obtuvo 1.500.000 votos y 304 electores, contra 1.200.000 y 72 electores de la oposición. (Conf. Palacio E., *op. cit.*, II, pág. 398. Ganó Perón todas las gobernaciones, menos la de Corrientes, que intervino más tarde, 28 de las 30 bancas del Senado y casi los dos tercios de la Cámara de Diputados.

## 9 — Los Nacionalistas y el Gobierno de Perón

En vista de lo que antecede no es necesario demostrar que los nacionalistas cooperaron en la preparación de la opinión pública para la elección de Perón. Es un hecho, por lo demás, público y notorio. Mario Amadeo dice en su libro *Ayer, hoy, mañana*:

...aunque estuvimos (como muchos todavía lo estamos) identificados con los ideales de renovación que Perón pudo, debió y en un momento, aparentó encarnar, nunca aceptamos el sesgo personalista de su movimiento ni le rendimos tributo de vasallaje (pág. 21).

El mismo Amadeo dice que Perón fue fruto de un hondo movimiento que él no había creado (pág. 96). Ese movimiento no era otro que el nacionalismo, difundido como idea y como sentimiento.

Era necesario un cambio —insistían los nacionalistas—, dar lugar al pueblo oprimido por oligarquías que tiranizaban a los obreros y a la economía

nacional, terminar con la demagogia de los partidos políticos, industrializar al país y hacerlo una gran potencia. “Braden o Perón”, fue la versión argentina del “Roma o Moscú”. A tal punto se benefició Perón con las actividades de Braden, que un escritor nacionalista escribió recientemente esta curiosa frase: “Si Braden hubiese actuado como agente de Perón no habría cumplido faena más perfecta” (Miguel Angel Scenna, n.º 30, octubre 1969, pág. 29, “*Todo es Historia*”, artículo *Braden y Perón*).

Siempre procurando destacar la ineludibilidad de la opción, el nacionalismo proyectó a Perón hacia la Presidencia. Desde luego que no fue el único factor. Pero sí uno de los más importantes, en la medida en que prestó una filosofía y atrajo un apoyo eclesiástico a una política de masas movida por factores heterogéneos, y tan izquierdista en su estilo y en sus programas que difícilmente hubiera prosperado sin aquello. En un artículo recientemente publicado “Azul y Blanco” (Año IX, n.º 120), comentando el libro *Los Nacionalistas* de Marysa Navarro Gerassi, dice: “... se minimiza hasta hacerla desaparecer la influencia del nacionalismo sobre la política nacional y sobre el peronismo en particular” y más adelante: “En tanto cuanto el peronismo significó una transformación política fue comprendido por el nacionalismo”.

Aún hoy, como se ve en la frase de Amadeo, en la de “Azul y Blanco” y en muchas otras que podríamos citar, los nacionalistas sostienen que el triunfo de Perón fue un hecho positivo en cuanto significó la victoria sobre la vieja política, y la iniciación de una nueva era social.

Era natural que habiendo cooperado tan eficazmente para la ascensión de Perón, los nacionalistas cooperasen también en su administración.

Perón promovió desde el principio una completa sustitución de cuadros en los cargos políticos, en los de la justicia, en los de la alta administración y en los de la enseñanza. En esta renovación de cuadros los nacionalistas ya no figuran en lugares importantes, como en el Gobierno de la Revolución del 43. El único nacionalista de primera plana que ocupó un alto cargo, fue Tomás Casares nombrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Junto a Casares fueron nombrados otros jueces peronistas y esos nombramientos crearon las condiciones para la depuración gradual de los magistrados que no concordaban con el ordenamiento jurídico dictatorial. Precisamente los anteriores miembros de la Corte Suprema habían sido destituidos mediante juicio político entablado ante el dócil Congreso peronista. Marcelo Sánchez Sorondo en la revista “Balcón” del 27 de septiembre de 1946 aplaude la destitución de la Corte por considerarla un “reducto de la oligarquía”. También ocuparon cargos judiciales Ignacio B. Anzoátegui, Guillermo Borda, Jorge Llambías, entre otros.

Sin embargo, las posibilidades de actuación del nacionalismo, en cuanto doctrina y estado emocional, se tornaron paradójicamente aún mayores. En

efecto, para gran número de cargos que se pueden considerar de gran importancia para la formación de la opinión pública, Perón nombró destacadas personalidades nacionalistas. Así Leopoldo Marechal fue designado director general de Cultura del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, ocupando ese cargo desde 1944 hasta 1955. Para las universidades, que recibieron grandes presupuestos, y que adquirieron con esto mucho mayores medios de expansión, fueron nombrados en puestos decisivos nacionalistas destacados.

Para tomar un ejemplo: la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, hasta 1948 había mantenido más o menos su estructura anterior a 1943. La revista de la Facultad era dirigida por el Dr. Martín T. Ruiz Moreno. En ella escribía un elenco de profesores netamente liberales. A partir del número de abril-julio de 1948, toma la dirección de la revista Mario Amadeo, siendo interventor delegado Carlos María Lascano, ambos nacionalistas<sup>17</sup>.

A partir del número 11 de 1948, se declara que la publicación entra en una “Tercera Época”. En el editorial, obviamente fruto de la pluma de Amadeo, hablando de la crisis del derecho racionalista y del pragmatismo antijuridicista, dice:

Toda interpretación ciegamente pragmática, y por desgracia, no infrecuente, resultaría particularmente nefasta referida a nuestro país en el preciso momento en que parece estar plasmándose su fisonomía definitiva.

Y más adelante:

...en la gran faena de construir una nueva Argentina (no nos parezca nunca la frase lugar común), en esta gran faena individual y colectiva no han de estar ausentes los legisperitos. Ellos vienen a compartir alegremente su lugar junto a las palancas sociales del mando.

El 5 de julio de 1952, se sometió a los profesores de la Facultad de Derecho, una encuesta que debía ser respondida en tres días, para ser publicada. Constaba de tres preguntas:

Primera: ¿Cuál es, según usted, la misión de la Facultad de Derecho con respecto al movimiento Justicialista que orientan el Excmo. Señor Presidente de la República, General de Ejército Don Juan Perón y su dignísima esposa doña Eva Perón?

Segunda: ¿Cuál, la tarea específica que debe cumplir la cátedra, instituto u organismo auxiliar a cargo de usted, con relación a dicho movimiento?

Tercera: ¿Cuáles los medios que juzga más adecuados para ello?

Varios nacionalistas respondieron a la encuesta: Ignacio B. Anzoátegui:

---

<sup>17</sup> En la revista escribían, entre otros, Marcelo Sánchez Sorondo, Jorge Llambías, Juan M. Bargalló Cirio, Adolfo Silenzi de Stagni, Basilio Serrano, Héctor Bernardo, Guillermo Borda, Santiago de Estrada, Juan A. Casaubon, Carlos Moyano Llerena, Mario Martínez Casas, Arturo Sampay, Samuel W. Medrano, R. P. Juan R. Sepich y otros. Casi todos ellos eran titulares o adjuntos de cátedras.

Hoy, pueblo y gobierno constituyen un solo ser: la Nación, que viviendo su aspiración de justicia —de justicia en marcha— toma de las manos de sus jefes la bandera del movimiento justicialista.

Y concluye diciendo que la Facultad de Derecho se suma a ese esfuerzo (pág. 27).

Samuel W. Medrano contesta:

El movimiento justicialista que orientan el Excmo. Señor Presidente de la República General Perón y su esposa, la señora Eva Perón, se afianza en los tres postulados esenciales —justicia social, libertad económica y soberanía política— ratificados en el Preámbulo de la Constitución. Las “profundas transformaciones que suplantán formas pretéritas, reclaman “la colaboración sincera y esclarecida de la alta docencia” (pág. 179).

Carlos Moyano Llerena responde:

Para que los cambios introducidos por el Gobierno nacional en esta materia (la economía) brinden todas las posibilidades que virtualmente contienen, y para que puedan consolidarse de una manera perdurable es en absoluto indispensable que los juristas argentinos construyan lo que puede sin temor denominarse un “nuevo derecho” (p. 201).

Fernando Cuevillas responde que se debe enseñar de tal manera

...que el estudiante perciba evidentemente la relación cultural que existe entre el pasado greco-latino-cristiano e imperial español y la Revolución Nacional Justicialista... (pág. 83).

Héctor Llambías:

...la Justicia Social ha dado nombre al Movimiento histórico justicialista, que genialmente conduce el General Perón con la colaboración abnegada hasta el total sacrificio de su llorada esposa Doña Eva Perón (Edición del Ministerio de Educación, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1952).

Aun cuando estas manifestaciones de adhesión a la revolución peronista no existieran, es sabido que la voluntad de dominio que tenía Perón hubiera hecho del todo imposible que tan importantes cargos, como son las cátedras desde donde se formaba a la juventud, fueran dados a quienes no ofrecieran algunas garantías valiosas de lealtad. Luego, los nacionalistas estaban de algún modo comprometidos con el régimen peronista.

## 10 — Breve descripción del carácter socialista del gobierno de Perón

El peronismo significó, en la vida política, económica y social de nuestro país, una profunda transformación. A pesar del deterioro sufrido por nuestras instituciones a lo largo de siglo y medio de liberalismo, muchas de ellas subsistían en muchos aspectos, y nuestro pueblo conservaba sanas tradiciones. Perón significó en este sentido un golpe de muerte. La política peronista

desencadenó por cauces hasta entonces desconocidos, el resentimiento social y la lucha de clases.

No es éste el momento de pormenorizar la actuación de Perón en el campo social. Con la retrospectiva histórica y el consecuente ablandamiento de las pasiones, parece que se va generalizando en las esferas más equilibradas e imparciales de la opinión pública, el concepto de que la crítica de Perón contra el orden económico-social por él encontrado cuando subió al poder, contenía diversas afirmaciones justas y oportunas, pero que otras eran vagas, de contenido puramente demagógico-emocional, y aun otras francamente exageradas y de sentido marcadamente socialista. En cuanto a las realizaciones concretas también hay que distinguir, pues, si bien varias de ellas prestaron reales servicios, fueron marcadas frecuentemente por la nota dirigista inherente al régimen totalitario socialista. Sobre todo, es necesario acentuar con la lucidez de la retrospectiva histórica, que el carácter de frenética lucha de clases que Perón quiso comunicar a sus reivindicaciones, no era de ningún modo indispensable para que se alcanzasen las mejoras obtenidas. El pueblo argentino, considerado en su conjunto, ciertamente habría apoyado las realizaciones útiles de Perón, y otras aun, si hubiese sido informado de modo objetivo y sereno sobre una realidad que él no conocía y de la cual sólo notaba síntomas esporádicos e inconexos. No existía en la Argentina de aquel tiempo, como en la Argentina de hoy, salvo las excepciones inevitables en todos los tiempos y en todos los lugares, quien tuviese el propósito de mantener oprimida en la pobreza y en la injusticia a cualquier clase social.

La demagogia de Perón podría haber llevado a mucho peores consecuencias a un pueblo menos equilibrado, lúcido y sereno que el nuestro. En todo caso los fermentos de demagogia que infestaron nuestra vida pública se los debemos ampliamente a la acción de Perón. Además, algo se perdió con el efecto que produjo en el ambiente del país la demagogia de Perón: son numerosos los argentinos, inclusive de clases modestas, que consideran que hubo, después del peronismo, una muy importante disminución de aquella dulzura de vida que es herencia común de todos los pueblos cristianos aún no infestados por el espíritu revolucionario, y que era uno de los encantos más característicos del pueblo argentino.

Parecería haber estado en la misión histórica del nacionalismo bien entendido, el haber hecho en el momento oportuno las distinciones necesarias, evitando que el peronismo transformase críticas procedentes en pretexto para envolver al país en un ambiente de lucha de clases que lo intoxica hasta hoy, y en un demagogismo que, como todos saben, acabó por dirigirse al final hasta contra la propia Iglesia.

Ante este deber, la actitud del nacionalismo no fue sólo de omisión, sino también de una colaboración sin discernimiento con todo lo que había en esa

amalgama de bien y de mal. Triste constatación si tenemos en cuenta que la amalgama del bien y del mal es en su conjunto un mal: “*bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*”.

La reforma de la Constitución, sancionada en 1949, significó un avance hacia la socialización del país. De neto corte fascista, contiene declaraciones de derechos tales como los “del trabajador”, “de la familia”, “de la ancianidad” y “de la educación y la cultura”, claramente demagógicas.

El capítulo IV de la primera parte de la Constitución de 1949, reformaba el derecho de propiedad<sup>18</sup>, introduciendo veladamente su subordinación al “bienestar social” y al “bienestar del pueblo”, luego de definirlo como un derecho que “tiene una función social”. Estas reformas estaban concebidas en tales términos que se prestaban —como se prestaron— para toda clase de aventuras socializantes.

Afirmar que la propiedad tiene una función social es enteramente legítimo, afirmar que ella “tiene por objeto el bienestar social” es una frase que puede contener varias ambigüedades. Sin duda el bienestar social es una de las

---

<sup>18</sup> Primera parte. Principios fundamentales. Capítulo IV. **La función social de la propiedad, el capital y la actividad económica.** Art. 38. La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común. Incumbe al Estado fiscalizar la distribución y la utilización del campo e intervenir con el objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad, y procurar a cada labriego o familia labriega la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva. La expropiación por causa de utilidad pública o interés general debe ser calificada por ley y previamente indemnizada. Sólo el Congreso impone las contribuciones que se expresan en el artículo 4.º. Todo autor o inventor es propietario exclusivo de su obra, invención o descubrimiento por el término que le acuerda la ley. La confiscación de bienes queda abolida para siempre de la legislación argentina. Ningún cuerpo armado puede hacer requisiciones ni exigir auxilios de ninguna especie en tiempo de paz.

Art. 39. El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social. Sus diversas formas de explotación no pueden contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino.

Art. 40. La organización de la riqueza y su explotación, tienen por fin el bienestar del pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social. El Estado, mediante una ley, podrá intervenir en la economía y monopolizar determinada actividad, en salvaguardia de los intereses generales y dentro de los límites fijados por los derechos fundamentales asegurados en esta Constitución. Salvo la importación y exportación, que estarán a cargo del Estado de acuerdo con las limitaciones y el régimen que se determine por ley, toda actividad económica se organizará conforme a la libre iniciativa privada, siempre que no tenga por fin ostensible o encubierto, dominar los mercados nacionales, eliminar la competencia o aumentar usurariamente los beneficios. Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto, que se convendrá con las provincias.

Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine.

El precio por la expropiación de empresas concesionarias de servicios públicos será el del costo de origen de los bienes afectados a la explotación, menos las sumas que se hubieren amortizado durante el lapso cumplido desde el otorgamiento de la concesión, y los excedentes sobre una ganancia razonable, que serán considerados también como reintegración del capital invertido.

finalidades de la propiedad, y la frase se justifica en el sentido de que el medio está subordinado al fin. Pero la propiedad no tiene una función meramente social, tiene también una finalidad individual que no se resuelve en su finalidad social, porque el individuo no existe sólo para la sociedad sino también para sí mismo. Así la afirmación sin distinciones, de que la propiedad está subordinada a su finalidad social, puede fácilmente sugerir nociones erradas. Agrégase que ese principio es muchas veces entendido en el sentido de que las riquezas son primordialmente una propiedad de la colectividad y que la propiedad individual importa un desvío de la propiedad colectiva sobre los bienes, de tal manera que la función social de la propiedad consistiría en irse colectivizando cada vez más y la propiedad individual habría realizado plenamente su función social el día en que dejara de existir.

En la redacción de la nueva Constitución cooperaron nacionalistas como el constituyente Mario Martínez Casas, y fue aplaudida por otros, como Héctor Bernardo en su artículo del número 14 de la Revista de la Facultad de Derecho (mayo-junio de 1949). Mario Amadeo la defendió, inclusive luego de la caída de Perón, en 1956-7.

En el orden económico se montó una máquina burocrática que aumentó considerablemente la intervención del Estado en la economía, mediante el control de cambios y la intervención en el comercio exterior a través del IAPI — organismo estatal creado al efecto.

En el orden político la Argentina asistió a una de las épocas más vergonzosas de su historia. La demagogia institucionalizada, la prepotencia política, que manipulaban las unidades básicas del Partido Peronista al que tenían que afiliarse los funcionarios públicos que quisieran hacer carrera, la Alianza Libertadora Nacionalista, convertida en una verdadera mazorca o gestapo peronista, la policía utilizada para inspirar el terror; tales eran las pautas del gobierno. El odio profundo que Perón trató de despertar en el pueblo contra las clases aristocráticas y tradicionales —a las que él llamaba la “oligarquía”— culminaron en expropiaciones injustas y arbitrarias de campos y de empresas, y teñían sus discursos de un tono violentamente socialista.

Los mismos edificios y las obras públicas del gobierno peronista muestran el sello del estilo fascista.

En materia económica también, Perón llevó adelante la nacionalización de algunos servicios públicos, un antiguo punto del programa nacionalista<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Por este motivo, Raúl Scalabrini Ortiz... “le dio al caudillo improvisado un cheque en blanco, de un modo que rara vez exhiben los intelectuales ante los hombres de acción” (JULIO IRAZUSTA, *Balance de Siglo y Medio*, pág. 186). Julio Irazusta, en el libro citado, critica la forma en que Perón llevó a cabo esta nacionalización, señalando que esta política en el fondo beneficiaba los intereses extranjeros.

El carácter igualitario era mucho más ostensible en el peronismo que en el nazismo y el fascismo, de modo que lo que en éstos era más una realidad que un “leit-motiv” de propaganda, en cambio en el peronismo era el “leit-motiv”. Porque un movimiento como el nazi o el fascista o el peronista no puede desarrollarse sin un tema fundamental de propaganda. En Alemania ese tema era el combate al comunismo, la cancelación de los efectos de la humillación de Versalles y la dominación mundial del Reich. En Italia era el combate al comunismo y la restauración del dominio italiano sobre el “Mare Nostrum” Mediterráneo.

En la Argentina esa problemática internacional no existía. Por otro lado, el peligro comunista de ningún modo se había tornado tan evidente para las masas como en Alemania e Italia. Perón entonces tuvo que escoger otro “leit-motiv”, que fue exactamente la ascensión del proletariado y el rebajamiento de las clases altas bajo la égida del principio revolucionario de la igualdad.

La tónica de la ascensión del proletariado era tan marcada en el peronismo, que ella, por decir así, se traspuso al modo como éste concebía y presentaba las reivindicaciones económicas argentinas en el plano internacional. Estas reivindicaciones, muy explicables desde el punto de vista de la defensa de la soberanía, eran formuladas frecuentemente bajo el aspecto de una “cruzada” iniciada por el país para acabar con el capitalismo internacional, haciendo que, hasta las más justas reivindicaciones de soberanía argentina tomaran aspecto de reivindicaciones de pobre contra rico, en vez de un reclamo de soberano frente a soberano, dando la falsa idea de una trasposición de la lucha de clases al plano internacional. Era una lucha contra el capitalismo paralela a la lucha contra la oligarquía.

Por esta causa, la posición del peronismo frente al comunismo no fue tanto la de un adversario que quiere entablar una lucha a ultranza, sino más bien de un contemporizador que procura, por medio de concesiones al instinto nivelador, tomar el liderazgo de la revolución igualitaria. En ese sentido Perón puede ser comparado mucho más a Nasser, que disolvió el Partido Comunista egipcio y encarceló a sus líderes, pero cuya revolución tuvo menos el efecto de evitar el comunismo que el de imponer una forma social y económica dirigista e igualitaria, con tanto sabor de comunismo, que merece aún en nuestros días el apoyo enfático de la URSS.

Desde este punto de vista, los nacionalistas argentinos tuvieron desde el comienzo del peronismo mucha más facilidad para discernir el carácter acentuadamente socialista de éste, que muchos derechistas europeos que cometieron el grave error de apoyar desde el principio al nazismo y al fascismo.

Los aplausos que ellos dieron al peronismo sirvieron para avalar frente a determinados sectores de la opinión argentina, las afirmaciones anticomunistas

de una revolución que evidentemente caminaba hacia un orden de cosas precocomunista.

En política internacional, Perón adoptó su llamada “Tercera posición”, reanudando las relaciones con la Rusia comunista, interrumpidas desde 1930.

## 11 — Revistas nacionalistas durante el régimen de Perón

Al lado de las actividades directamente políticas, el nacionalismo mantuvo su actuación intelectual a través de revistas como “Nuestro Tiempo”, cuyo primer número apareció el 30 de junio de 1944. La dirigía el P. Julio Meinvielle, quien a partir de ese momento empezó a cobrar una especial significación dentro del nacionalismo católico. Era ya ampliamente conocido -por sus libros que hemos mencionado en la primera parte de este estudio, pero con “Nuestro Tiempo” y luego con “Balcón” y “Presencia”, pasó a ejercer cierto liderazgo en el pensamiento político del nacionalismo católico.

“Nuestro Tiempo” era una revista que podríamos calificar como moderna. El mismo nombre tiene ese sentido. Leemos en su primer editorial:

A nuestra generación se le da un tiempo. No se le da un puro ser, ni precisamente un hacer; se le da un moverse, un acontecer que es un ser en el tiempo. Tiempo que echa raíces en el pasado y que surge del pasado pero que se vive en el presente. Es nuestro tiempo.

Proclama su admiración por Oliveira Salazar que le parece representar un nacionalismo de la inteligencia, frente al nacionalismo popular y violento que declara superado (conf. N.º 11, pág. 5). Con verdadera ansiedad se vuelve hacia Europa:

...la tarea de nuestro tiempo ha de consistir en consolidar vitalmente nuestras conexiones con la Europa auténtica. La tarea de nuestro tiempo es entonces, vivir una Argentina vitalmente europea (“Editorial”, n.º 1).

Entre los personajes modernos mencionados con elogio, se cuentan el “filósofo” Dilthey (n.º 2), Unamuno, Ortega y Gasset, Julián Marías (n.º 1), Maritain (n.º 9), quien poco después sería atacado por el mismo P. Meinvielle, Sarmiento (n.º 13), y junto a éstos, los Santos de la Iglesia, presentados por Santiago de Estrada.

En junio de 1946 apareció “Balcón”, de idéntica orientación y carácter que “Nuestro Tiempo”. Los colaboradores son los mismos: el incansable P. Meinvielle, Etchecopar, Ignacio B. Anzoátegui, Héctor Llambías, José María de Estrada y su hermano Santiago, Federico Ibarguren, Juan A. Casaubon, Carlos Moyano Llerena, Mario Mendioroz, Carlos Disandro, Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo y otros.

En 1949 aparece “Presencia”. En ella, el tono intelectualizante de las anteriores revistas empieza a desdibujarse un tanto en favor de un temario y un

lenguaje cada vez más políticos. La revista era ya una tribuna casi exclusiva del P. Meinvielle. En ella se concretaron e hicieron continuas las primeras críticas al régimen de Perón, pero apoyando su línea fundamental, y hasta su persona<sup>20</sup>.

“Dinámica Social” era una revista de carácter distinto. Nacionalista también, pero mucho más orientada hacia la política y la economía, y con un punto de vista francamente naturalista.

Aplaudía la política del gobierno de Perón, especialmente en el campo económico social. Comentando el discurso pronunciado por el general Perón en conmemoración del 17 de octubre decía:

Las veinte verdades sostenidas por el Primer Magistrado y en especial las dos comentadas, proclaman la instauración de un ordenamiento político, económico y social, construido sobre la base del amor que borra el odio y que une a los hombres en las naciones, por el orden de la justicia, y a los hombres, en el mundo, por el orden de la paz. Aunemos las voluntades en el bien para obtener tan elevados objetivos. (“Dinámica Social” n.º 3, noviembre de 1950, *Un programa de vida nacional*, pág. 4).

Aparentemente contaba con la ayuda financiera de importantes capitales italianos. En sus páginas, encontramos avisos comerciales de empresas de esa nacionalidad, como Techint, Banco de Italia y Río de la Plata, Alitalia, Organización Industrial Técnica Artística Comercial S.P.A. (ITAC), etcétera.

Asimismo, reproducía en secciones especiales los principales artículos traducidos al italiano y al francés.

El tema religioso o las motivaciones católicas estaban prácticamente ausentes de sus páginas.

Entre sus colaboradores se contaban Juan Carlos Goyeneche, Tulio y Bruno Jacovella, Horacio J. Storni, Juan A. Casaubon, Juan R. Sepich, Jaime María de Mahieu, Héctor Bernardo, Julio Irazustà, José María de Estrada, Mario Amadeo, Carlos Correa Avila, Fermín Chávez, César H. Belaúnde, Federico Iburguren, P. Leonardo Castellani, Alberto Falcionelli, José María Rosa, Ernesto García Olano, Emiliano Mac Donagh.

Por último, mencionamos la revista “Quincena”, aparecida entre los meses de setiembre de 1953 y enero de 1959, dirigida por Alberto V. Tedín; Mario Amadeo, Juan Carlos Goyeneche, Marcelo Sánchez Sorondo, Máximo Etcheopar y Alberto Espezel Berro colaboraban en la redacción. Tuvo una tirada muy reducida.

---

<sup>20</sup> Así, en “Presencia” del 13-V-49, el P. Meinvielle apoya su línea “Nacional, social y latino-hispánica” y agrega: “Luego hay que reconocer y aceptar el hecho de que, hoy por hoy, no hay para el país solución viable sin el General Perón”. La crítica que hacían al obrerismo y a la colectivización socializante del Gobierno de Perón era acertada en muchos aspectos.

A fines de 1954 Perón comenzó una agria campaña contra la Iglesia. Ese fue un error político enorme que tornó desde ese momento inevitable su fin. Los nacionalistas, junto con todas las corrientes válidas de la opinión pública, comenzaron a conspirar.

# **CAPÍTULO III**

## **Historia de la tercera época del nacionalismo.**

### **Los años posteriores a la caída de Perón**

#### **RESUMEN DEL CAPÍTULO**

1. Cuando Perón atacó a la Iglesia, el nacionalismo entró en la conspiración juntamente con otras fuerzas políticas. Pero la fuerza del movimiento que lo derrocó vino de la reacción del pueblo católico, al grito de “Viva Cristo Rey”. El nacionalismo, cuya doctrina aparente lo presentaba como el líder natural de esa reacción, la vació de contenido religioso. Expresamente se negó a dirigir un movimiento “confesional”.

2. Los nacionalistas ocuparon altos cargos en el gobierno del general Lonardi, pero fueron derrocados el 13 de noviembre de 1955. El nacionalismo reinició su lucha política adoptando el lema “ni vencedores ni vencidos”. Publicaba el semanario “Azul y Blanco”, dirigido por Sánchez Sorondo. Se mostraron democratistas, procurando halagar a la masa peronista. Fue creado el “Comité de Centros Populares”, el cual organizó una conferencia de Mario Amadeo en el Teatro Cómico. Un acto en el Luna Park, que debía celebrarse en los últimos días de diciembre de 1956 fue prohibido por el gobierno de Aramburu. Se fundó el Partido "Unión Federal". El 12 de noviembre de 1956 se dio una gran comida en el “Palacio del Baile”, en el Parque Retiro, a la cual asistieron 4.000 personas.

3. A las elecciones de 1957, para diputados a la Convención Constituyente, concurrió la Unión Federal, orientada por Mario Amadeo. En las elecciones presidenciales de 1958, el grupo de éste apoyó a Frondizi, exmilitante de organizaciones paralelas del comunismo. En la presidencia de éste varios nacionalistas ocuparon importantes cargos. Algunos rasgos del gobierno de Frondizi.

4. En el gobierno de Frondizi el nacionalismo fue mostrando cada vez más su oportunismo y su carácter dialéctico. El grupo de Amadeo se dedicaba a las componendas de gabinete y el de Sánchez Sorondo, a las componendas de barricada. En 1962 el peronismo ganó nueve provincias en las elecciones convocadas por el gobierno. Estas fueron anuladas, y Frondizi fue derrocado por un golpe militar. En el gobierno de Guido intensificó su acción el grupo de Sánchez Sorondo y reapareció políticamente el coronel Juan F. Guevara, cuyas “cartas abiertas” a sus compañeros de armas prepararon el clima para la Revolución de Campo de Mayo, encabezada por el general Onganía.

5. Para las elecciones presidenciales de julio de 1963 fue intensa la actividad política de los nacionalistas. Ambos sectores del nacionalismo se dedicaron a la constitución de un Frente Nacional y Popular; ambos contaban con el peronismo como ingrediente fundamental. Sólo que unos abarcaban ciertos elementos accidentales que los otros excluían.

6. Con el advenimiento del régimen de Onganía, coincide un fuerte impulso internacional a favor del “desarrollismo”, fundado sobre presupuestos relativistas y materialistas. El nacionalismo lejos de combatir esta ideología, se entregó al sincretismo. Por falta de la suficiente perspectiva histórica no hacemos la historia del nacionalismo en esta época.

## 1 — La colaboración del nacionalismo en el derrocamiento de Perón

Hemos visto cómo las bases de las distintas corrientes del nacionalismo, unas más tarde, otras más temprano, fueron en su mayoría desilusionándose del peronismo, hasta que, finalmente, cuando Perón desencadenó el ataque a la Iglesia, los dirigentes nacionalistas se encontraron unidos en la lucha con otros sectores de la vida política argentina: el radicalismo, que había sido un partido de oposición a lo largo de todo el gobierno justicialista, los conservadores liberales, los socialistas y los demócratas progresistas. En estos últimos momentos, sólo los comunistas e izquierdistas avanzados apoyaron a Perón. El régimen peronista “soi dissant” existente para el combate al comunismo sólo conservó en su última fase un aliado que lo acompañó en su desventura hasta el fin, fue precisamente el comunismo. En este sentido, fue característica la actitud práctica de la FUBA, organización paralela al comunismo. En los ambientes universitarios se negaba a colaborar con cualquier tipo de agitación tendiente al derrocamiento de Perón.

En la lucha contra Perón, los nacionalistas desempeñaron un importante papel. Es sabida la influencia que tuvieron en la preparación del alzamiento militar de 1955, en los “rumores” y en los panfletos antiperonistas que empezaron a circular desde fines de 1954, algunos de los cuales eran obra de la pluma de nacionalistas. Por ejemplo, las *Cartas de Juan Pueblo a Perón* fueron escritas por Goyeneche; el periódico clandestino “Unión”, era redactado por nacionalistas; la carta al general Embrióni, de Mario Amadeo; y un panfleto con juegos de palabras soeces, era fruto de la imaginación de Luis Pablo Oliver.

Amadeo publicó, luego de 1955, un folleto que declara haber escrito antes de la Revolución de ese año, y haber hecho circular en copias mimeografiadas: se llamaba *Al día siguiente*.

No podemos dejar de mencionar en esta breve historia, aquella magnífica profesión de fe católica, que fuera la procesión de Corpus Christi del 11 de junio de 1955, en que centenares de miles de católicos se volcaron en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, desafiando a la tiranía que arreciaba por entonces su persecución religiosa. Todavía ella está viva en nuestro recuerdo, y sólo puede compararse a esa otra magnífica manifestación de fervor católico, que significó el Congreso Eucarístico del año 34, del que ya hemos hecho mención.



Congreso Eucarístico del año 34: 11 de octubre de 1934: Día de los niños (sin títeres, ni globos) - Primeras comuniones: La blanca columna de la izquierda nos muestra los 110.000 niños que recibieron su primera comunión ese día. - Como era la costumbre ofrecieron sus oraciones y sacrificios que se llamaban "ramilletes espirituales" (las canastitas) que alcanzaron la escalofriante cifra de cerca de 4.000.000...



Salida de la procesión del Corpus de la iglesia del seminario. — El arzobispo, bajo palio, que presidió la solemne ceremonia.

Nos referimos a esto, porque creemos de mucha importancia para el conocimiento e interpretación de la historia del nacionalismo argentino, y para el conocimiento del rol que desempeña en la historia política e ideológica de la Argentina, destacar el hecho de la existencia en la opinión pública de un creciente y por momentos renovado fervor católico. Pues esta opinión pública, precisamente, en determinadas circunstancias y movida por esos sentimientos, puso su mirada y su esperanza en las doctrinas aparentes del nacionalismo

argentino, como por otra parte ocurriera con movimientos de este tipo, tanto en Europa como en América latina.

En los albores del nacionalismo escuchamos el grito de Lugones: “Es la hora de la Espada”; y a poco de ocurrido el golpe de 1930 los jóvenes de la Liga Republicana y de la Legión Cívica exclamaban: “Tiros sí, votos no”. Pero en esta ocasión histórica, el nacionalismo no hizo más que acompañar una reacción que se produjo en las bases católicas de la Nación, cuyo lema era “Viva Cristo Rey”, y cuyo símbolo era la Cruz sobre la “V” de la victoria. A pesar de todas las postergaciones y desviaciones de sus dirigentes, el pueblo católico seguía respondiendo a su fe. Y ésta constituyó la fuerza que acabó con Perón.

A pesar de eso, los dirigentes nacionalistas se rehusaron formalmente a liderar un movimiento de fe.

Leemos en las páginas escritas en 1955 por uno de los más importantes representantes del nacionalismo de esta época, Mario Amadeo:

Esta es la hora de la síntesis; de que todos nos pusiéramos a trabajar aportando cada cual nuestra experiencia, lo positivo de nuestras convicciones, y abandonáramos, como lastre, *los aspectos caducos de nuestras respectivas ideas* (“Ayer, Hoy, Mañana”, pág. 122).

Al mismo tiempo proclamaba que:

... no resulta incompatible asumir una actitud casi conservadora en el terreno del espíritu y una línea casi revolucionaria en el campo de las relaciones sociales (*Op. cit.*, pág. 168).

Aquí vemos el punto de partida de un nacionalismo que se despoja de los últimos restos de su carácter aristocratizante y jerárquico, y que por otro lado se despoja también de su carácter católico.

Los que otrora fueran tildados de “ultramontanos” por su intransigencia, adoptaron un estilo y una ideología que los llevaba por los caminos del ecumenismo político a la procura de una “síntesis”.

Ejemplo de esto es la actitud asumida por Mario Amadeo, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, que a la par que nombró a Máximo Etchebar, de antigua militancia nacionalista, como embajador ante la Santa Sede, nombró a su vez a Alfredo L. Palacios, viejo líder socialista, Embajador ante el Uruguay. En su libro ya citado declara que esto fue libremente querido por él, como una muestra del nuevo espíritu de “unión nacional” y deseoso de síntesis que lo animaba (páginas 74/5, *op. cit.*).

## 2 — Actuación política del Nacionalismo

El gobierno de la revolución de septiembre de 1955 contó en su elenco con figuras características del movimiento nacionalista. Mario Amadeo ocupó la cartera de Relaciones Exteriores, Atilio Dell’Oro Maini, el ministerio de Educación, Juan Carlos Goyeneche la Secretaría de Prensa de la Presidencia, Luis María de Pablo Pardo, Consejero del Presidente Lonardi, esto para no nombrar sino los cargos de mayor importancia. Se recordará también que tuvo entonces gran influencia en la persona del general Lonardi, su cuñado, el Dr. Clemente Villada Achával, nacionalista de Córdoba.

Junto al nacionalismo estuvieron los sectores liberales e izquierdistas, que también contaron con sus representantes en el gabinete del gobierno revolucionario. Baste citar al ministro del Interior, doctor Eduardo Busso.

La permanencia del nacionalismo en el poder fue efímera. El golpe de estado del 13 de noviembre de 1955 culminó con el alejamiento del general Lonardi de la Presidencia de la Nación, y con él se fueron los nacionalistas, si bien Juan Carlos Goyeneche ya había renunciado un tiempo antes.

El lema de Lonardi, “ni vencedores ni vencidos”, fue recogido por el grupo nacionalista que, sintiéndose su heredero, comenzó a predicar una política de “reconciliación nacional”.

Reagrupados en la oposición al nuevo gobierno provisional, comienza a publicarse “Azul y Blanco”, cuyo primer número aparece el 6 de junio de 1956, bajo la dirección de Marcelo Sánchez Sorondo. Con él colaboraban Mario Amadeo, Federico Ibarguren, Máximo Etchecopar, entre los antiguos nacionalistas, apareciendo nuevas figuras, como Ricardo Curuchet y Mariano Montemayor.

En el n.º 1 de “Azul y Blanco” encontramos el lema “Unión nacional sin vencedores ni vencidos”, y una presentación del libro de Mario Amadeo *Ayer, hoy, mañana*. En los números 2 y 3 lo vemos abogar por “una convivencia nacional —gobierno para todos... y superación de los revanchismos”. “Azul y Blanco” en su n.º 4 aclara que “no es un periódico confesional”. “No es vocero de la religión católica, aunque personal y particularmente sus redactores sean católicos”.

Contrariamente a lo que sostenían en épocas anteriores, se muestran democratistas. Dice Roberto de Laferrère que el jefe de la Revolución debería crear un Congreso revolucionario, de manera de transferir así, a una asamblea popular “esas responsabilidades inmensas que hoy lo abruma y lo inmovilizan”, y agrega:

Hemos hecho de la *defensa de la soberanía et principio fundamental de nuestra acción pública*... El principio de la democracia es uno sólo: el de la soberanía del pueblo. ¿Y

quiénes han defendido este principio con tanto fervor como los nacionalistas en nuestro país?... lo que defendemos es la soberanía del pueblo argentino (“Azul y Blanco” n.º 9).

A la sazón fue creado el “Comité de Centros Populares”, cuyo secretario general era el señor Juan R. Ibarra. Este fue fundado para

... satisfacer la preocupación política de muchos ciudadanos que, *pertenecientes a diferentes sectores e ideologías*, coinciden sin embargo en el común anhelo de lograr la reconciliación de los argentinos, en una empresa de aliento nacional, de paz y de trabajo (“Azul y Blanco”, n.º 10, agosto de 1956).

Este comité organiza un acto en el teatro Cómico, en el que habla Mario Amadeo. Propicia el surgimiento de un nuevo movimiento de carácter nacional, pide para el país el debate libre y la reconstrucción del “diálogo”, y especialmente el respeto recíproco entre adversarios. Se manifiesta en favor de lo no proscripción del partido comunista “pues ello implicaría favorecerlo con el prestigio que da la persecución, aparte que la disolución de un partido podría constituir un peligroso precedente”, y dice que el nacionalismo encarna “las riquezas inmateriales de la más alta tradición”, para “formar una realidad nueva”. Dijo que “la nueva fuerza no debía ser confesional, porque ese tipo de partidos no tienen arraigo en nuestro país”. Atacó asimismo la sindicación libre, porque debilita a las fuerzas del trabajo (“Azul y Blanco”, n.º 12, agosto de 1956).

El 17 de noviembre de 1956 el Comité organizó un acto en Morón, al que concurrieron 2.000 personas, y en el que fueron oradores Mario Amadeo y Bonifacio Lastra.

En diciembre de 1956 el gobierno prohibió un acto organizado por los Centros Populares, y que debía llevarse a cabo en el Luna Park. “Azul y Blanco” del 26 de diciembre de ese año publicó el discurso que entonces debiera haber pronunciado Mario Amadeo.

Defendemos —decía— la forma republicana de gobierno, el derecho del pueblo a darse libremente sus autoridades por medio del sufragio y la vigencia de un régimen de garantías constitucionales.

Asimismo se fundó el Centro de Abogados pro Imperio del Derecho, que presidía Bonifacio Lastra, y cuyo vicepresidente fue Alfredo Villegas Oromí. En ese Centro encontramos a José Luis de Imaz, Jorge Cid Besada, Norberto Carrasco, A. P. Kenny, Enrique L. Kleinert, Fernando Lucena, Ignacia Moyano y Carlos Rodríguez Baigorria (“Azul y Blanco” del 7 de noviembre de 1956).

Luego de la caída de Perón se había formado el partido “Unión Federal”, integrado al principio por elementos nacionalistas de segunda fila, y que fuera representado en la Junta Consultiva creada por el gobierno revolucionario, por Enrique Ariotti y Horacio Storni. “Azul y Blanco” publicó en su número 4 un

comunicado de Unión Federal, en el que se pide un llamado a elecciones sin limitaciones.

Que llegue la paz cuanto antes —decía— a la vida de la República, y que no haya más sangre y lágrimas en los hogares de la Patria dolorida.

La Unión Federal organizó un acto en Venado Tuerto al que asistieron mil quinientas personas, siendo invitado Mario Amadeo. (“Azul y Blanco” del 10 de octubre de 1956). “Unión” fue un órgano periodístico de Unión Federal, cuya primera edición fue secuestrada por el gobierno. (“Azul y Blanco” del 19 de setiembre de 1956).

Sin duda el movimiento nacionalista, compuesto por las diversas agrupaciones mencionadas y expresado en “Azul y Blanco”, iba paulatinamente encontrando gran eco en la opinión pública y muy en especial en los sectores católicos, incluyendo al clero. A cuatro meses de su aparición, “Azul y Blanco” tiraba más de 100.000 ejemplares.

El 12 de noviembre de 1956 “Azul y Blanco” organizó una comida en el Palacio del Baile, en cuya cabecera se ubicaron Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Héctor Llambías, Julio Irazusta, Gral. Carlos Velasco, Juan Pablo Oliver, Adolfo Silenzi de Stagni, Máximo Etchecopar, Juan Carlos Goyeneche, Luis María de Pablo Pardo, Bonifacio Lastra, Alberto Caprile, Federico Iburguren, Basilio Serrano, José María Estrada, Mariano Montemayor, Enrique Arioti, Horacio Storni, Mario Martínez Casas, y a la que asistieron 4.000 personas.

### 3 — El nacionalismo se divide

El país fue convocado por dos veces a elecciones por el gobierno de la Revolución Libertadora. La primera para la reunión de la Convención Constituyente del año 1957, y la segunda para las elecciones del 23 de febrero de 1958, que dieron el triunfo a la UCRI, aliada al peronismo, llevando a la presidencia a Arturo Frondizi.

En las elecciones de 1957 un grupo de nacionalistas encabezado por Mario Amadeo, se presentó al frente de la Unión Federal, y otro grupo con Marcelo Sánchez Sorondo y Juan Carlos Goyeneche formó el Partido Azul y Blanco, y permaneció con el periódico de ese nombre, que fue cerrado por el gobierno de la Revolución en 1957 para reaparecer más tarde con el nombre de “Segunda República”.

En la Convención Constituyente, el único representante de la Unión Federal electo fue Enrique Arioti, convencional por Santa Fe, quien se retiró de la Convención conjuntamente con la bancada mayoritaria de la UCRI, en señal de protesta y de apoyo a la Constitución de 1949.

En las elecciones del 58 el grupo de Mario Amadeo apoyó decididamente la candidatura de Arturo Frondizi, que presentó un programa que se denominaba “nacional y popular” y que propiciaba una política de integración. Era de neto corte izquierdista, y recibió el apoyo de los sectores peronistas y del partido comunista (Conf. “La Nación”, 22-2-58). Arturo Frondizi había militado en las filas del radicalismo desde su juventud, y fue en la década del 30 abogado del Socorro Rojo Internacional, instrumento de propaganda de la Unión Soviética, y en la del 40, ejecutivo de la Liga de Defensa de los Derechos Humanos, una organización paralela del Partido Comunista. “Azul y Blanco”, dirigido por Sánchez Sorondo, había mostrado su simpatía por el líder radical intransigente desde 1956, distinguiéndolo como un renovador en medio de las filas de los “viejos políticos”.

Frondizi recibió también el apoyo de Rogelio Frigerio, y de su revista “Qué”, en la que colaboraban Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche.

El 1.º de mayo de 1958 asumió la presidencia de la Nación Arturo Frondizi, quien nombró a Mario Amadeo Embajador argentino ante las Naciones Unidas, llegando a ser en ese organismo presidente del Consejo de Seguridad. Otros nacionalistas ocuparon cargos en su gobierno: Santiago Estrada, Embajador ante la Santa Sede; Máximo Etchecopar, en Perú; Santiago Sanz, Director de Política del Ministerio de Relaciones Exteriores; Alberto Tedín, Ministro de Industria y Minería; Carlos Florit, Ministro de Relaciones Exteriores; Angel Centeno, Subsecretario de Relaciones Exteriores; comodoro Juan J. Güiraldes, Presidente de Aerolíneas Argentinas, etc. La vinculación entre el nacionalismo y Frondizi fue tan grande, que la participación que tuvieron en este gobierno fue considerablemente mayor que en el gobierno de Perón.

Si bien escapa a los límites de este trabajo analizar la gestión política y económica del gobierno de la UCRI, no podemos dejar de recordar que en enero de 1962, en la Conferencia de Punta del Este, se opuso a la ruptura de relaciones con Cuba y a su expulsión de la OEA, y que Frondizi recibió en privado, durante varias horas, a Fidel Castro cuando visitó Buenos Aires. También dio salvoconducto para visitar el país al famoso Ché Guevara, agitador internacional, con quien conversó largamente en privado.

La colaboración del nacionalismo dirigido por Mario Amadeo, no fue ocasional ni una pura maniobra política; era fruto también de una coincidencia ideológica. En una carta escrita por éste a Frigerio, publicada en “El Nacional” del 18 de febrero de 1959, Mario Amadeo le expresa las bases del gran movimiento nacional que debe fundarse con la participación del nacionalismo, la UCRI, el peronismo y todos los hombres de mentalidad nacional. Es sabido que Frigerio, político de mentalidad marxista, ejerció una especie de gobierno paralelo en tiempos de Frondizi y hasta se le acusó de haber recibido comisiones indebidas en negociaciones económicas realizadas en Estados Unidos. ¿Qué

garantías podía ofrecer para un movimiento político que se pretendía católico e hispánico?

## 4 — El nacionalismo, la caída de Frondizi y el gobierno de Illia

En estas distintas metamorfosis que el nacionalismo argentino fue presentando a lo largo de las etapas que venimos estudiando, claramente se advierte que este movimiento fue abandonando cada vez más sus antiguos postulados, para entrar en un campo exclusivamente político, con muchas implicancias doctrinarias, pero también con una buena dosis de oportunismo.

Un sector del nacionalismo, el orientado por Marcelo Sánchez Sorondo, luego de haberlo apoyado, se apartó de Frondizi. Este fue uno de los tantos cambios de posición del nacionalismo. Desde ese momento, Marcelo Sánchez Sorondo se convirtió en firme opositor del gobierno de la UCRI.

A la sazón, el ejército se encontraba dividido en dos bandos —llamados azules y colorados—, los primeros se autotitulaban legalistas, y los segundos querían derrocar al gobierno mediante un golpe militar, y eran los llamados “gorilas”.

En estas circunstancias, Marcelo Sánchez Sorondo desde las páginas de “2.<sup>a</sup> República”, que aparecía semanalmente, atacaba duramente al gobierno de Frondizi y a su Ministro de Economía, Álvaro Alsogaray. La principal acusación que entonces formularon fue que Frondizi era un político menchevique, que preparaba el camino para el comunismo en la Argentina. Otro tanto hizo el Padre Meinvielle, en una serie de conferencias que pronunció en los años 1961 y 1962 en diversos lugares del país, y en los editoriales de “Presencia”, que finalmente le fuera cerrada por el Arzobispado de Buenos Aires, a raíz de un editorial titulado “¿Puede un comunista ser presidente de los argentinos?”.

Por otra parte, el sector del nacionalismo encabezado por Mario Amadeo seguía colaborando con el gobierno desde su importante representación diplomática, hasta que renunció una vez caído Frondizi. Ese cargo puso a Amadeo en un plano internacional de actuación que representa el más completo cambio de actitud respecto a lo que hasta ese momento se había considerado ser nacionalista.

El historiador de este período del nacionalismo que considere a Amadeo actuando en el plano internacional, con contactos cordiales y permuta de gentilezas con norteamericanos, soviéticos, etc., no puede dejar de notar una metamorfosis muy grande con relación al líder nacionalista que se proclamaba anti-capitalista y anticomunista en etapas anteriores.

En el año 1962 Frondizi permitió la participación del peronismo en las elecciones parlamentarias y de gobernadores. El peronismo obtuvo entonces el 31,9 por ciento de los votos y el control de nueve provincias, incluyendo la de Buenos Aires, en la que fuera electo gobernador el dirigente gremial Andrés Framini. Este fue apoyado por el grupo de Marcelo Sánchez Sorondo, a pesar de que reconocían que el candidato estaba rodeado de marxistas.

Es curioso el modo como Mario Amadeo y Marcelo Sánchez Sorondo se han dividido los campos políticos en esta tercera época de la historia del nacionalismo; Mario Amadeo es el hombre de la componenda de gabinete, Marcelo Sánchez Sorondo, el de la componenda de barricada. Pero tanto uno como otro, realizan su acción de un modo ecuménico y colaboracionista.

El sector colorado de las fuerzas armadas destituyó al presidente Frondizi, quien con anterioridad había anulado las elecciones. “Segunda República” aplaudió este golpe.

El 30 de marzo de 1962 se hizo cargo de la Presidencia el doctor José María Guido, Presidente del Senado en ese tiempo, quien gobernó durante 19 meses. En su gobierno participaron integrantes que tomaron medidas de orientación nacionalista, como José Mariano Astigueta, en el Ministerio de Educación, el general Rauch, Ministro del Interior y su Subsecretario, el Dr. O’Donnel. Estos dos últimos iniciaron una campaña de denuncia contra el aparato económico-político montado por Frondizi y Frigerio, señalando los negociados de que eran responsables. Era una requisitoria contra la deshonestidad administrativa más que contra la ideología que movía al gobierno saliente...

El P. Meinvielle desde la hoja “La Grande Argentina”, y Marcelo Sánchez Sorondo, apoyaron a Rauch.

Ante la proximidad de un previsible llamado a elecciones, se empezaron a mover nuevamente los colorados. Estos acusaban al gobierno de Guido de ser una continuación del de Frondizi, una especie de albacea de su obra de destrucción del país. Por eso, recelando de las combinaciones que se harían en la contienda electoral, prepararon un golpe de estado para deponer a Guido e implantar una dictadura liberal.

En ese momento, reaparece el coronel Juan F. Guevara. Su actuación pública, desde el 13 de noviembre de 1955, fecha del derrocamiento de Lonardi, estaba prácticamente interrumpida. Pero en esos ocho años había tomado contacto con el grupo “Verbo”, dedicándose de lleno a la fundación de células de ese movimiento de origen francés, movimiento respetable y ortodoxo, asesorado por el P. Grasset, y que contaba con la colaboración del Ing. Roberto Gorostiaga.

El P. Grasset es un personaje que se incorpora en este tiempo a la vida política del nacionalismo y que merece un párrafo aparte. Derechista, francés,

ordenado sacerdote en la Congregación de Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, su afición por los asuntos temporales hubo de alejarlo de su orden para entregarse de lleno a la acción política de influencias y de contactos personales. Dotado de un fuerte carácter, en poco tiempo se convirtió en el personaje del momento en los círculos nacionalistas. Patrocinábalo especialmente Juan Carlos Goyeneche. Su método eran los ejercicios espirituales de San Ignacio. Cuando quería influir decisivamente sobre algún político, lo invitaba a hacer ejercicios con él. Y así adquiría un ascendiente espiritual y político que le servía luego para sus combinaciones. Entre los asistentes a estos ejercicios, se cuentan Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo, Santiago de Estrada y otros.

Por la acción de Guevara y del P. Grasset, “Verbo” se convirtió en un grupo de orientación católica, pero con actuación política. En esa actividad, si bien acompañaba, cabe decir que no intervenía políticamente el Ing. Roberto Gorostiaga. Su acción se caracterizaba por un corte más católico y doctrinario que el de los otros.

Pues bien, Guevara reaparece en agosto de 1962 con la publicación de una carta a los mandos del ejército, en ese momento detentados por el grupo colorado. En esas cartas Guevara defiende el derecho del “país real” a expresarse, y su repudio a la dictadura de ideólogos liberales, cuya imposición —decía— se tramaba en esos momentos.

El pronunciamiento de Guevara produjo un gran efecto. Marcelo Sánchez Sorondo lo apoyó desde “Segunda República”, y en general los oficiales del Ejército se sintieron entusiasmados por el llamamiento de un hombre de limpia trayectoria. La consecuencia de esto fue que quedó allanado el camino para el contragolpe de Onganía. Este se produjo poco después, a fines de 1962. Su ideología, a la cual no le es ajena alguna marca nacionalista, quedó definida en el famoso “Comunicado 150” en que se exponían las bases de una política de respeto a la voluntad popular. Es decir, se afirmaba la necesidad del llamado a elecciones y se destruía la última oportunidad de un retorno a la dictadura liberal que propiciaban los “colorados”. El Comandante en Jefe del Ejército, general Juan Carlos Lorio, de tendencia “colorada”, fue sustituido por el general Onganía.

## 5 — Dos formas de ecumenismo político

Al final de 1962 y principios de 1963, hasta las elecciones presidenciales convocadas por el Presidente Guido para julio de 1963, se ve a las dos fracciones principales del nacionalismo entrar en acuerdos políticos ecuménicos.

Mario Amadeo montó una oficina política que se dedicó de lleno a promover el Frente Nacional y Popular. En ese Frente se esperaba contar con el apoyo del frondicismo, del peronismo, de la democracia cristiana de Horacio

Sueldo y del nacionalismo. La maniobra consistía en presentarse como la alternativa obligada contra el “gorilismo” encarnada en la impopular candidatura de Aramburu. Y el paso principal era obtener de Perón la “orden” de votar al candidato del Frente. Mario Amadeo bregó para ser designado tal, pero finalmente, al no obtener el Frente el correspondiente visto bueno de las Fuerzas Armadas, se designó a un perdedor, Vicente Solano Lima.

Las elecciones fueron ganadas por el Radicalismo del Pueblo, llevando a la presidencia a Arturo Illia, un médico de Cruz del Eje, pueblo de las serranías cordobesas.

Entretanto, también en 1962 y 1963, Marcelo Sánchez Sorondo, desde “Segunda República” se dedicaba a la misma tarea unificante, con los mismos y con otros grupos, inclusive los radicales del pueblo.

En este sentido propició la unión ecuménica de distintos sectores que, según decía “Segunda República”, a pesar de los distintos matices coincidían en un programa común nacional y popular, que superara los antagonismos de “derecha” e “izquierda”, con los que lucraba la dialéctica marxista (Conf. *Política de apertura*, “Segunda República”, n.º 8, 16-5-62).

“Nuestro pueblo —decían— pide una dictadura que cierre el ciclo de selección al revés producido por la decadencia de nuestras viejas clases dirigentes y promueva una nueva élite que sea síntesis de todas las clases sociales mancomunadas en el sentido de unanimidad nacional” (*El pueblo pide una dictadura nacional*, “Segunda República”, n.º 20, del 22-8-62).

Se hacía un llamado a “las fuerzas políticas de tendencia nacional” para que

... dejando atrás las querellas del pasado inmediato, deben formular de consuno un esquema de conducta y realizar su propio examen de conciencia... Para ello es preciso poner ahora el acento en los temas que susciten un sentimiento de unanimidad. (“Segunda República”, N.º 8, Política de Apertura, 16-5-62).

A esta altura de nuestra experiencia política nos importan poco las generalidades y los principios abstractos. Ante la necesidad de situarnos como amigos o adversarios, registramos decisivamente las posiciones manifestadas con esa elocuencia irrefutable de los hechos. En épocas normales la militancia en un partido era suficiente para determinar una filiación, para identificar una política (*Hora de decisión*, “Segunda República”, n.º 17, 25-7-62).

Es así como “Segunda República” propone un frente nacional de base “social cristiana”, al que concurrirán desde distintos sectores, “como expresión de los ideales de nuestro pueblo, los conservadores herederos de Alsina” —es decir el Conservadorismo Popular de Solano Lima—, fuertes sectores del radicalismo, “que vienen del federalismo por Alem, los peronistas en masa cuyo líder les hablara de soberanía y justicia social”, “... el electorado peronista es

parte entrañable del movimiento nacional. Sin el peronismo no hay solución nacional” (“Segunda República”, n.º 17, del 25-7-62, *Hora de decisión*) y la Democracia Cristiana, que para ellos había cruzado el Rubicón al descubrir el país por medio de su nueva política. Se refería al liderazgo de Horacio Sueldo, en el Partido Demócrata Cristiano, y al paulatino viraje hacia la izquierda que esta agrupación política venía llevando a cabo desde 1955, y que fuera denunciada más tarde por “**Cruzada**” en su famosa *Interpelación a los diputados del Partido Demócrata Cristiano*, a raíz del programa de reforma empresaria presentado por ellos en el Congreso Nacional (1965). Finalmente —agregan— “los nacionalistas, siendo los primeros, coherentes y a la vez dispersos, verdaderos, gestores del movimiento nacional y doctrinarios de su revolución pendiente” (“Segunda República”, n.º 8, del 16-5-62, *Política de apertura*, y n.º 4, del 18-4-62, *Ayuda memoria*).

Por entonces “Segunda República” publicaba las opiniones de los representantes de todos estos sectores. En su N.º 5, del 25 de abril de 1962 publica, bajo el título “Convivencia Nacional”, sendos reportajes a Cafiero (peronista), Marini (radical del pueblo), Perette y Lascano (radicales), señalando que “las opiniones que publicamos permiten ser optimistas. El país, pese a todo, está mucho más unido de lo que parece”. En el n.º 5, del 25 de abril de 1962, publica un reportaje a Horacio Sueldo, quien dice: “El remedio a esta situación es una revolución auténtica”, y en el n.º 10 del 31 de mayo de 1962, publica un artículo de Vicente Solano Lima titulado *Salgamos de los errores*.

En el orden económico social proponía la constitución de un Consejo Económico Social, integrado por representantes de gremios y empresarios, y el establecimiento de un orden político nuevo, como expresión de una democracia orgánica, que reconozca los siguientes elementos estructurales de la Nación: la familia, las asociaciones del trabajo y de la producción, los municipios y las provincias (“Segunda República”, n.º 4, del 18 de abril de 1962, *Un programa institucional*).

En materia de política económica eran partidarios del desarrollo basado en los lineamientos dados por la Carta de Punta del Este a la “Alianza para el Progreso” y fundado en los principios económicos propuestos por Keynes (N.º 18, 18 de agosto de 1962, *Bases teóricas*).

La mejor corriente de economistas norteamericanos, Rostow, Galbraith, Gordon, y las Universidades de Boston, con sus centros especiales de investigaciones, ha servido de inspiración a la Alianza. Nuestra satisfacción teórica es, pues, grande (N.º 9, del 23 de mayo de 1962, *Una posición argentina frente la Alianza para el Progreso*).

Como ya dijimos, hay una salida dinámica expresada en nuestra doctrina económica que coincide con la Carta de Punta del Este, en que se concretaron los principios generales de la Alianza para el Progreso... Señalamos claramente que es completa la coincidencia en el campo teórico y doctrinario entre las disposiciones de la Carta y nuestra “Síntesis de

Doctrina Económica” publicada el 2 de mayo de 1957 (*Una posición argentina frente a la Alianza para el Progreso*, N.º 9, del 23 de mayo de 1962).

... ningún desarrollo económico, compatible con los objetivos de la Alianza, es posible sin una estructura social que permita que la gran masa del pueblo participe de los beneficios del progreso,

y que

cada hombre pueda esperar de ella una razonable proporción de justicia social. Esto significa con frecuencia cambios básicos y hasta revolucionarios en la estructura de nuestra sociedad (N.º 9, *art. cit.*).

Evidentemente este programa económico implica necesariamente una serie de reformas de base o cambios de estructuras. “... es necesaria —dicen— la intervención del pueblo en la política y en la economía, *barriendo privilegios*” y citando al expresidente americano J. Kennedy agregan: “Quienes no hagan posible una revolución pacífica, harán inevitable una revolución violenta” (*art. cit.*).

Frente a la revolución cubana, señalan que apoyaron la revolución nacional de Cuba,

pero la de Fidel Castro es una revolución marxista. Nuestra solidaridad alcanza donde llega la soberanía de Cuba y su movimiento nacional. Más allá de ese límite, repudiamos la intervención extranjera cuya última consecuencia es sin duda, el imperialismo comunista. (N.º 12, del 13 de junio de 1962, *No embrollen los marxistas*).

Triunfante finalmente Illia, Marcelo Sánchez Sorondo postuló su designación como embajador en el Brasil. Fue nombrado en esa dignidad, pero no en ese destino, y es por tal motivo que renunció. Pero otros nacionalistas de su grupo ocuparon cargos en el gobierno radical, aunque de segunda fila.

## 6 — Los años recientes

El advenimiento del régimen de Onganía coincidió con un fuerte impulso a nivel internacional de toda forma de sincretismo ideológico y con la formación, en los más variados sectores político-sociales, de la convicción de que la era de las ideologías había pasado y empezaba para el mundo la del desarrollo económico y de la justicia social.

Esta inmensa rotación de espíritus traía consigo tres presupuestos:

1.º — Que la verdad es relativa;

2.º — Que el concepto de justicia social es obvio y está por encima de las discusiones de escuelas, y

3.º — Que lo económico es el dominio más importante de la vida y la palanca de todas las formas del progreso.

Como es fácil ver, ese sincretismo es él mismo una ideología. Cabría aún aquí al nacionalismo combatir esa ideología en sus presupuestos tan contrarios a las afirmaciones primeras del movimiento nacionalista; en lugar de hacer esto, el nacionalismo desembocó en el sincretismo. Esa es su actitud presente la cual revela el fondo relativista que siempre lo animó.



## **SEGUNDA PARTE**



# CAPÍTULO ÚNICO

## Síntesis de la Doctrina del Nacionalismo

### RESUMEN DEL CAPITULO

1. El nacionalismo siempre tuvo una doctrina aparente y otra real. La causa de esto está en que el nacionalismo se nutrió siempre de la fuerza del renaciente catolicismo de principios de siglo, a partir de San Pío X y de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima. Ello lo obligó a hablar de un modo que fuera aceptable para el pueblo fiel. Pero al mismo tiempo, sufría la influencia de autores y movimientos europeos que lo inspiraba decisivamente. Esto dio origen una “doctrina aparente” y otra “doctrina real” en la temática nacionalista.

2. Frente a los infundios de la “leyenda negra” y frente a la utopía liberal, el nacionalismo levantó la bandera de la restauración de la verdad histórica y del ideal hispánico. Fue así declarado partidario de una Verdad absoluta, de la jerarquía, y del orden social orgánico.

3. Pero los nacionalistas, por falta de originalidad para continuar la tradición hispánica en los tiempos actuales; por falta de sólidos principios católicos, se dejaron llevar monótonamente por la última “moda” de los movimientos políticos europeos, empezando por el fascismo. Este “snobismo” los llevó a sostener doctrinas opuestas al ideal que anunciaban inicialmente. Adoptaron un evolucionismo hegeliano que les sirvió para justificar su evolucionismo, y con eso obtuvieron ventajas políticas.

4. La mentalidad dialéctica del nacionalismo se apoya sobre un principio implícito: la Verdad absoluta es limitada y poco vital; lo relativo, en cambio es amplísimo y de gran influencia en la Historia. De ahí la importancia que otorga el nacionalismo a “lo histórico”. Esa dialéctica se distingue de la marxista. Nada es tajante ni excluyente. Lo que hoy es, mañana puede no ser. “Lo fundamental” siempre se salva, pero de un modo vago e impreciso. Esto implica una falta de seriedad en el nacionalismo.

5. La doctrina social, política y económica del nacionalismo mucho se asemeja al “maurrasianismo” y al “fascismo”. El hombre es un ser social; el individualismo es un grave mal que destruye la Nación. Una élite vigorosa debe reaccionar contra esto e imponer una dictadura. La economía debe ser rígidamente controlada. Debe implantarse una reforma agraria. Las corporaciones de Estado reunirán a las clases productoras, antagonizadas por el capitalismo liberal. La Iglesia es una parte de la Nación con la cual hay que entrar en una relación de paridad, por medio de un Concordato. En educación, mantenían la necesidad de darle a ésta un contenido católico. Estas dos posiciones son de raíz maurrasiana porque no reconocen a la Iglesia su superioridad sobrenatural. En política internacional propiciaban una conducta independiente.

## 1 — Doctrina aparente y doctrina real

Una causa que contribuye especialmente a dificultar el hallazgo y exposición de la doctrina del nacionalismo consiste en que éste tuvo casi en todos los momentos de su historia, una doctrina aparente y otra real. Es decir, hay ciertas afirmaciones en sus escritos que rinden tributo de adhesión a un principio que luego no tiene aplicación lógica en otros aspectos de su pensamiento. Y sabemos que aquel principio es sólo aparente y éste segundo el que realmente les anima, porque sus actos públicos, las posiciones que adoptan frente a la historia o la política se guían siempre o casi siempre por el segundo y no por el primero.

Podría preguntarse el motivo de esa dualidad. La respuesta es la siguiente: Tal como lo explicamos en la parte histórica de este trabajo, el nacionalismo apareció a principios de este siglo como expresión de un renacer del catolicismo en todos los países de la Cristiandad, renacer del cual el Pontificado de San Pío X es una marca altísima. Ese renacimiento, producido sin duda por la gracia, impulsaba a hombres de las clases más modestas, así como de la aristocracia, pasando por la clase media, es decir, no era una suerte de escuela intelectual cerrada, que hubiera florecido como una rara flor en un ambiente hostil. Era una poderosa infusión del Espíritu Santo que Nuestra Señora de Fátima llevó al auge con sus apariciones a los pastorcitos portugueses.

Esa onda maravillosa no ha muerto. Desfigurada de mil modos por tantos de quienes han pretendido representarla, sin embargo permanece y es la prenda de una promesa de Dios de una plena y total Restauración.

El nacionalismo se nutrió siempre de esa corriente. Vivió del prestigio que obtuvo en los medios católicos. Sin eso, su fuerza de base jamás hubiera existido. Ello lo obligó a hablar de un modo tal que pudiera ser comprendido y aprobado por el pueblo fiel. Pero sin perjuicio de eso, pronto comenzó a seguir sus propias elucubraciones. Ideas nacidas en círculos intelectuales europeos, sobre todo franceses, que no tenían su origen en las limpias y accesibles doctrinas de la Santa Iglesia, fueron penetrando cada vez más en el vocabulario y en los temarios del nacionalismo. Ahora bien, esas doctrinas no estaban hechas para la masa. Luego, era conveniente reservarlas para ciertos círculos o presentarlas rodeadas de aspectos conocidos. Y así nació la dualidad de que venimos hablando.

El método, pues, de nuestro estudio, será distinguir, en lo posible, las doctrinas reales de las aparentes.

No queremos considerar aquí el problema de la buena o mala fe con que se seguía —y aún se sigue— este procedimiento. Nos quedamos con el hecho escueto y objetivo.

## 2 — Un ideal católico y de restauración de la Cristiandad medieval

Frente al mundo moderno, hijo de la revolución anticristiana que había destruido la Edad Media —verdadera primavera de la historia, como decía Pío XII en uno de sus discursos—, el nacionalismo argentino levantó la bandera de la restauración del orden católico e hispánico.

Nuestra historia oficial había sido escrita por los liberales, imbuidos del escepticismo volteriano de la Revolución Francesa, admiradores de los escritores enciclopedistas, de los ideales del laicismo, de la ciencia y de la democracia igualitaria, al estilo norteamericano. Por eso, tal historia denigraba la obra civilizadora de España, acusándola de oscurantista, despótica y codiciosa. La “leyenda negra”, de la que fue promotor, tal vez involuntario, fray Bartolomé de las Casas, fue impulsada interesadamente por los liberales americanos.

Ese movimiento no era espontáneo. Está probado hasta la saciedad que era coordinado por la masonería la cual desempeñó un papel de primera importancia en la Independencia y organización de nuestro país.

Cuando aparece la generación nacionalista, se coloca en una posición abiertamente polémica contra esos infundios. Defiende el ideal tradicional de hispanidad católico, aristocrático y patriarcal. Y su celo llega hasta el extremo de distinguir entre la monarquía borbónica implantada en España a partir de Felipe V, y la anterior dinastía de los Reyes de la Casa de Austria. A aquéllos los acusa de estar teñidos del enciclopedismo liberal, y ser responsables de la introducción del sistema del despotismo ilustrado. Y en los Austria exalta a los Reyes Católicos, tradicionalistas y respetuosos de las desigualdades y de los fueros verdaderamente interesados en el progreso espiritual y material de nuestro continente.

Correspondiendo a esa actitud histórica, el nacionalismo buscó profundizar en el conocimiento y en la defensa de los principios católicos y de los derechos de la Iglesia. Contra el escepticismo liberal, afirmaba la existencia de una Verdad absoluta, contra el relativismo moral, afirmaba la necesidad de someterse a la Ley eterna, invariable, dictada por Dios.

En lo social, se oponía a la marea del igualitarismo defendiendo la necesidad de la jerarquía. Ello lo colocaba en la más intransigente oposición al socialismo y al comunismo.

En lo político, hastiado de los espectáculos de la demagogia partidista, sostenía la urgencia de una restauración de la autoridad, y junto con ella, de los cuerpos intermedios, a través del corporativismo.

### 3 — Los falsos modelos europeos

Sin embargo, por falta de originalidad para poner todos estos ideales en términos postcoloniales argentinos, por falta de principios definitivamente católicos que les tornasen ideológicamente posible esa tarea, cayeron en un “snobismo” esterilizante. No comprendieron que en la Argentina no sólo había un colonialismo político de Europa, sino también un colonialismo ideológico en el tiempo en que ellos eran jóvenes, y que por tanto era preciso innovar con inspiración en el pasado y no meramente copiar la última moda intelectual. Ellos cayeron por eso, en el “snobismo” y en vez de hacer algo auténticamente hispanoargentino, fiel al espíritu que presidió el reinado de los Austria —que no era otro que el espíritu medieval— los nacionalistas hicieron otra cosa: monótonamente comenzaron a adoptar los varios tipos y estilos de la última moda europea que fuera menos distante de aquel ideal. Así fueron fascistas, después falangistas y en Argentina, filoperonistas, y hoy son vagamente reaccionarios e izquierdistas, o definitivamente izquierdistas, o todo mezclado, por causa de la desorientación ideológica de hoy. En momento en que la más reciente moda en el terreno económico social parece ser la convergencia ideológica entre Oriente y Occidente cuyo más moderno y “elegante” ideólogo es Roger Garaudy, no nos sorprendería que pronto en las filas nacionalistas la fidelidad a la moda suscitase “apóstoles” estrepitosos de esa convergencia.

Esta carrera detrás del “snobismo” los llevó a aceptar doctrinas sucesivas, todas ellas lo contrario, por lo menos en algunos puntos fundamentales, del ideal que anunciaban inicialmente. Esas negaciones, por su propia lógica, deberían llevarlos tal vez a lo largo de los años, a la negación de todo ese ideal.

En la síntesis histórica se nota el sustrato ideológico relativista del nacionalismo. Pero a esto es preciso agregar algo y es que ese eclecticismo sirvió mucho a la carrera política de sus miembros. ¿Por qué? Porque con poca creación intelectual, una producción abundante, fórmulas hispanistas estereotipadas y trabajos de divulgación, hicieron revistas, periódicos, libros, etc., se tornaron conocidos y proyectaron en el tablero político el prestigio así adquirido. Eso les permitió actuar con destaque en tres situaciones históricas: primero en el peronismo, segundo en el derrocamiento del peronismo y tercero en el “banquete” sincretista que sucedió al peronismo.

Justificaron ese proceso en nombre de un evolucionismo hegeliano que, no sin tino estratégico, adoptaron desde el principio. Resultado: la única cosa que tuvieron de constante fue su relativismo. No lo abandonaron nunca. Fue la

pista invariable por la que corrieron continuamente, en un desplazamiento que se dio siempre de la derecha para las posiciones izquierdistas más radicales.

Ese evolucionismo forma parte de la dialéctica hegeliana, que en el nacionalismo podría formularse de la siguiente manera: hay una contradicción constante entre el país real y el país legal. De esa contradicción resulta una crisis de la cual surgirá el Estado nacionalista cualitativamente distinto al Estado liberal pero también diferente del régimen hispánico de la colonia.

#### 4 — La dialéctica nacionalista

La mentalidad dialéctica está mucho más difundida, por obra de la Revolución anticristiana, de lo que a primera vista podría suponerse. Ella se nutre de la utopía irénica o pacifista que suscita la Revolución: no discutir sino para coincidir. (Conf. Plinio Corrêa de Oliveira, *Trasbordo ideológico inadvertido y diálogo*, Edición “Cruzada”, Buenos Aires, 1966). [N.C.: este libro se encuentra en línea en [https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Dialogo\\_espanha\\_1971.htm](https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Dialogo_espanha_1971.htm) ).

La polémica sólo se justifica en vista de la síntesis. Dado que la discusión es un hecho inevitable, se trata de domesticarla haciéndola dialéctica.

Esto que, en un gran sector de la opinión pública, se da en forma de mentalidad y de tendencia, en una minoría dirigente se presenta de un modo más o menos explícito en forma de presupuestos metafísicos y de métodos de acción.

El principio metafísico es: la Verdad absoluta no existe o existe sólo en puntos tan limitados y escasos, o tan abstractos y elevados, que son casi irrelevantes, no por carecer de importancia sino por carecer de influencia en la vida. Lo absoluto es menos vital que lo relativo, y esto último es lo que constituye la trama de la historia.

De allí se desprende que la historia es la ciencia más importante, porque trata de lo que más influye en nosotros.

Eso relativo no es inmóvil; se mueve por oposiciones sucesivas, que no son destructivas sino creadoras, y llevan al progreso de la Humanidad. De ahí viene el nombre de dialéctica que recibe esta filosofía. “Dialéctica” es la lógica aplicada al arte de la conversación o la discusión. En ella se produce un intercambio o un choque de principios, de acuerdo a las reglas inmutables del pensamiento.

Se ve que en el fondo de este relativismo optimista hay en realidad un panteísmo, puesto que, si lo absoluto es irrelevante, Dios que es el Supremo Absoluto, o es despreciable o bien es relativo y móvil. Si es lo primero, hay un ateísmo larvado, porque es absurdo un dios cambiante. Si es lo segundo, que es

la única salida coherente del sistema, Dios es interno a la naturaleza cambiante, luego es un *Pantheos* (Dios-todas-las-cosas).

Es claro que los nacionalistas no afirman estas últimas consecuencias de su sistema. Por el contrario, proclaman a cada paso su fe en la trascendencia de Dios Creador, en la Iglesia, etc. Pero aplícaseles el mismo principio que el P. Meinvielle hace jugar contra Maritain: “Este liberalismo católico no ha de considerarse como un sistema rígido sino como un conjunto de tendencias más o menos coherentes...” (*De Lamennais a Maritain*, pág. 115).

Esto es lo que en definitiva constituye el nacionalismo: un conjunto de tendencias que expresan un dialecticismo constante, aunque de intensidad y profundidad variadas.

La dialéctica nacionalista se distingue de la dialéctica del marxismo.

Para el materialismo dialéctico la Naturaleza física es la única realidad. Esta se compone de contradictorios que luchan constantemente entre sí. En el orden social, son las clases sociales las que se oponen entre sí. La lucha debe ser acelerada por medios violentos.

En la posición nacionalista, la dialéctica es un hecho que denota la vida. No se trata de acelerar la lucha sino de apresurar la síntesis. El ideal es la síntesis que resultará. El que no acompaña la evolución práctica de las cosas, es un reaccionario execrable: llegado el caso hay que usar la violencia. Pero a diferencia de los marxistas, creen en el espíritu y ven en la evolución de la Historia una manifestación de la Providencia de Dios.

Siendo así, para ellos no tiene sentido una disensión absoluta, porque nada es tajante, ni excluyente: El mundo cambia, la circunstancia varía. Lo que hoy es, mañana puede no serlo. Excepto lo fundamental (que siempre se nombra así, de un modo vago y vaporoso) en lo que *todos* estamos de acuerdo. Y como todos estamos de acuerdo, no entra en la dialéctica, y por ende, tampoco entra en la vida. Eso, desde luego, no excluye que cada uno exponga su pensamiento con vehemencia si es necesario. Pero no habrá separaciones definitivas.

En los nacionalistas más católicos la dialéctica se da entre una tesis, que es la Teología y la doctrina de la Iglesia, y una antítesis que sería la cambiante realidad política. La síntesis consistirá en una aplicación imprevisible, que no será una conclusión lógica, porque lo individual es infable, de las premisas teológicas. Por eso, cuando se leen textos de tales nacionalistas en los que exponen la tesis, parecen ser de una ortodoxia absoluta y sin fisuras. Pero siempre se los verá, o en el mismo libro o en uno inmediatamente posterior, referirse a la realidad política en los términos más relativistas, sacando luego las conclusiones sintéticas más variadas: ayer eran partidarios del fascismo, hoy de un sindicalismo izquierdizante, mañana no se sabe de qué. Ellos son dialécticos y sus conclusiones son siempre imprevisibles. Para todo tienen justificación.

El carácter dialéctico del pensamiento nacionalista se traduce en una falta notable de seriedad ideológica. Entendemos seriedad en el sentido de la Iglesia Católica, de Santo Tomás de Aquino, y como la entienden las ciencias positivas.

La acusación de la doctrina católica al relativismo es que le falta toda seriedad, así como un estudio de astronomía o de medicina que fuera relativista sería acusado de falta de seriedad.

## 5 — “País real” y “política de cosas”

Los nacionalistas se presentan como intelectuales, pero al mismo tiempo profesan un gran desprecio por las “ideologías”, involucrando en no pocos casos, de un modo directo o indirecto al propio catolicismo. Hay nacionalistas que llegan a concebir las doctrinas como “mitos” que el hombre inventa para explicar más cómodamente la realidad, y muchas veces, mitos interesados que permiten a los poderosos mantener un dominio ilícito sobre los pueblos.

Hablan —parodiando a Mussolini— de una “política de cosas”, es decir, de una política que no se pronuncie, sino que actúe. Eso les permite intervenir plenamente en la “dialéctica histórica”, no ser reaccionarios —cosa que temen—, e inclusive, cooperar con las fuerzas que están “dentro de lo nacional”, es decir, dentro de la dialéctica.

La admiración que sintieron desde un principio por intelectuales como José Ortega y Gasset, es un indicio de esto que decimos. Este autor, profesaba un relativismo completo y su obra es profundamente corrosiva. Era partidario de terminar con la sabiduría católica, tomista y arquitectónica, y de sustituirla por una filosofía de la vida, intransferible, hecha de conceptos ocasionales y concretos, y no necesarios y abstractos. Así como pensaba escribía, en un estilo esotérico y pedante.

Pocos son los nacionalistas que no citan con admiración a Ortega y Gasset.

Un autor católico, máxime en un tiempo confuso y lleno de herejías como el que vivimos, debería ser de una claridad meridiana, preocuparse de ser bien comprendido, de exponer sus ideas con orden y con lógica, de refutar los errores de un modo neto y radical. El nacionalismo, a pesar de profesar una doctrina aparentemente polémica y combativa, nunca fue eso de un modo coherente, sino todo lo contrario.

La preocupación central del nacionalismo es no apartarse del “país real”, tomando a éste como un dato móvil, como una naturaleza cambiante con los diversos tiempos. La voz profunda de la Historia, que les habla a través de “las cosas”, de “lo nacional” y del “sentir del pueblo” los guía. En esta actitud, la semejanza que existe entre el nacionalismo y los **grupos proféticos** (ver

“Tradición, Familia, Propiedad”, n.º 4-5, junio-julio 1969), progresistas, es muy grande [N.C.: esta materia **puede ser consultada aquí:** [https://www.pli-niocorreadeoliveira.info/IDOC\\_Espanha/1974\\_IDOC\\_Espanha.htm](https://www.pli-niocorreadeoliveira.info/IDOC_Espanha/1974_IDOC_Espanha.htm) ]

A la ley dialéctica de las “cosas”, del “país real”, le llaman “interés nacional”. Este viene a ser la norma rectora móvil del nacionalismo. Él se define por oposición a “ideología”, execrable engendro de los “ideólogos”, teorizadores de gabinete. Podemos resumir las “reglas” del “interés nacional” en las siguientes:

a) Lo que interesa a la Nación es el desarrollo de su potencia física, en el orden de la riqueza y del poder militar.

b) Para conocer las vías de ese desarrollo vale más una observación directa de las cosas prácticas y materiales que el pensamiento abstracto de una ideología.

c) En caso de conflicto entre una idea que valga la pena respetar, y un interés material, aquélla debe ceder, sin que ello implique renegar de la misma.

d) Las ideas que tienen importancia son aquellas que están ligadas a los orígenes de la Nación y que, por esa razón, está probado que tienen eficiencia práctica.

e) Esta doctrina no se formula como una filosofía: es una “praxis”. Luego carece de sentido su comparación con un cuerpo ortodoxo y magistral de doctrina, como es el catolicismo. Incluso principios como los expuestos más arriba en los párrafos c) y d), no serán confesados en tesis. Sólo aparecerán como operantes en un caso concreto. Los nacionalistas aceptan la composición ideológica con personas o corrientes que se encuentran en posición opuesta a aquella en que ellos afirman estar, dando a ese hábito de la composición un subsentido como si el orden práctico nunca admitiese la aplicación íntegra y fiel de los principios, sino que debiese estar en constante connubio con una realidad opuesta. En esta concepción de la historia y de la vida reducen el ideal de la civilización cristiana a una quimera y fabrican las situaciones espurias como fruto necesario de la sabiduría política.

f) Las “cosas” de que se compone el interés nacional deben vivir, progresar, aumentar. Para eso deben superar lo que se les opone, pero no de un modo absoluto, porque desde el momento en que una “cosa” choca con otra, en algo se adapta o transforma, y resulta un mejoramiento o al menos, una nueva circunstancia. Luego si la “cosa” anterior, persistiera en presentarse estrictamente del mismo modo, resultaría que ha dejado de ser “cosa” para transformarse en “reacción”, en ideología inútil. Por ejemplo, se reconoce el papel de la aristocracia argentina hasta 1916, fecha en que triunfa el radicalismo

populista. Pero a partir de ese momento, la aristocracia que pretende mantener su posición ya no es “cosa” beneficiosa sino oligarquía execrable.

Podrá objetarse: “no es así como piensan los nacionalistas, porque ellos glorifican a Rosas, que es una cosa del pasado”. Sí, pero ¿qué toman de él? Una línea de conducta, por lo tanto, una praxis, no una ideología. La praxis continúa, la ideología se deja. Ellos no toman de Rosas, por ejemplo, la persecución de la inmoralidad, propiciando un decreto como el que éste sancionó el 3 de octubre de 1831 contra las revistas inmorales.

g) Dado que lo que interesa son las “cosas” materiales, es decir, el poder, y la riqueza, y puesto que estas “cosas” existen con independencia de nosotros y puesto que ellas tienen un movimiento dialéctico que les es propio, se sigue que el pensamiento, para ser justo, máxime el político, deberá ser determinado por las “cosas”. Las “cosas”, la historia, en definitiva, contienen un mensaje que el buen intelectual y el buen político deben captar y expresar.

Como pueden advertir nuestros lectores, hay una gran semejanza entre esta doctrina y la doctrina de los **grupos proféticos** sobre los “signos de los tiempos” (Ver “**Tradición, Familia, Propiedad**”, *n.º cit.*).

h) La “política de cosas” y la prosecución del interés nacional, aconsejan la unión de todas las fuerzas que dialécticamente representan “lo nacional”. Esto lleva al nacionalismo a un verdadero “ecumenismo” político, de acuerdo al cual trabarán las más variadas alianzas: en el lejano ayer con los conservadores, en un ayer posterior, con los fascistas y nazis, más tarde con los peronistas, luego con los liberales y radicales, con los frondicistas y con los progresistas izquierdistas, y mañana con cualquier otro que de acuerdo a sus raciocinios dialécticos pueda ser juzgado útil para el interés nacional.

i) La política de “cosas” lleva por su propia lógica, al empirismo pragmatista: lo que interesa es la práctica y no las doctrinas.

j) La dictadura, como forma de gobierno, es coherente con el empirismo. Porque el poder ejecutivo es el menos “ideológico” de todos los poderes. El legislativo, es raciocinante, el judicial, cumple una norma cuya rigidez contraría la perpetua movilidad de las cosas. En cambio, el ejecutivo tiene contacto inmediato con las cosas, todas ellas relativas y en gestación. La dictadura impulsará las cosas, acallará las disensiones ideológicas, hará obra concreta.

El profundo desprecio a las “ideologías” no les impide tener una propia, sólo que es más difícil determinarla. Un medio útil para eso es ver no sólo lo que dicen sino especialmente lo que no dicen. Los silencios y las omisiones del nacionalismo son frecuentemente más elocuentes que sus palabras.

Así vemos que son profundamente laicistas. Es notable la ausencia de justificación religiosa para actitudes y doctrinas que sólo religiosamente se

justifican. Pocas referencias a la doctrina pontificia y a los autores católicos tradicionales. Si se puede justificar alguna tesis citando a algún autor no católico o modernista, lo prefieren.

Es claro que no siempre ni todos actúan así. Dentro de ese conjunto de grupos y personas que se llama el nacionalismo, hay algunos, como el P. Meinvielle, que han escrito libros casi por completo fundados en textos pontificios. Con todo, el mismo P. Meinvielle adopta a veces en sus obras una posición diversa. Y la contradicción entre una y otra posición hace sentir la emanación de la mentalidad relativista del nacionalismo. Es así que se explica fácilmente la frecuente conexión de actividades cívico-culturales del P. Meinvielle con nacionalistas de todas las gamas inclusive de los más marcadamente relativistas.

Entre las tesis que exigen fundamentación religiosa está la crítica al liberalismo. Los nacionalistas generalmente lo califican como apátrida, extranjero, etc., pero rara vez como lo califica la Iglesia. Al comunismo, lo mismo, “internacional”, dogmático-racionalista, etc., pero rara vez de perverso, como lo llama la Iglesia. Sobre la inmoralidad reinante, cuando la critican, fundan su crítica en que deshace la fibra del hombre, y no en que viola la ley de Dios.

El carácter relativista del nacionalismo ha permitido que coexistan dentro de él grupos y personas de diversas posiciones ideológicas. Se los ve, a veces, polemizar entre sí. Pero esas polémicas, incluso violentas, no son más que un juego dialéctico. La unidad fundamental subsiste. Sus polémicas son una especie de danza militar.

El nacionalismo es como un gran teclado en que suenan diversas notas con una sintonía resultante. Ciertas teclas, tienen la misión de acompañamiento de fondo, dando un tono de doctrina tradicional al avance modernista de los otros. Hay en algunos de ellos una sinceridad no exenta de superficialidad en la adhesión que muestran por los ideales de la hispanidad católica. Sin embargo, esas teclas contribuyen al conjunto y por eso no pueden quedar exentas de la tacha general. Más bien confieren al cuadro de la dialéctica interna un extremo grave interesante que le da más sonoridad a la orquestación.

Hemos mencionado a Maurras como inspirador del nacionalismo. Y ello es evidente. Es cierto que luego de la condenación pública del fundador de “l’Action Française”, en 1925<sup>21</sup>, no les fue posible mantener una adhesión

---

<sup>21</sup> Maurras ya había sido condenado por San Pío X, quien reservó la publicación de la condena. Dice al respecto un historiador francés:

...“El 15 de enero (de 1914) los consultores del Index habían retenido cinco obras de Maurras (*Le Chemin de Paradis*, *Anthinéa*, *Les Amants de Venise*, *Trois Idées politiques*, *L’Avenir de l’intelligence*) y divergido sobre dos (*La politique religieuse*, *Si le coup de force est possible*). El 26, los cardenales del Index habían agregado la revista “*L’Action française*” (pero no el diario). El 29, Pío X había ratificado el decreto, pero reservado la publicación (Documentation Catholique, XVII, 15 janvier 1929, col. 129-139). “*Damnabilis*,

pública al autor citado. Pero el estilo de éste, mordaz, altanero y categórico, sus análisis “realistas” de la política, su empirismo fundamental, su concepto de élite artificial y pagano, su pasión por la dictadura y las corporaciones, su odio a las “ideologías”, su culto de la fuerza y sobre todo su *politique d’abord* (política ante todo)<sup>22</sup>, continuaron ejerciendo una gran influencia sobre el pensamiento nacionalista. Aún hoy lo citan hasta los más jóvenes con reverencia y admiración.

No hay duda de que también el fascismo con Benito Mussolini tuvo una gran influencia en la formación del nacionalismo. La idea del corporativismo, la toman del movimiento italiano y no de la tradición medieval. Las corporaciones en la temática nacionalista son instrumentos del Estado para organizar a la Nación con vistas al desarrollo económico. No era eso la corporación medieval, sino por el contrario, una sociedad orgánicamente formada por los miembros de una profesión, destinada principalmente a propiciar la elevación espiritual de sus componentes y a mantener la calidad de los productos. En cumplimiento de esos fines, la corporación tenía todo un escalafón jerárquico y un cierto poder jurisdiccional. Lejos de ser un instrumento en manos del poder supremo, era un saludable freno para ese poder.

---

non damnandus”, dijo. Decretando la condenación, el 29 de diciembre de 1926, Pío XI incluirá el diario” (p. 402 de “Intégrisme et Catholicisme intégral”, Emile Poulat, Ed. Casterman, Paris, 1969).

<sup>22</sup> “Cuando decimos *politique d’abord* (política ante todo) —escribía Maurras— queremos decir: la política primero, primera en el orden del tiempo, de ninguna manera en el orden de la dignidad” (*Mis ideas políticas*, traducción de Julio Irazusta, Editorial Huemul, 1962, pág. 139).

Esta distinción no salva, sin embargo, una verdad fundamental y es que la Revolución tiene tres profundidades: primero en las tendencias y en las ideas, y sólo después en los hechos. Y que éstos a su vez no son sólo los hechos políticos, sino también los hechos artísticos, culturales, ambientales, etc. Esto lo explica magistralmente el DR. PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA en su libro **Revolución y Contrarrevolución** (Edición Argentina, Colección Tradición, Familia y Propiedad, Parte I, cap. V, pág. 77 y ss.) [N.C.: este libro puede ser visto en [Revolución y Contra-Revolución \(edición peruana, con Prólogo especial\)](https://www.pliniocorreadeoliveira.info/RevolucionyContra-Revolucion_2005.pdf). [[https://www.pliniocorreadeoliveira.info/RevolucionyContra-Revolucion\\_2005.pdf](https://www.pliniocorreadeoliveira.info/RevolucionyContra-Revolucion_2005.pdf)]

Por lo tanto, una “contrarrevolución” como la que Maurras decía intentar, que sólo atacaba la revolución política, pero haciendo concesiones a la revolución sofisticada (en las ideas), y aun a la Revolución moral, dado que era autor de libros inmorales, evidentemente no podía ser sino una falsa contrarrevolución, aun en el campo político. Es imposible separar el plano político de sus causas superiores, aunque se pueda distinguir en la especulación y para dividir tareas.

El error del *politique d’abord* penetra toda la ideología de Maurras. En primer lugar, infundiendo desprecio por la metafísica y, por ende, por la religión en cuanto enseña verdades metafísicas y sobrenaturales; Maurras se decía partidario de un “empirismo organizador”. En segundo lugar, se reflejaba en su concepción “biológica” de las leyes naturales políticas, que le llevaba a dejar de lado la moral. “Al observar la estructura, el ajuste las conexiones históricas y sociales —decía Maurras— se observa la naturaleza del hombre social (no su voluntad), la realidad de las cosas (y no su justicia): se comprueba un conjunto de hechos de los que no se podría decir después de todo si son morales o inmorales, pues escapan por esencia a la categoría del derecho y del deber, desde que no se refieren a nuestras voluntades” (*op. cit.*, pág. 164). ¡Como si la voluntad no perteneciera a la naturaleza y como si la justicia no fuera una realidad a tener primordialmente en cuenta en las relaciones humanas!

El nacionalismo se benefició del equívoco y aún lo sigue haciendo.

Nacido para defender un principio espiritual, el nacionalismo fue evolucionando cada vez más hacia una mentalidad que podemos llamar “economista”. Por encima de todo lo históricamente valioso, la economía tiene un papel fundamental. No interesa considerar si ontológicamente es superior. Que eso quede para los ideólogos. Lo cierto es que no puede haber una nación católica sino empieza por haber una nación, y ésta no existirá sin autosuficiencia económica, desarrollo industrial y explotación de todas sus riquezas sin injerencia de extranjeros imperialistas. Así el *politique d’abord* se transformó hoy por hoy en un *economie d’abord*.

Ellos quisieran que Buenos Aires fuera poderosa y rica como una Nueva York, febril de actividad, pletórica de bienes materiales. Su oposición a Nueva York es más por emulación que por oposición.

De ahí nace su antisemitismo. También aquí, a pesar de las razones teológicas dadas por el Padre Meinvielle, existe una omisión de la fundamentación de su crítica al judaísmo internacional. Estas se centran sobre todo en el poder financiero y apátrida del capital judío. Nada o poco dicen sobre las causas ideológicas de esa lucha y de cómo van siendo inspiradas por el judaísmo las diversas herejías que desgarran la Iglesia. Un antisemitismo así, como el de los nacionalistas, que no cuidó para nada de distinguirse de los asesinatos en masa cometidos por Hitler desprestigió tremendamente la verdadera lucha contra la Sinagoga, aquella que debió y debe hacerse fundada sobre la doctrina de la *Humanum Genus* de León XIII.

## 6 — Pensamiento social, económico y político influido por el maurrasianismo y el fascismo

El nacionalismo tiene, a pesar de que abomina las ideologías, una doctrina sobre la sociedad humana, el bien común temporal y sus relaciones con la Iglesia. Como dijimos en un principio, esa doctrina pretendía coincidir con la hispanidad católica, aunque siempre con una grave omisión: nunca exaltó debidamente el papel esencialísimo y omnipresente de la religión católica en la constitución y en la instauración del orden hispánico.

Sin embargo, poco a poco, las raíces naturalistas que siempre tuvo el nacionalismo fueron explicitando una doctrina que, a la postre, poco se distingue del maurrasianismo y del fascismo.

**El hombre es un ser social**, y esto es lo más noble que hay en él. Su dimensión espiritual debe servirle de inspiración y de aliento para mejor servir a la Patria, más que para retraerlo en sí mismo. El mal más grave que trajo el

liberalismo ha sido el individualismo egoísta. De él se deriva el afán de lucro que caracteriza la economía capitalista.

**La sociedad por excelencia es la Nación.** Esta constituye un todo que tiene personalidad propia. Es algo dado, natural, que viene evolucionando desde la noche de la historia hasta nuestros días. Nuestra fidelidad hacia esa historia nos obliga a continuarla, retomando siempre la línea del “país real”.

**La Nación es servida por una Política** con mayúscula, cuyo primer criterio deben ser los intereses nacionales. Maurras decía: “No hacemos de la nación un dios, un absoluto metafísico, sino cuando más, en cierto modo, lo que los antiguos habrían llamado una diosa” (*Mis ideas políticas*, pág. 266, Edición Huemul, Traducción de Julio Irazusta).

**Toda política supone una élite vigorosa y eficientísima** que la dirija. La más reciente figura de esa élite ya no contiene el elemento “grandioso” que la evolución va despojando como “mítico” y va sustituyendo por el de competencia, de eficiencia material. Esa élite ejercerá un poder de seducción grande sobre la masa que sin ella queda como informe y es presa fácil de los avaros y capitalistas. El nacionalismo provee esa élite de ilustres, que no es una nobleza sino una élite puramente funcional, y sólo falta que el pueblo comprenda la profunda afinidad que existe entre sus apetencias más hondas y esa élite para que se produzca la síntesis salvadora. Mientras el pueblo no reconoce el liderazgo de esa élite, es una masa ignara y pasto de la demagogia, aunque no condenable “in toto” dado que lleva en sí la llama del “país real”. Mussolini decía a Emil Ludwig: “Para mí la multitud no es más que un rebaño de carneros mientras no esté organizada” (Citado por “Ulises”, n.º 35, noviembre 1967, pág. 26)<sup>23</sup>.

Es claro que una vez que se ha producido la deseada síntesis salvadora **se precisa urgentemente una dictadura unipersonal.** El jefe es la coronación lógica de la élite. Esa dictadura deberá destruir por la fuerza el poder de los enemigos de la nación —que pueden variar, de acuerdo a las circunstancias— y acabar con los partidos políticos. Deberá desarrollar rápidamente el poder económico y militar del país.

Hay dos enemigos de la nación: a) Los enemigos internos, los ideólogos discutidores que introducen cuestiones abstractas capaces dividir al pueblo cuya unidad es un bien de primerísima importancia; los oligarcas y capitalistas

---

<sup>23</sup> Nos parece que la gran mayoría de los autores no han dado toda la atención al estudio comparativo entre *Action Française* de un lado y el fascismo del otro. Entretanto, a despecho de las muy reales diferencias entrambos, que para así decir saltan a los ojos de los estudiosos, no es difícil notar que los une un sustrato filosófico común y, en consecuencia, una análoga concepción hipertrofiada del Estado.

locales cómplices del capitalismo extranjero y los comunistas internacionalistas que dependen de Moscú.

b) Los principales enemigos exteriores son los países ricos y desarrollados, especialmente Estados Unidos (antes Inglaterra), que sustraen la riqueza nacional.

El liberalismo destruyó la autoridad del Estado. Se debe entonces restaurarla y devolverle el dominio sobre su propio territorio. Para eso será necesario un rígido control sobre la economía: las principales actividades productoras deben pertenecer al Estado. Así el petróleo, la siderurgia, las demás fuentes de energía, los transportes ferrocarriles, los bancos, etc.

La tierra es una fuente de riqueza que ha sido acaparada por los latifundistas. Es necesario redistribuirla. **Una Reforma Agraria será una medida a tomar.** La tierra era concebida antiguamente, principalmente, como un espacio para que en ella habitase un pueblo, esto es, el hogar común de todo el pueblo. La intangibilidad del territorio envolvía por tanto el mismo carácter sagrado de la intangibilidad del hogar. En el nacionalismo reciente se va tornando clara una posición diversa: la tierra es un factor de producción de riqueza. El aspecto sagrado de su intangibilidad pasa a un segundo plano en beneficio de su aspecto meramente útil. De esta mentalidad se desprende la idea agrorreformista confiscatoria.

Desde luego, esto no implica —dicen— negar la propiedad privada sino todo lo contrario: es su mejor defensa. Distribuyendo las tierras a los trabajadores manuales, se hará miles de propietarios que se convertirán en un baluarte contra el socialismo.

Tampoco se crea —agregan— que el nacionalismo es contrario a la libre iniciativa económica. Sólo quiere impedir los abusos del capitalismo extranjero y del capitalismo apátrida interno. Los buenos empresarios son, por el contrario, una esperanza de la grandeza nacional, junto con los obreros y los cultivadores directos.

Las relaciones entre capital y trabajo han sido entregadas por el liberalismo a la voracidad de los poderosos y por el socialismo a la estéril lucha de clases. La solución nacionalista será unirlos en torno a algo que les es común: el producto. Eso dará base a la **organización corporativa del Estado.** Desde luego, será necesario que el Estado fuerce esa organización porque doscientos años de liberalismo y cien de luchas de clases no han transcurrido en vano. Se empezará con el sindicalismo. **Una CGT única y poderosa será el pilar del Nuevo Orden.**

Este régimen no está reñido —dicen— con la libertad. Es más, la derrota del Eje en la segunda guerra mundial y la caída del peronismo parece que los ha hecho reflexionar sobre cuán equivocados estaban antes promoviendo

disminuciones peligrosas en el ámbito de la libertad individual. Por lo demás, no será necesario tomar contra los reacios ninguna medida coercitiva: serán arrasados por la evolución de la historia.

La Iglesia es una sociedad sobrenatural, elevada y espiritual, ella merece toda nuestra devoción y respeto porque ha sido la que ha presidido el nacimiento de nuestra nación. Las relaciones del Estado con ella han de ser las mejores posibles. En un principio, el nacionalismo reconocía a la Iglesia y al Estado como sociedades perfectas y soberanas, conceptuadas las respectivas relaciones en términos que, si no explicitaban, por lo menos podían ajustarse con la famosa figura de las relaciones entre el Sol y la Luna<sup>24</sup>.

Luego pasó a sostener la necesidad de un **concordato** que se hiciera cargo del hecho doloroso pero real de que vivimos una sociedad pluralista, que ya no admite tutelajes paternalistas como los medievales. Ahora la Iglesia es cada vez más vista como una parte importantísima, sí, pero parte al fin, de esta inmensa unidad de producción que es la Nación.

En materia de educación, sostenían antiguamente la necesidad de **dar un contenido católico a la enseñanza**. No aclaraban si debía ser puesta en manos de la Iglesia. Pero ahora, si bien insisten que la educación debe ser fiel a la “inspiración cristiana” que está en la esencia de nuestro ser nacional, ponen mayor énfasis en la necesidad de que la educación coopere con el gran salto hacia adelante que debe dar la economía del país.

Tanto su idea sobre las relaciones con la Iglesia, como la que acabamos de exponer sobre la educación, son de neto corte maurrasiano: no reconocen a la Iglesia una supremacía sobrenatural, fundada en la fe, sino natural, fundada en la historia.

En materia internacional, propicia **una política independiente, sin afiliación a los supergrandes**. Tener relaciones con todos los países del mundo, cualquiera sea su régimen político, comerciar con quien nos convenga y formar un bloque americano de naciones en vías de desarrollo.

---

<sup>24</sup> “Para el firmamento del cielo, esto es, la Iglesia Universal, hizo Dios dos grandes luminarias, es decir, instituyó dos grandes dignidades, que son la autoridad pontificia y la potestad real. Pero aquella que preside el día, esto es las cosas espirituales, es mayor; la autoridad para las cosas nocturnas, es decir, las temporales, es menor, por cuanto es sabido que la diferencia entre los pontífices y los reyes es tanta cuanta la que hay entre el sol y la luna”. (*Corpus iuris canonici*, Pars II, Decret. Gregorii IX, lib. 1, Tit. XXXIII, Cap. VI, col. 196, Ed. Friedberg, Lipsiae, 1881).

**TERCERA PARTE**

**LA EVOLUCION DOCTRINARIA DEL  
NACIONALISMO A TRAVES DE SUS TRES  
EPOCAS HISTORICAS**



# CAPÍTULO I

## La primera época que va desde los orígenes hasta cerca de 1940

### RESUMEN DEL CAPITULO

1. Las ideas de Maurras influyeron en la fundación de “La Nueva República”. La atracción de la personalidad de Mussolini y la propaganda del nazismo, afectaron también al nacionalismo. La preocupación dominante era la toma del poder. “Acción Republicana” se denominó un programa nacionalista de 1931 en que se percibe ya el “economicismo” que más tarde sería la característica saliente del nacionalismo. La “Liga Republicana” en 1933, dio a publicidad una proclama invitando a la acción directa para salvar al país del caos y de la explotación extranjera. El comunismo había infiltrado los partidos tradicionales y avanzaba al amparo del liberalismo. Los partidos no eran representativos.

2. El nacionalismo católico cerca de 1930 se expresaba a través de la revista “Criterio”. En ella se encuentran varios artículos que sostienen posiciones de “doctrina aparente”, antilaicista e hispánica. Lo mismo puede decirse de “Baluarte”, la revista de la juventud nacionalista de los Cursos.

3. Sin embargo, coexistiendo con esa doctrina aparente aparecía ya el relativismo del nacionalismo católico insinuado de varios modos: por la falta de fundamentación religiosa para opiniones que la exigían, por la actitud despectiva frente a la apologética, y por la frivolidad de los temas tratados, por ejemplo, en comentarios de cine, literarios, etc. Era notorio su afrancesamiento y su fidelidad a la última moda europea. Sobre la condena contra Maurras, aclara que no fue alcanzada por ella la escuela política del autor francés.

4. “Criterio” elogia la obra del gobierno de Mussolini, en especial la firma de los Pactos de Letrán. Guardó la revista un inexplicable silencio sobre la heroica guerra de los cristeros en México.

5. En materia social, “Criterio” también acompañaba la moda europea del momento. Por ejemplo, las opiniones sobre el corporativismo y sobre la propiedad privada agraria.

6. “Baluarte” adoptaba, entre líneas, una posición favorable al fascismo. Lo mismo puede decirse del P. Meinvielle, quien elogia a los gobiernos dictatoriales por su capacidad para restaurar el orden. Mario Amadeo reprocha al periodismo católico no saber apreciar la literatura moderna por “un exceso de amor a la virtud”. En “Baluarte” se percibe la influencia de Leon Bloy, Paul Claudel y Charles Peguy. M. Colombes S. escribe que el capitalismo es esencialmente perverso y que debe ser destruido para retornar a la Edad Media. César Pico anticipa su tesis acerca de la necesidad de cooperar con el fascismo. El P. Meinvielle ataca a Ibarguren dialécticamente por un maurrasianismo que no censura en César Pico, con quien colabora en “Baluarte”. A. Fornieles dice que la esperanza del desarrollo del país está en la desaparición política de la oligarquía. El P. Meinvielle declara al capitalismo, por su esencia, incapaz de sacar al hombre de la miseria. Luego, es necesaria una redistribución de bienes.

7. El estilo de “Baluarte” es modernista. Se percibe en sus elogios a la arquitectura moderna y por las ilustraciones que publica.

8. La *Carta a Jacques Maritain*, de CÉSAR PICO, es un exponente de las razones con que los nacionalistas pretendían justificar su colaboración con el fascismo. La argumentación de César Pico se basa en su doctrina de la “lógica concreta de la Historia” y sostiene que el fascismo es la única manera “eficaz” de oponerse al comunismo. De ahí que el católico, que debe ser ante todo anticomunista, deba apoyar a los nacionalismos nacientes. Por otro lado, los errores del fascismo no son imputables a éste como movimiento histórico, sino a algunos de sus teóricos. Las versiones portuguesa e hispanoamericanas del “nacionalismo” no participan de esos errores.

## 1 — Un nacionalismo maurrasiano a la moda de los movimientos derechistas europeos

Uno de los personajes más destacados del nacionalismo político, escribió acerca del diario “La Fronda”, propiedad de Francisco Uriburu, periódico conservador antiyrigoyenista en torno del cual se unían los integrantes del nacionalismo político:

Uno de los editorialistas que más se distinguía en aquel selecto grupo (el de “La Fronda”) era, sin disputa, Alfonso de Laferrere, quien cojeaba también de la pierna maurrasiana... Otro vínculo nos aproximó: la mutua admiración que sentíamos por las doctrinas de “L’Action Francaise”. De nuestro constante cambio de opiniones, brotó la idea de prohijar aquí en Buenos Aires, un movimiento nacionalista argentino que contemplara nuestra idiosincrasia y la tradición ético-político-jurídica de nuestra constitución. (JUAN E. CARULLA, *Al filo del medio siglo*, pág. 240-1).

Julio Irazusta, uno de los fundadores de “La Nueva República”, primer periódico nacionalista de cierta importancia cuyo número inicial apareció el 19 de diciembre de 1927, decía sobre el grupo que la creó:

El grupo era heterogéneo, los propósitos de unos y otros, encontrados. Había entre los interlocutores, católicos tradicionales o conversos recientes, maurrasianos ortodoxos, conservadores, antipersonalistas y radicales personalistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros, para no decir nada de la categoría en que yo me colocaba, desde que luego hablaré de ella extensamente. (“Ulises” n.º 36, diciembre de 1967, *A 40 años de “La Nueva República”*).

Menciona a Laferrère y Julio Noé, que venían de la Democracia Progresista, a Ernesto Palacio, ex militante de una “extrema izquierda más literaria que política”, a su hermano Rodolfo, militante del radicalismo que había sido subyugado por la lectura de Maurras, Juan E. Carulla, periodista, Mario Jurado y Carmelo Pellegrini, yrigoyenistas, y César Pico, católico que había leído a Maurras, pero lo había dejado luego de la condenación y que había sido presentado al grupo por Ernesto Palacio, del cual era “inseparable amigo”. (Carulla, *op. cit.*, página 242).

Sobre su formación política, Irazusta dice que “se basaba principalmente en las ideas de Croce”<sup>25</sup> (Art. cit., pág. 9).

Su manera de señalar los momentos de la autonomía de la política, y de la independencia en que está de la moral, era la más persuasiva para los entendimientos de formación casi exclusivamente moderna, como el mío hasta entonces (pág. 10).

---

<sup>25</sup> Benedetto Croce nació el 25 de febrero de 1866 en Pescasseroli, Italia. Murió en Nápoles el 20 de noviembre de 1952. Filósofo hegeliano “y a esta ideología —dice la Enciclopedia Espasa— a la cual él ha sabido dar un giro personal, responde la orientación invariable de sus escritos desde la época de su juventud” (Espasa Calpe, Enciclopedia, Suplemento, tomo 3, pág. 961). Colaboró con el fascismo en un principio, luego se apartó de Mussolini. Fue republicano y se presentó como candidato a presidente cuando cesó el régimen monárquico en Italia. Autor sumamente prolífico de obras filosóficas, políticas y literarias.

Sobre el fascismo, confiesa Carulla en su ya citado libro:

Verdad es que critiqué con rigor los vicios de la democracia y de la política de facción y lo es también, que manifesté, más de una vez, en los años que van de 1933 al 36, mi admiración por ciertos aspectos del fascismo italiano y que la figura de Mussolini se me aparecía como la de un estadista genial que venía a dar lecciones de orden y de jerarquía al mundo convulsionado, primero por la guerra y luego por la revolución rusa de 1917. Pero que ponga la mano en el fuego aquel compatriota, da cualquier credo político —radical, conservador o liberal avanzado— que no hizo suya la consigna mussoliniana: “Roma o Moscú” (pág. 309).

Sobre su periódico “Bandera Argentina”, del cual era propietario juntamente con Santiago Díaz Vieyra, dice que publicaba “artículos, estudios y ensayos técnicos sobre la política del Tercer Reich, y que el nombre de Hitler está siempre en sus títulos”. La explicación que da Carulla es que “el diario necesitaba vivir, y la verdad era que detrás de esos artículos venían fondos bajo el cariz de publicidad o de suscripciones” (pág. 316).

La preocupación central de los nacionalistas políticos en esta primera época era la toma del poder para desde allí realizar una reforma integral de la Nación y una movilización de todas sus reservas de riquezas. Resultaba una transposición “criolla”, con todas las limitaciones del caso, del *politique d’abord* de Maurras.

El 9 de julio de 1931 fue publicado un manifiesto de nacionalistas bajo el título “Acción Republicana” y que suscribían entre otros, Leopoldo Lugones, Rodolfo Irazusta, Julio Irazusta, Ernesto Palacio, César E. Pico y Lizardo Zia.

Dice Federico Ibarguren en su libro *Los orígenes del nacionalismo argentino* (pág. 74) que esta declaración constituía un “extenso programa de gobierno [que] constaba de los siguientes capítulos: Política económica, industria, justicia, diplomacia, defensa nacional, administración, instrucción pública, salubridad y obras públicas”.

Ibarguren reproduce algunos de los puntos que constituían este programa y de ellos puede verse la preeminente preocupación por las cuestiones económicas que ya existía en la mentalidad nacionalista. Entre otros puntos propiciaba la

nacionalización de las usinas y de las fuentes de producción de energía hidroeléctrica... Nombrar una comisión destinada a estudiar y proyectar la organización de los sindicatos obreros como entidades económicas ajenas a la política; implantación de los ejercicios militares en las escuelas primarias y normales de varones y en los colegios nacionales bajo la dirección de oficiales del Ejército.

Este programa estaba acompañado de una violenta crítica a los partidos políticos, a los que acusaba de anacrónicos y demagógicos.

Respecto del socialismo hace una excepción, pero lo tachaba de extranjerizante:

la única' excepción, que es la socialista, ofrece sin alterarlos, siquiera sea para salvar las apariencias circunstanciales, sus viejos programas sancionados en Ámsterdam o en Moscú: elucubraciones extranjeras concernientes a países sobrepoblados y viejos, vale decir completamente distintos.

Declaraba que la Constitución ya no existía

y no servía porque es un instrumento extranjero como los programas socialistas, mientras requiérese que alguna vez tengamos los argentinos Constitución nuestra.

Dos peligros inminentes nos amenazan, el escamoteo de la revolución por los políticos y la anarquía que entonces sobrevendrá y que será la inmediata preparación al comunismo.

... la patria está efectivamente en peligro, bajo la amenaza de una bandera extranjera que es la bandera de Rusia, enarbolada por el izquierdismo con intolerable avilantez. Por esto es imperativo el mandato del patriotismo y del deber. Las armas de la patria, que hicieron la revolución, tienen que consumirla. Pero no limitándose a tumbar gobiernos ni a sostener políticos, sino para que se realice desde luego y en adelante el bien del pueblo, que fue el objeto de la revolución.

El bien del pueblo, declaraba el manifiesto, no consiste en las elecciones ni en la restitución del poder a los partidos políticos sino más bien en "la instrucción pública, la salubridad, la vida cómoda y barata".

El poder debía ser detentado por militares dado que el país se encontraba ocupado por dos enemigos internos: la ideología extranjera y la conspiración comunista. Mientras estos enemigos continuaran dentro del territorio nacional "habrá que mantener en vigilancia militante la conciencia nacional y las espadas argentinas".

Era la misma idea de Lugones de que en la Argentina había llegado "la hora de la espada".

El 22 de mayo de 1933 la Liga Republicana, orientada por Roberto de Laferrère y que agrupaba a los jóvenes nacionalistas de la línea política, dio a publicidad un manifiesto en el cual fijaba su posición.

También en este manifiesto se ponía en evidencia el espíritu maurrasiano que animaba al nacionalismo político. Vaticinaba para el país "la ruina, la anarquía, y, si no lo evitamos, la guerra civil".

Así describía la Liga Republicana la situación del país:

En el campo económico, abandono al capitalismo extranjero de nuestras riquezas; endeudamiento a término del Estado mediante la política suicida de los empréstitos en el exterior. Abuso en la imposición de tributos... organismo burocrático tan costoso como

inepto apenas capaz de satisfacer las exigencias electorales de los partidos... como resultado de todo ello, desquicio de la economía nacional y una miseria generalizada, progresiva y sin solución dentro de nuestros medios actuales de defensa.

En el orden social el desastre económico es causa de odios, descontentos y movimientos colectivos de protesta...

Estos movimientos eran aprovechados por los extranjerizantes izquierdistas para poner en peligro la subsistencia nacional. Por su parte los políticos mantenían un sistema de privilegios absurdos

al tiempo que abandonan a su suerte a los trabajadores auténticos cuyos intereses económicos, por razones muy claras, se confunden con los intereses de la Nación.

Al amparo de las libertades individuales otorgadas indiscriminadamente por el liberalismo, avanzaba una poderosa organización comunista que ya había conseguido infiltrarse dentro de los propios partidos tradicionales.

Estos “partidos” no representan, en rigor, nada más que

una suma de intereses particulares y egoístas que no sólo no coinciden, sino que también contrarían los de las fuerzas sociales que hacen la vida del país.

La masa, llena de desaliento, es incapaz de iniciar una reacción espontánea “en apoyo de los principios de orden, jerarquía y autoridad”.

La solución para la Liga Republicana no podía ser otra que “la reforma de nuestras instituciones fundamentales”.

Por eso finalmente proclama: El nacionalismo argentino debe ser pues, no conservador, sino transformador en el sentido de que repudia los prejuicios liberales de la política en boga y procura su destrucción. Por eso “la Liga Republicana es un organismo de acción directa llegado el caso ... y para ser dueña de sí misma y capaz de lograr sus objetivos exige la organización militarizada, autoritaria, responsable, disciplinada y jerárquica (Textos del “Manifiesto”, tomados de Federico Ibarguren, *op. cit.*).

Podríamos citar otras manifestaciones públicas del nacionalismo político en este período. Sin embargo, todas ellas se asemejan a las que acabamos de transcribir: un análisis superficial de los males nacionales y la propuesta de una solución puramente política y económica.

## 2 —La hispanidad y el catolicismo en los autores de “Criterio”, primera época, y “Baluarte”

El nacionalismo católico se expresaba a través de la revista “Criterio”, que dirigía Atilio Dell’Oro Maini. Polemizaba con los liberales y socialistas que eran partidarios del laicismo, y defendía los derechos de la Iglesia. Leemos, por ejemplo, en el número 46, del 17 de enero de 1929:

El patronato, para aquellos poderes civiles a quienes la Santa Sede concedió el privilegio, es simplemente el derecho de presentar candidatos para las diócesis. Los que afirman que este derecho de presentar es algo derivado de la soberanía del Estado, contradicen abiertamente la proposición 50 del Syllabus que condena la afirmación de que “La potestad civil tiene por sí misma (es decir, es inherente a su soberanía), el derecho de presentar obispos” (pág. 79).

Con elogio publica “Criterio” las siguientes palabras del arzobispo de Sevilla, que propiciaba la celebración de un Congreso Mariano Hispanoamericano:

Todo cuanto son en la historia y poseen de mérito real, sólido y básico los pueblos de nuestra sangre y raza lo deben al influjo de la doctrina del Evangelio de Jesucristo, a la labor de los misioneros de la Iglesia Católica, a la actuación profundamente cristiana de nuestros católicos reyes, que supieron imprimir a la obra de la colonización el sello de la fe, de la religión y de la caridad, mirando a los indios como hermanos para incorporarlos a Cristo y a Su Iglesia (n.º 45 del 10 de enero de 1929, pág. 57).

En un comentario literario dice “Criterio”:

Si la acción de España se hubiera concretado a la conversión de los naturales de América, dejándolos en su ignorancia y barbarie nativas, sería grande y admirable, aunque incompleta. Era justo y necesario que se preocupara de su inteligencia y así lo hizo. Por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer los vasallos de nuestras Indias —dice el rey don Felipe 11— y de desterrar de ellos las tinieblas de la ignorancia (parece que presentía el monarca y confutaba la fama de oscurantista que habían de hacerle sus enemigos) fundamos y constituimos en Lima y Méjico universidades y estudios generales (n.º 47, 24 de enero de 1929, pág. 127).

En “Criterio” del 3 de julio de 1930 (n.º 122) el P. Julio Meinvielle polemiza con un racionalista de la época en defensa de la unidad existente entre el cristianismo que predicaba San Pablo y el que surge del Evangelio de San Juan. La polémica sobre ese tema escriturístico es continuada por el P. Meinvielle en varios números de la revista.

El P. Leonardo Castellani, en el número siguiente escribe un estudiado artículo sobre la infalibilidad pontificia, defendiéndola de las tergiversaciones del inglés Carlos Kingsley.

En la segunda época de “Baluarte”, que comienza con el número 12, de mayo de 1933, en un artículo de primera página titulado *Inteligencia*, luego de defender la potestad docente de la Iglesia dice el articulista:

Por otra parte, *el hecho histórico de nuestra patria*, (subrayado en el texto) procura un riquísimo desfile de maravillas humanas y divinas. La España del siglo de oro, en el colmo de su cristianísima gloria y legislada todavía por la Ley Alfonsina, pone a los pies de la Virgen la mitad de un mundo.

Y exalta la Conquista realizada por caballeros de las mejores casas de España, como instrumentos de Dios, calificándola como “el acontecimiento más estupendo de todos los siglos” (página 3).

Tomás Casares, en una conferencia pronunciada en el Colegio Nacional de Buenos Aires el 5 de julio de 1933, reproducida en el número 14 de “Baluarte” bajo el título “Nacionalismo”, dijo:

La verdad es una y la misma en todas partes y siempre... Esta es la primera consecuencia que en punto a valoración histórica ha de producir un nacionalismo estricto para el cual no haya otra grandeza auténtica que la grandeza de realizar el bien común según el único orden en que puede tener realización, y que es el de la ley eterna de Dios. No se contribuye a la grandeza de la Patria como suele pretenderlo la declamación patriótica, mediante la exaltación de todo lo nacional por el mero hecho de serlo, sin discernimiento de valores y por ende, sin convicción y sin respeto. Como si la unidad espiritual de la Nación pudiera constituirse mediante la fusión ficticia y la equiparación romántica de la verdad y el error, lo bueno y lo malo que hubo en nuestro pasado y haya en nuestro presente (pág. 31).

### Héctor Llambías condena la Revolución Francesa y afirma que

Las nobilísimas cabezas que abatió más tarde la asquerosa máquina del terror fueron precisamente las víctimas inocentes, las que “conservaban” la virtud y la integridad de la auténtica nobleza. (“Baluarte”, n.º 17, nov.-dic., 1933).

Estos textos que acabamos de transcribir no son los únicos en que se encuentra expuesta la doctrina católica más ortodoxa y el hispanismo más tradicional. Pero creemos que ellos bastan para mostrar a nuestros lectores un aspecto del nacionalismo, sobre todo del nacionalismo católico, que es el de su doctrina aparente. Aparente en el sentido de que es la que más aparece, o la que, para el común de la gente, es tenida como característica del nacionalismo.

## 3 — El relativismo empieza a insinuarse

Sin embargo, ya en “Criterio” se insinúan las tendencias que más adelante habrían de desarrollarse. En primer lugar, una falta de fundamentación claramente religiosa para posiciones que la exigían perentoriamente. Leemos, por ejemplo, en el mismo número 17, pág. 101, lo siguiente:

Si el Estado no puede realizar la utopía de la neutralidad es menester que se decida por la escuela confesional. Se impone, pues, la escuela católica para responder a la tradición de nuestra cultura y a la mayoría católica de nuestra población.

Hasta ahora no hemos basado nuestra argumentación en los derechos absolutos de la verdad revelada. Tan decisiva demostración teológica excedería, por su eminencia, la capacidad espiritual de nuestros adversarios... En nombre, pues, de la cultura, de una visión comprensiva de la historia y de nuestras tradiciones más estimables; y por la elevación moral de nuestra juventud escolar cada día más corrompida, la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales es una necesidad imperiosa.

Podría objetarse que son argumentos *ad hominem*. Pero un intelectual católico no puede terminar un artículo que defiende la enseñanza religiosa sin apelar, aunque sea en un párrafo, a los derechos absolutos que tiene la Iglesia a ser Maestra de todas las almas. Se ve en el artículo una tendencia, y sólo una tendencia. Pero nos importa señalarla.

Más adelante, en el mismo número se escribe:

El director fruncía las cejas, esta mañana, y con su tonito perentorio protestaba por el amontonamiento de artículos clericales con que sale a la luz este buen número de “Criterio”... Pero, ¿qué quiere usted? —le replicaba el Secretario encogiendo sus anchas espaldas— ¡Ellos tienen toda la culpa!... Yo ya sé que el público prefiere los dulces hexámetros de Jorge Luis Borges; la danza de los guarismos de García Mata; esas deliciosas correspondencias de Andrés Harlaire; las estéticas elucubraciones de Ernesto Palacio; los cuentos de Fausto Burgos... Pero los otros, siguen envenenando el ambiente... (pág. 109).

Y concluye que se debe continuar con los artículos “clericales”.

Es decir, “Criterio”, por medio de su artículo editorial declara que preferiría no exponer doctrina católica sino frivolidades literarias, entre las cuales se encuentran las de uno de los redactores de “La Nueva República”, periódico murrasiano, quien a su vez, venía de la izquierda, y las de un poeta agnóstico como era Borges.

Lo cierto es que los artículos puramente literarios abundan en “Criterio”. En la sección “Vida Intelectual”, se traen las noticias de las últimas novedades de Europa. Comentarios de cine, escritos por Ignacio B. Anzoátegui (por ejemplo, sobre *La coqueta virtuosa*, n.º 44, 3-1-29, pág. 27). Teatro, bibliografía... En fin, “Criterio” deja muy poco traslucir la dramaticidad del momento en que se vivía, un tiempo en que la Revolución anticristiana ensayaba un engaño en amplia escala destinado a torcer el rumbo del catolicismo.

Su afrancesamiento y notoria admiración un poco ingenua por las últimas novedades europeas aparece en casi todas sus páginas. Escríbese, por ejemplo, en el número 50 del 14 de febrero de 1929: *Vivimos en la capital con la mirada puesta en los telegramas de Europa, de quien somos, a nuestra vez, como una provincia*<sup>26</sup>... El libro de Giovanni Papini (n.º 52, 28-2-29, pág. 277), las teorías artísticas de Stanislawsky, fundador del Teatro de Arte de Moscú (pág. 283), reproducidas sin crítica, los títulos recientemente publicados en París, salidos de la pluma de Henry Bordeaux, Jacques Lacretelle, André Beucler, Maurice Bedel, André Maurois y otros, todo esto encontraba cabida en la católica “Criterio”. (N.º 54, 14-3-29, pág. 339).

Junto a eso, los versos de Jorge Luis Borges, el poeta agnóstico argentino.

En fin, sería largo informar a nuestros lectores sobre este aspecto de la obra periodística de “Criterio”. Nos remitimos a la colección que podrá ser consultada por los interesados.

Volviendo al tema político, que siempre estuvo presente en las páginas de la revista, en una Editorial del N.º 58, del 11 de abril de 1929, se hacen algunas precisiones sobre la condenación de “L’Action Francaise”. El diario

---

<sup>26</sup> El subrayado es nuestro.

“La Nación” había acusado veladamente a la Iglesia de oportunismo por condenar al movimiento maurrasiano, que no estaba en el poder, y por apoyar, en cambio, al movimiento fascista, que sí estaba en el poder. “Criterio” contesta:

... La Santa Sede dirigió su condenación contra la escuela de la Acción Francesa y no contra el partido. No condenó la acción política del partido, ni su monarquismo, ni su lucha contra las podredumbres de República. Condenó un principio de la escuela política que la Acción Francesa representa: el de la subordinación de lo religioso a lo político...

#### 4 — Visión optimista del fascismo. Silencio inexplicable sobre la guerra cristera

En seguida, dice sobre el fascismo:

El fascismo, en cambio, es un régimen imperante; es un gobierno constituido y en acción, de manera que sus inspiraciones pueden y deben juzgarse por los frutos: los actos de gobierno. Es cierto que en más de una oportunidad ha propugnado abiertamente la subordinación total del individuo al Estado, es decir una suerte de omnipotencia estadual. Pero también lo es que en todas ellas la Santa Sede ha reivindicado con firmeza los derechos desconocidos y el gobierno fascista ha respetado la protesta con un digno silencio impuesto a todos los adeptos, y luego con la rectificación concreta de los actos gubernativos provocadores de la censura (pág. 459).

Cuando el gobierno fascista firmó con la Santa Sede los Acuerdos de Letrán, decía “Criterio”:

La frase de Crispi: “El más grande hombre de Estado de Italia será quien resuelva la cuestión romana”, ha resultado profética. El “Duce” la merece íntegra. (n.º 50, 14-1-29, pág. 202).

No falta alguna crítica a Mussolini. Como cuando éste declara respetar a la Iglesia como una “parte de la vida italiana”, al igual que respeta una mezquita o una sinagoga. Pero en el mismo artículo dice:

Pero el “Duce” acierta *malgré lui*. El —el hombre del destino, “hombre providencial”, como se ha dicho en Roma—, ha restaurado derechos de la religión auténtica. (N.º 53, 7 de marzo de 1929, pág. 301).

Hay en “Criterio”, una omisión que nos interesa consignar: la de **guerra cristera**. Mientras aquí se dedicaba a celebrar las obras literarias y se hacía una apología de Mussolini mezclada con una defensa de la religión y de la moral, en tierras mejicanas morían católicos como verdaderos mártires en defensa de la religión y de la verdadera hispanidad. Sólo una que otra línea dedica “Criterio” a la gesta. E inclusive llega a afectar indiferencia:

José León Toral fue fusilado en Méjico —anuncia en una pequeña nota del 21 de febrero del 29, pág. 239— ...Obró mal y equivocadamente, sin duda. Pero millares y millares de hermanos suyos elevaron sus preces a lo Alto impetrando el perdón para su crimen. Y el mundo admiró la entereza admirable de este muchacho que murió gritando: “¡Viva Cristo Rey!” ...Algún otro motivo debió tener el gobierno de Méjico para alargar la finiquitación

de este proceso; esta sospecha se acrecienta al conocer indicios reveladores de un acrecentamiento de la persecución religiosa... culpando al clero y a los católicos del estado permanente de rebeldía en que se hallan muchos estados mejicanos.

La “rebeldía” de “muchos estados mejicanos” no era otra cosa que la gloriosa guerra cristera, magnífico ejemplo de combatividad católica que nos enorgullece de ser hermanos en la auténtica hispanidad de esos valientes. ¡“Criterio” habla del asunto con una frivolidad que espanta!

Esa frivolidad se traduce en una verdadera indiferencia ante la lucha entablada entre el masón Calles, tirano de Méjico, enemigo de la Iglesia, y sus gloriosas víctimas cristianas.

No podemos dejar de notar la contradicción entre la doctrina aparente de párrafos anteriores<sup>27</sup> y la doctrina relativista que se vislumbra a través de estos textos. Si la verdad católica es Santa y merece inundar nuestro entendimiento, entonces no se comprende cómo se puede lamentar el tener que romper lanzas doctrinarias con el laicismo, y preferir divagar sobre purismos literarios de la última moda francesa.

Y si gritar “¡Viva Cristo Rey!” es digno de elogio, ¿no se explica cómo puede ignorarse casi por completo una guerra heroica de todo un pueblo hermano en la fe que dio su sangre para que Cristo Nuestro Señor no fuera destronado en Méjico! Esto en el preciso momento en que, de todos lados del orbe católico partían gritos de protesta contra la persecución de Calles, y aplausos calurosos para los héroes cristeros.

## 5 — Opiniones en “Criterio” (1929) sobre el orden social

En materia de organización social es poco lo que dice “Criterio”. Sin embargo, es clara su tendencia a acompañar las ideas más en boga en ese momento en Europa. Así vemos, por ejemplo un artículo del Padre Joaquín Azpiazu, desde Madrid, hablando del corporativismo, el tema más mentado de la época. Acusa al corporativismo fascista de *poder convertirse* (sic)<sup>28</sup> en un “socialismo de Estado”, y defiende un derecho corporativo que respete el nacimiento orgánico y libre de las asociaciones (N.º 45, 10-1-29, pág. 41).

Defiende el latifundio *productivo*, oponiéndose al socialismo, pero al mismo tiempo abriendo una puerta al reformismo:

... solamente es dable hablar de latifundio en el caso de que esa extensión de tierra sea improductiva (N.º 45, 10-1-29, pág. 46).

---

<sup>27</sup> Ver en este mismo capítulo, subtítulo segundo.

<sup>28</sup> El subrayado es nuestro.

Sobre la propiedad agraria, y a propósito del georgismo, escribe el P. Meinvielle en el número 124 del 17 de julio de 1930. El georgismo era una doctrina económica que sostenía que la propiedad privada de la tierra era ilegítima y que para poner remedio a esa injusticia no es preciso confiscar la tierra, basta la confiscación de la renta. Meinvielle dice:

Para concluir: un católico no puede defender el georgismo, en su tesis sobre la injusticia de la propiedad privada de la tierra. Puede defenderlo, si le place, en lo que dice sobre la conveniencia del impuesto único equivalente a la renta de la tierra. Con tal, repito, que este impuesto único lo cobre el Estado, no en concepto de propietario, sino de su derecho de imponer tributos que todos le reconocen (pág. 81).

Es decir, una conclusión que no impide el avance del socialismo en materia agraria, porque aplicando esos principios que no limitan la cuantía del impuesto a la renta, puede hacerse ilusoria la propiedad agraria, quitándole todos los frutos.

“Criterio” apoyó entusiastamente la Revolución de 1930 (ver n.º 132, del 11 de setiembre de 1930):

Un nuevo gobierno —provisorio— tiene en sus manos los destinos de la República. Ha surgido de un movimiento de opinión unánime, respondiendo a sollicitaciones inequívocas. El país aguarda de él, quizás, mucho más de lo que humanamente puede dar, y, sin embargo, sus primeros actos, al par que demuestran visión del momento y serenidad suma, en medio de la efervescencia general, han satisfecho plenamente a todos.

Resumiendo: la posición de “Criterio” en materia social está poco explicitada en estos números aparecidos bajo la responsabilidad de Dell’Oro Maini, es decir, de los Cursos de Cultura Católica. Sin embargo, se nota ya la semilla de posteriores desvíos: por ejemplo, la idea de que una tierra improductiva es un “latifundio”, así, sin mayores explicaciones parece ser la afirmación de aquel principio reprobado por Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*:

Afirman sin razón, por consiguiente, algunos, que tanto vale propiedad como uso honesto de la misma, distando mucho más de ser verdadero que el derecho de propiedad perezca o se pierda por el abuso o por el simple no uso. (*Doctrina Pontificia - Documentos Sociales*. Edición BAC, Madrid 1959, pág. 715).

La aprobación de un elevado impuesto que absorba las rentas agrarias, es un síntoma de un espíritu estatista, que no cuida suficientemente de preservar la libertad de iniciativa, una de cuyas condiciones de viabilidad es la posibilidad de obtener rentas del trabajo propio o del capital, sin lo cual toda iniciativa económica queda en manos del Estado.

## 6 — También “Baluarte” seguía la moda del momento

Como hemos visto en la primera parte histórica de este trabajo, “Baluarte” era la revista que en los primeros años de la década del 30 aglutinaba a

los jóvenes discípulos de los Cursos de Cultura Católica. “Criterio” era su vocero mayor, “Baluarte” el menor.

La crisis económica y la bancarrota de las ideas democráticas —dice en su editorial “Recapitulación”— en casi todos los países de la tierra vinieron a darnos en los hechos la confirmación de lo que sabíamos por vía intelectual. Hoy hemos adelantado tanto en ese terreno que ya ni es necesario justificar con razones la aversión a la democracia... Frente a la marea fascista cada vez más alta, los mismos gobiernos parlamentarios piden facultades dictatoriales. La revolución de setiembre tuvo en ese sentido un precioso valor de crítica (pág. 4 del n.º 12 de “Baluarte”, mayo de 1933).

Se lee entre las líneas de este texto, una adhesión al fascismo...

Mario Amadeo, en su artículo titulado *Dostoiewsky y la revolución* se admira de la visión política del novelista ruso que supo prever la revolución comunista de 1917, a la cual opuso una “tácita condenación”. Sin embargo, en ese mismo artículo califica a Wladimir Solovieff, el idealista semipanteísta ruso del siglo XIX, como “un gran cristiano” (pág. 16, n.º 13, de “Baluarte”).

El P. Julio Meinvielle, en *Reflexiones de la Política* (N.º 14, de julio de 1933), dice:

Las sociedades modernas han perdido la idea de bien y la idea de común y la idea de que todo bien se deriva de arriba hacia abajo. Han perdido la idea de bien porque bueno es sólo Dios y quien vive a su semejanza. ...Las jerarquías superiores rigen a las jerarquías inferiores. En esta regencia consiste su función de servir. Regir no consiste en mandar, sino en ordenar. Cuando la jerarquía superior deja de servir a la inferior para mandarla, corrompe su función y se expone a ser suplantada por la jerarquía más inferior. El orden sacerdotal rige al orden de la nobleza en quien debe estar depositada la función política o de gobierno. El orden de nobles rige al orden económico en su doble función patronal y obrera (págs. 27-28).

Hasta aquí, el texto refleja la doctrina tradicional. Pero luego continúa diciendo que frente al problema de lo que hoy debe hacerse para retornar la política a sus verdaderos cauces, hay dos soluciones: la de los partidos legalistas y la de los dictatoriales.

Unos y otros están equivocados, pero los primeros lo están doblemente... Los dictatoriales, en cambio, con mejor sentido práctico, saben que el orden se implanta de arriba hacia abajo... Y logran imponerlo. Orden artificial, es cierto. Pero por lo menos este cierto orden artificial crea un estado de docilidad en los pueblos que los habilita para escuchar y aprender el orden verdadero (pág. 28).

El P. Meinvielle incurre en una contradicción dentro del mismo artículo. Porque si sólo el bien conforme a la ley de Dios hace buenos a los hombres, ¿cómo puede hacerlos buenos una dictadura que implanta un orden “artificial”? Además, ¿qué quiere decir “artificial”? En el orden moral existe lo bueno y lo malo. Lo artificial pertenece a otro plano de cosas, por oposición a natural. Si artificial significa algo distinto del bien —como puede deducirse del artículo— entonces la docilidad a ese mal lejos de ordenar, corrompe. Pero el argumento

servía en esos tormentosos años para impulsar la tendencia fascista que inspiraba al nacionalismo...

Mario Amadeo se lamenta de que el periodismo católico no tenga suficiente imaginación para apreciar el arte literario moderno, lo que lleva a ese periodismo a calificar como inmorales muchas obras bellas:

Y nos atrevemos a decir que esto no sólo ocurre por un exceso de amor a la virtud, sino también por una innata imposibilidad de sentir la belleza (“Baluarte” n.º 15-16, setiembre de 1933, pág. 38).

¿Cómo se puede amar “con exceso” la virtud? ¡Ningún extremo de amor es suficiente dado que la virtud no es otra cosa que fidelidad a la ley de Dios, y en consecuencia, el amor a la virtud es una forma de amor a Dios!

Citando a León Bloy<sup>29</sup>—un autor admiradísimo de los nacionalistas—, dice:

Otrora, hace ya mucho, cuando todavía había obispos y cristianos, sabemos que los jóvenes y niñas sólidamente educados, podían leer o contemplar las obras bellas, aunque hubiese en ellas detalles que hiciesen tiritar a ciertos tonsurados. [Hoy] a fuerza de precauciones torpes e imbéciles, las imaginaciones sentimentales parecen como agujoneadas por el solo pecado de la carne (*op. cit.*).

Tremendas afirmaciones en un momento histórico en que las pasiones de orgullo y sensualidad iban impulsando, hasta el paroxismo de nuestros días, la Revolución. ¿Como evitar que alguien leyendo este artículo de Mario Amadeo se sintiera legitimado en su desaprensiva asistencia a espectáculos inmorales?

---

<sup>29</sup> León Bloy nació el 11 de julio de 1846, en Perigueuz, y murió en Bourg-la-Reine en 1917. Hijo de un padre volteriano y de una madre piadosa, se convirtió a los 23 años luego de una adolescencia llena de “orgullo, sensualidad, pereza, envidia, desprecio, el odio más feroz... de Jesús y de Su Iglesia”, según él mismo confesaba más tarde. Se enamoró de una mujer pública llamada Anne Marie Roulé; se casó con ella y la convirtió. Esta perdió la razón y Bloy se retiró a la “Grande-Chartreuse” de donde salió resuelto a dedicar su pluma a combatir la burguesía descreída y liberal de su época. Vivía en medio de la miseria, lo cual contribuía a crear en él un resentimiento profundo contra la sociedad. Su estilo fuerte y expresivo producía una viva impresión sobre quienes lo leían. Jacques Maritain y su mujer Raissa, sostienen que le deben su conversión al catolicismo.

Su pensamiento de iluminado, con tiradas violentas contra los “convencionalismos”, lo hacían a veces atacar aun costumbres tradicionales y sanas. MONS. CRISTIANI, en su libro *Presencia de satán en el mundo moderno* (traducido y publicado en Buenos Aires por Peuser, 1962) lo acusa de gnosticismo, es decir incurso en la antigua herejía gnóstica —que siempre adopta nuevas formas de acuerdo a los tiempos— que presenta al Ser como bipartido entre un principio absoluto del mal (Dios Creador, la individualidad de los seres creados, la materia) y otro del bien (Nuestro Señor Jesucristo, el Todo primigenio), y que a partir de esto, realiza una interpretación arbitraria y simbólica de la realidad.

Leon Bloy llevó una vida dramática. Se casó nuevamente con una joven danesa. Tuvieron cuatro hijos, de los cuales dos murieron de miseria al poco tiempo de nacer.

Sus obras principales son: *Le revelateur du Globe, Christophe Colomb et sa beatification future* (1884); *Le desesperé* (1887), una especie de autobiografía, *Le salut par les Juifs* (1892); *La femme pauvre* (1897); *Celle qui pleure*, sobre las apariciones de Nuestra Señora en La Salette (1906); *Au seuil de l'Apocalypse* (1916); *La porte des humbles* (1920) y otras.

Uno se pregunta adónde queda la doctrina sobre las ocasiones de pecado y el amor necesario a la pureza que debe tener todo católico...

Se reproducen versos de Paul Claudel<sup>30</sup> en francés y artículos de Charles Péguy<sup>31</sup> (N.ºs 18 y 16).

---

<sup>30</sup> Paul Claudel nació el 6 de agosto de 1868 en Villeneuve-Sur-Fere-en-Tardenois. Murió en París, en 1955. Poeta de estilo modernista, en el cual preveían los temas de sabor religioso, pero de una religiosidad entrelazada de un humanismo pagano. Sus obras más conocidas son de teatro. Entre ellas: *L'annonce faite a Marie*, *La ville*, *L'Otage*, *Pain dur* y *Soulier de satin*. Su biógrafo Jacques Madaule dice de él: “De ahí en adelante [desde *Partage de midi*, 1905] el problema del amor entre el hombre la mujer se hará central en las preocupaciones de Claudel” (pág. XII, “Introduction” a *Theatre de Paul Claudel*, tomo I, Pleiade, 1960). Esa preocupación estaba al mismo tiempo acompañada de un simbolismo en que Claudel pretendía expresar una cosmovisión. “El mundo es uno —así resume Madaule esta idea de Claudel—. No es posible actuar sobre un punto de su superficie sin que la acción así emprendida no repercuta en todo el resto” (pág. XIV, *op. cit.*).

“Toda la obra del poeta está dominada por un gran tema: «¡Libertad a las almas cautivas!». Esta es la última palabra del *Soulier de satin*. Significa —citamos aún a Jacques Madaule— que somos cautivos de nuestros pecados y antes que de nada de nuestra preferencia por nosotros mismos. ¿Cómo puede Dios por su gracia pasar a través de esta espesa muralla que nos hace prisioneros de un mundo ilusorio? No puede hacerlo si no somos heridos en el corazón. Así, el amor humano que frecuentemente causa esta herida, abre la puerta al amor divino” (*Dictionnaire du Foyer Catholique*, editado por la Librairie des Champs-Élysées, en París, 1956, pág. 180).

Madaule señala también que en las obras teatrales de Claudel siempre aparece como un acompañamiento de las escenas aún más dramáticas, un aspecto de farsa y hasta jocoso.

<sup>31</sup> Charles Pierre Péguy, nacido en Orleáns el 7 de enero de 1873 y muerto el 5 de setiembre de 1914. El título de su primera obra fue *De la cité socialiste*, publicada con el seudónimo de Pierre Deloire. Con el seudónimo de Pierre Baudoin publicó *Jenne d'Arc*, *Domremy*, *Les batailles*, *Rouen*, drama en tres actos “dedicado a los que se sacrificaron por el advenimiento de la república socialista universal” (Espasa Calpe, *Enciclopedia*, tomo 42, pág. 1387). El socialismo de Péguy era teórico, no político. Estimulado su patriotismo por la actitud alemana respecto de Francia, escribió *Notre patrie* (1905) y varios libros contra los políticos. Entre ellos *L'argent* (1912). Admiraba la filosofía de Bergson.

Más tarde su nueva visión del catolicismo le llevó a meditar sobre Santa Juana de Arco bajo una nueva luz. Así escribió *Mystère de la charité de Jeanne D'Arc* (1910).

En París abrió una librería socialista. Publicó una revista llamada “Cahiers de la Quinzaine”, desde la cual combatía el mundo oficial intelectual de la Sorbona, a la cual acusaba de desmoralizar a Francia.

Educado en la religión católica, Péguy se hizo socialista durante su juventud y fue uno de los más ardorosos intelectuales izquierdistas de principios de este siglo. Cuando Jacques Maritain se convirtió, él le declaró que también se había convertido, pero que deseaba, antes de volver a la Iglesia, preparar el espíritu de los lectores de los “Cahiers de la Quinzaine”. Raissa Maritain cuenta, en su libro *Les grandes amitiés*, la historia de esa pretendida conversión. Parece que el principal motivo alegado por Péguy para no volver definitivamente a la Iglesia era la negativa de su mujer a casarse por la Iglesia, pues era casado sólo por el civil, o a bautizar a sus hijos. Hasta su muerte, Péguy no dio el paso decisivo.

Se aproximó al catolicismo, pero no cambió su mentalidad socialista, aunque evolucionó hacia el nacionalismo. Cuando estalló la primera guerra mundial, Péguy se enroló en el ejército: “Parto—decía— soldado de la República, por el desarme general, por la última de las guerras”. El 5 de setiembre de 1914, en una escaramuza con los alemanes en Montmelián fue muerto de un balazo en la frente, cuando ya los enemigos se retiraban y Péguy de pie los miraba huir.

Su muerte lo convirtió en un ídolo de la juventud patriótica francesa; si bien Maurras no lo aceptaba por sus ideas republicanas y revolucionarias, se unía con él en su nacionalismo: “Péguy —decía Maurras— es uno de esos hombres que han hecho avanzar el pensamiento de la juventud intelectual hacia Francia”.

Mario Colombres Garmendia propicia el retorno a la Edad Media, “ese hermoso ordenamiento espiritual, única base sólida para la paz y tranquilidad universal”. Pero se plantea la duda de si “es posible concebir al capitalismo como régimen económico vigente”, y citando al P. Meinvielle recuerda la “perversidad esencial del capitalismo” consistente en la acumulación inmoderada de dinero para el porvenir” (N.º 18 *La Iglesia y la cuestión social*, pág. 13).

Esta condena total del capitalismo no está en la doctrina de la Iglesia. Por el contrario, ha sido expresamente declarado como un sistema económico lícito<sup>32</sup>. Por lo tanto, no puede ser esencialmente perverso. De la tesis transcrita, se desprende una conclusión implícita: hay que terminare con el capitalismo para volver a la Edad Media. Ahora bien, como antes viene la destrucción que la construcción, lo más urgente es destruir el capitalismo. Y a esa tarea, desde un punto de vista ideológico, se dedicó el nacionalismo, propiciando directa o indirectamente la solución corporativista estatolátrica, que es la idea fascista y no la medieval.

César Pico anticipa la doctrina de su *Carta a Maritain* que veremos más adelante, en el n.º 20, mayo-junio de 1934 de “Baluarte”. A propósito de una carta de intelectuales franceses publicada en “Criterio” en la cual éstos rechazaban por igual al comunismo y al fascismo, dice lo siguiente:

La objeción que formulamos a los párrafos transcritos de ese documento se emplaza en el terreno exclusivamente práctico. Porque sin que nuestro apoyo a la reacción fascista implique un compromiso irreparable, es conveniente favorecerla en cuanto ella importa la única tentativa histórica eficaz contra la disgregación de la estructura individualista de la sociedad moderna sin que, para ello, adopte las soluciones del colectivismo socialista.

Y cita a Gino Arias, como una autoridad “católica y fascista” que recientemente visitó Buenos Aires (1934) (Págs. 42 y 43).

En el número 21 de “Baluarte”, julio-agosto de 1934, el P. Meinvielle ataca el libro de Carlos Ibarguren, *La inquietud de esta hora*. Lo acusa de empirismo, de reproducir el error de la Action Française (“ideólogos que fabrican una política de encargo, sin metafísica, teología ni mística”) y concluye: “En otros términos: no es posible discurrir sobre la “inquietud de esta hora” sin penetrar teológicamente en el mismo hombre” (Pág. 57).

---

(HENRY MASSIS, *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Biblioteca del Pensamiento Actual, Madrid, 1956, pág. 524).

Péguy es recordado en Chartres y por sus admiradores estudiantes por la peregrinación a pie que hiciera desde París a ese santuario de Nuestra Señora-para pedir por la salud de su hijo Pierre, gravemente enfermo, el cual sanó. A raíz de eso escribió una poesía a la Madre de Dios llamada *La presentation de la Bauce a Nôtre Dame de Chartres*.

<sup>32</sup> Dice, al respecto, Pío XI: “Quienes dicen que el contrato de trabajo es injusto por naturaleza y pretenden sustituirlo por un contrato de sociedad, dicen un absurdo y calumnian malignamente a nuestro predecesor que, en la encíclica *Rerum Novarum*, no sólo admite la legitimidad del salario, sino que procura regularlo según las leyes de la justicia” (Encíclica *Quadragesimo Anno*, del 15 mayo 1931).

Curiosa combatividad la del P. Meinvielle. Reprocha a Carlos Ibarguren un error en que el mismo César Pico, con agravantes, acababa de cometer en el número anterior, como vemos en el párrafo que antecede. Pico se coloca en un terreno “exclusivamente práctico” —a pesar de que conoce bien la teología, cosa que no sucedía con Ibarguren— para proponer una colaboración empírica con el fascismo, y el P. Meinvielle no dice una palabra. Por el contrario, siete años más tarde, en la edición de 1941 de su libro *Concepción católica de la política* (nota de la pág. 19) recomienda “el excelente libro de César E. Pico, *Carta a Jacques Maritain* sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista”. Además, en la edición más reciente de su libro *Concepción católica de la política*, dice sobre la Action Française:

Aquí no censuramos a Charles Maurras sino sólo a algunos de sus discípulos, por cuanto creemos que el pensamiento del mismo Maurras es indemne de toda censura.” (3.<sup>a</sup> edición, 1961, pág. 16, nota 1).

Es decir, se trata, frente a Ibarguren, de una disensión no radical, sino dialéctica, sin la carga de seriedad que es propia de la defensa de una verdad absoluta frente a un error tan grave como el empirismo.

En el mismo número, pág. 60, Avelino Fornieles escribe un comentario altamente elogioso del libro de Rodolfo y Julio Irazusta *La Argentina y el imperialismo británico*. Contiene un duro ataque a la oligarquía. El párrafo final dice:

Después del año 30, la vieja política del comité recibe un duro golpe. Si bien es cierto que el actual gobierno actúa con el apoyo de las viejas tendencias y es un producto de ellas, es cierta y real la responsabilidad, el empeño de mejorar la situación, las medidas de vitalidad, de finanzas, de reorganización del Estado desquiciado. Por otra parte, después del año 30, por el curso natural de los acontecimientos apoyados por las ideas personales del jefe, ideas doctrinarias como nunca se escucharon en nuestros viejos gobernantes políticos, no sería del todo utópico suponer una política argentina renovada. Esta esperanza no realizada todavía por culpa de la oligarquía, podrá tener lugar el día que esa clase gubernamental desaparezca del escenario político (Pág. 64).

Esta frase demuestra cómo en “Baluarte” ya había empezado a desarrollarse el economicismo que después sería dominante en el nacionalismo. El elogio a la obra vial, financiera, etc., del gobierno del 30 es característica. El ataque a la “oligarquía” es también una muestra de la tendencia al espíritu de lucha de clases, típicamente dialéctico, que tendría creciente influencia en la mentalidad nacionalista.

En el n.º 22, de setiembre-octubre de 1934 (pág. 82) aparece un artículo del P. Meinvielle sobre *Producción de la tierra*. En él hace afirmaciones que revelan ya una mentalidad desaprensiva frente al derecho de propiedad, tanto más inexcusable cuanto se vivía en un tiempo en que tanto del lado del fascismo como del lado del socialismo, se lo negaba teórica o prácticamente.

## Dice que

un régimen que coloca al hombre en la miseria es un régimen injusto reprobado por Dios. Por esto está condenado el socialismo y el capitalismo; porque uno y otro, en virtud de su esencia, colocan al hombre permanentemente en un estado de miseria. El capitalismo, porque concentra la propiedad y uso de los bienes en manos de unos pocos afortunados y millonarios, y deja a la multitud condenada a vivir (a morir) de un salario precario y eventual...

Es sabido, como ya hemos dicho, que la Iglesia, por boca de León XIII y de Pío XI (ver nota 32) declara legítimo el sistema capitalista. Luego lo afirmado por el P. Meinvielle no es exacto. Y no cabe alegar que se refiere el “capitalismo manchesteriano”, porque menciona la esencia del capitalismo *in genere*. Cabe señalar también, la semejanza entre este juicio y la teoría marxista de la concentración de las riquezas. Que además de ser falso doctrinariamente, por no seguirse tal cosa de la esencia del capitalismo, es falso históricamente ya que esa concentración no se ha producido en la escala prevista por el marxismo. La pequeña y mediana empresa siguen teniendo una gran importancia en la economía actual. Continúa el P. Meinvielle:

Quizás haya llegado el momento, o esté por llegar, de una enérgica regulación de la propiedad privada. Existe hoy una injusta acumulación de bienes en manos de unos pocos mientras la multitud se halla, no en la pobreza, sino en la miseria. Implica esto una injusticia social y una seria amenaza para el orden social. Es urgente darle solución.

El Estado debe solucionar el problema de tal manera que respete el derecho de propiedad, pero afirmando que “el ideal gubernamental debe ser asegurar a las familias urbanas y campesinas *la propiedad de familia*”.

Si después de estudiado con madurez el problema y de ser aplicado enérgicamente se tropezase con la mala voluntad de los propietarios o actuales detentadores se les debería castigar enérgicamente aun con la privación de los bienes como violadores de la justicia social (Pág. 89).

He aquí esbozado, años antes de que fuera aplicado en América, un verdadero programa de reforma agraria y de reforma urbana. Bajo las palabras “propiedad de familia” se descubre la “unidad económica” de los planes reformistas modernos, máxime que el articulista dice que “una producción ordenada de la tierra exige que los cultivadores sean preferentemente los mismos propietarios”. Pío XII, en un texto muy conocido enseña, por el contrario, que el ideal de propiedad es un sistema orgánicamente compuesto de propiedades grandes (que desde luego exigen trabajo de asalariados), medianas y pequeñas. (Ver Pío XII, discurso del 2-7-51 al Congreso Católico Internacional para el estudio de los problemas de la vida rural. “Ecclesia”, n.º 522, pág. 761). El ideal del P. Meinvielle insinúa —porque no afirma categóricamente— un igualitarismo agrario.

## 7 — La moda moderna en el estilo y en el arte

Una última nota sobre el estilo de “Baluarte”, que es modernista. En su número 12 publica unas fotografías de un edificio de arquitectura de “avanzada” de ese entonces, obra de los arquitectos Joselevich y Douillet, completamente cuadrado y sin gracia, y dice:

La arquitectura se había dormido escuchando la charla de vieja de la academia, y el aire matinal de un mundo que empezaba a cansarse de la mentira tolerante y tolerada, la despertó. Quiso entonces sentirse dueña de su inteligencia y de sus problemas y desechando prejuicios de decadencia, órdenes, estilos, sintió un urgente deseo de limpieza (¡como penitencial!) y **mandó al diablo los adornos y la falsedad del ornamento**: quiso que la belleza surgiera de la armonía de las formas, del racional planteo del tema, del empleo honesto del material.

¡Qué contradicción con las invocaciones a la restauración de la inteligencia, de la metafísica, de la religión! ¿Cómo pueden coexistir en las mismas páginas un insulto a la tradición como el que acabamos de transcribir, fruto de la pluma de M. Reto, con las loas a la tradición católica y medieval? Es innecesario mostrar a nuestros lectores por qué la contradicción existe: baste decir que el desprecio por los estilos, decantados a lo largo de siglos de historia, es un signo de evolucionismo para el cual el presente no es el armonioso desarrollo del pasado sino un permanente repudio de lo que fue.

En las ilustraciones, el modernismo de Ballester Peña, de C. Pascual, de Beaumont, de Gurovich y otros está en la misma línea de lo que criticamos en el párrafo anterior.

En poesía, la admiración por Paul Claudel tiene también sabor modernista.

Es decir, elogios a la hispanidad católica y tradicional, y preferencia por lo moderno, copiado de la última moda de Europa.

## 8 — La colaboración con el fascismo según César Pico

En 1937 CÉSAR PICO publicó su famosa *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista* (Editorial Adsum, Bs. As.). Reviste especial importancia para la historia doctrinaria del nacionalismo debido a la influencia grande del autor sobre los miembros de los



*En 1934 se inaugura en la esquina de Av. Corrientes y Av. Leandro N. Alem, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el edificio Comega, diseñado por los arquitectos Enrique Douillet, Alfredo Joselevich y el ingeniero Alberto Stein. La torre constituye uno de los emblemas de la arquitectura racionalista en Argentina.*

Cursos de Cultura Católica, y por explicitar de una manera bastante clara las razones con que los nacionalistas católicos pretendían justificar su colaboración con los totalitarismos europeos.

Pico muestra en todo el texto de su Carta una gran admiración por Maritain. Inclusive lo cita como autor recomendable para estudiar el proceso histórico de la Revolución en Europa (ver pág. 53) y declara que su disensión con el filósofo francés no se refería “a la doctrina y a las esperanzas fundamentales de usted, pero sí a su postura práctica frente al fascismo” (pág. 43). Esto vale la pena recordarlo por cuanto ya en esta época Maritain había girado obviamente hacia la izquierda y había escrito su libro *Humanismo integral*, que es precisamente el que recomienda Pico en la nota segunda de la Carta (Pág. 53).

La tesis de Pico puede resumirse de la siguiente manera:

1) El Occidente cristiano está sometido a un proceso revolucionario que conduce necesariamente al comunismo. El individualismo liberal democrático “conduce al socialismo, no obstante el carácter reaccionario de éste respecto al individualismo capitalista desarrollado” por la democracia (Pág. 50).

2) El comunismo pretende imponerse por la violencia, por eso, “en virtud de la lógica concreta de los acontecimientos y como resultado del proceso histórico a que aludía, es la violencia de la revolución comunista la que engendra la violencia defensiva de los movimientos fascistas” (Pág. 33). Esa violencia incluye la dictadura: “Por eso debemos mirar complacidos las tentativas de reforzar la autoridad estatal, siempre que se mantenga en sus justos límites; tentativas que están en la línea de las exigencias del tiempo presente...” (Pág. 18).

3) Luego, el católico, que debe oponerse ante todo al comunismo, puesto que es intrínsecamente perverso, puede y debe colaborar con el fascismo ya que éste es el único modo eficaz de combatir el bolchevismo: “...se ha hecho patente que, en el orden político, la forma más eficaz de contrarrestar la difusión del comunismo radica precisamente en esa colaboración fundada en la realidad de un movimiento que ha demostrado su fuerza restauradora del orden y que insinúa tendencias corporativas, autoritarias y pluralistas que sin duda han de prevalecer —como usted mismo lo advierte— en la ciudad futura” (Pág. 41).

4) Una vez restaurado el orden, por la fuerza de los regímenes fascistas, la actuación del catolicismo dentro del nuevo Estado dará nacimiento a una nueva cristiandad, tanto más fácilmente cuanto está demostrado que “mejor que en las catacumbas, la Iglesia se organizó e impuso su sello civilizador después de Constantino”... (Pág. 42, ídem. conf., pág. 33).

Para justificar este raciocinio Pico debía demostrar que el fascismo no era incompatible con la doctrina católica. Con esa intención empieza por

distinguir en el fascismo lo accidental de lo sustancial. Accidental sería toda su hojarasca doctrinaria, fruto de la mente de algunos teóricos. Sustancial sería su carácter de reacción empírica, espontánea, a-doctrinaria, contra el comunismo. Dice Pico:

... el fascismo... en lo que tiene de fuerza propulsora se presenta como una reacción contra las calamidades adscriptas, a la democracia liberal, al socialismo y al capitalismo; reacción que, instintiva en su origen, va en pos de una doctrina que la justifique. De hecho, algunas veces esa doctrina se ha formulado en proposiciones erróneas y ha sostenido el totalitarismo, pero ello no ha ocurrido siempre, ni se ve la necesidad de que así deba ocurrir. Ni Oliveira Salazar, ni Dollfuss, ni muchos fascistas de la misma Italia —como hacía notar en Buenos Aires el profesor Gino Arias—, ni los movimientos nacionalistas de España y de la América Latina pueden calificarse de totalitarios (Pág. 13).

Pico destaca, además, los grandes servicios que ha prestado Mussolini a la religión: Pactos de Letrán, implantación de la enseñanza religiosa, etc. (Pág. 20).

El espíritu de justicia social del católico se puede considerar satisfecho también, porque el fascismo “existe con el pueblo” y “el pueblo trabajador, protegido de la prédica antisocial por las medidas coercitivas del gobierno, comprueba sin prejuicios las excelencias del régimen y su adhesión al mismo es tan firme que ofrece voluntariamente su sangre para defenderlo donde estuviera amenazado” (pág. 28). “La burguesía, en cambio, si bien ayudó al fascismo en un principio por temor al comunismo, no ha tardado en sufrir un gran desencanto cuando se encontró frente a la economía corporativa que le cercenaba —y de qué modo— sus pasadas ganancias” (Pág. 31).

En virtud de estos considerandos, Pico concluye afirmando que, por razones prudenciales, corresponde colaborar con el fascismo, dejando siempre abierta la puerta para retirarse en caso de desviaciones de parte de éste. Contra este juicio “prudencial” no admite críticas doctrinarias puras:

Como la ciencia especulativa tiende de suyo a lo universal no hay posibilidad de un discernimiento teórico perfecto sobre la licitud y eficacia de nuestras acciones particulares, es decir, rodeadas de todos los matices diferenciales que las singularizan aquí y ahora (Pág. 54).

Toda la argumentación de César Pico se funda en su doctrina de la “lógica concreta” de la historia, que define así:

Las ideas y doctrinas que predominan en la historia suelen desarrollarse de acuerdo a una lógica interna en virtud de la cual van explicitando sus consecuencias. Se trata de una manifestación de las diversas posibilidades virtualmente contenidas en los principios, manifestación condicionada también por acontecimientos contingentes y por los actos libres del hombre, pero que de hecho y a la larga suele vencer todos los obstáculos y tomar la apariencia de un proceso necesario (dialécticamente necesario) aunque no de orden ontológico. Tal es el sentido que damos a la expresión “lógica-concreta”. Esquema dialéctico de los acontecimientos históricos, no responde a una necesidad absoluta porque deja lugar a la intervención de la libertad humana y a la providencia divina; es más bien una explicación de los

hechos en función de las ideas que los motivan, de modo que la lógica interna de estas últimas se traduce después en el acaecer histórico y hasta permite una predicción conjetural del futuro sumamente probable (Págs. 47 y 48.).

En este párrafo lleno de cautelas para no ser tachado de dialéctico de la historia, César Pico insinúa la tesis de que las “cosas” tienen una lógica propia, “casi necesaria”, que debe ser obedecida, y, que es indiferente para la historia que las ideas que la mueven respondan a una verdad metafísica inmutable; deja transparentar también que el criterio del historiador para juzgar las ideas es exclusivamente la cualidad de los hechos que produjeron.

Por lo tanto, si el hecho del fascismo es positivo en cuanto combate a la democracia liberal, al capitalismo y al comunismo, aunque la doctrina de algunos o varios de sus voceros y representantes fuera inaceptable por contrariar la enseñanza de la Iglesia, debe ser aceptado como el aliado más poderoso. Porque la lógica-concreta del fascismo nos llevaría a la nueva cristiandad, aunque su “lógica-abstracta” nos conduzca a la ciudad del hombre, socialista e igualitaria.

Esta doctrina tiene sabor relativista, porque siendo la verdad un absoluto no podría quedar sometida a la “lógica-concreta” de la historia. Por el contrario, la historia es la que debe ser juzgada a la luz de esa verdad. Aquella no es otra cosa que la sucesión de actos de fidelidad o de infidelidad realizados por los hombres en relación a la verdad absoluta.

Este relativismo influye también en la noción de “prudencia” que adopta Pico cuando declara que “no es posible un discernimiento teórico perfecto sobre la licitud y eficacia de nuestras acciones” (pág. 54)<sup>33</sup>. Presentada esa imposibilidad como absoluta, la “prudencia” se transforma en un capricho, o queda autorizada para seguir cualquier desvío práctico. Como, por ejemplo, para apoyar al fascismo e indirectamente al nazismo.

Cabe agregar que Pico ignora en esa afirmación el poder de la gracia. La gracia puede dar a un niño el discernimiento de un hombre experimentado. Sería imposible que en materia tan grave como es la de la salvación o ruina de la civilización cristiana —como lo afirma Pico (pág. 25)— el católico no pudiera tener la posibilidad de una certeza intelectual suficiente o un “discernimiento teórico perfecto” de la licitud o ilicitud de un acto. Hay que sostener, incluso, que la razón natural puede juzgar de los actos morales con certeza, con una facilidad variable según las circunstancias. Así lo enseña Santo Tomás (Ver I. II. q. 100, a. 1).

---

<sup>33</sup> Más adelante parece contradecirse, pues declara que para “resolver en concreto aquello que es más conveniente respecto a la finalidad perseguida, teniendo en cuenta la moralidad intrínseca del fin y de los medios a utilizarse”, es necesario un *habitus* intelectual y moral. Luego admite que pueda haber un juicio intelectual cierto sobre los fines y los medios. El *habitus* no agrega sino una facilidad especial para el acto de juzgar. No es una especie de instinto ciego.

\* \* \*

César Pico declara que, finalmente, luego de las tormentas que se avecinan y de las que nos salvaría la restauración del orden fascista, vendrá una nueva Edad Media, aunque no idéntica a la que pasó:

De ella se desprende el sentido auténtico de la “reacción”, que no es una regresión temporal hacia el pasado, porque el tiempo es irreversible, sino una continuación (análoga) de los principios espirituales que forjaron la antigua gloria medieval, y que —capaces de informar la vida contemporánea con todo lo que tiene de aceptable— pueden inaugurar lo que Berdiaeff ha denominado “una nueva edad media” (Págs. 52-53).

En esta última cita, el autor parece abandonar esporádicamente el relativismo de su pensamiento o mejor: dado que Pico en este texto parece profesar una solidaridad integral con lo que la Edad Media tuvo de indestructiblemente cristiano y con la religión católica como un valor perenne capaz de incorporar a sí solamente lo que con ella es congruente y no el bloque entero de la realidad contemporánea, ¿puede decirse que en efecto Pico fue relativista?

No es el momento de analizar milímetro por milímetro este texto de Pico y otro similar que se encuentre en su Carta. Admitámoslo con el sentido que les atribuye la objeción. Ellos probarían, como máximo, que Pico se contradice, manifestándose habitualmente relativista, pero haciendo de vez en cuando afirmaciones no relativistas.

## CAPÍTULO II

### Análisis doctrinario de la segunda época del nacionalismo. El intento de justificación de un “nuevo orden”

#### RESUMEN DEL CAPITULO

1. La juventud del nacionalismo político pedía el desarrollo económico y el abandono de una posición que consideraba excesivamente regresiva, puramente de agitación anticomunista y antirradical. La perspectiva de una Argentina industrializada exaltaba a “La Voz del Plata”, periódico nacionalista. Se formaban comisiones de estudios programáticos integradas por elementos “nacionales” de todo origen político. Cada vez se iba percibiendo más el economicismo del nacionalismo. “El Rioplatense” respondía a la misma tendencia economicista. “Restauración” fue el más confesional de los movimientos políticos de ese momento. Pero se adscribía en la misma línea nacionalista corporativista, dictatorial y anti-capitalista. La Alianza de la Juventud Nacionalista en sus postulados de lucha propiciaba medidas “antioligárquicas” y mostraba su tendencia economicista y corporativista. Fueron **precursores de la idea de reforma agraria**. Más tarde, desde el periódico “Alianza”, la Alianza Libertadora Nacionalista insistía, cada vez con más sabor demagógico, en los mismos temas. “Alianza” ataca al comunismo acusándolo de ser la fuerza de choque de la oligarquía.

2. Ernesto Palacio, en su libro Teoría del Estado, da una versión “maurrasiana” de la política. Distingue dos corrientes en el pensamiento político: la “idealista” —que él rechaza— y la “realista”, que acepta. Llama idealistas a todos aquellos que creen en “un bien y en un mal en materia política”. Palacio niega implícitamente que el ideal católico haya sido realizado adecuadamente en la Edad Media y que pueda volver a realizarse. Al definir lo que entiende por élite, declara ser “muy probable” que el futuro pertenezca a una élite proletaria. Ella será “legítima” cuando medie el acatamiento del pueblo, sin mencionar para nada la ideología de tal élite. Se adivina, detrás de sus palabras, la aceptación de los gobiernos comunistas. Por su parte, Marcelo Sánchez Sorondo comenta elogiosamente el libro de Palacio.

3. En “Nueva Política” escribían los jóvenes del nacionalismo católico. En ella se nota cada vez más la influencia maurrasiana. No faltaban en ella, sin embargo, artículos de doctrina aparente, católica e hispánica. Federico Ibarguren, por ejemplo, distingue entre la monarquía borbónica, exótica y liberal, y el espíritu de los Austria, católico y medieval. Destaca, asimismo, la unión y la armonía que existía entre las clases sociales en tiempos de la colonia.

4. La doctrina real del nacionalismo es evolucionista. “Nueva Política” expresa lo que llama “la ley del cambio”. Esta ley pone en tela de juicio todo lo que es permanente. En lenguaje modernista, expone su deseo de marchar a tono con el siglo. César Pico explicita más su doctrina sobre la dialéctica histórica: hay hechos dialécticos y hechos anecdóticos. Los que importan son los primeros. Contra estos es imposible resistir. Esta doctrina derrotista hubiera hecho imposible la reconquista española. Pico no considera la persecución nazi contra la Iglesia como un impedimento para cooperar con el triunfo alemán en la guerra. Para Pico, existe una “resultante histórica” de ciertos hechos que justifica la aceptación de éstos con todas sus impurezas. Para él, Hitler era preferible a la “hipocresía puritana” inglesa.

5. La dialéctica entre un “país real” y otro “legal” o ficticio, es un *leitmotiv* maurrasiano en los escritos nacionalistas. Por “país real” entienden la tierra argentina y el desarrollo histórico de su pueblo. La religión católica vale para ellos, como grupo, sólo como un ingrediente del “país real”, y no como fundamento de éste. La prueba de esto la da el carácter “ecuménico” del nacionalismo. Enemigos del país real son: “lo exótico” y las “ideologías”. Pico considera “frívolo” al católico que oponga al catolicismo como programa frente al comunismo. Para él, el “arte de lo posible” es el arte de las concesiones frente al comunismo.

6. Marcelo Sánchez Sorondo declara que las ideologías conspiran contra la historicidad. El político debe auscultar las “aspiraciones profundas y permanentes de la Nación”. Estas anuncian una “cosa nueva” que en Alemania, Italia y España se realiza de modo análogo. El nacionalista será el “profeta” que la interprete. Es necesaria una revolución que avente a la oligarquía y dé paso al “país real” que está oculto en las clases populares. El nacionalismo político, por boca de Bruno Jacovella, la percibe y aplaude.

7. Las polémicas internas del nacionalismo no han impedido que todos ellos se llamasen “nacionalistas”, sin que acostumbraran a negarse entre sí ese calificativo. Jacovella acusa a “Nueva Política” de “reaccionaria”. Héctor Llambías sale en defensa de la revista, negando el temido apóstrofe, y exhortando al restablecimiento de la paz. Jacovella, sin embargo, ya había escrito en “Nueva Política” sosteniendo ideas claramente naturalistas, sin que hubiera habido reacción alguna, ni de Llambías ni de ninguno de los demás redactores de la revista. Otra polémica dialéctica fue la del P. Meinvielle con Marcelo Sánchez Sorondo, a través de las páginas de “Balcón”. Era en torno de lo que debía pensarse de una “pura política de derecha”. La polémica terminaba en una síntesis.

8. El nacionalismo católico heredó del político el antiextranjerismo. Primero se fundaba en causas espirituales, como la pérdida de la unidad religiosa. Luego, en la corrupción administrativa y el sometimiento económico del país. Si bien en principio la posición no es errada, sí lo es la importancia primordial que le otorga el nacionalismo y la urgencia desatada con que se pretende solucionarlo. El enemigo número 1 fue primero Inglaterra, luego pasó a serlo Estados Unidos.

9. El nacionalismo mostraba su simpatía por el triunfo de las potencias del Eje. Llegaba incluso a elogiar la alianza de Hitler con Rusia comunista, haciendo abstracción del régimen que imperaba en ese país. Calificaba Llambías como “extraordinarios” a los líderes de Alemania y Rusia. “Nueva Política” consideraba a la alianza como una “maniobra perfecta”. Hitler traía un “mensaje nuevo”, un “nuevo orden” que salvaría a la Humanidad de desaparecer. El P. Meinvielle, sin convalidarlo doctrinariamente, deseaba en la práctica el triunfo del nazi-fascismo, porque el enemigo principal de la Iglesia era el judeo-liberalismo que llevaba al comunismo. Aun cuando el proceso de “nacionalización” haya conducido en Rusia, Alemania e Italia a la negación de los derechos de la Iglesia, es bueno porque explicita las potencias del hombre —decía el P. Meinvielle.

10. El nacionalismo, a pesar de decirse jerárquico, adhiere a un igualitarismo larvado. Sánchez Sorondo expone un concepto naturalista y utilitarista de “clase dirigente”. Una condición de la eficiencia sería no detenerse demasiado por razones “ideológico-morales” ni arriesgar mucho por razones “ideológico-ideales”. El principio católico, en cambio, es el de hereditariadad de los títulos, nobiliarios o no. El nacionalismo sólo reconoce el título de dirigente a quien es capaz de imponerse, cualquiera sea su origen. “Los mejores se proclaman a sí mismos”, decía Sánchez Sorondo. La herencia es un “factor ciego de selección”. “El Fortín” conjeturaba si el “nuevo orden” no sería proletario, concluyendo que no se podía

afirmar que ésa no fuera la mejor manera de reaccionar. Etchecopar reitera el carácter indiferentista del concepto nacionalista de clase dirigente. César Pico exalta la visión orteguiana del político, radicalmente amoral. Este erróneo concepto de la jerarquía se tradujo al final de esta época en una verdadera fobia “antioligárquica” y en un estilo igualitario.

11. El corporativismo era una idea característica del nacionalismo. Héctor Bernardo era uno de los teóricos que con más claridad lo propugnaba. Era un corporativismo estatista de tipo fascista, bien diverso de la organización corporativa medieval. Sin embargo, los nacionalistas especulaban con el equívoco. Pero de la corporación medieval no conservaban en su esquema ni siquiera los elementos esenciales, es decir, la armonía orgánica de las clases sociales, la jerarquía patronal, la libertad de organización y el espíritu católico. Al corporativismo, en cambio, corresponde un creciente intervencionismo estatal.

12. El “snobismo” y la influencia de las ideas de moda en Europa se reflejaban en la revista “Nuestro Tiempo”. Los articulistas se mostraban dialécticos, desde diversos puntos de vista. Propiciaban una síntesis entre tradición y progreso, pero entendiendo “progreso” por aceptación del espíritu moderno. Ello llevaba al desprecio de la tradición católica e hispánica y, en definitiva, a una síntesis ilegítima. Para esa concepción, la historia es la ley de todas las cosas. Declaraba que lo esencial del nacionalismo no era la defensa de una ideología sino la expresión de una etapa histórica. Según Sánchez Sorondo, los hechos sociales están sometidos a un determinismo propio del desarrollo universal. Mario Amadeo sostiene que la revolución, que identifica con la historia, es irreversible.

13. La moral —dice Etchecopar— es un arte que no se agota en el cumplimiento de las leyes morales. Lo que vale más que esto es el esplendor de una personalidad. Se percibe en estas palabras una denigración de la moral preceptiva, muy semejante a la tesis de Ortega y Gasset sobre Mirabeau. Este concepto de moral coincide con la idea de cultura que tenía el nacionalismo. Son las exigencias del “sentido vital de la existencia” las que dictan normas a la cultura. Estos principios legitimarían el “hippismo”.

14. El estatismo forma parte de la mentalidad nacionalista. Un “reajuste doloroso del cuerpo social por el Estado” es urgente. La soberanía es la meta común de todos los argentinos. Esto resulta una trasposición al plano del Estado de las ideas liberales. Para Sánchez Sorondo la política es un juego.

15. El “economicismo” es una nota creciente en la evolución doctrinaria del nacionalismo. Incluso “Nuestro Tiempo”, siendo una revista cultural y filosófica, dedica una sección permanente a los asuntos económicos, propiciando la industrialización y la mejor distribución de las riquezas. El país debe abandonar la etapa pastoril de su economía. “Nuestro Tiempo” reclama un nuevo régimen jurídico de trabajo, propiedad y producción. Estas palabras recuerdan la idea progresista actual de las reformas de base; esas reformas deberán hacerse paulatinamente, para no despertar resistencias. El P. Meinvielle evolucionó también hacia el economicismo. Separa a la economía de la moral y se preocupa primordialmente con los problemas más inmediatos del incremento de la renta nacional y el desarrollo.

## 1 — El nuevo estilo del nacionalismo: revolución económica y revolución social. Una política para conquistar a las masas

En la preparación de la revolución de 1943 actuaba el nacionalismo político, ya desde la época de Justo, dividido en dos corrientes complementarias : por un lado, los nacionalistas “moderados”, que mantenían vinculaciones con los sectores conservadores —tales eran los que se agrupaban en la Acción Nacionalista Argentina (luego Afirmación de una Nueva Argentina) , presidida por Juan P. Ramos—, y por otro lado, los nacionalistas más jóvenes, que se reunían en torno a la Liga Republicana y que luego se volcaron en diversos movimientos como la Alianza de la Juventud Nacionalista, la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios, el Sindicato de Estudiantes Nacionalistas, y otros.

A-medida que se entra en la segunda época de la historia del nacionalismo, es la tendencia de estos últimos, mucho más inclinada al economicismo y al igualitarismo, la que empieza a prevalecer.

Tenemos de esto un interesante testimonio aparecido en la revista “La Voz del Plata”, que inspiraban los hermanos Irazusta. En su número 13, del 2 de septiembre de 1942, escribe Ernesto Mendoza, aparentemente un joven del Sindicato de Estudiantes Nacionalistas:

Los señores coroneles de la revolución de *papier maché* —dice el articulista— nos sueñan agitando las calles, portadores de carteles vivando al “ejército salvador” y a Dios, a la patria y al hogar. La consigna actual es “abrir locales pro defensa de la neutralidad y conquistar las masas”. ¿Para qué? Para cualquier cosa. El asunto urgente es armar barullo, apalea comunistas y desprestigiar a los radicales. La revolución se hará. ¿Con quiénes, cómo y con qué fines? Eso no debe preocuparnos a los que por tener veinte años servimos de carne de cañón...

El Estado nacionalista habrá de cuidar su prestigio —continúa Mendoza, parafraseando a los “nacionalistas serios”— llevando a la función directora a gente ya “conocida” sería y responsable como el doctor Juan P. Ramos o Alberto Uriburu...

Afortunadamente, lo mejor de la juventud nacionalista —y de la juventud militar— no ha caído en el garlito.

El articulista se felicita de que la juventud nacionalista esté empeñada en preparar “su propio programa” y lo que más le alegra es que en esa preparación se ha tomado como tema de estudio la situación de los diversos aspectos de la economía nacional. Por ejemplo, celebra que el 9 de agosto de 1942, en una reunión del primer pleno económico del Sindicato de Estudiantes Nacionalistas de Mendoza se haya tratado el problema eléctrico argentino.

El informe fue elaborado por el camarada Jaime Centurión Lascano en base a trabajos, encuestas, informes y datos suministrados por las cooperativas y usinas populares, a

quienes expresamos nuestro cordial agradecimiento, entidades reproductoras y técnicos jóvenes que contribuyeron a valorizar y hacer eficaz la jornada.

Intervinieron en su estudio camaradas de los diversos núcleos obreros y campesinos. Alfredo Ibáñez dictó una concepción del tema en la que perduran el materialismo económico propio de su anterior militancia en las filas comunistas; Julio Ortiz elaboró una magnífica tesis sobre la importancia de la electrificación en el campo, y Cabrera nos presentó el panorama de la próxima Argentina industrial, libre de la importación de combustibles y de las guerras del monopolio que nos aflige. En todos los rostros latía una impaciencia viril y anhelosa y en todos ellos brillaba la esperanza de contribuir con su esfuerzo y con su juventud a la realización de las magníficas aspiraciones que allí se trazaban.

Finalmente se adoptaron una serie de resoluciones en las cuales brillan por su ausencia los propósitos de la defensa de los principios católicos y de nuestra tradición hispánica. Se habla de

Incluir en el Departamento Técnico a uno o más miembros de la juventud radical. Estos no lo hacen en su carácter de tales (según salvedad efectuada por los mismos) y no reviste compromiso de adhesión política sino de sola colaboración en el planteo económico social de las cuestiones a tratar. Se resuelve constituir las organizaciones campesinas y sindical del S.E.N. destinadas a un trabajo orgánico de estudio y acción de los problemas agrario y obrero.

Confiar al Departamento Técnico el estudio sistemático y periódico de cuestiones inmediatas como el problema de la carne, de los combustibles, etc. sobre los que debe producir informes y fijar la posición de la juventud nacionalista que milita en el S.E.N.

Organizar el Instituto de Investigación Antimperialista, cuyo objetivo es el estudio de nuestra situación colonial en el campo político y económico.

Reconocimiento de la necesidad impostergable de que la juventud nacionalista dedique una especial atención al problema campesino y recomendar al Departamento Técnico que prepare un plan de trabajo en ese sentido.

(Rev. cit., *El problema eléctrico argentino*, pág. 4).

En el mismo número se publican artículos sobre el problema de la “coordinación de los transportes públicos” (página 5) y sobre la “especulación con el girasol” (página 6).

En el número 25 de “La Voz del Plata” (25 de noviembre de 1942) se publican artículos sobre diversos temas económicos y políticos. En la página 6 se incluye un interesante artículo que muestra la evolución del nacionalismo de una temática antidemagógica y corporativista hasta una temática antioligárquica y contra el colonialismo económico (*Consecuencias del anti-politicismismo*).

Pero nos interesa destacar ciertos “objetivos concretos de una política nacional” del Partido Libertador —agrupación nacionalista— publicados en este número. Dividido en cuatro capítulos —Política general, Directivas culturales, Justicia social y Política económica— ponen el acento casi exclusivamente en los temas económicos. El primer capítulo se inicia con la exigencia

de la “derogación inmediata de las leyes o denuncia de los tratados en que se subordinen los altos intereses nacionales a conveniencias extrañas, como la ley del Banco Central, de coordinación de transportes, pacto Roca-Runciman, etc.” De manera que la “política general” de este grupo nacionalista —que por ser de personas de segunda o tercera figuración no puede ser sino reflejo de lo que se oía en las cúpulas nacionalistas— no se inicia con una defensa de los principios de la civilización cristiana sino con una reivindicación económica. Al tratar de la política económica, el programa dice:

Encarar la recuperación económica del país mediante la estatización de los servicios públicos, el fomento de las industrias indispensables a nuestra autonomía económica, en especial las que afecten a la defensa nacional, y la reglamentación del comercio interior, a fin de impedir los monopolios y proteger al comercio y la libre industria contra la absorción capitalista. Se intensificará el comercio con los países hispanoamericanos.

Estos principios fueron incorporados luego en la Constitución peronista de 1949.

\* \* \*

“El Rioplatense” fue un quincenario de salida irregular publicado por un grupo de jóvenes nacionalistas católicos en colaboración con nacionalistas políticos<sup>34</sup>.

Su prédica incluía principalmente la propaganda de una revolución política nacionalista que destruyera el régimen liberal y afirmara la soberanía nacional. Denunciaba que el liberalismo, “dejando maniobrar al capitalismo a gusto, logró desde los primeros decenios de su implantación, que éste fuera el que gobernara en realidad los países y que impusiera su moral inferior a los pueblos, al mismo tiempo que implantaba una inicua tolerancia que nos ha convertido en cultores del materialismo más grosero y ordinario”. Denuncia ésta muy cabible, pero que, al no ser acompañada de una actitud práctica adecuada, cual hubiera sido el énfasis puesto en la defensa precisamente de la verdadera religión, de la verdadera moral y de la verdadera civilización, y el ataque doctrinario al comunismo, última consecuencia del materialismo capitalista, servía más bien para justificar las tendencias economicistas del nacionalismo. Se procuraba tan sólo combatir el capitalismo con reformas económicas.

\* \* \*

*Restauración* se distinguía de los grupos de acción directa constituidos por los nacionalistas políticos en su afirmación del carácter confesional de sus principios. Sin embargo, se asemejaba a ellos por reconocerse nacionalista, y

---

<sup>34</sup> El grupo redactor estaba integrado por Héctor Bernardo, Carlos Ballinas, Ramón Doll, Alberto Ezcurra Medrano, Sigfrido Grassi Díaz, Héctor Llambías, Cecilio I. Morales, Francisco Prado, Héctor Sáenz y Quesada, Marcelo Sánchez Sorondo, Vicente Sierra, Alfredo Tarruella, José Luis Torres, Enzo Valenti Ferro y Luis G. Villagra.

aspirar a un cambio total del Estado mediante la implantación del corporativismo, coronado por una dictadura, la reforma del sistema capitalista y la utilización de la violencia como método político.

Respecto del corporativismo dice *Restauración* en un folleto titulado *Declaración de principios*, publicado en 1937 (Biblioteca Nacional, catastro n.º 148.693):

Las corporaciones constituyen la organización natural de las fuerzas de producción y la expresión auténtica de la vida económica nacional, y el Estado debe reconocerlas como tales, estableciendo el régimen corporativo. Este régimen supone un derecho de la corporación ante el Estado y un derecho correlativo del Estado con respecto a las corporaciones.

Esas corporaciones serían entidades paraestatales, a diferencia de las corporaciones medievales, que eran entidades autónomas:

El derecho de la corporación consiste en dictarse sus propios estatutos y en regular todo lo relativo a la producción y el trabajo. El derecho del Estado consiste en homologar estas leyes para mantenerlas en la esfera de una utilidad propia que no vaya en detrimento de la utilidad pública, protegiendo al mismo tiempo su aplicación contra las dificultades que se presentaren.

A las corporaciones corresponde la representación política de los intereses económicos de la Nación.

*Restauración* pagaba tributo al mito nacionalista de la dictadura, consecuencia del maurrasiano *politique d'abord*, que tanto influyó en la escuela. Por eso decía:

A la cabeza del Estado debe existir una autoridad fuerte que gobierne realmente la Nación, conduciendo al pueblo a aquel bien común que es su fin.

Acerca del capitalismo, *Restauración* sostenía que estaba gobernado por la avaricia y la envidia, y agregaba:

No se puede intentar ningún orden recto si no se atiende de un modo particular al problema de las relaciones entre el capital y el trabajo. El capital no tiene, con respecto al trabajo, otra función que la de instrumento: el capital es un instrumento del trabajo y como tal debe ser considerado en el contrato respectivo. Debe desempeñar en el orden económico una función social y no una mera función de lucro capitalista. La función social del capital consiste en proporcionar los medios de producción. En ese sentido es evidente que el capital tiene derecho a los beneficios de la empresa. Pero siendo instrumento es también evidente que sus derechos son posteriores a los del trabajo, que es la causa eficiente de la producción.

Este último texto es ambiguo porque no explica si los derechos del trabajo son superiores a los derechos del propietario del capital sólo cuando no se paga el justo salario o en todos los casos. En la segunda alternativa se estaría en una tesis de sabor socialista.

Por fin, acerca de la violencia sostenía:

En el orden político, la violencia material que admitimos, más aún, que creemos necesaria, está destinada a reprimir la verdadera violencia que es ante todo el desorden espiritual o social. Por eso es santa la violencia del tribunal que vindica y es santa la violencia del pueblo que toma sus armas en defensa de la civilización y la fe.

\* \* \*

La Alianza de la Juventud Nacionalista, precursora de la Alianza Libertadora Nacionalista, publicó un folleto titulado *Postulados de nuestra lucha*<sup>35</sup>. Su texto demuestra hasta qué punto la temática de lucha de clases, antioligárquica e igualitaria, y la tendencia economicista habían hecho presa del nacionalismo:

La masa trabajadora sufre, sin que su clamor llegue a los oídos de los que gozan de los halagos de la fortuna ni de los que empuñan las riendas del gobierno. Es inaudito el cinismo con que se cantan loas a una prosperidad que sólo existe para un núcleo reducido de privilegiados. En las provincias “pobres” la raza se debilita y se diezma bajo el peso de las enfermedades y del hambre. Y en las grandes ciudades populosas, como un desafío al más elemental sentido de justicia, los palacios lucen sus líneas elegantes... junto a los conventillos de miles de familias humildes donde sufren su miseria...

No podía estar más clara la intención demagógica de la presente declaración. Los *postulados* continúan en el mismo tono:

...Pero en materia política, económica y social miraremos siempre hacia adelante, porque nuestra doctrina es profundamente revolucionaria. Se miente, pues, cuando se nos identifica con la reacción aristocrática y oligárquica que da su últimos suspiros. Combatimos al marxismo con todas nuestras fuerzas...

agrega la Alianza, como si el odio de clases que acaba de atizar con las palabras antes descriptas no fuera un excelente servicio al marxismo.

La liberación de las masas trabajadoras es una de las finalidades de nuestra acción.

El actual sistema político debe ser sustituido por una organización institucional corporativa...

Poco tiempo después, la idea corporativa cede ante el sindicalismo igualitario y demagógico creciente que fue la característica del gobierno de Perón.

Respetamos la iniciativa particular y la propiedad privada, pero subordinándolas a los intereses superiores de la Nación...<sup>36</sup>

En medio de una enfática serie de declaraciones “sociales” y económicas, la Alianza deja sentada su necesaria afirmación —maurrasiana, eso sí— del catolicismo:

---

<sup>35</sup> Biblioteca Nacional, catastro n.º 244.317.

<sup>36</sup> Ver comentario a la Constitución de 1949 acerca de la propiedad privada y su “subordinación” al interés nacional (páginas 76 y 77).

Sostenemos la libertad de cultos, pero afirmamos la preeminencia de la religión católica, estrechamente vinculada a los sentimientos y a la tradición del pueblo argentino.

Anhelamos una mayor justicia social

—continúa la Alianza— ya con fuerte resabios de lo que sería la prédica peronista,

porque nos subleva el espectáculo de la opulencia de unos pocos frente a la miseria de los demás. El Estado debe proteger al débil y tender a una repartición más equitativa de la riqueza.

Repudiamos el concepto de clases sociales y afirmamos la unidad de todos los argentinos que contribuyan con el trabajo del cerebro o del músculo al engrandecimiento nacional.

En esa última frase está insinuado el profundo igualitarismo que animaba al nacionalismo. Supresión de las clases sociales, rebajamiento del pensamiento al nivel de mero “trabajo cerebral”, modo materialista de expresión; conceptos éstos que poseen un definido sabor marxista.

La reforma agraria les tenía entre sus precursores:

Una de las principales exigencias del agro es la aplicación de un plan racional de colonización que, dividiendo los latifundios y las tierras fiscales tienda a arraigar a la familia rural y a asegurar la propiedad de la tierra a quien la trabaje.

Es imprescindible eliminar los *trusts* agrícolas y el monopolio del comercio de carnes.

Siguen violentos pronunciamientos antisemitas.

El 1.º de mayo de 1943 la Alianza se transformó en la Alianza Libertadora Nacionalista, junto a la cual siguió militando la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios. La Alianza Libertadora Nacionalista tenía un vocero de expresión llamado “Alianza”, y la U.N.E.S. otro, llamado “Tacuaras”.

En las páginas de “Alianza” se refleja la nueva forma del nacionalismo, economicista y demagógica.

La presentación tipográfica de “Alianza” evidencia que la intención de sus redactores era dirigirse a las masas para atraer su simpatía. El estilo de redacción, con lenguaje directo y de poco vuelo intelectual, las ilustraciones *fascistoides*, la utilización de *slogans*, todo lleva a pensar en un movimiento de estilo nazi-fascista destinado a movilizar las masas.

Tomando algunos números al azar de este periódico, a fin de no recargar excesivamente las citas, vemos, por ejemplo, que en el número de la primera quincena de febrero de 1945 se escribe sobre *La recuperación nacional y los ferrocarriles* lo siguiente:

En enero de 1947 concluye la vigencia de la ley Mitre [de concesiones ferrocarrileras]. A partir de ese momento, la Argentina estará en condiciones ventajosas para operar la

nacionalización de sus medios de transporte. Sea que ello se produzca durante o después de la guerra, y es el país quien debe elegir el momento más oportuno, lo cierto es que la idea de nuevas concesiones a largo plazo sólo cabe rechazarla como absolutamente inadmisibile.

Tomaba partido así la Alianza por una nacionalización de ese servicio público, que está en la línea de otras nacionalizaciones, como las de los servicios eléctricos, que pedía insistentemente durante esos años a través del mismo periódico. (Ver, por ejemplo, n.º 18, del 8 de noviembre de 1945, página 4, y n.º 20, del 6 de diciembre de 1945, página 3).

La Alianza realizó una intensa campaña contra la presión ejercida desde Washington para que nuestro país rompiera relaciones con las potencias del Eje. La exaltación de la soberanía les llevaba también a insistir en la supresión del “colonialismo” originado en las inversiones extranjeras, especialmente las de origen inglés y norteamericano. Hacían suyas las siguientes palabras del presidente norteamericano Wilson, pronunciadas el 27 de octubre de 1913, y que reproducen en la página 5 del número de “Alianza” citado:

Lo que estos Estados [los latinoamericanos] deben buscar, por tanto, es emanciparse de la subordinación económica, que es casi peor que la política porque mientras ésta es franca, aquélla es artera y corruptora.

El tema de la industrialización rápida del país apasionaba a los nacionalistas de “Alianza”. En el número 16, del 2 de octubre de 1945, decían:

Se discute con intensidad creciente las ventajas y los inconvenientes que la industrialización reportaría a nuestro país. El nacionalismo ya ha tomado posición en este debate manifestando su resuelto apoyo en favor de una industria fuerte (pág. 5, *Armonía económica*, etc.)

La Alianza se lanzó a la conquista de los obreros. Para ello se presentaba como más revolucionaria que el comunismo. En un artículo titulado El comunismo contra la causa del trabajo nacional (n.º 16, página 5) dice:

El comunismo y las fuerzas reaccionarias se han unido en una acción común. ... Es que el comunismo está sirviendo bien los intereses más contrarios a la verdadera causa de los trabajadores. Sirve a la oligarquía política conservadora que lo usa como tropa de choque mercenaria<sup>37</sup>; porque les resulta cómodo a los integrantes de la vieja camarilla fraudulenta desembolsar las sumas necesarias para tener a su disposición las bandas marxistas. Y sirve sobre todo al capitalismo extranjero, el cual en los países en que quiere hacer su negocio, tiende siempre a crear las siguientes condiciones generales: 1.º Debilitamiento del sentimiento nacional... 2.º Lucha de clases en los términos en que el comunismo, lo mismo que el socialismo, la plantea: de pujas por pequeñas mejoras; así se aleja o se mata la idea de una revolución que recupere y reordene la economía nacional contemplando sus problemas de fondo.

---

<sup>37</sup> Indirectamente, el nacionalismo presenta al comunismo como un mal menor que la explotación oligárquica. Esta es la tendencia constante del nacionalismo en su marcha hacia la izquierda.

Es decir, el nacionalismo se presenta frente a los obreros como un movimiento capaz de producir una revolución más profunda que el comunismo, y con auténtico sentido nacional. Una revolución en la línea de la reestructuración total de la economía, y no de meras reivindicaciones salariales o de mejoras de las condiciones de trabajo. Una revolución que ofrezca absoluta garantía de independencia de todo vínculo y todo compromiso con la oligarquía, el enemigo principal de la clase obrera, junto con sus patronos, los capitalistas extranjeros.

Los trabajadores no tienen que admitir que antiguos dirigentes sindicales absolutamente descalificados

dice “Alianza”,

profesionales de un falso gremialismo que ya parecían definitivamente radiados, retomen sus posiciones de control. Los obreros deben organizar su propia ofensiva: unirse dentro de cada sindicato para gravitar, hacer su propaganda, forjar sus nuevos líderes y defender las aspiraciones naturales y legítimas del trabajo argentino: recuperación económica nacional y distribución equitativa de las riquezas que produce nuestra tierra.

Los camaradas aliancistas obreros apoyarán personalmente con entusiasmo toda iniciativa de esa índole. Antimarxismo es al mismo tiempo antioligarquía y antiextranjerismo. Cualquier divergencia de detalle ha de quedar de lado ante el imperativo de la hora: unidad de comunista (“Alianza”, n.º 16, 2 octubre 1945).

El drama del socialismo consiste, en otras palabras,

dice “Alianza” en otra parte, explicitando la misma idea,

en no haber sabido ser verdaderamente revolucionario. Y esto lo sabe el nacionalismo argentino lo bastante como para no incurrir en parecidos errores. (Número de la 1.ª quincena de febrero de 1945, pág. 11: *Más consideraciones sobre política sindical*).

En su prédica antioligárquica el nacionalismo no vacila en atacar una industria tan nacional como la del azúcar. El proteccionismo a la producción azucarera —dicen— no beneficia al consumidor sino a los empresarios, que ejercen un verdadero monopolio.

Es, pues, absolutamente falso que el aumento del azúcar beneficie a una cantidad ponderable de la población.

Pero si bajo el aspecto de la producción el monopolio de hecho de un grupo capitalista usufructúa en su casi totalidad las ingentes ganancias del azúcar que son abonadas por toda la población del país sin que guarde relación con su fortuna, el verdadero problema, de la industria azucarera es la situación obrera.

Debilitados por el paludismo, desquiciados moral y físicamente por la miseria, los obreros tanto agrícolas como industriales de la industria azucarera carecen no sólo de los derechos elementales inherentes a la dignidad humana sino hasta del derecho a la vida misma... En cambio, la esclavitud permanente de los obreros que viven en los ingenios...

La revolución económico-social del país se ha hecho para poner fin a todas esas prácticas de la más cruda oligarquía, que, si bien han desaparecido en parte en el litoral del país, encuentran refugio seguro en el interior. (“Alianza”, no 22, 8 enero 1946).

Las citas que hemos transcripto creemos que son suficientes para ilustrar a nuestros lectores sobre el economicismo y el igualitarismo antioligárquico del nacionalismo político en su última época de actuación. Son precisamente ésas las banderas que dieron base a Perón para su conquista demagógica del poder y para su programa de gobierno. Puede decirse por eso que Perón fue el auténtico heredero y continuador del nacionalismo político.

## 2 — Una “teoría del Estado”

La revista “Nuevo Orden”, de Ernesto Palacio, representa un esfuerzo de intelectualización mayor en la sustentación de una visión maurrasiana de la política<sup>38</sup>. Palacio sintetizó su concepción política en el libro *Teoría del Estado*, publicado cerca de 1946 y reeditado en 1962.

¿Cuáles son las causas del triunfo y de la grandeza? ¿Cuáles son las causas del fracaso?

se pregunta en la Introducción.

Es lo que pretendo contestar en el presente ensayo, que trata de los principios generales de la ciencia política en un plano que trasciende a toda posición doctrinaria concreta, puesto que señala soluciones aplicables a cualquier país y a cualquier situación histórica. (Pág. 8 de la edición de 1962, Kraft).

Se trata, naturalmente, de una ciencia empírica, que tiene como único criterio de verdad la coincidencia de la norma resultante con la experiencia histórica y la realidad cotidiana. Pero una gloriosa tradición de pensadores, desde Platón y Aristóteles hasta nuestros días, a través de Vico, Bacon, Maquiavelo, Hume, Montesquieu, Burke, Proudhon, Sorel, Pareto, ha realizado una abundante cosecha de nociones y fórmulas que configuran una sabiduría de aplicación segura a todos los casos de la vida colectiva (Pág. 16).

Este libro es una tentativa de política pura. Entendemos por tal la tendencia a explicar los fenómenos políticos por causas también políticas, y no por causas morales, económicas, sociales, jurídicas o étnicas... La política puede y debe estudiarse con prescindencia de la moral... Este libro no trata, pues del “Estado de derecho” sino del “Estado de hecho”. No como debe ser, sino como es (Págs. 16 y 17).

Creemos que la sociedad humana puede perfeccionarse. Pero ningún esfuerzo humano logrará variar: las leyes, diremos físicas, a que obedece la sociedad política y que en este libro se estudian. Existe un orden natural. El reconocimiento de este orden no significa negar el orden sobrenatural. Si no se hace ninguna referencia a él en el curso de esta obra, es porque no se escribe un tratado de Teología sino de política. Cuando un médico católico estudia el problema del cáncer, no tiene por qué dedicar un capítulo a la salvación del alma de sus enfermos... Los males políticos se remedian con buena política (Pág. 18).

---

<sup>38</sup> Esta es una de las revistas importantes del nacionalismo que no hemos podido consultar por no haberla podido hallar ni aun en la *Biblioteca Nacional*.

Los textos transcriptos son claramente maurrasianos. Es sabido que el derechista francés consideraba a la política como una ciencia semejante a la biología, con leyes propias, independientes de la moral. Y por esa razón, acuñó la famosa frase *politique d'abord*, ya que si los males que padece la civilización occidental afectan a la política en primer lugar, debe procurarse una solución también política como primera providencia. Es exactamente lo que dice Palacio, con otras palabras.

Clasifica Palacio las corrientes de pensamiento político en dos grandes líneas: la “idealista” y la “realista”. Y dice:

No se nos oculta lo excesivamente simplista de esta clasificación... Pero no pretendemos escribir una historia del pensamiento político. Bástanos con mostrar las dos tendencias dialécticas en que se divide, ambas igualmente legítimas, porque obedecen a orientaciones permanentes del espíritu humano, y cuyo choque estimula la obtención de la verdad y constituye por sí mismo una realidad incontrovertible. No se puede escribir sobre política sin aludir a los conflictos de ideas que responden a actitudes dialécticas divergentes y que forman parte de la política activa, en cuyo campo pugnan teñidas de interés y de pasión (Pág. 22).

No podía definirse con más claridad la actitud dialéctica del nacionalismo. En Palacio, crudamente laicista; en otros, más teñida de catolicismo, pero presente en todos.

Para el conocimiento de la realidad política, es menester contar con la tendencia natural del espíritu humano a forjarse metas ideales, lo cual resulta un estímulo para la acción y un factor necesario de progreso. El hombre es un animal mitómano y vive en gran parte de quimeras (Pág. 23).

No cabe aquí la distinción que hacía Palacio al principio de su libro. No es que silencie lo sobrenatural para limitarse a tratar de lo natural: ofende directamente a la Santa Religión al no distinguirla de los ideales que califica de “mitos”. Vemos aquí cómo funciona la bivalencia de doctrina —real y aparente—: las realidades políticas y otras del mismo género pueden y deben ser tratadas con entero desconocimiento de la ley de Dios.

Continuando su ataque a los ideales, les niega todo contenido y los identifica con ideologías vacuas:

Llamamos ideología a la especulación racionalista que alza en el vacío construcciones teóricas sin posibilidad de realización práctica, e ideólogos a sus cultores. La tendencia que imperfectamente podríamos denominar idealista se traduce casi siempre en ideología... *supone la creencia en un bien y un mal en materia política...*<sup>39</sup> 1 supone también un optimismo fundamental, inherente a la creencia de que el bien ha de triunfar al cabo sobre el mal, por obra de la acción humana. En este sentido es tan ideólogo Bossuet, doctrinario de la monarquía absoluta, como ciertos apologistas modernos de la democracia... (págs. 23/24) ... La respuesta definitiva a los ideólogos consiste en proclamar que el hombre no puede crear paraísos y que la ciudad humana no logrará nunca ser más que una pálida e imperfecta

---

<sup>39</sup>El subrayado es nuestro.

imagen de la ciudad de Dios. El desconocimiento de esta verdad, por soberbia ideológica, el afán perfeccionista (como en el clásico ejemplo de la Convención francesa revolucionaria) suele acarrear como castigo el convertir a la sociedad en una especie de infierno. “Qui veut faire l’ange fait la bete”, dijo Pascal (Pág. 24).

Empezar diciendo que la ideología es fruto de una especulación “racionalista” es un modo, nuevamente, de poner al frente una cautelosa doctrina aparente, porque en realidad no define lo que entiende por racionalismo y así esta palabra puede ser interpretada al sabor de los lectores. Ahora bien, éstos, en la medida en que siguen la tendencia de Palacio, hallarán que “racionalismo” es todo uso abstractivo de la razón, ya sea fundada en los principios del derecho natural como en las verdades de la fe. Únicamente no son racionalistas aquellos que se adhieren pragmáticamente a los hechos, con pequeños saludos honoríficos de cuando en cuando a las ideas, para no incurrir groseramente en el materialismo empirista.

Esto surge de los ejemplos elegidos por Palacio: Bossuet era un teólogo católico, no era un racionalista. Y la ciudad de Dios no la procuran los racionalistas sino los católicos. Lo que procuran los racionalistas es la ciudad del hombre, la misma que busca Palacio al proclamar la soberanía de los hechos sobre el derecho. Según León XIII, la Edad Media puede llamarse adecuadamente la ciudad de Dios. Pero Palacio confunde “ciudad de Dios” con “perfección suma de la ciudad de Dios”. La perfección suma no puede alcanzarse en la tierra, pero una ciudad de Dios auténtica que, por lo tanto, exprese, en sus rasgos esenciales, una verdadera fidelidad al Evangelio, esto lo hubo y puede volver a haber. Es precisamente la negación de que ese ideal haya sido realizado en el pasado y de que él pueda realizarse en el futuro, uno de los errores que explican todas las connivencias del nacionalismo con la moda ideológica de cada día.

Continuando su ataque demoleedor a las “ideologías”, dice Palacio:

Hay una página admirable de Proudhon sobre este asunto, que no podemos resistir la tentación de traducir y transmitir íntegramente. Se refiere a la intolerancia de los fanáticos, de ideólogos aferrados a los “inmortales principios”, y dice así: “Que aprendan esos infelices que ellos mismos serán infieles necesariamente a sus principios y que su fe política es un tejido de inconsecuencias... Cuando se convenzan de una vez por todas de que esos términos de monarquía, democracia, etc., sólo expresan concepciones teóricas muy diferentes de las instituciones que parecen traducirlas, el monárquico se quedará tranquilo ante las expresiones contrato social, soberanía del pueblo y sufragio universal, y el demócrata conservará sonriente su sangre fría cuando oiga hablar de dinastía, de poder absoluto y de derecho divino; no hay verdadera monarquía; no hay verdadera democracia... La contradicción está en el fondo de todos los programas. Los tribunos populares juran, sin saberlo, por la monarquía, los reyes por la democracia y la anarquía...” (Págs. 38 y 39).

Proudhon<sup>40</sup> era un socialista ateo, y Palacio consideraba admirable esta frase del más crudo relativismo. Es evidente que en las palabras “democracia” y “monarquía”, Proudhon no designa meras formas de gobierno, sino dos concepciones de la civilización, una legítima, la católica, que fundó las monarquías cristianas en la Edad Media y que con defectos y abusos subsistieron hasta 1789, y la otra, ilegítima y falsa, que es la forjada por la Revolución Francesa, la creadora de las democracias modernas. Al decir genéricamente los “inmortales principios” incluye los de la civilización cristiana acerca de los cuales decía San Pío X:

No, Venerables Hermanos, ... no se edificará la ciudad de modo distinto a como Dios la ha edificado; no se levantará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: *Omnia instaurare in Christo (Notre Charge Apostolique, Doctrina Pontificia, Documentos Políticos, BAC, página 408)*.

Pero, en fin, por si alguno de nuestros lectores dudara de las conclusiones que estamos extrayendo del libro de Palacio, veamos cómo termina. Se olvida en el párrafo que vamos a transcribir de su prescindencia “científica” y convalida por anticipado el triunfo de un régimen comunista. Dice así:

Debemos agregar, para completar la referencia a la revolución actual contra el sistema capitalista (y aunque ello nos aparte del tema preciso de este ensayo), que parece muy probable que, así como la nobleza hereditaria fue reemplazada por una clase dirigente burguesa, ésta deba ceder su lugar a una clase dirigente de origen proletario. Si se tienen en cuenta las condiciones enunciadas para el acceso al poder, llegaremos a la conclusión de que ello será posible, no por el mero hecho del origen, sino por la evidencia de la capacidad. No porque los pretendientes al poder sean o hayan sido obreros, sino porque signifiquen valores políticos reales, surgidos de la lucha y entroncados con la tradición cultural colectiva. Las clases dirigentes no se determinan por la extracción social de sus miembros, sino por su percepción de las realidades y por las reservas de inteligencia y voluntad que ponen al servicio de la causa pública.

De esas características (que implican la condición representativa y la acción benéfica) y sólo de ellas deriva la “legitimidad” de cualquier régimen o gobierno y no de la observancia de determinados principios o el cumplimiento de tales o cuales requisitos legales. Un régimen es legítimo cuando existe una clase dirigente que gobierna y un pueblo que la acata, porque ve en ella la expresión de sus anhelos y el amparo de sus necesidades. En estas situaciones, la representación es efectiva, la coerción se reduce al mínimo, hay solidaridad y orientación común de pueblo y gobierno, con una resultante de libertad (pág. 135).

La aceptación desde ya, como un hecho legítimo y como una eventual composición de la historia, de un régimen dirigido por el propio proletariado,

---

<sup>40</sup> Pedro José Proudhon nació el 15 de julio de 1809 y murió en Passy el 16 de enero de 1865. En 1840 publicó un libro titulado *Qu'est-ce que la propriété?*, a cuya pregunta respondía con esta lapidaria frase: “La propiedad es el robo”. Socialista y anarquista autodidacta, influido por Fourier, Hegel, Comte y otros, fue autor de una enorme cantidad de libros y artículos, con los cuales procuraba contribuir al triunfo del socialismo y del anarquismo. Enemigo declarado de la religión, decía: “Dios es el mal” (*Espasa Calpe, Enciclopedia, Tomo 47, pág. 1220*).

importa una aceptación del comunismo. Lo que la dictadura del proletariado preconizada por éste tiene de más característicamente comunista, no es el hecho de ser una dictadura, sino el hecho de que, destruidas todas las clases superiores, sólo el proletariado gobierna.

Marcelo Sánchez Sorondo, en el n.º 17, año IV, de noviembre-diciembre de 1949, de la “Revista de la Facultad de Derecho” de la Universidad de Buenos Aires, hace un comentario elogioso de este libro de Palacio. Lo felicita por haber tratado del Estado de hecho, y no sobre los *robots* que son los Estados de derecho. Aplauda su análisis de la importancia de las élites en la constitución política de un Estado. “Todo orden natural es aristocrático... pero no siempre atribución de gobierno de clase” (página 1514). Más adelante veremos, qué entiende Sánchez Sorondo por aristocracia. Algo puede ya barruntarse por lo que hemos transcrito de Palacio, cuyo concepto es casi idéntico. Veremos que no es la verdadera aristocracia la que ellos exaltan.

Sánchez Sorondo sólo le reprocha a Palacio la falta de historicidad:

...quizás esta élite de Palacio sea como la de Pareto, demasiado movediza y sustituible, congenia demasiado con cualquier alternativa de poder y falta en el cuadro la patética fisonomía de las élites históricas, con hereditario consumo de modales y empecinados cultos de tradición, de las élites que Spengler pinta como la flor de la Cultura Occidental (Pág. 1517).

Incluso en el momento en que Sánchez Sorondo percibe con razón la oposición entre el concepto de “élite proletaria” de Palacio y el concepto de “élite” según la recibimos de la doctrina y de la tradición católica, el relativismo se hace sentir en las frases de Sánchez Sorondo. Este funda en Spengler un concepto de élite que nació mucho antes que Spengler y que no tiene su base en la doctrina del filósofo alemán. Además, Sánchez Sorondo presenta su legítima y grave objeción de un modo dubitativo y relativista: “quizás...”.

### 3 — Hispanismo y catolicismo en “Nueva Política”

El 1.º de junio de 1940 apareció el primer número de la revista “Nueva Política”. En ella escribían, como ya se ha dicho, los jóvenes nacionalistas católicos formados en los Cursos y también César Pico, su maestro.

En sus páginas encontramos reflejado el mismo espíritu dialéctico, evolucionista, “profético”, anti-aristocrático y sindicalista que ya señalamos en la *Síntesis doctrinaria del nacionalismo* (ver II parte, capítulo I, 4), junto a ciertas expresiones de doctrina aparente, en que se manifiestan partidarios de las tradiciones hispánicas y católicas de nuestra patria. Pero con una característica: que se acentúa cada vez más el naturalismo y el *politique d'abord* maurrasiano. Veamos, para empezar, algunos textos hispanistas y católicos.

Refiriéndose a la revolución que significó el pseudo-Renacimiento europeo, dice Juan Carlos Villagra:

Tristemente resquebrajada la arquitectura de Gregorio y la bula *Unam Sanctam*, transcurridos ya los tiempos en que, como lo recuerda el marqués de La Tour du Pin, “la filosofía del Evangelio gobernaba las naciones”, sucedió que la institución más natural y venerable *inter homines* la monocracia regia, a la sazón inefablemente divina porque católica, degeneró su santo principio de obediencia y amor en la atroz rebelión contra el sacerdocio y el Espíritu (“Nueva Política”, pág. 29, n.º 1).

Comentando los tratados de Versailles que fueran firmados al final de la Primera Guerra Mundial, y en los cuales se selló la destrucción del imperio austrohúngaro, cosa que perjudicó a los propios franceses responsables de esa política, dice Isidoro García Santillán:

Pero el espíritu jacobino y masónico de los hombres de Versailles realizó el desatino. No podía perdonarse a Austria, estado católico, monárquico y aristocrático (“Nueva Política”, n.º 4, setiembre 1940, pág. 17).

Estos juicios elogiosos y merecidos a la grandeza que otorga a las naciones su adhesión al catolicismo, a las tradiciones y su respeto de las legítimas y proporcionadas desigualdades, se aplicaban también al análisis de nuestra historia. Dice, por ejemplo, Federico Ibarguren —uno de los escritores nacionalistas que más contribuye con sus artículos históricos a dar la nota tradicionalista y católica en el teclado nacionalista:

La España del Descubrimiento no debe confundirse con la Europa del Renacimiento. Mientras ésta forjó su grandeza a costa de la unidad religiosa medieval, aquélla lograba la suya en torno a la unidad religiosa, bajo el signo medieval de los Reyes Católicos. La Europa del Renacimiento precipitaba al Viejo Mundo en el paganismo gozador y cismático del arte y de las ciencias nuevas... (*La recuperación de nuestra historia*, “Nueva Política”, n.º 1, pág. 22).

La Conquista de América quedó, pues, informada del antiguo espíritu apostólico y guerrero de la Edad Media y no del nuevo espíritu laico y científico del Renacimiento...

La mesnada de misioneros multiplicase en nuestras ciudades y campañas favorecida por la política imperial y va conquistando, con paciencia y habilidad, la fe del pueblo criollo a la causa universal de Cristo Rey. Pero la batalla que parecía ganada se malogra en el preciso instante en que, la Metrópoli, trabajada a fondo por el enemigo secular, consiente en transar con el hereje. Ahí comienza su desprestigio irremediable en el mundo.

El triunfo posterior de los Borbones impone un absolutismo nuevo: exótico y liberal; es el soplo del Renacimiento que tardíamente llega de Francia y lo penetra todo, transformando desde las instituciones, el ser sustancial de la hispanidad. La unidad político-espiritual del viejo Imperio católico se quiebra (Art. cit.).

El liberalismo, que comenzó en 1810 con Moreno y que se plasmó finalmente en la Constitución de 1853, vino a destruir y a desarraigar las tradiciones que nos venían de nuestro legítimo origen. Contra eso se levantaron los

caudillos, con la bandera de la verdadera religión. El autor concluye, citando a Santa Teresa de Jesús, exhortando a la recuperación de nuestra historia.

Esta tradición católica admirable no podía sino producir una sociedad bien organizada y sana. Nuestro país vivió, pues, en un régimen de élites familiares y hereditarias que estructuraba todas las clases sociales, que el mismo Ibarguren rememora en otro artículo con estas palabras:

La ciudad vivía, antaño, en un ambiente familiar de severidad y disciplina. Las clases sociales, perfectamente diferenciadas por la legislación de Indias, mantuviéronse en paz y armonía durante siglos sin chocar entre sí. Había catolicismo arraigado en el humilde y en el poderoso, vinculados, ambos, con el lazo invisible pero vital de la cultura común. El signo de la histórica Hermandad peninsular, de tipo caballeresco y aristocrático a la vez, preservó a Buenos Aires, por muchos años, de la dispersión individualista —germen de nuestra actual democracia— desatada por el protestantismo en occidente.

Documenta el articulista que bajo la inspiración de esos principios, y en el servicio del rey, se había formado en nuestra patria una aristocracia terrateniente y militar que

desde la caída de los Austria, fue la que gobernó efectivamente en los momentos de peligro a las ciudades rioplatenses...

Las virtudes de esa aristocracia criolla subsistieron a la implantación del liberalismo en la Argentina hasta promediar el centenario de nuestra independencia. Hoy ha desaparecido —dice— aventada por el igualitarismo democrático.

Tócanos, Dios mediante, en esta hora angustiosa, la difícil misión de restaurar aquella tradición olvidada, para bien de la Patria (*Milicia y malicia de Buenos Aires*, Federico Ibarguren, “Nueva Política” n.º 6, noviembre de 1940, pág. 6).

Ideas similares encontramos en otros autores nacionalistas como el P. Meinvielle (*Hacia la cristiandad*, ed. Adsum, 1940, pág. 64), Alberto Ezcurra Medrano (*Liberalismo y patria*, en “Nueva Política” n.º 3, agosto 1940), Leopoldo Marechal (*Sobre la inteligencia argentina*, en “Nueva Política”, n.º 4, septiembre 1940), Juan Carlos Villagra (*Exigencias de una política tradicional*, en “Nueva Política”, n.º 7, diciembre 1940, página 11), Máximo Etchecopar (*Releyendo a Lugones*, en “Nueva Política”, n.º 4, septiembre 1940, página 18) y otros.

#### 4 — Una generación ansiosa de vivir con “su tiempo”

Esta posición frente a nuestra tradición hispánica y católica no es más que la doctrina aparente del nacionalismo: Vayamos a su doctrina real. Más en la línea de la doctrina real está este texto de Manuel Gálvez en que sostiene la enseñanza religiosa por razones puramente naturalistas:

En uno de los artículos publicados en “El Pueblo”, entre el 21 de noviembre de 1943 y el 30 de diciembre de 1945, establecía la necesidad de que fuese estudiada la religión en los colegios, escuelas y universidades, pero no por razones proselitistas, sino culturales. Recordaba a Spengler, para quien cada cultura tiene una religión propia, como tiene una moral, unas matemáticas, una música y hasta una física propia. Daba argumentos excelentes y nada tendenciosos o catequísticos. No obstante, ocasionó protestas en los diarios liberales e izquierdistas (*Recuerdos de la Vida Literaria. En el mundo de los seres reales*, Hachette, 1965, pág. 75).

La doctrina real del nacionalismo es evolucionista, lo cual no condice con su profesado catolicismo. Dice “Nueva Política” en su editorial del número 3 (agosto 1940):

Las formas políticas, no menos que las demás sujetas al rigor y a la limitación del tiempo, perecen. Y según lo dejara establecido la antigua sabiduría, perecen por exageración de su principio. Mas la ley del cambio permanece. La transformación es exigida por la limitación de las formas y es consecuencia del movimiento universal.

... La novedad de las formas deriva de la materia, pero la ley de la mudanza permanece, y —ley de lo político— se ciñe sólo con necesidad moral; la libertad juega dentro de la necesidad general del ritmo.

Frente a estos lapidarios principios generales, que ponen en tela de juicio todo lo permanente del catolicismo y de la cristiandad medieval, poca fuerza tienen las salvedades finales sobre la “síntesis en el fondo romana y católica” a que debe tenderse. Si la “ley” es el cambio, nada garantiza que esa síntesis ha de durar, y tampoco, antes que eso, que haya de estar constituida exclusivamente por elementos católicos.

Vivir a destiempo es algo que no se nos puede achacar. Nuestra generación no es la de antes ni la de después: es la de ahora, la que crece. Y la que se reconoce en el infalible vigor que cobra por sentirse imponderablemente unida al presente. Tiene conciencia de época. Eso que moliendo historia hace que sea distinto el genio de cada siglo y saca a flor de siglo lo virtual en la historia. Eso que data con fecha cierta de hoy, lo existencial, lo tónico, y le toma su temperatura de tiempo a las ideas.

Así dice el editorial del número 1 de “Nueva Política” y que vale, por lo tanto, por una verdadera definición del espíritu de la revista y de sus redactores.

La evolución de las cosas, para el nacionalismo, es dialéctica. César Pico escribe:

Llamemos hecho histórico dialéctico a todo acontecer que resulte necesariamente del curso mismo que viene siguiendo la historia desde el pasado. Diferenciamos, entonces, un hecho histórico, dialéctico de un hecho meramente anecdótico, es decir, de un hecho contingente que, como tal, no puede influir mayormente sobre el proceso que rige los acontecimientos (*La prudencia católica, ante el conflicto ruso-alemán*, “Nueva Política”, n.º 15, setiembre 1941).

Siendo así, hay que analizar concretamente cada hecho histórico para ver si está integrado en la corriente dialéctica. Si lo está, es inútil resistir a él: hay

que colaborar excepto en el caso en que el tal hecho choque frontalmente con la doctrina católica, en cuyo caso hay que resignarse a ser arrastrado por la historia. Este pensamiento está bastante claro en la siguiente frase de César Pico, del mismo artículo:

¿Es un hecho intrínsecamente perverso del cual no cabe esperar nada sustancialmente bueno, o un hecho que arrastra consigo alguna esperanza de bien porque no es entrañablemente malo? En el primer caso el cristiano debe abstenerse y resignarse; en el segundo debe colaborar. Otra conducta sería literalmente irracional (Art. cit., n.º 15 de “Nueva Política”).

Esta actitud pasiva del católico delante del hecho histórico anticristiano, impuesta por el principio de que en la historia jamás se retrocede, es de lo más inconsistente que puede haber en el plano doctrinario como en el propio plano histórico.

Situémonos en este último punto. La Reconquista, por ejemplo, fue una larga lucha de ochocientos años para restaurar la España, una; monárquica y cristiana. Si Pelayo hubiera sido nacionalista, en lugar de reaccionar con sus héroes; habría capitulado.

Otro ejemplo: Según los nacionalistas, las naciones de Occidente tenían economías genuinas antes de la dominación universal del capitalismo judío. Afirman que desean destruir esta dominación para reconquistar la autenticidad perdida. Preguntamos: Esta recuperación de un bien que se perdió ¿no es, en el plano histórico, un retroceso?

Así el nacionalismo se contradice a sí mismo... Si una nación que era libre fuera económicamente encadenada y destruye sus cadenas para recuperar la libertad perdida, ¿no reacciona, acaso gloriosamente, contra el proceso histórico que la aprisionó?

Ahora bien, para apreciar lo que es “intrínsecamente perverso”, César Pico aplica un criterio sumamente amplio fundado en la doctrina de la dialéctica. Vemos así que la misma existencia de persecución religiosa perpetrada por un régimen no es suficiente para que Pico declare imposible la colaboración con él. Y por eso concluye que hay que apoyar a la Alemania nazi.

No es éste el momento de solucionar cuestiones [se refiere a la existencia de la persecución religiosa en Alemania] que, más tarde, y por lo que atañe a los católicos, habrán de solventarse mediante una sincera lealtad y reconocimiento de los propios errores. Al fin y al cabo, no hay en Alemania, que ahora termina el proceso de su unidad nacional [escribía en setiembre de 1941], más persecución religiosa que la que hubo en Italia hacia 1870 cuando realizaba, ella también, la unificación de su Estado. Esperemos que las luchas religiosas se apacigüen en el Reich como terminaron fundamentalmente en Italia con el Tratado de Letrán (Art. cit. N.P. n.º 15).

Cuando está en juego no ya el destino de un gran pueblo sino el de la misma civilización amenazada por la barbarie roja será incluso una imprudencia que puede costar muy

caro, entretenerse en señalar defectos, por censurables que sean, en la nación que tiene en sus manos una sublime misión histórica de salvación (Art. cit.).

No se entiende cómo podrá el católico determinar si un hecho histórico es o no “intrínsecamente perverso” si de entrada Pico le prohíbe “señalar defectos”.

La explicación se encuentra si miramos el asunto desde un punto de vista dialéctico. Y eso es lo que propone el autor, quien declara que

la persecución religiosa en Alemania —como la italiana de 1870— asume categoría *anecdótica*, todo lo importante que se quiera, pero no de hecho *dialéctico*. No ocurre lo mismo en Rusia... [Más arriba decía:] Y puestos a elegir entre una y otra, no trepidamos en preferir la primera a la segunda (N. P. n.º 18, diciembre 1941, pág. 16).

(En el artículo anterior ya citado decía que las persecuciones religiosas en la Alemania nazi “según lo comprueba la experiencia, dimanaban, en gran parte, de imprudencias políticas imputables a muchos católicos”, n.º 15, “Nueva Política”).

Es evidente que la actitud recomendada por Pico excluye toda posibilidad de juzgar cada uno de los hechos históricos a partir de los principios católicos, para referirnos en cambio al “sentido de la historia”, el cual sería como una especie de resultante necesaria de los diversos actos humanos, que puede tener una bondad propia a pesar de la maldad de cada uno de estos actos tomados individualmente.

Y como difícilmente los hechos —por no decir nunca— responden adecuadamente a las puras exigencias del pensamiento doctrinario, nos veremos obligados sin renunciar a nuestras creencias, a fundamentar nuestra conducta sobre la complejidad del acontecer concreto con todas sus impurezas anexas, atendiendo sobre todo el sentido de la historia y el resultado final que cabe esperar de unos hechos y que no es verosímil esperar de otros. En esto consiste la prudencia política (Art. cit., n.º 15, “Nueva Política”).

Al margen de esa reflexión nos aproximamos aquí al completo rechazo de solidaridad del nacionalismo para con los católicos perseguidos por el nazismo. Por el contrario, en varios pasajes los nacionalistas censuran las persecuciones religiosas cometidas por los comunistas. ¿Cómo explicar esta incoherencia? Es que las persecuciones nazistas son “anecdóticas” y las comunistas son “dialécticas”...

En otro artículo, titulado Neopaganismo (“Nueva Política”, n.º 5, octubre 1940, página 5), César Pico ya exponía la misma tesis:

Frente al término de un proceso histórico-dialéctico no cabe otra actitud que contar con los hechos, puesto que —en ese sentido preciso de la lógica concreta— se presentan como necesarios; pero nuestra adhesión a los mismos debe inspirarse por un criterio existencial que tenga en cuenta la resultante del proceso histórico que la solicita. Ahora bien; vemos, por una parte, la involución histórica que, a partir del subjetivismo moderno, termina dialécticamente en la disolución social y política de nuestra civilización; vemos, por otra, las únicas

tentativas eficaces de reacción contra esa descomposición ineluctable. Nuestra opción en semejante trance, no debe fundarse en consideraciones menudas o analíticas acerca de los factores más o menos malos que se entremezclan en ambas directivas; debe, con mirada sintética, atender a la resultante integral de las mismas. Y ya que de neopaganismo se trata, el criterio reside en el acuerdo posible que esa resultante manifieste con una valoración cristiana de la vida. Pues bien, el primer proceso, el que sigue la pendiente involutiva, es un proceso de progresiva apostasía; el segundo, en cambio, por consistir en una reacción contra el primero, está abierto a todas las posibilidades... Hay quienes se resisten a esta evidencia. Apelando alguna axiología de eunucos, hay quienes prefieren la hipocresía puritana al crudo gesto del señor Hitler.

## 5 — La dialéctica del “país real”

Aplicando estos principios dialécticos a la historia de nuestro país y a su política, el nacionalismo afirma que existe un país “real” y otro “ficticio”, que están en lucha. Es la misma tesis maurrasiana (ver *Mis ideas políticas*, de Charles Maurras, edición Huemul, páginas 55 y 60).

Esto constituye un verdadero *leitmotiv* en los escritos nacionalistas. Por eso nos limitamos a citar de esta época, apenas la siguiente frase del editorial del número 2 (julio 1940) de “Nueva Política”:

El país real, la tierra argentina, es una cosa, y la ficción del país, las ideologías enchufadas, otra. Si el siglo XIX hizo la confusión posible, el siglo XX nos la aventa. Como agradecía San Pablo a los herejes, le agradecemos este siglo al siglo XIX. Este siglo pontífice como el fuego, iconoclasta como un iluminado, que se descarga en furias sobre los viejos ídolos de oro de la mezquindad judía. ¡Salve siglo XX restaurador!

Podrá alguien justificar esta terminología diciendo que se entiende, por “país real”, nuestras tradiciones hispánicas y católicas. Pero contestamos que, en efecto, tal es la explicación dada por los nacionalistas en su doctrina aparente. Pero no es ésa su doctrina real. País real es la “tierra argentina”, es una realidad profunda, sólo parcialmente expresada, que *justifica al catolicismo y a la hispanidad y no es justificada por ellos*, que obliga a éstos a sufrir adaptaciones, ya que la “tierra argentina” vive, se mueve, progresa, cambia. Es “lo nuestro”, “lo nacional”, lo que debe ser defendido, pero no por razones doctrinarias de una ortodoxia lógicamente seguida, sino por razones suprracionales, extracatólicas. Si un católico les objeta esto, ellos contestan con argumentos *ad hominem*, fundados en la doctrina de la Iglesia acerca del amor a la patria. Pero si el interlocutor no es católico, le hablan simplemente de “lo nacional”.

Que su concepto del “país real” es esto que decimos, lo prueba el hecho del ecumenismo de los nacionalistas. Ellos se alían con quién sea, siempre que contribuya a la “Revolución Nacional” término siempre vago, a-doctrinario y claramente dialéctico.

La denigración constante de las ideologías a que se dedica el nacionalismo refuerza esta tesis sobre su concepción del país real. Por esa razón, no

podría decirse que el catolicismo forma parte del país real, ya que el catolicismo es una doctrina absoluta y en cuanto tal, no puede incluirse en el país real sino en la “Argentina ideológica”.

País real sería, pues, lo nacional, y país ficticio todo lo extranjero o lo que resulta del “sueño” de las ideologías. Conspiran contra el país real tanto lo exótico como lo ideológico. Dice, por ejemplo, Héctor Llambías:

... el régimen liberal establecido por la Constitución, de origen anglosajón, tiene en su exotismo la causa de su fracaso, ya que, por exótico, no es adecuado a la índole del país real (“Nueva Política, n.º 4, setiembre 1940, pág. 8).

Es claro que los nacionalistas hacen también la crítica doctrinaria del liberalismo, pero no son las razones doctrinarias —encerradas por su naturaleza en el plano de lo que ellas denominan “ideología”— las que los mueven “dialécticamente”. Pero se contradicen, porque si el exotismo es la razón principal para la condena del liberalismo no se ve por qué no rechazaban, por la misma razón, el exotismo aún mayor del fascismo y del nazismo que ellos representaban en el país. Hay, por lo tanto, un exotismo que aceptan y otro que rechazan, aunque ambos son condenables desde el punto de vista de nuestras tradiciones católicas e hispánicas y desde el punto de vista de la ortodoxia católica. Es claro, en consecuencia, que el criterio de selección es otro. Es esa dialéctica profunda del “país real” en su lucha contra el “país legal”, dialéctica de cosas y de ideas capaces de engendrar cosas, dentro de cuya perspectiva el fascismo representaba una inspiración y un ejemplo de eficiencia nacionalista. El futuro del mundo ellos lo veían como siendo nacionalsocialista y fascista. Mientras el liberalismo y el comunismo parecían ser realidades en declinación. Ahora bien, la Argentina auténtica era la que estaba en el curso de la historia (se trataba de una autenticidad frente a la historia y no frente de un concepto abstracto de bien y de mal), ella se conjugaba más con aquellos movimientos derechistas que con las declinantes fuerzas izquierdistas. Hoy parece suceder lo contrario, por eso el nacionalismo se aproxima más a los revolucionarios progresistas de América Latina.

Pico, en su artículo ya citado (n.º 15, “Nueva Política”), evidencia el menosprecio del nacionalismo por las “ideologías”, incluyendo entre ellas al catolicismo:

No se trata de juzgar de acuerdo con una doctrina sino de actuar en consonancia con la realidad, para que ésta cobre a la postre, una orientación mejor y en ciertos casos menos mala.

Un puro ideólogo, al advertir esa liquidación [la del individualismo de cuatro siglos que, según el autor, estaba efectuando el nazismo], dará imperturbable una solución doctrinaria, por ejemplo, la solución católica integral. Ni demo-liberalismo capitalista, ni totalitarismo, ni comunismo, sino catolicismo. Mas la dificultad radica precisamente en la

reconquista de lo social, en conseguir la realización histórica del programa católico y con la urgencia reclamada por los hechos, urgencia que exige perentoriamente una actitud práctica al hombre de nuestro tiempo. Desde este ángulo el ideólogo se nos aparece en la magnitud de su frivolidad.

La lucha por el “país real” no es, por lo tanto, fruto de una ideología ni podría serlo sin incurrir en frivolidad, según Pico. Es claro que él señala de todas maneras el ideal de restauración del catolicismo como meta final de todos sus contorneos pragmáticos y dialécticos. Pero como al mismo tiempo rechaza con violencia el deseo de todo hombre de fe, de vivir de acuerdo con ésta, no mañana sino ya y ahora, aun al precio de chocar contra la historia, de perder la vida si fuese necesario, y posterga la realización de su ideal para las calendas griegas (casi como negando a la Providencia el derecho y la posibilidad de guiar la historia hacia el rumbo que ella entienda y con la rapidez que ella quiera), su actitud concreta no puede considerarse fundada en el catolicismo. Para César Pico y los nacionalistas, el “arte de lo posible” consistiría apenas en el arte de las concesiones. No fue así que la primitiva Iglesia convirtió el mundo romano. La completa exclusión de la intransigencia como medio para (en muchas circunstancias) llegar a la realización de lo posible, es un apriorismo del nacionalismo que choca con la doctrina católica y con las enseñanzas de la historia.

## 6 — Profetas de la evolución y enemigos de las “ideologías”

Es constante la repulsa de los nacionalistas a lo que llaman “las ideologías” y su desprecio por los “ideólogos”. Dice, por ejemplo, Marcelo Sánchez Sorondo:

“En el fondo [las ideologías] conspiran contra la historicidad, al pretender inmovilizar, con añoranzas teórico-sentimentales, la incontenible vivencia del siglo. (*La clase dirigente*, 1941, pág. 14, Adsum.)

Algún lector dirá: “No comprendo lo que dicen porque es obvio que los nacionalistas teorizan continuamente, escriben, hablan, exaltan la inteligencia y se consideran intelectuales”. Pero la explicación está en la doctrina de los grupos “proféticos”. Ellos son profetas del país real y de su tiempo. Sus escritos recubren con doctrina aparente un pensamiento que expresa proféticamente la voz profunda de las cosas.

Así, lo político en tanto se renueva en cuanto se restaura, y el nuevo Estado se hace efectivo realizador de las aspiraciones profundas y permanentes de la Nación, para que ésta pueda cumplir su destino. Uno y diverso, el movimiento puede recibir diferente signo: Roma, Germania, Hispania, de modo diverso realizan la cosa nueva (“Nueva Política”, n.º 3, agosto 1940, Editorial).

Las “aspiraciones profundas y permanentes de la Nación”, que entran en concordancia con las aspiraciones también profundas y permanentes de las naciones italiana, alemana y española, para dar nacimiento a una “cosa nueva”

reflejada en una política que la interprete... He ahí la definición del espíritu profético. El profeta de la evolución no raciocina, anuncia; no considera una doctrina, percibe un acontecimiento oculto para los demás hombres; no quiere moralizar, sólo quiere acompañar y abrir camino a la historia. Eso es el nacionalismo.

El ritmo de los acontecimientos es cada vez más acelerado. Los hechos superan las teorías y apuran las soluciones. En torno de los políticos de la vieja escuela se estrecha el cerco de la realidad que pretendieron olvidar. Ya nadie cree en sus declamaciones de sabor pretérito. Cae un régimen. Y lo que ahora, ciegos, se disputan, son sus despojos... sabemos que aquí no cabe sino la auténtica revolución, la entrañable y difícil revolución que restablezca la jerarquía de las esencias. Mientras ella no venga, el país —el país real, desamparado y hambriento, que vegeta en los campos y se consume en las ciudades— seguirá ignorado. Y entonces, no importa que los oligarcas desde sus sitios reciten la nueva cartilla. Lo que el país quiere y necesita es su destierro. Y que en su lugar, una generación de argentinos cumpla, por vocacional imperio, la misión de la Patria. (Editorial, “Nueva Política”, n.º 4, setiembre 1940).

El profeta nacionalista no sólo escucha el palpitar de la historia; también oye e interpreta los sentimientos de las clases populares, oscuros para ellas mismas y para el resto de los argentinos. Y su voz pide —según los nacionalistas— una revolución social que destrone a los “oligarcas”. Perón había de escucharlos.

Literatura profética es lo que rezuma también el siguiente texto:

Patria nuestra, ¿qué será de ti si no te lleva en su corcel de espuma y hierro el siglo, si esta vez tampoco aciertas en el modo de tu promoción? ¡Ya puedes esperar que otro diluvio descorra y anegue el tiempo puesto que a la historia ya no podrías acercarte más! (“Nueva Política”, n.º 8, enero 1941, editorial).

En la misma línea se encuentran los voceros de otros grupos nacionalistas. Así, por ejemplo, Bruno Jacovella, del grupo de “Nuevo Orden”, la revista de Palacio, comentando en “Nueva Política” un libro de Ramón Doll, *Hacia una política nacional*, dice:

La colección “Las 4C” que dirige el Padre Castellani, ha prestado con este libro un singular favor a las jóvenes generaciones argentinas para la fijación histórica de nuestro movimiento nacionalista, demasiado institucionalista y universalista hasta hace poco, y más realista y autóctono cada día que pasa (N.º 3, agosto 1940, pág. 28).

Jacovella, nacionalista del ala política, comprende cómo el nacionalismo católico va evolucionando. De sus orígenes de afirmación de la doctrina “universalista” —católica— de la Iglesia, va pasando cada vez más a ser una voz que profetiza el “país real”, lo autóctono.

## 7 — Polémicas internas, “ludus” dialéctico

El espíritu dialéctico del nacionalismo se percibe también en las relaciones internas que existen entre sus diversos integrantes. Como ya hemos visto en la parte histórica, siempre el nacionalismo ha funcionado con alas diversas y algunas veces aparentemente opuestas. Sin embargo, en el fondo reina un acuerdo sintético fundamental. Ello les ha permitido seguir usando a todos durante cuarenta años aproximadamente la palabra “nacionalismo” para identificarse individual y conjuntamente, sin que acostumbren negarse unos a otros el derecho de usar ese calificativo de que se glorían.

Las polémicas que han trabado a veces entre sí, no han roto nunca el vínculo que los une. El P. Meinvielle, con Carlos Ibarguren, Héctor Llambías con Julio Irazusta, con Ernesto Palacio y con Bruno Jacovella; el P. Meinvielle con Sánchez Sorondo; éste con Mario Amadeo, más tarde. En fin, sería largo historiar en detalle cada disensión. Pero destacamos que al cabo de cada una de ellas, los contendores han seguido unidos, en forma directa o de un modo “triangular”, a través de un “tercero común”.

Para citar un ejemplo de esta segunda época, veamos cómo disputaba Llambías con Jacovella y Ernesto Palacio, quienes, desde “Nuevo Orden”, habían acusado a “Nueva Política” de representar “tendencias reaccionarias que parasitan la revolución nacional”:

Nuestro ex-camarada Bruno Jacovella —escribía Llambías— ha juzgado necesario, para el triunfo de ideales que antes creíamos comunes, escribir en el semanario “Nuevo Orden” que con tanto patriotismo, denuedo, agilidad y fuerza dirige Ernesto Palacio, un artículo sobre “Tendencias reaccionarias que parasitan la Revolución Nacional”.

La acusación que molesta a Llambías no es la de adherir —según la diatriba de Jacovella— a un “decadente catolicismo político de templado tipo papiniano”, ni la de monarquismo, sino la de “reaccionario”. Para defenderse de ésta, cita al propio Palacio, que en un trecho de su libro *La historia falsificada* hace profesión de hispanismo. Llambías argumenta *ad hominem*, diciendo que ninguno de los redactores de “Nueva Política”, ni de “Sol y Luna”, ni de “Restauración”, ni de “Ofensiva” —las otras revistas nacionalistas alcanzadas por la acusación de Jacovella— han querido ser más hispánicos que el propio Palacio, de modo que la “granada en cuestión [es decir, la acusación de «reaccionario»] ha estallado entre las mismas manos que la preparaban”. Y termina Llambías:

Sólo deseo que esta templada “reacción” sea recibida con la serenidad propicia para el recobro de la paz, que de nuestra parte no fuimos los primeros en turbar... (“Nueva Política”, n.º 9, febrero 1941, pág. 5, Sobre la paz, la guerra y otros juegos).

Como un antecedente de esta polémica hay que recordar que el mismo Bruno Jacovella había escrito en “Nueva Política” no hacía mucho. En el

número 3; de agosto de 1940 (página 11) publicó un artículo titulado *La oligarquía, las ideologías y la burguesía*. Allí sostenía una tesis abiertamente evolucionista. Citando a Carl Schmidt, decía que “la idea que se tiene de Dios en una época es correlacionada con la idea que se tiene del Estado”. Cada momento histórico tiene una problemática específica a la cual corresponde una élite directiva que engendra una “ideología” para sustentarse. Tan pronto como la historia muda —y está en continua mudanza— deben caer las *élites* anteriores y sus ideologías. Si no caen, son derrocadas. Cuando una clase dirigente sobrevive a su circunstancia histórica se convierte en “oligarquía”.

Tanto la nobleza guerrera como la palaciega, las cortes teocráticas como las aristocracias terratenientes —dice Jacovella— se convierten en oligarquías cuando se gastan y se prolongan en el Gobierno de la sociedad, sin capacidad para percibir lo diferente en los nuevos géneros de acontecimientos que trae la historia y para abandonar su ideología.

De ahí se desprende el concepto de “reacción” que, según Jacovella, no es otra cosa que el deseo de retornar al “estado de cosas anterior a la Revolución Francesa”. El reaccionario es titular de una “hiperideología, porque intenta sustituir la ideología vigente —tal vez mala, pero que cabe en el tiempo— por una ideología prescripta —tal vez buena, pero definitivamente muerta y enterrada”.

Estas ideas crudamente evolucionistas merecían de parte de Llambías —redactor asiduo y contemporáneo de “Nueva Política”— una refutación, ya que chocan con la doctrina católica. Sin embargo, sólo cuando Jacovella atacó directamente a “Nueva Política”, repitiendo las mismas ideas de su artículo citado, es que Llambías lo enfrenta, y no para salir por los fueros de la doctrina perenne de la Iglesia, sino para enrostrar a Jacovella su ruptura de la fraternal convivencia establecida, y rechazar la acusación de reaccionario, sin referirse a los aspectos doctrinarios más profundos de la cuestión. Finalmente, propone un restablecimiento de la paz. Una paz sin esclarecimiento ideológico no merece el nombre de paz sino de síntesis dialéctica.

\* \* \*

Otra polémica dentro de las filas nacionalistas fue la que sostuvieron el Padre Julio Meinvielle y Marcelo Sánchez Sorondo, a través de las páginas de la revista “Balcón”, en la cual ambos colaboraban asiduamente.

La polémica se inició porque Sánchez Sorondo quiso señalar, en el número 17 de “Balcón”, del 27 de septiembre de 1946, que desde hacía varios números de la revista el Padre Meinvielle y él venían escribiendo cosas contradictorias sobre el mismo asunto. El P. Meinvielle, en un primer momento, sostuvo que no había discrepancia entre ambos.

Tampoco acabo de ver por qué debía yo aludir a sus artículos; ¿acaso sostiene usted en ellos que una pura política de derecha sea la salvación del mundo moderno? Yo, al menos, no he leído en ellos tal cosa. Y si hubiera creído que podría estar en ellos implícita, no me hubiera atrevido a explicitarlo, ya que mi tarea no estaba provocada en lo más mínimo por

sus artículos, y no tenía yo ni derecho ni deber de explicitar lo que usted podría hacer perfectamente. (“Balcón”, n.º 18, 4-10-46).

Cabe señalar que el P. Meinvielle había tenido en sus manos los originales del artículo de Sánchez Sorondo a que se refiere (*Con mi generación y la derecha*, “Balcón”, n.º 14, 6 de septiembre de 1946) antes de su publicación, pues dice Sánchez Sorondo:

... cuyos originales, antes de su publicación, no sólo tuvo usted la deferencia de leer, sino también la de sugerirme algunas modificaciones de detalle. (“Balcón”, n.º 19, 11-10-46).

Sánchez Sorondo defendía —bajo capa de un mero análisis de la “derecha” como fenómeno sociológico— una política que consistiera no en un rechazo de la revolución sino en maniobrarla, absorberla y domesticarla.

Adecuar los hechos a formas conocidas de vida, he ahí el magisterio de la política. Por eso es profundamente sabia y verdadera la acepción vulgar que atribuye calidad política a personas o actitudes ágiles, diestras, ambivalentes y hasta oportunistas... Todo reformador político<sup>41</sup> en última instancia supera la revolución de su época, con la reacción inculca la Revolución para inmunidad del orden. (*Más sobre la derecha*, en “Balcón”, n.º 15, 13-9-46).

El P. Meinvielle, por su parte, escribió en el número siguiente (*España-Argentina, solución del mundo. Una pura política de derecha*, “Balcón”, n.º 16, 20 de septiembre de 1946) un elogio restringido de la política de derecha. Mostraba sus “acertadas condiciones” y decía: “El planteo nos parece correcto, salvo en la consideración del carácter «físico» de las realidades sociales”. Al mismo tiempo recordaba la doctrina católica sobre la índole moral de la política, por componerse ésta de actos humanos. Siendo así, la política debía proponerse un ideal, y éste no podía ser otro que el católico. A ese ideal servían, decía el P. Meinvielle, Oliveira Salazar y Franco. Toda política pagana sólo podía llevar a un ordenamiento anticatólico<sup>42</sup>.

Interpelado por Sánchez Sorondo más tarde, en otro artículo, el P. Meinvielle expuso ampliamente la doctrina de la Iglesia sobre la política. Pero al explicitar las consecuencias prácticas de esa doctrina, estableció un distingo que, en definitiva, se aproximaba tanto al de Sánchez Sorondo como para permitir una síntesis final. Sostuvo que había una política formalmente católica, como la de la Edad Media y la que se esfuerza la España actual por realizar, y

---

<sup>41</sup> Sánchez Sorondo sostenía, en síntesis, que derecha era igual a “política” y política era igual a un sabio y prudente arte de reformar lo existente para que no se perdiera la continuidad dentro de un proceso de Revolución. Es decir, el arte de “ceder para no perder”.

<sup>42</sup> Cinco años antes, el P. MEINVIELLE sostenía la tesis contraria en su libro *Hacia la cristiandad*. Allí defendía la idea de que el paganismo hitlerista preparaba una nueva Cristiandad (Ver pág. 186 de este libro).

otra dispositivamente católica. Esta última consiste en la suma de actos necesarios para preparar a un país para aceptar una política formalmente católica. De esto sería ejemplo Oliveira Salazar.

De hecho y en la práctica —concluye el P. Meinvielle—, la política realizable en las concretas condiciones modernas quizás no alcance sino una etapa normalmente natural y aun mezclada con graves deficiencias del mero orden natural, esto es, una política derechista con concesiones izquierdistas... (*Política católica y una pura política de derecha*, “Balcón”, n.º 20, 18-10-46.)

En definitiva, la polémica terminó en una aproximación práctica. Porque el P. Meinvielle, si bien lo negaba en doctrina, admitía que debía hacerse una pura política de derecha con concesiones izquierdistas, sin renunciar en teoría a la norma católica. Sánchez Sorondo, a su vez, declaraba que su afán de lograr un orden por la vía de una política de derecha era con el fin de unir “hipostáticamente” lo temporal con lo espiritual. (*Diario de un buzo*, “Balcón”, n.º 21, 25 de octubre de 1946). Se ve así que la polémica concluyó en una especie de síntesis porque en cuanto Sánchez Sorondo pasó a admitir el principio de que lo espiritual debe influenciar lo político, el P. Meinvielle concordó en que, en la práctica, había que hacer una política “dispositiva”, es decir, que a ratos no tuviese la marca de lo espiritual, aunque tendiese hacia ello.

## 8 — Lo extranjero como enemigo

El nacionalismo se ha caracterizado por el rechazo de lo extranjero, especialmente en el campo económico. Esto, junto con el ataque al populismo y a la política liberal de partidos, fue la nota distintiva del nacionalismo político. El nacionalismo católico hizo suya esta posición antiextranjera que fue acentuando en la medida de su politización.

Primero, la crítica que este último hacía a la influencia extranjera, tenía dos fundamentos: por un lado, acusaban al capital extranjero de haber causado la pérdida de la unidad religiosa que existía en el país, al causar la inclusión del principio de libertad religiosa en la Constitución de 1853, como una condición sugerida por Alberdi para permitir el ingreso al país de capitalistas de religión protestante, concretamente los ingleses (Conf. Carlos Moyano Llerena, *Panorama de la economía nacional*, en “Nueva Política”, n.º 1, junio de 1940, página 18).

Por otro lado, sostenían que el capital extranjero había corrompido la administración pública y la conformación de nuestras *élites*. En este sentido, decía Moyano Llerena:

El otro mal a que vino aparejado con el progreso económico del país fue la creciente preponderancia del capital extranjero; especialmente del capital internacional judío y del capital imperialista británico. Su infiltración ha sido lenta y progresiva, como una gran

mancha de aceite que llega a adquirir proporciones gigantescas, ensuciando el panorama del país a la vez que lubricando muy eficazmente sus organismos, con grande provecho propio (Ibidem).

Esta última razón contra el capital extranjero es la que finalmente ha venido a prevalecer en la temática nacionalista.

En las revistas de “barricada” del nacionalismo, esta repulsa al capital extranjero es constante, pero la gravísima razón de nobilísimo plano, la que le imputa la violación de nuestro estilo de vida católico e hispánico, la corrupción moral que el capital extranjero trae muchas veces consigo, así como los remedios adecuados para que eso no suceda, poco o nada se menciona.

Léase cualquier número de “Nueva Política” y se encontrará en su sección permanente “Economía”, o en la de “Política internacional”, o en las colaboraciones de carácter general, el argumento “economicista” contra el capital extranjero.

Su posición puede resumirse en los siguientes términos: Las riquezas nacionales son explotadas por el extranjero en exclusivo provecho propio, perjudicando el incremento del poderío económico de la Argentina. La utilización de los bienes de nuestro territorio debe reservarse a los argentinos. Siendo imposible encarrilar la acción del capital extranjero en el país, en razón del apoyo que le brindan sus colaboradores locales, que son la oligarquía y los políticos, debe realizarse una lucha cerrada contra él, como una cuestión de vida o muerte nacional.

Es claro que el principio en sí no es errado, siempre que se acepten las gradaciones y correcciones que dicte el sentido común y el bien público, así como la necesidad de mantener relaciones internacionales amistosas. Pero lo errado es adjudicarle a este problema la jerarquía primordial y la urgencia desatada que le otorgan los nacionalistas. Para ellos todo gira en torno al problema de la supeditación de nuestra economía al capital extranjero. Esta visión deformada de la crisis contemporánea es causa de peligrosas desviaciones en las soluciones prácticas propuestas, y se traduce en omisiones y errores graves en los aspectos religiosos, metafísicos y morales de la revolución anticristiana (Conf. Plinio Correa de Oliveira, **Revolución y Contrarrevolución**, I parte, capítulo III, punto 3; capítulo V).

La denuncia primero se dirigía contra Inglaterra. Esta era la constante en los artículos de los Irazusta, por ejemplo. Luego, el enemigo pasó a ser Estados Unidos. Alberto Espezel Berro hace suyas las críticas que a su propio país le dirige Waldo Frank, reproducidas en la revista “Sur”:

Bajo la forma racionalizada de la “defensa del Hemisferio Occidental”, la diplomacia del dólar levantará su cabeza repugnante. Una Europa fascista produciendo mercancías baratas con una mano de obra esclavizada amenazaría todas nuestras relaciones con el sur del continente. Mientras nos veríamos forzados a bajar el nivel de producción y de vida de

nuestra clase trabajadora, a fin de poder competir con Europa, tendríamos también forzosamente que imponer nuestros empréstitos —incluso con la flota, sino había otro remedio— a las repúblicas recalcitrantes.

Y agrega Espezel:

En honor a la verdad debemos reconocer que ninguno de nosotros sería capaz de dar una definición más acertada de la “Buena vecindad” (“Nueva Política”, n.º 6, noviembre de 1940, pág. 16 bis, *Confesión de parte*).

Santiago de Estrada decía en el número 7 de “Nueva Política”:

Hoy, en 1940, nos encontramos ante un peligro semejante. Los Estados Unidos, versión menoscabada de la Inglaterra europea, quieren realizar el sueño de Popham. Hijos de cuáqueros y puritanos, prefieren las armas de la hipocresía a la franqueza de una lucha abierta, y se valen de fábulas de toda clase y de traidores de toda laya para lograr que el Río de la Plata clame por ser surcado por sus navíos y protegido por sus cañones. Esclavos fieles de la escoria judía universal y adoradores como ella del becerro de oro, tienen ya preparadas, como último argumento, abundantes remesas de dólares que gobernantes inconscientes se apresuran a recibir... El ladrón que acecha a nuestras puertas pretende asustarnos con el cuco del nazismo; nos habla de fantasmas hitleristas y de aparecidos tocados con la esvástica, y para librarnos de tan perversos enemigos, pretende halagarnos con la buena vecindad, la defensa continental y demás manifestaciones del amor yanqui. No faltan incautos que creen tales pamplinas...

Y termina diciendo:

En cuanto al peligro nazi el mejor antídoto será que el mundo sepa que no nos han podido dominar los yanquis, como no pudieron hacerlo los ingleses, ya que argentinos y uruguayos, hoy como en 1806 y 1807, están dispuestos a luchar juntos contra cualquier invasión extranjera.

Señores payasos del norte: nosotros tampoco queremos ser dominados por los alemanes; ¡venid pues a las manos, que habrá ensayo general!

## 9 — Simpatías por la victoria del Eje

El nacionalismo fue partidario del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Ya hemos visto los argumentos que utiliza César Pico para justificar esa adhesión. Pero no era el único. “Nueva Política” dice:

Esta lucha (la del Eje contra Inglaterra) es, en espíritu, la misma que librara el Corso Genial, el último emperador de algún modo europeo, contra los tenaces garfios de la isla orgullosa. La misma, en la concepción aventurera y magnífica de echar las bases de un orden total para Europa.

El Eje supera al emperador de los franceses en cuanto se ha depurado del “lastre de la Revolución jacobina”, luego de evidenciarse el “gran fracaso de la Edad Moderna”, en la guerra del 14 (Editorial del n.º 11, abril 1941).

El entusiasmo del editorialista alcanza hasta elogiar a Rusia (que en ese entonces formaba junto al Eje) llamándola “Rusia mística y exaltada y

extremosa” sin hacer reserva alguna sobre el régimen comunista que en ella dominaba y de ella se servía (N.º 11, abril de 1941).

Héctor Llambías sostenía la misma posición cuando escribió:

Alemania y Rusia, gobernadas por hombres extraordinarios, crudamente realistas, libres de toda ideología, podrían llegar a un entendimiento pacífico delimitando sus esferas de influencia a costa de Inglaterra (“Nueva Política”, n.º 13, julio 1941).

¿Cómo puede calificarse de “extraordinario” —palabra que en el uso corriente es elogiosa— y “libre de toda ideología” a un hombre como Stalin? ¿Es que los crímenes contra la Iglesia, contra la civilización tradicional, no son repudiables? ¿Los asesinatos en masa, empezando por la familia del zar, cobardemente ultimada en los sótanos de una casa de los Urales, no son suficientes para descalificar al partido que los cometió? Y ¿cómo puede decirse que el comunismo, doctrina atea de una lógica infernal en la destrucción de todo lo sagrado, no es una “ideología”? En fin, causan asombro estas palabras que dejamos aquí reproducidas para el juicio de nuestros lectores.

Cuando Rusia rompió con Alemania y se alió con Inglaterra, “Nueva Política” decía:

La política de ideologías no le interesa al Eje. Nunca entremezcló diplomacia con ideales. Ni arrió jamás, por eso, sus enseñas combatientes, sus temas de acción. Su acuerdo y su ruptura con Rusia —maniobra perfecta, soplo de vida que derribó los atildados maniqués de la diplomacia liberal— demuestran el don de ubicuidad inherente a la política. Alemania pudo pactar con Rusia sin allanarse al comunismo porque en la maniobra no comprometió ningún otro principio ni ninguna otra condición ajeno a la maniobra misma. No era un pacto entre el comunismo y el fascismo, como vociferaron los cretinos, aunque en un pacto así, militarista y reaccionario, de reparto del botín territorial, entre ambos sólo podía perder, aun ganando Rusia, el comunismo... Por ello, al margen de las contingencias políticas, lamentamos que Rusia no haya sido fiel —y no siga— en su papel de moujik del Nuevo Orden (“Nueva Política”, n.º 14, agosto 1941).

El nacionalismo veía en la Alemania nazi, y en la Italia fascista el esbozo de un nuevo orden que debía prevalecer:

...la historia, la historia a secas ... está en trance de crear —y con el fin de que la vida humana pueda subsistir sobre este planeta— una nueva estructura social, un nuevo orden de vida colectiva. Haga por su cuenta el lector la experiencia que le aconsejamos. Créanos, le será provechosa. Lea, así, con atención, el último discurso de Hitler. Reciba... el mensaje nuevo, que más que en la letra —y también en la letra— en el tono, en el estilo, esas palabras, generosamente, le traen. Y sepa ver en ellas cómo toda una modalidad histórica de vida, todo un estilo de cultura, laboriosamente, heroicamente perseguido por Europa durante siglos —el modo histórico de ser, el estilo de la Cristiandad occidental— fue en los últimos dos siglos comprometido con frivolidad criminal por una concepción burguesa —que es como decir miedosa, mezquina— de la vida y cómo, sólo en el estilo militar y popular del nuevo orden, servido por una heroica voluntad de dar a cada uno —pueblos, individuos— su máximo, su óptimo, como decía Peguy, será posible la supervivencia —aunque con otra faz histórica— de los valores universales de la cultura occidental, grecorromana y católica (*Política Internacional*, “Nueva Política”, n.º 16, octubre 1941).

Por eso deseaban el triunfo del Eje en la guerra, cosa que en 1941 les parecía segura.

El P. Meinvielle, como hombre de doctrina, no podía convalidar al nazismo ni al fascismo, ambos opuestos al ideal católico, Sin embargo, juzgaba prácticamente deseable el triunfo del Eje.

Obligado a encontrar una explicación para ese apoyo práctico (síntesis) al nazismo, al cual condenaba en tesis, describía así los hechos (hipótesis) en 1940:

Prusia, el único rincón de Europa que no ha sido evangelizado y que por lo tanto no ha podido apostatar de la fe cristiana —único refugio pagano a través de veinte siglos cristianos—, logra con el hitlerismo la dominación de Alemania y de Europa, y amenaza con la dominación mundial. Es el esfuerzo del diablo contra la predicación universal del Evangelio...

Por esa razón es que la Iglesia al referirse al nazismo lo califica como “neopaganismo”. Esto es muy importante, destaca Meinvielle, porque nos permite distinguirlo bien del liberalismo y del comunismo, que son judaicos y no paganos.

Ahora bien, para el P. Meinvielle el enemigo número 1 del cristianismo es el judaísmo, y el segundo el paganismo. Pero el paganismo también precedió al cristianismo y fue bautizado por éste. Luego concluye:

El hitlerismo es, por paradoja, la antesala del cristianismo, pues lo precede inmediatamente (“Hacia la Cristiandad”, Adsum, 1940, páginas 77-78).

Si queremos la Cristiandad, deben desaparecer las fuerzas que ocupan en el corazón de los pueblos el lugar que a ella le corresponden. Hay que destruir la estructura anticristiana. Ese es precisamente el gran servicio que, sin saberlo y sin quererlo, está prestando el Eje a la Iglesia (*Op. cit.*, pág. 47).

Si observamos el proceso de nacionalización alcanzado por los pueblos —dice el P. Meinvielle—, éste recién ahora ha alcanzado su madurez. Este es un síntoma promisorio. Porque aun cuando ha tenido lugar a expensas de la vieja cristiandad, o contrariando positivamente los derechos de la Iglesia como en el caso de Rusia, Alemania e Italia, de suyo no es malo, sino al contrario, porque es la explicitación de las virtualidades anidadas en el hombre, y por lo mismo cristianizable (*Op. cit.*, pág. 86).

La esperanza es que “España, bajo el Caudillo, comienza a ser cristiana” (*Op. cit.*, pág. 81). Francia está siendo purificada por la ocupación de “la terrible bota alemana” y “después de la purificación de España y Francia, ha de acaecer también la purificación y conversión de Prusia. Y ello constituirá uno de los hechos más grandes y singulares de la historia... “ (*Op. cit.*, pág. 83). Todo estará pronto para que surja “un nuevo Carlomagno que coronando el orden de las naciones promueva el bienestar universal temporal y ponga su espada al servicio del Jefe de Cristo” (*Op. cit.*, pág. 85).

En esa curiosa “profecía” vemos que la purificación del mundo no nace de una acción de la Iglesia sobre los hombres. Ella es producida por el entrecchoque dialéctico de fuerzas naturales contrarias, que llegan a un término final, a una síntesis. Concluido el proceso purificador, la Iglesia interviene como un factor extrínseco a él para coronar el resultado. ¡Cómo difiere esto, por ejemplo, de la conversión de los pueblos paganos que dio origen a la Edad Media o, más remotamente, de la conversión del mundo mediterráneo en la antigüedad!

## 10 — Concepto “funcional” de clase dirigente

El nacionalismo se dice jerárquico, pero cuida de señalar que es anti-oligárquico y que está contra los privilegios. Por eso, podemos decir que encubre un igualitarismo larvado, distinto del anarquismo y del socialismo, pero verdadero igualitarismo.

Marcelo Sánchez Sorondo explica en su libro *La clase dirigente* (ed. Adsum, 1941) cuál es la idea que el nacionalismo se forja sobre las jerarquías.

La noción católica de clase dirigente tiene como nota esencial el servicio de las verdaderas virtudes y, sobre todo, de la verdadera religión. La nobleza se formó luchando contra los enemigos de la cristiandad y organizando al pueblo bajo las sabias directivas de la doctrina de la Iglesia. El nacionalismo, si bien no niega esta noción frontalmente, la soslaya para poner énfasis en la eficiencia, la ejecutividad y la capacidad de mando. Para éste, el reino propio de la clase dirigente es la política: cualquier otro modo de dirección no forma clase dirigente. El poder es lo único que interesa. Por eso, cualquier régimen, cualquier sistema, sea bueno o malo, tiene una clase que pertenece al género de las dirigentes. La noción de “usurpación” del poder no aparece. Quien puede, tiene derecho. Dice Sánchez Sorondo:

No hay reacción ni revolución, no hay programas ni banderas a la derecha o a la izquierda, no hay interés, ni necesidad, ni ideal, no hay conjunto, ni orden político, si todo ese contenido de posibles, no se instrumenta, no se encarna y no se moviliza en el tenaz ejercicio de los mejores. El mundo eventual de lo que está en potencia, sólo se realiza cuando irrumpe la acción política para incorporarlo a la historia (Pág. 11, *op. cit.*).

Una de las condiciones de la eficiencia es no detenerse demasiado por razones ideológico-morales, ni arriesgar mucho por razones ideológico-ideales. El autor señala que

la formalidad propia de la política es la acción y que en el dominio de la acción las ideas son siempre entrometidas... Luego conspiran contra la salud mental de la política, las ideologías. En el fondo conspiran contra la historicidad, al pretender inmovilizar, con añoranzas teórico-sentimentales, la incontenible vivencia del siglo. El secreto de la universalidad de la fórmula política del fascismo reside en haber visto claro cuál es el sutil límite de la política y como la política no se compadece con los mesianismos ideológicos. La política fascista preside en Europa la revancha de los hechos contra las ideologías y el desquite del orden positivo sobre el desorden de las construcciones antihistóricas (Págs. 14-15, *op. cit.*).

A diferencia de las otras, la clase dirigente es la única que puede vivir sin prejuicios, más aún, está obligada a no tenerlos (*Op cit.*, página 32).

¿Será que los prejuicios —preguntamos— son las tradiciones, las ideas religiosas, la metafísica?

Otra idea ligada por la doctrina católica a la noción de clase dirigente es la transmisión hereditaria de las funciones de élite, de generación en generación, por aplicación de un principio de justicia. Por la misma razón que son transmisibles los bienes materiales son transmisibles los títulos, nobiliarios o no.

El nacionalismo tiene otra idea. Para él, son “dirigentes” aquellos que se imponen, y nadie puede ocupar ningún lugar directivo si no es capaz personalmente de conquistarlo en lucha igual y competitiva. ¡Como si la victoria en la competición para la conquista de bienes y posiciones fuera criterio suficiente para la determinación de valores, y la única ley de la vida fuera la ley de la jungla!

Dice Sánchez Sorondo:

Fuera de los mejores, no hay, por definición, excelencias. Y los mejores se proclaman a sí mismo. Los mejores cumplen una misión que infaliblemente se adecua a la misión del Estado (*Op. cit.*, pág. 20).

Una clase dirigente que hubiera sido derrocada, carece de sentido.

Fuera del poder, desproveída, la nobleza ofrece un lamentable espectáculo, tan penoso como el de los pobres vergonzantes, como el de todos los venidos a menos (*Op. cit.*, pág. 23).

¡Cruda e implacable ideología! Imaginemos a alguien contemplando a la reina 'María Antonieta mientras enfrentaba a la turba desde el cadalso de la guillotina, y al mismo tiempo admirando a los criminales y usurpadores que la condenaron como nuevos “mejores” de la Francia revolucionaria... En cuanto al *Delfín*, encerrado en la torre bajo la vigilancia corruptora del zapatero Simón, un *Don Nadie*, que no tenía ya título alguno para el respeto público superior al de cualquier otro niño.

La herencia, como sistema de transmisión del poder y del prestigio social, le parece a Sánchez Sorondo procedimiento inservible y digno de ser rechazado.

El factor hereditario —dice— que pone en juego el procedimiento más fácil, pero más ciego, de selección, apareja en consecuencia el estancamiento de la clase dirigente. Pero el factor hereditario, así como no basta para caracterizar la monarquía como forma de gobierno, tampoco basta para caracterizar a los mejores (*Op. cit.*, pág. 24).

En estas frases Sánchez Sorondo juega con una interpretación equívoca de dos principios naturales que la Iglesia enseña, junto con el de la legitimidad

de la herencia: el principio de que las clases no deben ser castas cerradas sino grupos de familias que admitan el ascenso de los mejores desde las clases más bajas, y el descenso de los malos hacia escalones inferiores de la sociedad, y el principio de que no es suficiente para merecer el respeto de la sociedad el poder exhibir un árbol genealógico ilustre. Es claro inclusive que un mal aristócrata es peor que un mal comerciante, por aquello de que *corruptio opti mi pessimum*. Y no es raro encontrar en estos tiempos críticos aristócratas comunizantes junto a teólogos ateos. Las campañas de la TFP y su vasta actividad en diversos sectores de la opinión pública nos han permitido ver centenas de ejemplos de esta aberración.

Pero Sánchez Sorondo va más lejos. Llega a poner en tela de juicio el propio principio de hereditariadad, lo que no es admisible. El principio de Sánchez Sorondo, tomado en sus consecuencias lógicas conduce a la abolición de la hereditariadad de la propiedad privada, ya que la dirección de una estancia o de una empresa debería caber a quien fuera capaz de conquistarla y no a quien por legítima sucesión la heredase.

“Nueva Política”, al comentar el periódico “El Fortín”, dirigido por Roberto de Laferrère y Eduardo Muñiz (este último un nacionalista ateo, del cual, sin embargo “Nueva Política” dice que “guarda el estilo feliz de nuestra revolución”) expresa:

Acaso el nuevo orden sea proletario si lo proletario se compeadece con la jerarquía siempre amiga de dictar esos “magisterios de refinamientos y costumbres” de que hablaba José Antonio. ¿Y cómo afirmar que lo proletario no sea el modo más veraz de ser reaccionario, de reaccionar? (N.º 9, febrero 1941, pág. 31).

El concepto de clase dirigente es para el nacionalismo, puramente funcional.

... la noción de clase dirigente —dice Máximo Etchecopar— no está ligada a ninguna circunstancia histórica concreta, a ninguna clase social determinada —por brillante que haya sido el papel de ésta en el pasado— sino que, por el contrario, sólo atiende a su constitutivo formal de traducir orgánica y ejemplarmente a la sociedad cuyo poder político detenta... Para nada importa, pues, el distinto color —aristocrático, burgués o de derecha popular— que el tiempo histórico traiga. Más aún, diríase que el deber primero de las clases rectoras consiste, precisamente, en percibir y expresar el giro nuevo de la historia (*Con mi generación*, 1946, pág. 19).

Es decir, la única clase dirigente que se justificaría sería la de los Talleyrand o la de los Mirabeau, nobles que sirvieron a la Revolución que acabó con la nobleza. Precisamente César Pico recomienda leer el estudio de Ortega y Gasset sobre Mirabeau, en que se, exalta su giro revolucionario y se define la moral del político como una moral distinta, más libre que la de los hombres comunes.

A la moralina de muchos católicos modernos recomendamos la lectura de este magnífico estudio de Ortega y Gasset. Quizás aprendan algo (“Nueva Política”, n.º 15, setiembre de 1941)<sup>43</sup>.

De ahí que el nacionalismo se haya caracterizado siempre por su odio a la “oligarquía”<sup>44</sup> argentina, un odio que yendo más allá de sus culpas reales, llegaba a afectar el propio principio de la desigualdad no sólo de funciones, sino de familia y nacimiento que la Iglesia reiteradamente ha defendido (Ver Discursos de Pío XII a la Nobleza Romana, citados por Plinio Corrêa de Oliveira, en N.ºs 61 a 64 de la revista “Cruzada”<sup>45</sup>). A cambio de la oligarquía, el

---

<sup>43</sup> Ortega y Gasset en su ensayo sobre Mirabeau sostiene que es un hecho casi universal, que “no hay grande hombre con virtud”; se entiende con pequeña virtud (Ed. “Revista de Occidente”, Colección El Arquero, Madrid, 1963, pág. 118). “Pequeñas virtudes” llama el autor a “la honradez, la veracidad, la templanza. Son sin duda virtudes —dice—; pero pequeñas: son las virtudes de la pusilanimidad” (*Op. cit.*, pág. 117).

Relata la vida de Mirabeau, y muestra cómo desde los 18 años rueda de prisión en prisión y de vicio en vicio: rebelde contra sus superiores, seductor, adúltero, corruptor de su propia sobrina, autor de libros y cartas pornográficas, dilapidador, sensual y por último agitador político y uno de los principales promotores de la Revolución Francesa, traicionando así a la civilización cristiana.

Ortega dice que éstos son los antecedentes necesarios de la grandeza. Admira su acción pública y admira su tormentosa juventud “que es semilla y raíz de su madurez fructuosa” y es “un poco vil” (*op. cit.*, pág. 136). Lo normal es que el cachorro de grande hombre político tenga una juventud revuelta y atropellada, a veces tangente en la botatería (pág. 137). El gran hombre supone “un sustrato de ciertas condiciones orgánicas que, aisladas, parecen monstruosas. Tales son la impulsividad, el activismo e inquietud constantes, la falta de escrupulosidad (cabe decir que Ortega confunde “escrupulosidad” con “reflexión moral previa a la acción”, *Conf.*, pág. 134) ... “Sin esas capacidades psicofisiológicas, que son como fuerzas brutas y poderes elementales —demoníacos, diría un antiguo—, no hay grande hombre político” (pág. 137). “Cabe no desear la existencia de grandes hombres y preferir una humanidad llana como la palma de la mano; pero si se quieren grandes hombres, no se les pidan virtudes cotidianas” (pág. 138).

Basta lo transcrito para ver el fondo pagano y orgulloso del pensamiento orteguiano, tan recomendado por César Pico. Se puede preguntar a los nacionalistas en qué quedaría la moral sacrosanta de Nuestro Señor Jesucristo, que enseña la Iglesia, si se aceptaran las tesis del autor español. ¿Es que Él era un pusilánime por el hecho de ser puro, veraz —la Verdad misma— y justo? La grandeza de María Santísima, más insondable que el Universo, estaba constituida por todas las virtudes; la magnanimidad no consiste en no practicar las virtudes del Decálogo sino en practicarlas en un grado heroico.

En cuanto al grande hombre político, Ortega exalta a César y Mirabeau, el uno pagano y el otro revolucionario. ¿Qué dice de San Fernando III de Castilla, de San Luis de Francia o de San Esteban de Hungría? ¿Eran acaso menos grandes por ser Santos?

<sup>44</sup> Un estudio del nacionalismo incluye necesariamente muchas referencias contra el adversario que éste más encarnizadamente persigue, o sea la llamada “oligarquía”. Tuvimos, pues, que hacer a ésta numerosas referencias. Entretanto, como ella no es objeto de nuestro estudio, tales referencias son naturalmente, muy sumarias. Ellas no contienen de ningún modo una toma de posición de la TFP delante del fenómeno “oligarquía”. Este fenómeno es, por otro lado, muy complejo y no se agota en la simple afirmación —a nuestro ver evidente— de que erraría quien viese en la oligarquía exclusivamente defectos o exclusivamente cualidades.

<sup>45</sup> Estos textos y correspondientes comentarios de Plinio Corrêa de Oliveira pueden encontrarse en su última obra, “**Nobleza y élites tradicionales análogas en las alocuciones de Pío XII al Patriarcado y a la Nobleza romana**” cuya versión en línea puede consultarse en: [https://pliniocorreadeoliveira.info/LN\\_Espanha/Volume%20I/LN\\_ES\\_Cap\\_00\\_0\\_Indice.htm](https://pliniocorreadeoliveira.info/LN_Espanha/Volume%20I/LN_ES_Cap_00_0_Indice.htm)

En el Volumen II de esta obra, **Revolución y Contra-Revolución en las tres Américas - Nobleza y élites tradicionales análogas en América Española: origen, desarrollo y perspectivas actuales**, se ilustra, en lo que concierne a Hispanoamérica, la exposición histórico-doctrinal del profesor Plinio Corrêa de Oliveira sobre

nacionalismo se ofrecía así mismo como la nueva clase dirigente del nuevo orden jerárquico por él preconizado.

En su ataque a la oligarquía, el nacionalismo formula doctrinas en cuya perspectiva las clases Sociales no son constituidas por familias sino por individuos, quedando por tanto, la influencia de la institución familiar en la propulsión del país singularmente reducida.

En realidad, el nacionalismo debería admitir que la familia es célula de la sociedad y de ahí debería deducir que la materia prima de que se constituyen las clases sociales son las familias. Este último principio, como es obvio, no induce a un régimen de castas estancas sino a un régimen de clases sociales dotadas de una efectiva continuidad histórica, aunque renovadas orgánicamente en sus cuadros por la accesión de valores nuevos y por la depuración de los valores que se vayan extinguiendo.

La lucha contra las desigualdades tiene también su repercusión económica. Se insistía en destacar las diferencias de riqueza como un mal, exagerando el cuadro social presentado por el país en ese entonces.

Tenemos un creciente volumen de producción agrícola e industrial cuyo valor *per capita* nos coloca entre los países de mayor eficiencia económica, y sin embargo la desigualdad en la distribución permite la coexistencia del lujo inicuo frente a la terrible indigencia de grandes zonas (CARLOS MOYANO LLERENA, *Panorama de la Economía Nacional*, “Nueva Política”, n.º 1, junio 1940, pág. 13).

Esta literatura demagógica es llevada hasta el paroxismo en los demás diarios y periódicos nacionalistas, sobre todo en la preparación y apoyo de la Revolución de 1943 y del ascenso de Perón. Gran parte del aspecto aristocratizante que tuvo el nacionalismo en sus comienzos se pierde en esta época. Así “El Fortín”, “Cabildo”, “El Pampero”, “Choque” y “Ofensiva”, hablan el lenguaje igualitario de la nueva era.

Se aplaudía el carácter socializante del fascismo. César Pico lo defendía contra Maritain, diciendo que el fascismo vivía junto al pueblo, es decir, que vivía distanciado de los ricos, de los burgueses a los cuales no temía en constreñir en asuntos de propiedad privada. “Nueva Política” decía que el fascismo era “síntesis maravillosa de reacción y revolución”... “Revolución en su justicia social, en su saña antiburguesa, en su socialismo desmarxizado que es como decir desconchado” (N.º 9, 9-2-41, pág. 31).

---

Nobleza y élites tradicionales análogas. Puede ser consultada en línea en: [https://pliniocorreadeoliveira.info/LN\\_Espanha/Volume%20II/LN\\_ES\\_V2\\_00\\_Indice.htm](https://pliniocorreadeoliveira.info/LN_Espanha/Volume%20II/LN_ES_V2_00_Indice.htm).

## 11 — Corporativismo de Estado

En materia socioeconómica el nacionalismo propiciaba la implantación de un régimen corporativo estatal, que redundara en la abolición del capitalismo, aunque no de la propiedad privada, siempre que ésta se sujetara a la función social que le marcara el Estado.

Héctor Bernardo, el economista corporativista del grupo de “Nueva Política” analiza en un artículo el régimen corporativo italiano dado que, “indudablemente —dice— la experiencia ajena, puede facilitar la realización, señalando métodos, ahorrando equívocos”, del propio programa nacional de reforma del Estado, que debe inspirarse —sin embargo— en “las cualidades étnicas, geográficas, económicas, etc.” de nuestro país (“Nueva Política”, n.º 2, julio 1940, pág. 19).

El modelo fascista comprende una “organización vertical” compuesta por los sindicatos y las federaciones de éstos:

La organización horizontal se realiza en la corporación, *órgano oficial del Estado*<sup>46</sup> que comprende por cada ramo de producción todos los elementos que concurren a ella: empresarios, trabajadores, técnicos y representantes del Partido Nacional Fascista (Art. cit.).

Dentro del régimen italiano la corporación es *órgano del Estado*<sup>46</sup> y fuerza es reconocer que esta aparente absorción por el Estado de la actividad económica es necesaria mientras no se modifica el ambiente histórico y las condiciones desastrosas de la vida social, que hacen ilusoria la esperanza de un entendimiento espontáneo y orgánico de las fuerzas de lucha (Ibidem, pág. 22).

No se crea que este régimen corporativo es una continuación del medieval. El nacionalismo aspiraba a implantar el corporativismo no por fidelidad a la civilización católica, sino por estatismo y por igualitarismo, ya que un Estado corporativo dominaría más fácilmente a la sociedad y crearía supremacías sindicales que desplazarían la influencia y el poder de las aristocracias. El elemento religioso, que era esencial en la corporación medieval, constituida principalmente para ayudar a sus miembros vivir de un modo católico su propio oficio, estaba absolutamente ausente de la idea corporativa del nacionalismo.

La organización corporativa del medioevo —dice Bernardo— fundada principalmente en un estado individual traducido en la espontánea colaboración jerárquica de los elementos que concurren a la producción, constituyen lo que podríamos llamar, en lenguaje de filósofo moderno, el período ingenuo de la organización corporativa. El criterio de clase existe ya pero no como valor absoluto e irreductible, sino como diferenciación de funciones... La situación de este último (el obrero) se asemeja más a la de un miembro de la familia patronal que a la de un simple asalariado. Pretender en las actuales circunstancias suscitar un fenómeno corporativo de tipo medieval es ignorar las condiciones reales y existenciales del mundo capitalista moderno, profundamente dividido en su seno por odios, pasiones y resentimientos que el juego de la voluntad individual ha puesto en libertad. Otros tiempos,

---

<sup>46</sup> El subrayado es nuestro.

otras costumbres. El principio fundamental de la colaboración subsiste pero la corporación no tendrá ya las características de la antigua institución... 1) la corporación moderna se estructura sobre la base de la organización sindical... 2) la corporación aparece suscitada por una actividad del Estado que busca resolver mediante ellas los problemas de la producción y el consumo... En cuanto al corporativismo de Estado el ejemplo más acabado es el italiano... Hacer una ideología del corporativismo es negar la esencia misma del corporativismo que implica reconocimiento de la realidad social (HÉCTOR BERNARDO, *El régimen corporativo*, Adsum, 1943, págs. 32, 33, 34, 40 y 41).

No podía explicitarse mejor la existencia de una doctrina aparente y otra real. Bajo la misma palabra “corporación”, capaz de suscitar en las almas simpáticas evocaciones medievales, se encubre una realidad bien distinta a la de la institución medieval: la corporación fascista. En la misma caracterización de la corporación medieval hecha por Bernardo hay una omisión fundamental, y es la del espíritu religioso que la animaba. Esto es tan esencial a ella, que aunque se la reconstruyera tal cual era en sus aspectos civiles, sería algo esencialmente distinto si no estuviera presente, animándolo todo, el espíritu católico.

Pero aun los elementos dados por Bernardo, como componentes de la corporación medieval, a saber, la armonía orgánica de las clases, la jerarquía paternal, y la espontaneidad, o sea la iniciativa privada y orgánica de sus integrantes, son cuidadosamente excluidos por él para pronunciarse en cambio por un ente estatal y autoritario, remedo artificial completamente distinto de la sociedad gremial antigua. Que no se diga después que el sistema nacionalista conserva lo esencial de la civilización cristiana, adaptado a los tiempos...

La idea fascista representa, como dijimos, no sólo un sistema de organización del mundo económico, sino que trae consigo un nuevo sistema político y social. A esto también adhieren los nacionalistas:

Y es que el régimen corporativo, aunque nace como una exigencia de la realidad — y de intento he sustraído a la consideración de los lectores los principios filosóficos que pueden darle forma, a fin de mostrar más claramente este carácter— implica un cambio fundamental en la concepción del mundo y de la vida (*Op. cit.*, pág. 44).

Una de las consecuencias del nuevo régimen será una creciente intervención del Estado en la economía.

La injerencia celosa del Estado, de un Estado con mayor carga, además, de autoridad política, no sólo significa la solución de los problemas sociales sino que ella redundará en beneficio inmediato de la tecnología debido a que tal intervención contemplando los intereses generales, haría posible un portentoso resurgimiento de ésta bajo formas de verdaderas creaciones después del largo y penoso período de la decadencia de su genio inventivo (JOSÉ ROSSI, *La Tecnología*, “Nueva Política”, n.º 9, febrero 1941).

## 12 — “Nuestro Tiempo”, exponente del espíritu dialéctico nacionalista

La revista “Nuestro Tiempo”, orientada por el P. Julio Meinvielle, cuyo primer número apareció el 1.º de junio de 1944, fue expresión del nacionalismo católico en ese tiempo, poco antes de la ascensión de Perón al poder. En sus páginas se reflejan el modernismo y el snobismo europeísta que constituyen notas distintivas del nacionalismo.

No se deja, sin embargo, de exponer la doctrina católica ortodoxa, sobre todo, en la polémica del P. Meinvielle con Maritain, que empieza en esta revista. Se transcriben, sobre todo en los últimos números, es decir, en su segunda época que se inicia a principios del año 1945, documentos pontificios específicamente contrarios a los errores sociales modernos, como la bula *Unam Sanctam* y otros textos contrarrevolucionarios. Pero todo esto, coexistiendo con el relativismo, el profascismo, el maurrasianismo, etc. Es decir, “Nuestro Tiempo” está moldeado en aquel espíritu dialéctico que, como hemos visto, pertenece a la esencia del nacionalismo.

En la primera página de su número uno, en un artículo titulado *La integración de Europa*, dice Héctor Mandrioni:

Pero no menos grave es el error de los que piensan poder influir en el proceso histórico, inoculando en el cuerpo de Europa una idea desvinculada de lo concreto, incapaz de resonancia, metafísica pura podada de historia, al margen del espacio y del tiempo, idea tal vez entitativamente fecunda, pero inoperante por la disposición receptiva particular de Europa.

Y para que no queden dudas de que es Ortega y Gasset el que inspira al autor, y no la doctrina católica pura, lo cita en el párrafo siguiente (“Nuestro Tiempo”, 30 de junio de 1944, 1, pág. 2).

Federico Ibarguren da la tónica tradicionalista en las páginas de “Nuestro Tiempo”, pero muestra las inclinaciones dialécticas de su espíritu nacionalista, al coexistir, sin manifestar discrepancia alguna, con los autores más relativistas que escribían en el mismo periódico.

La visión dialéctica de la historia se refleja también en estas líneas del entonces nacionalista Padre Derisi (hoy Mons. Derisi, rector de la Universidad Católica Argentina):

La nueva Edad que se avecina, si se organiza conforme a las exigencias naturales y sobrenaturales del ser humano —y debemos procurarlo— deberá conservar esta fuerte conciencia personal —conquista de la Edad Moderna— de la vida divina a la vez que reconquistar —como lo va haciendo— la fuerza de la unidad del Cuerpo Místico... (“Nuestro Tiempo”, n.º 2, julio de 1944).

Es decir, la Nueva Edad será una síntesis.

El Padre Meinvielle analiza el pensamiento de Dilthey, uno de “los grandes creadores de la sociología”, y le achaca subjetivismo, pero dice que

su método de observaciones y descripciones, cargadas no de ideas sino de vivencias, produce un resultado insuperado y único en la explicación de la historia. Por pura vía conceptual jamás se podría llegar al conocimiento de estos hechos ni a su nexos causal próximo...

De donde concluye que

el pensamiento de Dilthey significa un aporte histórico valioso que no sólo no debe ser despreciado, sino que debe ser salvado e integrado en una conjugación de ser y de existir, de metafísica y de historia (“Nuestro Tiempo”, n.º 2, pág. 3).

Reproduce la revista textos del pensador modernista francés Gustave Thibon. Uno de ellos refleja el espíritu “profético” de este autor, con el cual implícitamente se solidariza la dirección de “Nuestro Tiempo”. Bajo el título *Cuadros sociales, leyes, costumbres, etc.*, aparece esta única frase:

Eres débil y frío, necesitas muchos cobertores. ¿Quién te lo reprocha? Lo que condeno es que quieras imponer a todos el mismo número de mantas. El que en sus propias entrañas lleva su ley y su Dios — ¡todo su ardor! — ahógase bajo el montón de cobertores (“Nuestro Tiempo”, n.º 3, página 3).

Palabras extrañas que un hippie o un permisivista moderno podría válidamente oponer a quien lo censurase por rechazar todo freno y toda ley.

Un ejemplo curioso de cómo el evolucionismo dialéctico se halla subyacente en textos nacionalistas cuya primera lectura causa favorable impresión, puede encontrarse en las siguientes palabras del editorial del n.º 3 de “Nuestro Tiempo”:

¿Por qué la Argentina puede afirmar en su vida, en su vida de totalidad, esta soberanía que no pueden afirmar a su vez países del mismo origen e idiosincrasia, y, en ciertos aspectos, de más recursos y condiciones? Creemos que este hecho tiene una única explicación. La Argentina es el único país de América latina que no se ha estancado en su desarrollo cultural, que ha sabido mantener relaciones vitales con Europa... Los otros países, en cambio, o se han quedado estancados en su colonialismo primitivo, tirando a indigenismo o en un colonialismo español, rancio y anacrónico. Excelentes formas de vida, pero sin vigencia histórica... No hay duda de que los tradicionalistas representan la defensa de nuestra riqueza, de nuestra soberanía y, en general, de los valores de nuestra gloriosa tradición. Defensa magnífica en momentos graves para la incolumidad de la patria que ha impreso sello indeleble de noble altivez en la raigambre del alma nacional. Pero pudiera temerse que, a ratos, fuera una defensa de pura conservación, consistente en cerrarse al torrente de la vida por temor a desaparecer; una defensa estática de lo propio. Y como el dinamismo es condición de todo crecimiento vital, su triunfo pleno pudiera haber entregado al país a un colonialismo muy semejante al de otros países latinoamericanos... A nuestra generación no le toca ahora reaccionar contra los liberales para ponerse del lado de los tradicionalistas. El pasado es pasado. A nuestra generación le toca, sí, formular vitalmente la síntesis de tradición y progreso, de lo permanente y de lo cambiante, de la esencia y de la existencia de la patria. La patria debe afirmar en su dinamismo vital, siempre creciente, el perfil de su personalidad soberana (N.º 3, “Propósito”, pág. 4).

A primera vista se tiene la impresión de estar en presencia de una concepción sana de la actualidad argentina en la cual se equilibran la tradición y el progreso, y en la cual se ponen al margen los amigos de un progreso sin tradición o de una tradición sin progreso. Pasemos, entretanto, a un análisis más cuidadoso de lo que acabamos de leer.

La referencia al enorme desnivel entre nuestro progreso y el de las naciones hermanas de Hispanoamérica hace sonreír un poco por lo que tiene de exagerado. Tomemos el cuadro como su autor lo pinta:

1) Las naciones hermanas estarían en un sistema patriarcal y colonial “excelente”, mas sin vigencia histórica. A propósito de esta afirmación preguntamos: ¿qué es “vigencia histórica”? En un sentido primero y natural tiene vigencia histórica todo lo que existe. Luego, no es en este sentido que falta “vigencia histórica” al sistema que existe de modo “excelente” en nuestros países hermanos.

2) El sentido de “vigencia histórica” se encuentra en el conjunto del pensamiento del autor. Es la contradicción de aquel sistema con los grandes vientos de la historia moderna. O sea, lo que no es moderno, aunque fuera “excelente” no tiene el derecho de existir.

3) Es cierto que el autor se refiere a unas tantas tradiciones que pueden ser conservadas, y que esas tradiciones parecen constituir un residuo digno de sobrevivir al soplo de la modernidad. En la realidad, la problemática es más compleja. Hay tradiciones que deben sobrevivir, menos por ser tradiciones que por resultar de un imperativo incommovible del orden natural. Así, el origen de la familia data de los primeros días de la humanidad, y se perpetuará hasta el fin de los tiempos. La existencia de la familia es una tradición. Ella engendra tradiciones. Todos estos valores tradicionales que la familia trae consigo o que gravitan en torno a ella, lo corroboran. Mas la gran razón de su indestructibilidad resulta de la ley natural.

A la par de esto hay tradiciones que son conformes a la ley natural, pero que no nacen necesariamente de ella; como hubo y puede haber tradiciones contrarias a la ley natural. Los vientos del progreso serán tempestades de maldición y destrucción si se volvieran contra las tradiciones de la primera categoría. Serán benéficos sólo si soplaran como brisa delicada sobre las tradiciones del segundo tipo eliminando con respeto, en el con junto, algunas de ellas, sin destruir otras, porque inclusive entre las tradiciones contingentes muchas deben durar indefinidamente y tanto más valen cuanto más duran.

Las tradiciones del tercer tipo deben ser derrumbadas por el soplo de la historia, no porque ese soplo sea la ley de todas las cosas. Este sólo es legítimo cuando sirve con entera sumisión al Autor de todas las cosas.

Ahora bien, analicemos el texto y veremos que toda esta riqueza de matices que la temática abordada exhibe, en él no se expresa. Para el autor hay simplemente tradiciones anacrónicas y tradiciones aun capaces de vivir. El soplo de la historia es el que selecciona unas y otras con criterio arbitrario y soberano, y tiene toda la libertad de matar mañana, por viejas, las tradiciones que hoy aún considera buenas.

Por si quedara alguna duda, leamos las palabras con que empieza “Nuestro Tiempo” su segunda época. En un editorial de primera página titulado *Lo de ayer, hoy*, dice:

Estamos persuadidos de que la nota más honda y esencial de los nacionalismos no radica en la defensa y divulgación de tales o cuales posiciones ideológicas —por persuasivas y aun verdaderas que sean— sino que sobrepasando al infinito los esquemas teóricos que tratan de expresarla, ella consiste, ante todo, en su condición de necesaria etapa histórica de las comunidades humanas con vocación nacional...

Es decir, que en el torrente evolucionista, el nacionalismo, que no tiene compromiso con ningún ideal, es una etapa de la que luego se pasará, tal vez, a un internacionalismo universal...

Junto al espíritu evolucionista, vemos también al sincretismo ecumenista<sup>47</sup>:

Trabajaremos sin descanso, pues, a fin de que los valores sustanciales de la nacionalidad —y los temas que le son anejos— no aparezcan enturbiados y disminuidos por la parasitaria red de anacronismos ideológicos y verbales que ha ido creciendo y enmarañándose a la par y a expensas del recio tronco sustentador. Y en la medida de nuestras fuerzas nos opondremos enérgicamente a todas las formas del histerismo intelectual y político —de derecha, de izquierda o del medio— que amenacen comprometer el éxito de nuestro propósito, cuyo logro histórico ha de traer aparejado —nada menos— la reconciliación de todos los argentinos en la nacionalidad argentina. Es preciso, por lo tanto, que los hombres que —con varia, sino adversa fortuna— hemos luchado a lo largo de quince años por la reanimación de nuestras instituciones políticas y sociales, de los valores permanentes del espíritu, no ahорremos energías hasta no conseguir que en nuestra prédica —que trataremos de hacerla abarcadora, comprensiva, generosa— se sienta expresado todo argentino, en cuya alma esté aún vivo el sentimiento del honor nacional (“Nuestro Tiempo” n.º 26, 16-3-45, pág. 1).

La prédica de un católico debe procurar ser veraz, elevada, justa. La prédica de un ecumenista será “abarcadora, comprensiva, generosa”, y fijará como punto de encuentro no la verdad sino un concepto vago y elástico como “la nacionalidad argentina”, libre de anacronismos, de derecha, de izquierda o de centro; esto es, de los valores muertos en todas las corrientes doctrinarias, los cuales no son aprovechados en la síntesis terminal del proceso.

Veamos otros textos en la misma línea dialéctica y evolucionista.

---

<sup>47</sup> Cada vez que empleamos la palabra “ecuménico” en este libro, la entendemos en su sentido peyorativo de “sincretismo”.

Marcelo Sánchez Sorondo escribe en el n.º 27 de la revista:

Nada tan servil y por lo mismo insurrecto que los hechos sociales. Proceden y van, inefables, hacia lo desconocido. Son siempre resultado, nunca iniciativa. Al contrario de los políticos, carecen de libertad de acontecer, no son libres: no son culturales. Pesa sobre ellos un determinismo cuya rigidez responde al lento desarrollo universal. Pertenecen al borde de la historia —masa que se plasma, saldos sucesivos de la historia— y como la historia son, en el misterio, irreversibles (*Sociedad y sociedad política*, 23-3-45, pág. 5).

Mario Amadeo escribe, también, en “Nuestro Tiempo”:

Pero la lucha de Metternich era, como lo recalca Grunwald, una batalla perdida desde su comienzo, Su enemigo era demasiado poderoso puesto que era nada menos que la historia misma. La revolución liberal pertenecía a un orden de cosas que ningún individuo podía detener o superar. Y la revolución estaba precisamente en las antípodas de Metternich, como él mismo lo previera y como la posteridad liberal lo confirmó... La historia es irreversible. No es lícito pues, pensando históricamente, aspirar a un retorno de tiempos que fueron ni a una revitalización de ideales definitivamente caducos. No creemos en las posiciones meramente reaccionarias (N.º 31, *Un paladín de Europa*, 27-4-45, pág. 5).

De estos dos textos, el primero se destaca por su concepción dialéctica y determinista de la historia, con notas del “profetismo” moderno; y el segundo, por su evolucionismo relativista. La conclusión que se extrae de este último es que la Revolución Francesa debería haber sido aceptada y asimilada por todos los hombres de su tiempo. La censura hecha a Metternich cabría por análoga razón a los héroes de la *Vendée* o de las guerras carlistas, a los intelectuales que, como Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Joseph de Maistre, de Bonald o San Clemente María Hoffbauer, lucharon contra la expansión de los principios de 1789 en Europa.

Del texto de Sánchez Sorondo se deduce que la revolución social realizada por el comunismo, puesto que se disfraza de acción popular o de “hecho social” contra el orden vigente, debe ser absorbida por una política que tendrá un margen de libertad que no exceda de las líneas generales del movimiento social subterráneo, que marcha hacia un futuro ignoto. Sería como un navegante que, arrastrado por la corriente de un río, sólo pudiera timonear de margen a margen, pero no volver atrás, sin saber si después del próximo recodo no lo espera una catarata, pero tal vez con la confusa esperanza de un nirvana al que la catarata lo transportará.

### 13 — Desacralización de la moral y de la cultura

El nacionalismo tiende a la desacralización de la vida. Es por eso que adhiere al fascismo. Es por eso que ha caído en el economicismo. Es por eso que tiene un concepto de la moral de tipo humanístico y liberal:

Para merecer la calificación de honrado hay que llegar a ser “todo un hombre”, como gustaba decir Unamuno. La moral auténtica consiste en eso y no se agota en el mero cumplimiento de los preceptos. Es una verdadera obra de arte, y, como tal, no depende

exclusivamente del fiel empleo de las reglas de ejecución... Así como el cumplimiento de todas ellas (las reglas gramaticales) no garantizan el valor estético de la obra, así también puede un hombre circunscribir sus preocupaciones morales a la más escrupulosa observancia de la ley, sin llegar al esplendor de una personalidad. (“Nuestro Tiempo”, n.º 28, 30-3-45, *Llamado al orden*, por SPECTATOR).

Por detrás de las palabras que transcribimos se percibe la denigración de una moral preceptiva tanto de los actos interiores cuanto de los exteriores, y la afirmación de que una fuerte personalidad vale por sí misma, aunque viole las normas morales. Esto es lo que dice, en síntesis, Ortega y Gasset en el ensayo sobre Mirabeau que tanto recomienda César Pico. Y esto es lo que se desprende de la admiración nacionalista por Hitler y Mussolini, dos monstruos difuntos de la política moderna.

No es extraño este concepto de la moral si se considera la concepción relativista que de la cultura tiene el nacionalismo. Dice “Nuestro Tiempo” en su editorial del n.º 4, del 21 de julio de 1944:

No todo saber y todo hacer pueden considerarse culturales. La repetición de tesis de filosofía tomista o kantiana, la imitación del arte de edades pasadas no tiene valor cultural. La cultura es algo vivo que no surge simplemente de un ser vivo sino de una vitalidad social. Y la vitalidad social no adquiere fuerza sin la vitalidad universal —ecuménica— por la que los seres comunican con la fuente de vida. Así como un saber verdadero puede ser acultural en la medida en que esté desconectado del sentido vital de la existencia; un saber, por el contrario, con este sentido, a pesar de los errores que pueda involucrar, puede con toda verdad ser cultural en la medida que surja de exigencias vitales ecuménicas. La cultura responde a las apetencias del hombre histórico. La cultura surge de la antropología.

Con estos principios, el nacionalismo se vería obligado a justificar el hipismo marcusiano moderno, el pansexualismo que inunda los ambientes de hoy, y el igualitarismo anárquico.

## 14 — Estatismo y política como mero juego de poderes

El estatismo es otro postulado de la mentalidad que estamos estudiando. Abundan los textos que lo insinúan o lo afirman. Para sólo citar un ejemplo, veamos lo que dice al respecto Máximo Etchecopar, en “Nuestro Tiempo”:

El Estado de nuestro tiempo, el Estado total, con su atuendo gráfico de saludos y de enfáticas fórmulas, es el único medio de mantener en lo colectivo, la necesaria función que antes del advenimiento político de las masas cumplía —libremente— las maneras y los viejos usos sociales. El liberalismo, que en política se manifiesta a través de la democracia igualitaria, desamparó al hombre, le hizo incapaz de vivir solo, de ser persona (Porque el precio de la libertad es la obediencia). No hay más salida, por lo tanto —y aunque comporte una temporaria disminución— que la de un reajuste doloroso del cuerpo social por el Estado. (N.º 4, “Política”, 21-7-44).

El mismo estatismo surge del apoyo dado por “Nuestro Tiempo” al fascismo y al nazismo, apoyo indirecto pero no menos claro. Cuando el Eje fue

derrotado en la guerra, “Nuestro Tiempo” lo lamentó y vaticinó el triunfo inexorable del comunismo. (N.º 35, 25-5-45, y otros).

La consecuencia del real laicismo del nacionalismo, es la norma maurrasiana del *politique d’abord*: También “Nuestro Tiempo” la cumple:

Partamos, como de premisa, que nuestra política ha de fundarse en realidades naturales, que se presentan, de por sí, sin provocación artificial. Ahora bien, hay un hecho real y fundamental —podríamos añadir que hay uno sólo— alrededor del cual, el país entero se une y en el cual coinciden los intereses reales de la comunidad argentina. Es el hecho de nuestra soberanía, es decir, la resolución firme hecha carne en la voluntad de la nación, de defender a cualquier precio, la libertad de nuestra determinación (N.º 8, 18-8-44, pág. 4).

La política tiene como Norte, según el nacionalismo, la libre determinación nacional. Esto se asemeja al liberalismo cuyo objetivo político es asegurar la libre determinación individual, vacía de todo contenido. Libertad para el bien y para el mal, pero en realidad, sólo para éste. Dado que la realidad natural primera es la soberanía, y ésta se obtiene o se pierde por medio de la política, la conclusión será que ante todo, debemos cuidar de ella. He ahí expresada la *politique d’abord* maurrasiana.

Huelga señalar como eso es falso y pernicioso. La misma doctrina aparente del nacionalismo exalta el ideal católico e hispánico como verdadero fin de nuestra política. Ahora bien, el catolicismo es, ante todo, una doctrina y una norma espiritual, que se traduce en ambientes y costumbres, que enriquecen toda la vida del pueblo. Las tradiciones hispánicas se encarnan también en los usos y estilos de ser de nuestro pueblo, que le dan su idiosincrasia particular. Pero todas estas cosas son anteriores a la política, ya que la vida pública será lo que sea la vida de las familias y de los individuos. Luego, no es cierto que lo primero sea la política. Sólo quien tuviera una concepción estatista o liberal —porque en esto coinciden el totalitarismo y el liberalismo— podrá pensar que puede salvarse una nación con pura política o primordialmente por la política. Maurras incurrió en ese error porque tenía una idea “fisicista” o “mecanicista” de la vida social. Para él la sociedad era un mecanismo con un funcionamiento necesario de acuerdo a ciertas leyes. El Estado era el primer motor de ese mecanismo. Por eso, cuando el Estado no funciona de acuerdo a las leyes sociales, todo anda mal. Luego, hay que reformar el Estado, volverlo a sus cauces, para que todo nuevamente empiece a andar bien.

Esta idea “maurrasiana” podría parecer acertada a quien no tuviera una visión total de la crisis contemporánea, tal como la ve la Iglesia. Pero si se la analiza con cuidado, se ve que es parcial y artificial, y por tanto falsa.

Marcelo Sánchez Sorondo agrega:

Claro, la política es un juego. No se quiera negar su natural condición de juego que irrita a los eufóricos tragaldabas de tópicos. La política es un juego como la liturgia es otro. El juego más humano y más divino juego. La política es al Estado lo que la liturgia es a la

Iglesia. Lo mismo que la Iglesia se regocija en su liturgia, el Estado se regocija en su política. De donde las naciones sin política, como las confesiones sin liturgia, carecen de expresión, y en última instancia, de cultura (Ibidem, pág. 5, “Nota Breve”).

Política laicista, *tudus hegeliano*, no se sabe cómo calificar esta frase de Sánchez Sorondo.

## 15 — El “economicismo”, otra característica del nacionalismo

El economicismo nacionalista se evidencia también en “Nuestro Tiempo”; a pesar de ser una revista cultural y filosófica, consagra una sección permanente a los asuntos económicos. Desde esa columna el Ing. Emilio Llorens, el Instituto Alejandro E. Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales, y el propio Padre Meinvielle favorecen la industrialización del país, el desarrollo nacional y la mejor distribución de las riquezas.

El afianzamiento de la industria nacional es en estos momentos uno de los principales factores. que han de procurar nuestra independencia económica liberándonos de la supeditación absoluta de los mercados extranjeros. Nuestra economía ha de cambiar así su fisonomía pasando de la etapa netamente pastoril a una segunda etapa en que el país se industrializará aprovechando mejor sus materias primas y elevando el nivel general de vida de la población (“Nuestro Tiempo” n.º 1, pág. 7).

Similar pronunciamiento a favor de la industrialización encontramos en el número 4, pág. 7 de la misma revista.

Pero no basta industrializar. Alegando el ejemplo de Oliveira Salazar, “Nuestro Tiempo” declara:

Para puntualizar. No se trata de agitar situaciones de trabajo, propiedad, producción, educación, mucho menos particularizándose con personas e instituciones que son producto y no causas de un régimen defectuoso, sino de establecer un nuevo régimen jurídico de trabajo, propiedad, producción y educación (N.º 9, 25-8-44, pág. 5).

Es decir, se trata de las reformas de base proclamadas hoy por el progresismo. Como siempre, el nacionalismo deja sus metas concretas en la confusión y la vaguedad. Pero es claro que un “nuevo régimen de... propiedad” debe implicar una reforma profunda. En el editorial del número siguiente, la revista recomienda cautela en la implantación de esas reformas, para no provocar la reacción de rechazo del pueblo. Se podrán “introducir reformas sustanciales con tal que éstas se efectúen sin herir intereses sensiblemente vivos”.

El economicismo encuentra una expresión calificada en el libro del P. MEINVIELLE *Conceptos fundamentales de la economía* (Ediciones Nuestro Tiempo, 1953). Es de señalar que el P. Meinvielle había escrito a mediados de la década del 30, un libro llamado *Concepción católica de la economía*. Este, sintomáticamente, deja de lado el adjetivo católico para hablar sólo de

economía. Esto es coherente con la tesis que sustenta de que la economía no es ni moral ni técnica, sino una realidad intermedia (pág. 19). Se cita a sí mismo como partidario de ideas erróneas en cuanto autor de *Concepción católica de la economía*, ya que en ese libro sostenía que la economía era una parte de la moral. Esta referencia constituye, así, una prueba más del evolucionismo de la escuela nacionalista a la que pertenece:

Nuestra posición no coincide —dice— ni con la de los economistas liberales, por ejemplo, Leonel Robbins,... ni con la de autores católicos, Vialotoux, Gino Arias, Héctor Bernardo, Francesco Vito, Julio Meinvielle en *Concepción católica de la economía* (*Op. cit.*, pág. 33).

Para el antiguo P. Meinvielle, el de 1936 (*Concepción católica de la economía*), la economía es una parte de la prudencia, como enseña Santo Tomás (II, II-q-51, a. 3), que tiene por objeto el recto orden de las acciones humanas encaminadas a procurar la sustentación propia o de la familia o de la sociedad. (*Op. cit.*, pág. 37).

Para el nuevo P. Meinvielle, el de 1953 (*Conceptos fundamentales de la economía*), la economía es un

“saber práctico”, necesariamente normativo si se quiere, pero con un objeto propio y con principios también propios, aunque derivados de los morales y políticos, como luego explicaremos, y con leyes propias derivadas de esos principios, al que no le interesa propiamente el deber ser moral o político sino el deber ser de la eficiencia económica (*Op. cit.*, pág. 33).

El libro expresa un desarrollismo *avant la lettre*. Expone todo un sistema económico fundado en el crecimiento de la renta nacional por medio del desarrollo técnico y la rápida industrialización (*op. cit.*, págs. 206 y 207), acompañado de una redistribución del producido. Se debe mantener el capitalismo, porque es productivo y eficaz (*op. cit.*, 118), pero se debe dar participación en las ganancias a los obreros “por efecto de la ley de reciprocidad en los cambios” (*op. cit.*, pág. 141), sin que ello afecte la superioridad del empresario, que es un factor útil en el impulso económico.

El Estado será necesario para vigilar el crecimiento armónico de la renta nacional y su correcta distribución, para dirigir el desarrollo por medio de la estadística y de un plan general de promoción económica (*op. cit.*, págs. 184, 189 y sgs.). En esa tarea le auxiliarán las corporaciones a las que llama “organización interprofesional” (*op. cit.*, pág. 179). Al Estado pertenecerá también tomar decisiones sobre moneda, exportación e importación, “movilización del ahorro nacional”, “cambios estructurales de la economía nacional”, “adecuación de la producción a las posibilidades de consumo”, y sobre el incremento de la renta nacional (*op. cit.*, pág. 190).

Las numerosas citas de Pío XII que contiene el libro forman el marco obligado de doctrina aparente, dado que al resultar negado el carácter moral y

religioso de la cuestión social, que subyace tras el problema económico, y que lo integra, y al encarar la economía con criterio puramente “economicista”, las citas resultan desgajadas de la necesaria ilación lógica con los fundamentos morales y teológicos de la palabra pontificia.

## CAPÍTULO III

### **Análisis doctrinario de la tercera época del nacionalismo. El banquete sincretista que sucedió al peronismo**

#### **RESUMEN DEL CAPITULO**

1. El pragmatismo y el “a-ideologismo” del nacionalismo se percibe con más claridad en momentos en que la generación de los Cursos empieza a actuar en la política concreta.

2. *El legado del nacionalismo* es un libro de un representante del ala teorizadora del grupo nacionalista, y hace el balance de aquél. Considera al nazismo y al fascismo como movimientos del mismo género “nacionalista” que el símil local. Lo propio de este movimiento sería la exaltación de “lo propio”, sin justificación doctrinaria, por oposición al racionalismo liberal y marxista. El nazismo, nacido de un “impulso grande y noble”, se desvió luego en mitos. El fascismo fue un “ir hacia las cosas”. Toda ideología implica una cierta desfiguración de la realidad. Los elementos de que se compone cada nación dictan su ley al nacionalismo, sean buenos o malos. Esto es muy semejante a la doctrina de los “**grupos proféticos**”. José María de Estrada, autor del libro en cuestión, cita con reverencia a varios autores no-católicos o, directamente anticatólicos, pero no cita a la doctrina pontificia ni a Santo Tomás de Aquino.

3. La política fue “quizás” sobreestimada por el nacionalismo, decía Estrada. Y cuando menciona las aberraciones de éste, no concluye que algo debe estar mal en la raíz si aparecen tan malos frutos. Es la manera característicamente dialéctica de hacer críticas, que no procuran refutar ni convencer sino llegar a una síntesis.

4. La actitud dialéctica del nacionalismo se advierte al expresar Estrada su concepto sobre el modo de ser del pensamiento humano. Para Estrada, todo pensamiento es un diálogo que resulta en una síntesis. Una institución discutida en un momento histórico dado, puede tal vez subsistir, pero deberá absorber, en una síntesis salvadora, elementos de sus contradictores, de lo cual resultará una realidad nueva, distinta a la anterior. La oposición al comunismo tiene también los mismos tintes dialécticos. Estrada señala que existían semejanzas entre el nacionalismo y el comunismo.

5. Etchecopar expresa característicamente el deseo nacionalista de valorizar lo moderno, por “snobismo” intelectual. Elogia a Martínez Estrada, escritor izquierdista. Critica el “confesionalismo” y la apologética como modos estrechos de encarar la cultura. César Pico era acreedor de las loas de Etchecopar por fundar sus enseñanzas sobre el pensamiento de Ortega, a pesar de ser un buen conocedor de Santo Tomás.

6. Mario Amadeo, en *Ayer, hoy, mañana* certifica su propia evolución ideológica. La historia va dictando los cambios, no es posible volver atrás. Esa evolución histórica justificó el advenimiento del peronismo. Toda restauración es pasajera, dice, luego hay que avanzar en el sentido de la historia. En estas ideas se advierte un abandono de todo intento de restauración de la civilización cristiana tradicional. Ha llegado la hora de la síntesis, a través del diálogo. Su espíritu de síntesis quedó evidenciado en su actuación como ministro de Relaciones Exteriores y como político que cooperó con Frondizi. En beneficio de esa síntesis, el nacionalismo debe desaparecer.

7. El P. Menvielle reitera sus críticas al progresismo, pero al mismo tiempo hace manifestaciones de un optimismo ambiguo sobre el mundo que favorecen a aquél. Sus elogios calurosos a los teólogos progresistas confunden a quienes se sienten movidos a la lucha contra este error que va minando a la Iglesia. El amor mutuo de que la unión del hombre y la mujer son el cumplido ejemplar, está en la base de toda vida de relación. Con esta curiosa afirmación concluye el P. Meinvielle su libro contra la dialéctica comunista. Condenatorio y laudatorio, intransigente y condescendiente: tal es el P. Menvielle frente al mundo moderno, en una palabra, dialéctico.

8. El P. Meinvielle tiene dos géneros de producción intelectual: las opiniones doctrinarias y las opiniones políticas prácticas. Respecto de estas últimas, hacia 1962 su posición era que la dialéctica comunista avanzaba en el país para la toma del poder. La primera culpable de ese avance es la “oligarquía imbécil” que persigue al pueblo y se enriquece desaprensivamente. Esa oligarquía es culpable de querer mantener las presentes estructuras sociales. En materia social económica, el P. Meinvielle participa del economicismo de la escuela nacionalista. En su programa de soluciones, las propuestas económicas ocupan un lugar descollante, y al mismo tiempo elogia a la CEPAL y a la Alianza para el Progreso.

9. Sánchez Sorondo comenta la encíclica *Populorum Progressio* junto con autores progresistas e izquierdistas. Califica ambiguamente a la Iglesia como “una utopía” y proclama el advenimiento de una era revolucionaria dirigida por la Iglesia.

10. La “revolución nacional” propiciada por el nacionalismo va coincidiendo cada vez más con la lucha por la “liberación nacional” desplegada por los grupos progresistas “cristianos”. El nacionalismo, por su doctrina aparente, debería ser el campeón en la lucha contra el progresismo. Sin embargo, es todo lo contrario. Por su espíritu dialéctico, el nacionalismo está ideológicamente infiltrado de progresismo. “Azul y Blanco” elogia a los sacerdotes socializantes y activistas.

11. La actuación política concreta del nacionalismo en esta tercera época está marcada por el oportunismo. Este se manifestó primero en la política de acuerdo con el peronismo que siguió inmediatamente a la caída de Perón. Se exigía la reposición de los líderes gremiales peronistas, la liberación de los presos políticos y la vigencia del lema “Ni vencedores ni vencidos”. Posteriormente, con diversa intensidad según los sectores, el nacionalismo aplaudió y colaboró con Frondizi. Criticó primero y luego alabó a los políticos de la Unión Cívica Radical del Pueblo.

12. El ecumenismo está en la raíz de la actitud oportunista del nacionalismo. Procuraron separar su doctrina aparente, católica e hispánico, de la práctica política. No propiciaban la dirección de la cultura por parte de la Iglesia, admitiendo, en principio, que un socialista ocupara una cátedra. Su defensa del catolicismo tenía sabor maurrasiano. Aplaudían la política de convivencia pacífica con el comunismo que llevó, en Polonia, a la elección de Gomulka. “Azul y Blanco” protesta por la clausura del semanario marxista “Propósitos” y por el secuestro del 10 % de una edición de la revista frigerista “Que”. “Segunda República” aplaudía la Alianza para el Progreso y al Partido Demócrata Cristiano.

13. La tendencia hacia los asuntos económicos se acentúa cada vez más en la tercera época de la historia del nacionalismo. El nacionalismo nunca ha sido muy explícito en el planteo de las soluciones económicas y de las reformas que se propone realizar. Pero queda claro que son partidarios de una rápida industrialización del país, de un intervencionismo creciente y de una política de redistribución de riquezas. Existen muchos síntomas de que son corporativistas de Estado y de que adhieren a un programa de reforma agraria de tipo confiscatorio. Poco o nada citan a la doctrina pontificia.

14. Jordan Bruno Genta, un nacionalista doctrinario de escasa actuación política, sostiene principios ambiguos que parecen conducir a posiciones socializantes contrarias al derecho de propiedad. Se muestra partidario del artículo 14 bis de la Constitución Nacional, que establece la participación obligatoria de los obreros en las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección, cosas éstas condenadas por Pío XII.

15. Carlos Moyano Llerena escribe para “Criterio”, revista ultra progresista. Allí sostiene que la causa del subdesarrollo de América Latina es la “perversidad básica del orden establecido”. Adhiere a las conclusiones de los obispos reunidos en Medellín, Colombia. Afirma, contra todas las evidencias, que el sistema soviético de producción es bueno, y cita a Rusia como país desarrollado. Niega que Rusia explote a sus satélites más de lo que Estados Unidos oprime a los países occidentales menos desarrollados. Sostiene que las reformas que implican el desarrollo deben ser realizadas paulatinamente, debido a la inercia de los pueblos. Atilio García Mellid aplaude la reforma agraria chilena y la de Nasser, en Egipto. De esta última elogia el sistema de pago de las tierras expropiadas: con títulos del tesoro, amortizables en treinta años con un interés del 3 % anual. “Azul y Blanco” se lamentaba de que Perón hubiera postergado la reforma agraria.

## 1 — La generación joven de los “Cursos”, en el primer plano político

Como ya hemos visto, la tercera época del nacionalismo empieza en 1955, con la caída del régimen de Perón.

En este período el empirismo y el a-ideologismo de la escuela nacionalista se acentúa aún más que en la segunda época. Es en este período que comienza la acción política más decisiva de la generación de los nacionalistas formados en los “Cursos de Cultura Católica” durante la década del 30. Por eso su literatura es cada vez más pragmática, inmediatista y menos referida a especulaciones teóricas.

Sin embargo, es dable reconstruir el pensamiento implícita o explícitamente actuante en las diversas opiniones emitidas a propósito de los acontecimientos vividos por el país y el mundo en los últimos años.

## 2 — Nacionalismo: ir hacia las cosas

Empezaremos nuestro análisis de la doctrina de la tercera época del nacionalismo con un libro de JOSÉ MARÍA DE ESTRADA, *El legado del nacionalismo*, publicado a fines de 1956<sup>48</sup>. José María de Estrada es un nacionalista cuya actividad se ha volcado más a la filosofía y a la cátedra. Por eso apareció poco en las lides políticas en las cuales actuaban Mario Amadeo y Marcelo Sánchez Sorondo, con sus diversos grupos afines o semejantes. Pertenece más bien al grupo del primero de los nombrados. Fue secretario de redacción de “Sol y Luna” y asiduo colaborador de las revistas nacionalistas de la segunda época.

Las tendencias o movimientos de opinión genéricamente denominados nacionalistas —dice Estrada— han surgido en nuestro tiempo como una reacción frente a un racionalismo político considerado vacío y sin espíritu, contra una dialéctica, especialmente, que igualaba todo y que pretendía imponer a priori rígidos esquemas; contra una razón mecánica y materialista y finalmente, marxista...

...Así surgió la exaltación nacionalista de las realidades propias y concretas, cuya razón de ser escapaba a la razón misma, la patria singular, las tradiciones vernáculas, las razas particulares, las creencias diferentes, las jerarquías y distinciones naturales, en fin, todo aquello que se consideraba valioso, simplemente porque *se daba como un valor sin necesidad de justificarse previamente*. [El subrayado es del autor.] (*Op. cit.*, páginas 46-47.)

---

<sup>48</sup> Este libro fue ampliamente elogiado y publicitado por el periódico “Azul y Blanco” en su primera época, cuando colaboraban en él Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Goyeneche y otros (Ver “Azul y Blanco”, n.º 13, del 29 agosto 1956, página 2, reportaje a Juan Carlos Goyeneche).

En este texto se entremezclan verdades con errores, como suele suceder en la literatura nacionalista. Es excelente reaccionar contra el racionalismo materialista y marxista. Es equívoco, en cambio, exaltar lo propio, sólo porque es “dado”, aunque lo propio incluya creencias falsas, aceptadas como un “valor” sin necesidad de justificación previa.

Vale la pena señalar que el autor considera englobados bajo la denominación de “nacionalismo” al nazismo, al fascismo y al movimiento similar argentino, del cual él forma parte, como discípulo que fue de los “Cursos de Cultura Católica”.

El hitlerismo, que dio forma al nacionalismo alemán, nació movido por el “ansia de reivindicaciones nacionales y de resurgimiento del pueblo alemán” (*op. cit.*, pág. 48), fundado en la doctrina hegeliana del *volksgeist* o espíritu del pueblo, realidad sustante, distinta de sus miembros, que diviniza la Nación.

... Pero no se siguieron las vías del espíritu que es sabiduría y claridad, del espíritu que es el logos humildemente encarnado; por ello, ese impulso —grande y noble en principio, como decíamos— se desvió en mitos, en un patriotismo de la raza y de la sangre, en un *volksgeist* soberbio y confuso (Pág. 49).

... Pero sería pueril, sin embargo, no reconocer lo que había de positivo en el anhelo inicial, en ese afán de valorizar los “imponderables”, aquello que era valioso porque era propio, porque existía, porque era una herencia sagrada y había riesgo de perderla (*Op. cit.*, pág. 48).

#### Hablando del fascismo, dice Estrada:

Benito Mussolini le dijo a Henri Massis que el fascismo consistía en ir hacia las cosas. “Sobre las cosas se da hoy la batalla”, declara el Duce al prestigioso escritor francés. El fascismo fue también, en su principio, un intento de realismo, de ir hacia las cosas, que hemos caracterizado como una de las notas esenciales —sino la primordialmente esencial— del nacionalismo. Así se explica la carencia de una doctrina previa y la ausencia de todo prejuicio en esos movimientos, como no sean los juicios —llamémosle prejuicios si se quiere, aunque no es precisamente el caso— que suscitaban el sistema en crisis y los adversarios naturales del nacionalismo (*Op. cit.*, pág. 51).

El autor se precave contra el riesgo de que un realismo así caiga en un maquiavelismo oportunista, en una negación “más de lo debido de las ideologías” (*Op. cit.*, pág. 53), en una “subestimación de las normas que rigen las cosas y las doctrinas que las explican, que conduzca al irracionalismo. Pero estos vicios se curan también con un sano realismo, ya que

... dejaríamos de ser realistas si en nuestro trato con las cosas hiciésemos totalmente caso omiso de esas *desfiguraciones* [subrayado por el autor] que se han ido acumulando a través de los tiempos, ya que considerarlas nos permitirá no sólo recoger de ellas lo que puedan tener de positivo —en todo error hay siempre algo de verdad— sino también revisar nuestros propios enfoques y readaptarlos a los nuevos planteos. No hay que perder el sentido histórico; no hay que encarar las cosas como si nunca nada se hubiese dicho acerca de ellas (Págs. 54-55).

Si la esencia de la escuela de pensamiento del nacionalismo es “ir hacia las cosas”, es evidente que las cosas dictan su ley al pensamiento. Ahora bien, como la variedad de las “cosas” hacia las cuales se va, da origen a la variedad de los nacionalismos y a su legitimidad, de ahí se deduce que las “cosas” a que se refiere Estrada son los elementos de que se compone cada nación, incluyendo, desde luego, al catolicismo, si éste forma parte del acervo nacional. Por lo tanto, el nacionalismo será bueno siempre y cuando sea fiel a las cosas nacionales.

Es decir que el nacionalismo sería un movimiento cultural y político análogo: el hitlerismo era a Alemania lo que el nacionalismo argentino es a nuestro país. Esto es precisamente lo que define al movimiento “**profético**” progresista. La Historia tiene una voz emanada de la masa que debe ser auscultada y anunciada por aquellos que son capaces de explicitarla. Estos son los “profetas”.

La diferencia con el catolicismo es obvia. Este se caracteriza por fundarse en una ortodoxia doctrinaria, coherente y lógica. El “profetismo”, en cambio, no tiene otra ortodoxia que la inspiración del profeta, tan voluble como las circunstancias, los lugares o los tiempos lo exijan.

El nacionalismo se define por la fidelidad a cosas que varían con el lugar (las diversas naciones), y con el tiempo (la historia de esas naciones). De nada vale decir que el nacionalismo argentino se salva de esta relatividad porque el catolicismo es uno de los elementos de nuestra tradición, porque si la razón nacionalista para adherir a la verdadera religión —aunque individualmente cada nacionalista adhiera por razones personales— es el hecho de que ésta es la de nuestro país, la adhesión estará apoyada sobre arena movediza.

La posición católica verdadera es creer en la Iglesia, amar sus principios, su ortodoxia, las verdades sobrenaturales y naturales coherentemente expuestas por Ella, y luego amar a la Patria porque ésta es conforme a esos principios, según ellos mandan, y en la medida que ellos lo establecen.

Por lo demás, es obvio que el catolicismo no define al nacionalismo. Si no, no asimilaría Estrada al nazismo, al fascismo y al movimiento congénere local, siendo el primero protestante y el segundo pagano. Además, la insistencia con que declara que la esencia del nacionalismo es el “ir hacia las cosas”, nos impide pensar de otro modo. Lo mismo resulta de lo que dicen los demás nacionalistas, como se ha visto a lo largo de este trabajo.

Dirán que “las cosas” es una expresión que designa al ser, y que el ser empieza por Dios, por la Iglesia, etc. Pero debemos responder que no es así, porque cuando hablan de “las cosas” explican claramente que son algo sometido a cambios históricos y, desde luego, a cambios geográficos, ya que no es el mismo el contenido del nacionalismo alemán y el del nacionalismo

argentino. Luego no pueden referirse ni a Dios, ni a la Iglesia, que de por sí trascienden el espacio y el tiempo.

Por lo demás, el ser tiene un orden sapiencial querido por Dios, orden que aparece con esplendor y que ha sido expuesto desde la antigüedad en la Iglesia, especialmente por Santo Tomás de Aquino, con brillo y profundidad. Luego, un movimiento que se quisiera definir por su adhesión al ser, debería caracterizarse por un summum de claridad, de lógica, y de fidelidad a la doctrina católica, con continuas referencias a ella. Nada de esto hace el nacionalismo.

En el libro que venimos comentando faltan por completo citas doctrinarias de los Papas, de Santo Tomás u otros doctores de la Iglesia. Se menciona en cambio con reverencia a Maurras (*Op. cit.*, pág. 21), a José Luis Aranguren, un escritor progresista español (*Op. cit.*, pág. 24), al infaltable Ortega y Gasset (*Op. cit.*, págs. 27 y 35), a César Pico (*Op. cit.*, pág. 28), a René Descartes (*Op. cit.*, pág. 31), a Bergson (*Op. cit.*, pág. 33), a Unamuno, a Nietzsche, a Kierkegaard (*Op. cit.*, pág. 36), a Mussolini (*Op. cit.*, pág. 51), a Husserl (*Op. cit.*, pág. 52), a Zubiri, un orteguiano español (*Op. cit.*, pág. 55), etc.

Además, el nacionalismo se caracteriza por ser vago e impreciso. Eso mismo confiesa Estrada:

No era [el nacionalismo] por cierto algo muy preciso y fácil de definir, era más bien un anhelo (*Op. cit.*, pág. 17).

... estaba desde su origen imbuido de romanticismo, de ahí que prendiera tan fuertemente en las juventudes, propensas siempre al entusiasmo y a la exaltación sin límites (*Op. cit.*, pág. 47).

Por otro lado, el ser se caracteriza por su estabilidad. Lo propio de él es estar en acto, y en la medida en que lo está, ser durable. El cambio viene de la materia, que es un ser *diminutae rationis*. Luego, una doctrina que se definiera por el ser debería brillar por su estabilidad, su sentido de la continuidad, su ardor por la ortodoxia y por la moral fundada en la Ley eterna de Dios. Es claro que habría seres variables que considerar, pero aun respecto de ellos habría que expresar el orden inmutable de su variación o los fines inmutables hacia los cuales se deben dirigir. Esos fines los enseña la Iglesia Católica y los explica la filosofía escolástica; a partir de ellos se deben juzgar los fines próximos y los medios, pero jamás será lícito apartarse de ellos.

No es así como piensa el nacionalismo. Veamos cómo explicita Estrada el “ir hacia las cosas”.

La actitud de ir hacia las cosas, o, digamos, de reverencia ante las cosas, exige que ninguna dimensión o faceta de las mismas, por incomprensible que nos parezca, deba ser preterida. Supongamos que se trate de la persona humana o de la sociedad; si nos acercamos a tales realidades con espíritu realista y sin prejuicios (como podría hacerlo un realista bien afinado en principios inmovibles y probados por la tradición, o como lo haría también

un fenomenólogo, deseoso de describir con objetividad los datos que se le ofrecen), nos toparemos inmediatamente con unos seres pensantes y libres, que sienten, aman, gozan, sufren, hacen ciencia y arte, rezan, hacen el bien y el mal, mandan, obedecen, etc. Veremos que a través de sus múltiples actos se manifiesta un ámbito privado, propio, íntimo, inalienable; no nos será difícil intuir que por ese mismo reducto el hombre está abierto hacia aquello de, lo cual proviene, hacia su causa primera; tal, el fundamento personal de la religación, como dice Zubiri, o de la religión. Además, el hombre, en cuanto ser social, se nos manifestará entroncado en una tradición cultural y adherido a hábitos y usos no siempre fáciles de explicar; lo veremos adherido a las modalidades de una determinada época y de un determinado lugar, bien plantado en sus creencias y usos sociales; la sociedad misma se nos mostrará como un ámbito estructurado por costumbres y fundado en creencias y herencias venerandas; tampoco faltarán los malos hábitos, aquellos vicios dignos de ser extirpados, pero de cualquier modo, todo ello será expresión de una realidad polivalente y heterogénea ante la cual nada vale venir con preconcepciones o esquemas mentales; lo mejor será encararla tal cual es, sin temor a que muchas cuestiones queden siempre algo encubiertas y otras totalmente misteriosas. Si no adoptamos tal actitud, no seremos evidentemente realistas. Pues bien, en el terreno de la política, el móvil primero del nacionalismo fue esta especie de realismo; desgraciadamente, no todos los intentos nacionalistas se mantuvieron consecuentes con ese espíritu; y ese mismo afán de realismo, tal como lo hemos explicado, fue en algunos casos el factor determinante de su propia frustración (*Op. cit.*, págs. 55-56).

Como vemos, el nacionalismo no es una cruzada en nombre de principios negados u olvidados por la apostasía moderna de la Revolución, sino un movimiento “profético” de fidelidad a lo dado, a lo existencial —con leves correcciones de los abusos obvios, sobre todo cuando son impopulares— que tiene todas las características de la ceguera de los falsos profetas, porque según termina el párrafo transcrito, a veces ese mismo espíritu ha llevado a la “frustración” de los que lo seguían.

### 3 — Una crítica dialéctica a ciertas tendencias del nacionalismo

Sobre las tendencias maurrasianas del nacionalismo (*politique d'abord*) Estrada dice:

Fue especialmente un anhelo político y quizás allí mismo debemos buscar la raíz de sus graves yerros. Era, en efecto, buscar demasiado las soluciones por el lado de la política; era, quizás una sobreestimación de la política (*Op. cit.*, pág. 17).

... es esa *politique d'abord* de los maurrasianos que denota, como decíamos, que el cuerpo social no anda bien de salud (*Op. cit.*, pág. 21).

Aquel “quizás” y esta justificación del *politique d'abord* en razón del estado de salud social, son expresiones típicas de una crítica dialéctica y dubitativa de una clara desviación del nacionalismo.

Lo mismo se observa en las referencias a las aberraciones del nacionalismo.

Una inteligencia católica que analiza un movimiento político y cultural y que señala que condujo a “yerros”, “frustración”, “exaltación irracional y ciego fanatismo” (*Op. cit.*, pág. 48), debería concluir condenando a ese movimiento, precaviendo contra él a la juventud, rechazando sus postulados, en fin, por amor a la Verdad absoluta expeler el error, por más que contenga, como todo error, verdades dispersas dentro de él. Pero no es esa la actitud de un dialéctico, que cree que la historia avanza por síntesis sucesivas. El nacionalismo es dialéctico, y es precisamente por eso que Estrada concluye:

En la última guerra fueron abatidos importantes regímenes nacionalistas. No obstante los errores y desviaciones en que éstos pudieran incurrir, y la derrota sufrida, han quedado sin embargo algunas ideas —o más bien actitudes, si se quiere— de estos regímenes, incólumes y hasta triunfantes. Queremos decir que no obstante las graves desviaciones que algunas ideas nacionalistas llegaron a presentar, la actitud inicial —esa sinceridad ante las cosas, ese realismo sin prejuicios, ese decidido antimarxismo, ese considerar que hay cosas valiosas de *hecho* [subrayado por el autor] anteriormente a toda discriminación y racionalización humanas, en fin, todas aquellas características ya apuntadas— queda como algo positivo y valioso (Pág. 63).

#### 4 — Más sobre relativismo y dialéctica

La actitud relativista y dialéctica del nacionalismo ha sido una constante en sus tres épocas. En la que estamos estudiando se fue explicitando cada vez más. Estrada escribe en su libro ya citado:

La polémica deriva

... de un modo de ser ajeno a la naturaleza del pensamiento y la acción humanas. La inteligencia siempre dialoga, es condición, en efecto, de la mente humana ir hacia la unidad de la verdad mediante la dualidad de la afirmación o la negación... (*El legado del nacionalismo*, pág. 25).

... si Pedro y Juan confrontan sus opiniones, discuten y cambian ideas, es muy posible que de ello resulte una tercera opinión, en la cual ambos converjan, que de ninguna manera será la suma o mero agregado de las dos opiniones anteriores (*Op. cit.*, pág. 34).

Esta opinión del autor se asemeja notablemente a la doctrina hegeliana de la “tesis - antítesis - síntesis”. ¿Qué puede ser, entonces, aquella opinión tercera que no es la suma de las otras dos sino una síntesis de ellas? El principio de que la “inteligencia siempre dialoga” también tiene sabor hegeliano, ya que lo cierto es que lo más noble de la inteligencia no es “dialogar” sino contemplar, y no siempre se llega a la contemplación por el diálogo, ni por la “afirmación y la negación”, sino también por una intuición inmediata de la verdad.

Por otro lado, “polemizar” no siempre es dialogar, y tampoco es cierto que el resultado de la polémica sea la unidad: puede ser la división, la separación de los contendores o la derrota de uno de ellos.

El mismo pensamiento dialéctico expresa el autor al hablar de la monarquía dinástica, cuya crisis actual se debe a que en un momento dado se la discutió, atacándola unos, y defendiéndola otros:

Esto no quiere decir que necesariamente tenga que desaparecer, pero si persiste será mediante una superación de la crisis, instaurándose en nuevas bases, en otros basamentos universalmente aceptados, con lo cual sin duda adquirirá nuevas características y será en muchos aspectos cosa bien diferente de lo que era antes (*Op. cit.*, pág. 29).

¿Por qué suponer que sólo fundada sobre nuevas bases, grandemente mudada, es que puede subsistir una institución cualquiera —en este caso la monarquía— una vez que ha sido objeto de discusión? ¿No puede darse el caso de que una institución venza a sus enemigos y se restaure en toda su original grandeza, más fuerte tan sólo en aquello por donde se la negó?

La oposición al comunismo es también dialéctica.

Su tarea principal [la del nacionalismo] y hasta el motivo histórico de su origen es la lucha contra el comunismo. Ello hace, sin embargo, que ofrezca en muchos aspectos —superficiales si se quiere, pero no poco importantes— ciertas semejanzas con el comunismo, lo cual no es de extrañar si tenemos en cuenta que para polemizar con alguien es menester situarse en su terreno. No es posible, en efecto, debatir alguna cuestión si los contendientes no aceptan por lo menos algunas cosas comunes, unas comunes reglas de juego (Pág. 23).

El nacionalismo participa de ciertos enfoques de su antagonista especialmente en lo que respecta a la preocupación —que, como decíamos, puede derivarse en obsesión— por lo social, aunque los fines y el espíritu que a ambos impulsa sea diametralmente opuesto (*Op. cit.*, pág. 24).

En la doctrina hegeliana, algo de común debe haber entre tesis y antítesis para que nazca de ellas la síntesis. Los polemistas católicos siempre entendieron que la polémica no procura la síntesis sino la demostración de una verdad y la refutación de un error. Por eso, aunque los participantes de una polémica tengan algunos principios comunes, la discordancia en que están en cuanto a otros principios, en lugar de aproximarlos los desune. Tanto la semejanza cuanto la unión sólo pueden alcanzarse en la medida en que el partidario del error “queme lo que adoró y adore lo que quemó” (San Remigio, obispo de Reims, en la Consagración de Clodoveo, Rey de los Francos).

Por el contrario, en la medida en que se oponen son distintos en aquello que los enemista. Lutero, por ejemplo, representaba el igualitarismo, la Iglesia, la jerarquía.

Si el nacionalismo se asemeja al comunismo, es porque en algo ha cedido a él, y no por enfrentarlo.

Con el comunismo, lo principal no es debatir —encontrando para ello “puntos comunes”—, sino combatir, para lo cual deben destacarse los motivos de oposición, llevando esa oposición al auge de pugnacidad que merece la perversidad intrínseca del comunismo.

## 5 — Tratar de ser moderno sin dejar de parecer tradicionalista, he ahí el problema del nacionalismo

La tendencia a juzgarlo todo de un modo relativo, a no parecer enfeudado en una ortodoxia, a presentarse como hombres abiertos a todas las corrientes del siglo, forma parte de la mentalidad nacionalista. Esto se refleja en el texto que inmediatamente citaremos de Máximo Etchecopar. Luego de amplios elogios a Ezequiel Martínez Estrada (conocido escritor izquierdista y antihispanista), dice:

Y es curioso, mas, salvo, creo yo, Martínez Estrada, nadie ha advertido la semejanza de actitud que existe entre nuestros prohombres liberales y lo que España persiguió durante sus siglos de América (semejanza de actitud, no en las ideas, se entiende). Mientras España se obstinaba en civilizarnos mediante la Cruz y el espíritu, los unitarios lo intentaban — fieles a los dioses burgueses— mediante la democracia y el progreso industrial. Aunque no niego la legitimidad y la adecuación a los tiempos de este último intento, se permitirá, por lo menos, que señale la distinta jerarquía de los valores en juego (*Esquema de la Argentina*, pág. 32, nota 1).

Para esta mentalidad, un espíritu “abierto” a todas las manifestaciones ideológicas, vengan de donde vengan, siempre que respeten ciertas normas mínimas, será superior a un espíritu ortodoxo y combativo, que no tenga la misma “apertura” sincretista. Esta nota es consecuencia del deseo desordenado de estar a la moda, de no ser despedido del “caballo del siglo”, como decía “Nueva Política”. Por eso, refiriéndose a “Criterio”, dice Etchecopar :

Los dos años justamente en que esa revista representa un alto y excepcional nivel de cultura (1928-1930). Cuando en 1930 Dell’Oro Maini deja la dirección, “Criterio” se transforma en una publicación confesional, estimable, por cierto, pero dentro de límites estrechamente apologéticos (*Op. cit.*, pág. 59).

Elogios a Martínez Estrada y críticas a “Criterio” apologético y confesional...

En otra parte del libro, Etchecopar elogia a César Pico precisamente por su fidelidad a la “moda” del momento:

Si he aludido antes a la impermeabilidad de nuestros católicos frente a nuevos aspectos, temas y problemas de nuestro tiempo, especialmente en todo lo que atañe a lo social, a su indagación y adecuado discernimiento, tal limitación no comprende a César E. Pico. Solo entre todos ellos advirtió —lo hizo antes que nadie en el país — la originalidad trascendente de la enseñanza sociológica de Ortega... Y no se circunscribió a ello, por cierto, la actitud de Pico. Inmediatamente, desde sus clases libres de “Convivio” (especie de peña intelectual y literaria que formaba parte de los C.C.C. (Cursos de Cultura Católica), procuró transmitir a otros lo que él —sólo él— había escuchado de labios de Ortega y que tenía el valor de un descubrimiento... en su cátedra de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, enseña desde hace un lustro esa asignatura a la luz del pensamiento orteguiano. Todo lo cual asume especial significación y alcance —y, diré así, gracia— si se piensa que Pico —acaso la

cabeza filosófica mejor dotada de nuestro país— conoce acabadamente el pensamiento de Santo Tomás... (*Op. cit.*, págs. 64-65, nota 1).

Preferir a Ortega, autor anticatólico y relativista, por sobre Santo Tomás, he ahí el motivo del elogio. Y el que tal cosa hacía no era otro que César Pico, cuya influencia a través del “Convivio” habría de pesar decisivamente sobre los nacionalistas de la línea católica.

La conclusión de estas premisas no podía ser otra que una constante evolución del nacionalismo, su permanente adecuación al espíritu de los tiempos. Para eso, nada mejor que ir despojándose cada vez más de las “ideologías”, las tan criticadas “ideologías”, que esos ideólogos relativistas que son los nacionalistas no se cansan de atacar...

He aquí, pues, que en orden a ideológicos afeites —dice Etchecopar— nuestro siglo se nos aparece de pronto con la cara recién lavada, con una cara flamante, con la cara fresca de un muchacho inexperto.

... Hondamente convencidos de las razones más arriba invocadas, no venimos, pues, en esta revista [“Quincena”, dirigida por Alberto Tedín, y en la cual colaboraban Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Goyeneche y otros] a defender ni a propagar ideología alguna. Antes bien, queremos prevenir a nuestros compatriotas contra la pueril tentación de creer y embarcarse en panaceas ideológicas infalibles. Es hora la de hoy de entendernos los argentinos sobre hechos, sobre cosas, sobre el destino concreto del país como nación (*Op. cit.*, pág. 201 y 203).

## 6 — La evolución del nacionalismo: “Ayer, hoy, mañana”

También en 1956, Mario Amadeo escribió su libro *Ayer, hoy, mañana*. En sus páginas se trasunta el evolucionismo dialéctico propio del nacionalismo.

Por lo que a mí se refiere, no siento el menor complejo de inferioridad al reconocer ciertas variaciones fundamentales de mis ideas políticas y espero que los hombres de otras tendencias también reconozcan las suyas (*Op. cit.*, pág. 8).

Su evolución personal correspondería a la evolución de la realidad. Dice más adelante:

La gente está ya cansada de que se hable del pasado y mire con inquietud el porvenir. Comprende que la nueva era no puede basarse en la pura negación de la etapa que la precedió<sup>49</sup> y busca afanosamente soluciones. Pero no pide solamente fórmulas ideológicas y recetas doctrinarias, valederas para cualquier tiempo y para cualquier lugar. Aspira a que sean asidos en su realidad concreta los grandes problemas de la reconstrucción (*Op. cit.*, pág. 12).

Ese mismo evolucionismo justifica la revolución de 1943, de la cual surgió el régimen de Perón:

---

<sup>49</sup> En el caso concreto, el régimen peronista recién caído.

El país estaba viviendo dentro de estructuras político-sociales desprestigiadas y envejecidas, y pugnaba por liberarse de ellas. La revolución de junio —puramente militar como fue su origen— resultó la ocasión propicia que le permitió operar la mudanza. Como todo estaba en crisis —ideas, instituciones, partidos y hombres—, todo cayó (*Op. cit.*, pág. 93).

Los partidos políticos, que perdieron su clientela durante el régimen de Perón, no se reerguirán, vaticinaba Amadeo, porque

... las “restauraciones” son pasajeras y sus anacrónicos decorados acaban por hastiar. Ha habido, repetimos, un gran cambio en este país, y ese cambio reclama la constitución de nuevas fuerzas que sepan expresarlo con autenticidad (*Op. cit.*, pág. 141).

El principio, que vale contra los partidos de un pasado reciente —podríamos preguntar a Amadeo—, ¿valdrá a fortiori contra la civilización católica derrocada por la revolución? Si toda restauración hastía, por anacrónica, la civilización católica no volverá más. La historia marcha hacia el futuro, y el nacionalismo se prepara para ser la nueva fuerza, renovada por las síntesis de veinte años de formación y acción pública, que habrá de expresar ese cambio.

La España cristiana, restaurada por la reconquista, ¿es pasajera? Este fatalismo antirrestauracionista niega la evidencia histórica. La historia está hecha de marchas y contramarchas, y a veces son efímeras las marchas y no las contramarchas. El evolucionismo, él sí, sólo ve la historia como una sucesión de marchas y contramarchas necesariamente efímeras y anecdóticas.

¡Qué distante está esto del principio católico de San Pío X, que hemos transcripto más arriba, sobre la necesidad de restaurar siempre sobre sus fundamentos la civilización cristiana!

El nacionalismo fue dialéctico desde el principio. Así lo afirma implícitamente Amadeo en la siguiente frase:

... la generación nacionalista se irguió contra las ideas de sus antecesores y renovó el temario de la vida pública argentina. Puso en tela de juicio casi todos los dogmas políticos de las generaciones precedentes e, inclusive, benefició a sus adversarios obligándolos a replantear sus posiciones y a modernizar su pensamiento (Pág. 118).

Es decir, el nacionalismo polemizó, pero en vez de entristecerse porque no consiguió derrotar a sus contendores, se alegra de haberlos remozado y actualizado. Es obvio que ésta no es la actitud de quien defiende una Verdad absoluta, católica y eterna, y un hispanismo auténtico contra los liberales hijos de la Revolución Francesa, enemigos de la cristiandad y de la Iglesia. Es más bien la actitud de un dialéctico.

Generación revolucionaria, la promoción nacionalista esquematizó nuestro pasado histórico y negó en bloque el que le había inmediatamente precedido. Es ésta su segunda falla, aunque comprensible ...

Tengo la esperanza de que en esta materia se haya superado el simplismo de los planteos iniciales. Ahora se trata de que todos comprendan la necesidad de esa superación para

que ni Rosas resulte un tigre sanguinario, ni Rivadavia un mulato engreído, ni Sarmiento un demente utópico (Pág. 118).

No lo dice, pero está claro: tampoco habrá que desear la restauración de nuestra tradición católica e hispánica sobre las ruinas del aparato revolucionario, liberal y laicista, montado por la masonería en nuestro país. Habrá que hacer una síntesis. Lo dice bien claro un poco más abajo:

Ha llegado la hora de la síntesis. Tengo la convicción de que, por nuestra parte, estamos preparados para vivirla con autenticidad (Pág. 118).

Para eso, es necesario el diálogo. El objetivo de su libro es “traer ante el juicio público planteos positivos que inciten al diálogo; a ese diálogo hace mucho tiempo interrumpido en nuestros debates políticos” (pág. 12). Dentro de éste, el nacionalismo sólo aspira a ser “una voz que debe ser escuchada” (página 10).

Este espíritu de diálogo, a pesar del dramatismo de las cuestiones planteadas por el nacionalismo en su doctrina aparente (catolicismo o laicismo, liberalismo o civilización cristiana, Revolución Francesa o hispanismo católico), jamás hizo que Amadeo perdiera una amistad.

Las ideas que profesé desde mi primera juventud —dice en su libro— me llevaron a discrepar fundamentalmente con personas para mí muy queridas, pero tengo la fortuna de que jamás un disenso me hiciera perder una amistad (Pág. 165).

A estas palabras le son enteramente aplicables las consideraciones del doctor Plinio Corrêa de Oliveira sobre el **diálogo irénico o pacifista** (Conf. Plinio Corrêa de Oliveira, *Trasbordo ideológico inadvertido y diálogo*, Edición “Cruzada”, Buenos Aires, 1966). [N.C.: este libro se encuentra en línea en [https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Diologo\\_espanha\\_1971.htm](https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Diologo_espanha_1971.htm) ). Es imposible que una lucha ideológica, que sería una lucha religiosa, de ser reales las doctrinas aparentes del nacionalismo, no conduzca, por lo menos, a la pérdida de alguna amistad.

El *inimicitias ponam* de San Luis María Grignon de Montfort, que separa a los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas, no puede reducirse a una pura disensión ideológica, sino que incluye también, en principio, una hostilidad de individuo a individuo, sin la cual la lucha entre la Iglesia y la anti-Iglesia no sería sino una pantomima.

Amadeo fue consecuente con este espíritu de síntesis en su actuación pública. En su libro dice que cuando fue ministro de Relaciones Exteriores designó a un socialista, Alfredo Palacios, como embajador en Montevideo (Páginas 69 y 74).

Ya preparaba su colaboración con Frondizi —otra prueba de su espíritu sintético— cuando escribió:

El frondizismo representa, sin duda, el más vigoroso esfuerzo de remozamiento hecho desde un partido político tradicional. Ha compartido muchos temas con el nacionalismo y también —dicho esto sin acento peyorativo— ha asimilado alguno que otro supuesto de la izquierda marxista (Pág. 166).

En beneficio de la síntesis que debe crearse, el nacionalismo debe desaparecer:

Una fuerza política no se construye solamente con un ideario sino, sobre todo, con una sensibilidad. La peculiar sensibilidad nacionalista se identificó con un momento histórico que ha pasado definitivamente; por eso no podrá haber ya un “partido nacionalista”. El nacionalismo, en tanto tal, cumplió su papel desbrozando el camino para fortalecer la conciencia de lo nacional y para renovar a fondo el temario político. Cumplida su misión, carecería de sentido su pervivencia (Pág. 118).

## 7 — La dialéctica del P. Meinvielle frente al progresismo

En su libro *La Iglesia y el mundo moderno* (ediciones Theoria, 1966), el P. Meinvielle, luego de reiterar su tesis sobre la revolución que va destruyendo la cristiandad, trata de justificar, en parte, la apertura al mundo efectuada por los teólogos progresistas, a los cuales, sin embargo, en otras páginas critica fuertemente.

En efecto, el P. Meinvielle explica la doctrina de la Iglesia sobre el mundo, mostrando como éste conspira contra la salvación de las almas, especialmente el mundo moderno, que es fruto de la apostasía revolucionaria. Pero dice:

Todo el universo material y visible, todo nuestro universo humano y moral, el cosmos y el hombre, la cultura y la historia, con sus relaciones mutuas, todo es fundamentalmente bueno, porque viene de Dios (Pág. 66).

Esta frase tiene un sabor evolucionista en cuanto no distingue suficientemente entre “ontológicamente bueno” y “accidentalmente bueno”, y parece englobar en la misma aprobación a personas y hechos que se deben calificar como malos.

Más adelante, continúa el P. Meinvielle su razonamiento diciendo:

Pero no se ha de olvidar que, en definitiva, el cristiano en cuanto cristiano, se ha de encontrar, no precisamente frente al mundo, sino frente a otros hombres, colocados en el mundo y cuya realidad es fundamentalmente buena; por inmensas que puedan ser las perversiones que le desfiguran, el hombre, en definitiva, es bueno y está llamado a un destino de salvación (Pág. 82).

El cristiano no se encuentra frente al mundo sino frente a otros hombres colocados en el mundo... Esta expresión importa negar la realidad del “mundo”, al que se refirió Nuestro Señor Jesucristo. Pues el mundo, o está constituido por hombres, o no es nada: No se comprende ninguna de las palabras de Nuestro

Señor Jesucristo sobre el mundo, si éste debe ser entendido como una realidad vacía, extrínseca al género humano.

Esta virtual negación del mundo nos parece explicar el optimismo que inspira este texto cuando dice que el hombre es “fundamentalmente bueno”. Pues —y esto el autor esquiva decirlo— el hombre es fundamentalmente bueno porque *es*; y en este sentido es bueno... inclusive el demonio.

Es decir, el P. Meinvielle balancea entre una actitud apologética y una actitud “abierta” frente al error progresista. Esta actitud es desconcertante. Por un lado, sus lectores se sienten atraídos a la lucha, a la refutación de los errores que hoy pervierten a las almas, y por el otro se encuentran detenidos en posiciones ambiguas y gestos de respeto hacia los propulsores del progresismo.

El clima dialéctico está presente en la obra del P. Meinvielle aun cuando haga afirmaciones que no son propiamente dialécticas, pero en las cuales se nota un irenismo imprudente, que participa de la mentalidad dialéctica. Así, en lo que se refiere al conocido teólogo progresista P. Ives Congar.

Hablando de ese profeta del progresismo, enfática y casi propagandísticamente dice que es un teólogo competente y conocedor de su *métier*,

... espléndido conocedor de Santo Tomás, informado como pocos de toda la literatura teológica, que sabe moverse magníficamente en las sutiles cuestiones especulativas (*Op. cit.*, pág. 161).

Luego siguen las críticas a Congar. Pero, ¿cómo no recelar que algunos lectores se sientan constreñidos por un cierto temor paralizante al leer, en la pluma de un adversario, tal elogio de un enemigo? El respeto que nos pueda infundir tan sólida ciencia teológica como la aquí atribuida al P. Congar, podría sugerir la siguiente duda: “¿No será que Congar, el gran teólogo, en algo tiene razón?”

Si bien en una polémica real cabe el reconocimiento de las cualidades de un adversario, no es éste el lenguaje que la discreción y la prudencia recomiendan.

Por lo demás, la crítica del P. Meinvielle no contiene una acusación profunda. Lo tacha de tener “una interpretación benévola e ingenua de la historia moderna” (*Op. cit.*, pág. 162). Y ante tan tenue responsabilidad uno pierde el aliento de emprender movimiento alguno contra tan grande eminencia de la teología ...

Historiando la gestación del movimiento progresista francés, el P. Meinvielle destaca el papel que tuvieron los padres dominicos. Señala cómo sus revistas “Vie Spirituelle” y “Vie Intellectuelle”, “Sept”, la colección de las “Sources Chrétiennes”, la revista “Maison Dieu” y la renovación bíblica de la Escuela de Jerusalén (que fue un verdadero foco de modernismo), habían contribuido a

llevar a la izquierda “a todos los grupos juveniles franceses”. Pero inmediatamente agrega que todos estos trabajos “revelaban una poderosa y sana renovación en los distintos campos del saber” (*Op. cit.*, página 240).

¡No se comprende cómo el P. Meinvielle puede haber llegado a calificar como “sana” una renovación teológica que él mismo afirma haber llevado al error —esto es, a la enfermedad en materia de ortodoxia— a tantos jóvenes franceses!

Cabe preguntarse qué renovación merece ser destacada, al lado del pavoroso daño que tales corrientes progresistas han causado. Cualquier “renovación” auténtica que hubiera podido haber en el progresismo, servía de vehículo para el error que traía en su seno. Curioso modo de denunciar al progresismo, despertando curiosidad por lo “renovado”, inspirando admiración por la “generosidad” y el saber de quienes todo lo hicieron para mejor destruir las tradiciones y perjudicar la fe ...

Como vemos, la obra de este importante autor nacionalista está minada de afirmaciones sorprendentes. No es extraño, por eso, que su escuela no se caracterice por la combatividad frente al progresismo.

Al final de su libro *El poder destructivo de la dialéctica comunista* (ediciones Theoria, 1962) escribe:

Más importante que el trabajo, las riquezas y el desarrollo es el amor. Hegel y Marx no han atinado a ver que más importante y primero en la vida humana que la dialéctica del amo y del esclavo es la dialéctica del varón y de la mujer. Bajo este aspecto, Freud puede tener razón contra Hegel y Marx. Si hay algún fundamento en la pretensión de los psicoanalistas de buscar el sentido inconscientemente sexual de nuestros sueños y de nuestros actos fallidos, es el de que no hay un gesto de la conducta humana, una palabra del diálogo cotidiano que no esté orientada hacia el amor mutuo, del que la unión del hombre y la mujer ofrece el ejemplar cumplido. De esta dialéctica del amor entre el hombre y la mujer —dialéctica que no es propiamente dialéctica— han de proceder luego las grandes relaciones de jerarquía en el amor que constituyen la paternidad, la maternidad y la fraternidad; las cuales, a su vez, han de dar nacimiento al amor de los hombres que cristaliza en las patrias, en las naciones y en las civilizaciones (*Op. cit.*, pág. 252).

Sorprende principalmente en este texto la afirmación de que el punto de partida del amor entre los hombres está en el amor entre el varón y la mujer. Como filósofo y teólogo que es, no podrá olvidar que el verdadero amor sólo es tal cuando acepta como punto de partida el amor del Creador a la creatura y de ésta al Creador.

Además de esta laguna, el texto asombra por lo impreciso y sospechoso; en efecto, pone en duda que haya algún fundamento en el “pansexualismo” de Freud, pero, de inmediato, construye una visión global del amor basada en ese punto hipotético. Y, aunque parezca negar el carácter dialéctico de las relaciones entre hombre y mujer, concíbelas a manera de un diálogo. ¡Sintomático

conjunto de concesiones frente al freudismo y al hegelianismo de un escritor que, en los medios nacionalistas, es presentado como una muralla de la Casa de Dios para defenderla contra la marea montante de los errores actuales!

## 8 — Opiniones del P. Meinvielle sobre asuntos económico-sociales

Las opiniones del P. Meinvielle en materia económico-social se pueden dividir en dos categorías: la primera está formada por las opiniones doctrinarias. Sobre éstas ya hemos hablado en páginas anteriores. La segunda categoría de opiniones son aquellas que se refieren a temas de actualidad, políticos, sociales o económicos. En este punto la posición del P. Meinvielle en la tercera época está resumida en la conferencia que pronunció el 27 de julio de 1962 en Concordia, provincia de Entre Ríos.

Denuncia en ella, con mucha razón, que el comunismo ha puesto en marcha una operación dialéctica para la toma del poder en el país. Con gran acopio de datos concretos, señala algunos agentes de esa conspiración.

La masa peronista, que no quiere el comunismo, está siendo llevada a servir los intereses de éste —decía el P. Meinvielle—, porque la oligarquía combate al pueblo y se desinteresa de su bienestar ... .. dadas las actuales condiciones del país y sobre todo el contexto de la oligarquía imbécil y suicida que nos gobierna, la masa peronista ya es manejada por el comunismo a través de la izquierda nacional (Folleto del texto de la conferencia, pág. 8).

Importa destacar que el comunismo aprovecha, en beneficio propio, al máximo, los errores de la oligarquía, y ésta no ha acabado de comprender —y quizás no lo comprenda nunca— que su acción de burla y persecución del pueblo suministra la base sobre la cual se opera luego, casi automáticamente, el avance del comunismo. Este avance se está produciendo en este momento en forma muy rápida, porque la oligarquía detenta en sus manos el poder político y el poder económico para beneficio propio y a costa del pueblo ... (Pág. 10).

... la oligarquía nacional, imbécil y suicida, quiere mantener las estructuras sociales que han determinado la crisis presente. Más: quiere mantenerlas a toda costa y por la fuerza. No advierte que se está cavando su propia fosa (Pág. 11).

Importa notar que el P. Meinvielle, y de un modo general los nacionalistas tan empeñados en la generalización del diálogo, jamás dialogan con la oligarquía. Contra ésta, no saben sino lanzar ultrajes. Esa propensión a dialogar con las izquierdas, según la moda del día, y porque ellas son, o parecen ser, los vencedores de la lucha política, y de otro lado, esa dureza a-dialéctica para con unos adversarios que representan al vencido de hoy, o el “demodé”. Todo esto denuncia claramente al evolucionista dispuesto a pactar con el que considera el “futuro” e inclemente en la lucha contra lo que considera “pasado”.

Otra característica del nacionalismo, que se acentúa en esta tercera época de su historia, es lo que hemos llamado su “economicismo”, es decir, la

tendencia a dar una importancia desmesurada y prácticamente prevaleciente a lo económico en la vida de los pueblos.

El P. Meinvielle participa de esta tendencia. Refiriéndose al “régimen” en que vivimos —la palabra “régimen” es uno de los conceptos difusos y polivalentes más en boga en los medios nacionalistas— dice que éste

... se desenvuelve en un juego dialéctico. Por (un lado los intereses económicos de una minoría que por sacar provecho personal traiciona a la Nación y al bienestar de la mayoría y con el poderío económico de que dispone corrompe con los medios publicitarios toda la vida pública y política del país ... (Pág. 11).

Esa minoría está dirigida por la masonería, dice el P. Meinvielle al atacarla.

No está claro si esa minoría tiene como fin corromper moralmente a la mayoría o si la corrupción es un medio que utiliza para prevalecer económicamente.

En todo caso, la tendencia economicista se acentúa cuando el Padre se refiere a su programa concreto de revolución nacional. Luego de referirse en pocas palabras a los aspectos espirituales y culturales y de denunciar a la masonería y al judaísmo, propiciando medidas contra ellos, dice el P. Meinvielle:

Vamos a extendernos sobre la conducción económico-social que debe poner en ejecución la revolución nacional...

Ante el fracaso rotundo del plan económico del liberalismo, ¿qué se ha de hacer si no queremos caer en el colectivismo que nos amenaza? Pues, muy sencillo: se ha de hacer un programa de desarrollo para un plazo de 5, 10 y 15 años. Esto es lo primero y fundamental. Nada de improvisaciones. El plan que la CEPAL<sup>50</sup> preparó en el año 1957 para el gobierno provisional era fundamentalmente bueno, y coincidía en lo esencial con los once objetivos de la Alianza para el Progreso, que también es un excelente plan de financiación, y coincidía asimismo con las líneas fundamentales de la encíclica *Mater et Magistra*. Si se hubiera aplicado entonces, hoy estaríamos en franca recuperación (Conferencia citada, pág. 13).

No es difícil percibir que, en el conjunto del programa del P. Meinvielle, las cuestiones económicas ocupan lugar mucho mayor que las doctrinarias. Sobre ellas el Padre se extiende en explicaciones y minucias. Además, es preciso notar que el Padre da su entero apoyo a la Alianza para el Progreso, a pesar de que ésta fomenta radicales reformas de base, como la reforma agraria, favoreciendo así el rumbo hacia la igualdad completa, objetivo característicamente masónico.

El P. Meinvielle, al declararse adversario de la oligarquía, bajo algunos aspectos tiene toda la razón. Al atacar la masonería tiene enteramente razón.

---

<sup>50</sup> La CEPAL es un organismo internacional, con oficinas en Santiago de Chile, conocido por su izquierdismo radical.

Pero es digno de ser señalado que, para el progresismo, que con tanta eficacia ya en ese entonces estaba conduciendo una acción altamente ventajosa para los promotores del programa masónico, el P. Meinvielle no tiene en su conferencia una censura proporcionada. En otros libros lo ha acusado de “ingenuo”, cuando lo cierto es que el progresismo, como el modernismo, del cual es un continuador, es sumamente astuto y peligroso.

Es verdad que el P. Meinvielle ha escrito contra el progresismo. Pero este hecho no invalida la apreciación que acabamos de hacer, pues no afirmamos que él sea indiferente a la expansión progresista, sino que ésta ocupa, dentro del conjunto de sus preocupaciones sobre el mundo moderno, una posición de segundo plano. El Programa que acabamos de recordar es un indicio de esto.

## 9 — Sánchez Sorondo, una aproximación al progresismo

Marcelo Sánchez Sorondo escribió un comentario a la encíclica *Populorum progressio*, que fue publicado en un mismo libro junto con otros de Mons. Podestá, ex líder del progresismo argentino, Jauretche, nacionalista izquierdista de FORJA, y Ernesto Sábato, izquierdista militante.

Luego de historiar de un modo dialéctico la evolución, según él, del pensamiento social de la Iglesia, Sánchez Sorondo dice:

No hay una modificación esencial de doctrina. Pero hay, desde luego, otra actitud, otra alternativa. He aquí el horizonte que nos invita a contemplar la *Populorum progressio*. Pablo VI no se rasga las vestiduras en ademán profético, y casi exenta de rasgos sacrales, su encíclica no está destinada a la ciudad de Dios. Antes bien, se propone ostensiblemente trascender el orbe confesional y gravitar sobre el consenso donde operan los dirigentes mundiales y los factores de opinión. Por eso, la *Populorum progressio* se destaca por la profana acuidad de sus argumentos. El signo religioso que impregna el contexto se refleja en una luz suave, mansa. Más que un documento pontificio parece la obra de un príncipe cristiano.

... Todo este plan importa una actitud revisionista, neta, con que toma partido la Iglesia. La encíclica, por lo demás, lo proclama con énfasis: “Los cambios son necesarios, las reformas, profundas, indispensables: deben emplearse resueltamente en infundirles el espíritu evangélico...”

... Cualquiera sea en lo abstracto la compatibilidad de estas tesis con la doctrina tradicional ni duda cabe que la encíclica de Paulo VI enrola a la Iglesia en una posición existencialmente revolucionaria en tanto revolución significa plantear la necesidad de cambio, reclamar reformas profundas. Así, pues, el paso tiene una trascendencia profunda y delicada. Sin apoyo alguno de los poderes temporales, sin instituciones públicas de signo cristiano, la Iglesia se ve sola en una sociedad de masa dominada por las corrientes socialistas. Ha dejado de ser conservadora, puesto que se habla en la encíclica de instaurar un orden, no de preservarlo. Pero reclamar “los cambios necesarios” no es para la Iglesia una gestión política, sino una operación de la gracia. Esto equivale a erigir sobre las ruinas morales de Occidente una nueva cristiandad. La Iglesia se ha decidido a reconstruir la cristiandad, a forjar otra cristiandad distinta por sus accidentes históricos a aquella que conoció la Edad Media y que poco a poco se hundió en el ocaso. Porque ya no existe esa cristiandad, porque hoy el cristianismo,

como cualquier utopía, no se radica en ninguna parte, en ninguna totalidad social, el ministerio de la Iglesia se propone instalar una nueva pero idéntica en la misteriosa proclamación del credo (*El pensamiento nacional y la encíclica Populorum progressio*, editorial Plus Ultra, 1967, págs. 50-54/55).

Huelga todo comentario. Una visión evolucionista de la doctrina católica, una conclusión revolucionaria de cambio abrazada pretendiendo que ésta es la posición de la Iglesia, sin importarle si coincide o no con la doctrina tradicional; una irreverencia para con la Iglesia calificándola, por lo menos de un modo muy ambiguo, como “utopía”, etcétera. Tales son las notas del pensamiento de Sánchez Sorondo.

## 10 — Coincidencias entre el nacionalismo y el progresismo

La “revolución nacional” propiciada por el nacionalismo, últimamente a través de las páginas de “Azul y Blanco”, coincide en más de un aspecto con la lucha por la “liberación nacional” o por la “revolución social” que sostiene el progresismo avanzado. Los objetivos de “desalienación” que persigue éste, encuentran simpatías en el nacionalismo que, cada vez más olvidado de la doctrina católica e hispánica que conserva como apariencia externa, se va caracterizando por su evolucionismo, su economicismo, su peligrosa dialéctica de lucha de clases.

Las motivaciones de las bases del nacionalismo son, en grandes sectores, bien distintas de aquellas que mueven a los sacerdotes y laicos progresistas. Pero la acción que desarrollan las cúpulas nacionalistas; tanto de la línea política más “intransigente”, cuanto de la línea política más “flexible”, conduce a una coincidencia práctica con el progresismo que nos parece necesario destacar.

Si los indicios de coincidencia que hemos señalado y los que hemos de citar más adelante no fueran suficientes para algún lector, le invitamos a preguntarse qué explicación puede tener, entonces, el silencio casi total, la omisión flagrante de parte del nacionalismo frente a la marea creciente del cáncer progresista. ¿Se puede concebir que un movimiento que se jacta de ser hispánico y católico, asista prácticamente cruzados de brazos al desmantelamiento de las tradiciones y de las instituciones cristianas de nuestra nación? ¿No es natural que quien verdaderamente ama algo, luche con todas sus fuerzas en defensa de aquello que ama cuando está en grave peligro?

A juzgar por la doctrina aparente del nacionalismo, éste debería ser el campeón de la lucha contra el progresismo. Entendemos la expresión campeón en los varios sentidos que ella comporta. “Campeón”, porque la suma de influencias que esa corriente tiene en sus manos, haría de ella una fuerza pujante capaz de cortar el paso al progresismo. “Campeón”, porque siendo el progresismo el enemigo radical y poderoso de todos los valores que la doctrina aparente del nacionalismo afirma, la finalidad de este no podría realizarse sin el

destruimiento del progresismo. “Campeón” de lucha, en el sentido de que por la propia naturaleza del progresismo no es posible tomar frente a él una actitud diplomática-dialéctica. Lo que solamente cabe es la actitud inspirada en el ejemplo de San Pío X frente al modernismo.

En realidad, nada en el nacionalismo lo califica para esa lucha integral. Antes, por el contrario, siempre afecto a prestar oídos al último grito de la moda que identifica con el último soplo de la historia, siempre dispuesto a dejarse influenciar por el “adversario”, con el cual establece un *ludus* dialéctico, el nacionalismo empieza a tener sus filas infiltradas por el propio pensamiento progresista.

“Azul y Blanco” dedica en su número del 15 de abril de 1969 un editorial a los “sacerdotes sociales”, y a su presencia en los movimientos populares. “Sin perjuicio del sincretismo freudomarxista de algunos” —dice— ... es en la verdadera ortodoxia que se fundan —o pueden hacerlo— muchos pastores que reclaman por la rapiña que se practica contra su rebaño” (n.º 108).

En el número siguiente, del 22 de abril de 1969, aplaude al clero que “denuncia el injusto orden social imperante” y tiene una “presencia comprometida al lado de quienes más sufren el sistema” (n.º 109).

En el número 110 se da cuenta de las deliberaciones del Congreso nacionalista de Jesús María (Córdoba), reunido durante el año pasado, y en el cual se dio un “voto de aplauso a los sacerdotes tucumanos”... que actuaron en los conflictos en torno de la situación de los ingenios azucareros.

La posición de “Azul y Blanco” es, por lo menos, ambigua. En un momento en que la acción propagandística de las minorías progresistas, de los sacerdotes del Tercer Mundo y otros, propicia ante la opinión pública una revolución social que lleve a un régimen socialista, el apoyo que brinda el periódico nacionalista al clero que “denuncia el orden social imperante”, al clero que en Tucumán dirigió la violencia desatada (por ejemplo, en el Ingenio San Pablo, ocasión en la que fue apedreada la casa de un modesto capataz fiel a los propietarios), ese apoyo, decimos, es una ambigua posición de coincidencia con el progresismo. Coincidencia, precisamente, en el plano de la acción revolucionaria.

## 11 — Oportunismo político creciente

En esta tercera época algunos nacionalistas tuvieron una intervención mayor en los acontecimientos políticos, llegando a formar parte del gobierno en diversas circunstancias. Otros nacionalistas, como Sánchez Sorondo, no desempeñaron cargos públicos —excepto unos días de embajada sin destino en el gobierno de Illia— pero alcanzaron una notable influencia en los círculos políticos. En la actuación del nacionalismo “flexible” como en la del “línea

dura”, se observa una creciente dosis de oportunismo. Las doctrinas y los programas van contando cada vez menos y la posibilidad de influir en una dirección política más o menos vaga va importando cada vez más.

Este oportunismo ha quedado documentado en las páginas de los periódicos editados por el nacionalismo: “Azul y Blanco”, “Segunda República” y “Junta Grande”, y en la actuación pública de quienes no colaboraron sino en cierta época con esos periódicos.

Pasemos revista sucintamente a algunos aspectos de ese oportunismo.

Cuando cayó Perón, derribado por una revolución en la cual cooperaron decisivamente los nacionalistas, era evidente que ese gobierno había sido nefasto, y que merecía el más enérgico repudio de todos los argentinos de bien. Las leyes por él sancionadas merecían ser puestas en estudio para expurgar de ellas todo rastro de igualitarismo y de todo aquello que fuera anticatólico. Sin embargo, a los pocos días del 20 de septiembre de 1955, empezó el nacionalismo su campaña en pos de la absorción del peronismo por la vía de un acuerdo ecuménico en el que quedaran entre paréntesis todos los crímenes de Perón y todos los errores doctrinarios del programa peronista, aceptando implícitamente algunos de ellos.

Desde luego, esta operación de reabsorción del peronismo se presentaba con argumentos atrayentes. Nadie como un dialéctico de escuela, nadie como un discípulo de la “política de cosas”, para encontrar las pseudo razones que le permitan justificar lo que la oportunidad hace apetecible. El peronismo era la masa, la fuerza electoral en un momento en que se veía que el gobierno provisional de Aramburu estaría forzado a llamar a elecciones. Los nacionalistas sabían que los candidatos del ex Partido Peronista serían, por definición, vetados. Luego, ellos se presentarían como los candidatos natos en que el peronismo podría confiar. La operación era clara. La ejecución exigiría una serie de concesiones. Allá fue el nacionalismo, desde las páginas de “Azul y Blanco”, a la procura del peronismo.

Lo hizo por el lado gremial, especialmente. Reclamó la devolución de los sindicatos a sus “autoridades naturales” (ver, por ejemplo, n.º 16, 19 de septiembre de 1956), de lo cual resultaba la reaparición de los líderes peronistas. Esa era la campaña que se hacía en la sección “Siete días en los gremios”, que publicaba “Azul y Blanco”. Exigió la amnistía de los presos políticos y gremiales (n.º 27, 10 de diciembre de 1956), a la luz del lema “Ni vencedores ni vencidos”.

Reclamó el mantenimiento de la vigencia de la Constitución de 1949, alegando su superioridad jurídica y la carencia de facultades del gobierno provisional para derogarla; ambas razones obviamente oportunistas.

Por otro lado, el nacionalismo mantenía buenas relaciones con el candidato a la Presidencia, Arturo Frondizi, aunque se sabía de su formación marxista. Era presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, pero su habilidad política lo llevaba a procurar la unión con el peronismo. Era, por lo tanto, una posibilidad política muy factible. Por eso el nacionalismo, cuando fracasó su intento de dirigir a la masa peronista y el voto de ésta fue concedido a Frondizi, lo apoyó, con diversa intensidad según los sectores. El grupo de Mario Amadeo, como lo hemos dicho en la parte histórica, colaboró activamente en su gobierno.

El sector encabezado por Sánchez Sorondo desarrolló su oportunismo desde el llano. Después de haber elogiado a Frondizi como representante de la “línea nacional” dentro de la U.C.R. y de haber criticado duramente a los viejos políticos, por ejemplo, a Zavala Ortiz, encarnación de la política de comité, pasó a hacer exactamente lo contrario. En “Azul y Blanco”, dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo, analizábase el remozamiento impuesto a la vieja Unión Cívica Radical por la

... enérgica conducción... que su líder [Arturo Frondizi] ha impreso a la algo herrumbrosa y ya nada prestigiosa UCR, una conducción animada por un propósito muy lúcido y tenaz de hacerla andar con brío y de suplir su ideario retórico metafísico por un sistema de fórmulas concretas relativas, preferentemente, a lo económico social y a la suerte material de la Nación (N.º 2, 13 junio 1956, pág. 3).

Apoyaba “Azul y Blanco” la campaña pro inmediata convocatoria a elecciones, de la que Frondizi era uno de los principales sostenedores, dado que se consideraba el candidato con más posibilidades (N.º 4, 27 de junio de 1956, pág. 1, col. 7ª).

En el siguiente número, el conocido periódico nacionalista dedica un artículo a elogiar el “trascendental discurso” de Frondizi, a quien define como un hombre público de “especial relevancia, personal y representativa”. No olvidan de señalar las críticas que les merecen las actitudes de Frondizi en relación al golpe del 13 de noviembre de 1955 y en la represión del peronismo. Pero resalta más la nota de esperanza (N.º 5, 4 de julio de 1956, página 3).

“Azul y Blanco”, por otro lado, critica duramente a Miguel A. Zavala Ortiz, partidario del “continuismo” del gobierno de Aramburu. Señala la contradicción en que incurre al llamarse democrático y al mismo tiempo apelar a sistemas totalitarios (N.º 6, 11 de julio de 1956, pág. 2; n.º 17, 26 de septiembre de 1956, página 1).

Por el contrario, en “Segunda República”, también dirigido por Sánchez Sorondo, se llevó a cabo una campaña contra las tendencias marxistas del gobierno de Frondizi, y se elogió a la línea Zavala Ortiz, Perette (ver n.º 5, del 25 de abril de 1962) y otros, encarnada en la U.C.R.P. Cuando Illia fue elegido presidente, el grupo de Sánchez Sorondo, a través de “Junta Grande”, aplaudió

la elección haciendo campaña a su favor para prevenir combinaciones políticas que le fueran adversas en el colegio electoral (N.º 3, del 17 de julio de 1963).

El oportunismo consiste en que, sin duda, Frondizi y los políticos de la U.C.R.P. fueron siempre los mismos, el uno marxista, y los otros, con todos los vicios de la política de comité que siempre aborreció el nacionalismo. Sin embargo, en un momento se los elogia y en otro se los critica, duramente, por la sola razón de que habían variado las oportunidades. Esos políticos no habían cambiado: cambiaron los nacionalistas.

Sería largo enumerar las diversas pruebas de este oportunismo. Algunos otros casos han sido mencionados al referirnos al nacionalismo con relación al progresismo y, en épocas anteriores, en sus contactos con el fascismo y el nazismo. Lo dicho basta como un indicio vehemente de que el nacionalismo, a fuer de dialéctico, no se mueve en el campo político con entera fidelidad a una doctrina absoluta sino con una flexibilidad claramente oportunista.

## 12 — El oportunismo se funda en la filosofía dialéctica y ecuménica del nacionalismo

Ese oportunismo, denota, además, el espíritu dialéctico y ecuménico del nacionalismo. Todas las alianzas le parecen posibles, siempre que sean útiles a sus fines. Desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, en que elogiaban a la alianza ruso-germana, hasta los últimos amagos de apoyo a la subversión progresista, el ecumenismo se manifiesta.

Para eso, el nacionalismo ha procurado separar su doctrina aparente, católica e hispánica, de la práctica política. En los tiempos de “Azul y Blanco” se proclamaba el “honor de llamarse católicos” (n.º 1, del 13 de junio de 1956), pero por otro lado se tenía el cuidado de señalar que “Azul y Blanco” no era un periódico confesional:

“Azul y Blanco” no es un periódico confesional. No es un vocero de la religión católica, aunque personal y particularmente sus redactores sean católicos (N.º 4, del 27 de junio de 1956, página 4).

En otro número, se refiere “Azul y Blanco” a un artículo del diario frondicista “Orientación”, publicado en Córdoba. Agradece, en primer lugar, los elogios que ese diario le tributa, y luego responde a la afirmación de que “Azul y Blanco” propicia “la dirección de la Iglesia Católica en todo el proceso cultural argentino”:

“Nosotros no somos, por cierto, clericales —dice “Azul y Blanco”— si por tal se entiende la intromisión indebida del clero en la esfera del Estado ni somos defensores de que la Iglesia dirija la línea cultural (nos parece, por ejemplo, que un socialista, si es capaz, ocupe una cátedra, aunque los socialistas, que son los no sectarios, no piensen lo mismo a la inversa). Pero, eso sí, estamos convencidos de la necesidad de reconocer y estimular los

valores religiosos que, sobre estar en la entraña de la nacionalidad, fijan para nosotros el verdadero sentido sobrenatural de la vida, respetando escrupulosamente, claro está, la libertad de conciencia (N.º 20, del 17 octubre 1956, pág. 4).

Ante la elección de Gomulka como jefe de Estado comunista polaco en 1956, con el apoyo de los católicos, “Azul y Blanco” comenta:

La recomendación hecha por el episcopado a los electores de acudir en masa a las urnas para plebiscitar el elenco “comunista nacional” encabezado por Gomulka, no tiene precedente alguno... La carencia de Occidente —y de su Estado guía— ha puesto a la diplomacia pontificia en la obligación de admitir que, frente al comunismo, los católicos de la Cortina tendrán que seguir en adelante una política muy distinta de la anterior a la rebelión magiar. Para empezar, convivir limitando los gastos...

... El concordato anunciado por el cardenal Wiszynski se inserta muy lógicamente en una nueva apreciación de los hechos (N.º 36, del 20 febrero 1957, pág. 2).

Nosotros debemos decir que este comentario se inserta muy lógicamente en la mentalidad dialéctica del nacionalismo. La coexistencia con el comunismo lo tiene, pues, como a uno de sus mejores simpatizantes.

“Propósitos”, el semanario marxista dirigido por Leonidas Barletta, fue clausurado por el gobierno de Aramburu. El anticomunista “Azul y Blanco” tenía ahí una buena ocasión para aplaudir una medida del Gobierno Provisional:

Ignoramos los motivos de estas graves determinaciones y aunque es pública nuestra disidencia con la orientación del colega, no podemos pasar por alto esta violación a la libertad de prensa... (NP 25, del 5 diciembre 1956, pág. 2).

Lo mismo ocurrió cuando fue afectado por el secuestro el 10% de una de las ediciones de la revista “Qué”, de Frigerio, que tan eficazmente sirvió a la política de Frondizi:

Como se sabe, nuestro valiente colega “Qué” ha sufrido la semana pasada varias medidas gubernamentales que vulneran gravemente la libertad de prensa tan mentada por el señor presidente...

... Las opiniones de “Qué” podrán gustar o no gustar. Pero no hay duda de que practica un periodismo serio, responsable y nacional. Tiene todo el derecho a que se le respete (N.º 27, del 19 diciembre 1956, pág. 4).

En “Segunda República” se hacían enfáticas declaraciones de apoyo a la Alianza para el Progreso, manifestando coincidir con las bases económicas propuestas por el plan de Kennedy para América Latina (ver números 7, 8 y 9, del 9 de mayo 1962, 16 de mayo 1962 y 23 de mayo 1962). Se aplaudía a la democracia cristiana dirigida por Horacio Sueldo, por haber realizado un giro hacia “lo nacional”, cuando lo que realmente había hecho era acercarse al peronismo y comenzar una activa campaña en pro de las reformas de base (Ver números 4, del 18 de abril 1962, y 19, del 15 de agosto 1962).

Estos son los diversos aspectos de una política de oportunismo, dialéctica y relativista. Veamos las consecuencias de esta sinuosa línea en el plano económico social.

### 13 — Economicismo, desarrollo y reformas de base

En la segunda época de su historia el nacionalismo se caracterizaba por su constante referencia a lo político. En la tercera época, cada vez más se percibe una evolución hacia los temas económicos.

Obsesiona a los nacionalistas el desarrollo de las potencias materiales del país, el problema de la distribución de las riquezas, y el cambio de las estructuras socioeconómicas.

En “Azul y Blanco” se insistía más, en un principio, en la idea de la pacificación nacional, que es un tema político. Sin embargo, ya desde la primera época de su aparición, el semanario comienza a ocuparse con insistencia de los aspectos económicos de la “crisis”<sup>51</sup>.

Evidentemente, no es criticable en sí que alguien trate de los asuntos económicos. Es parte de las necesidades de la vida de una sociedad y es conveniente que haya quien entienda y solucione los problemas que se planteen. Pero en el caso del nacionalismo, la tendencia a verlo todo a la luz de la economía vale como un síntoma de que su verdadero interés no está en los postulados de su doctrina aparente.

Ya en “Segunda República” la insistencia en lo económico se tornó mayor. Se denuncian los negociados del gobierno de Frondizi, y se formula un programa económico de desarrollo con gran destaque y minucia. Ese programa, expuesto a partir del número 6, del 3 de mayo de 1962, coincide con la Alianza para el Progreso y la declaración de Punta del Este (Ver también números 7, 8, 9 y 10, del mes de mayo de 1962).

En cuanto al tipo de reformas socioeconómicas que el nacionalismo propicia, nunca ha sido muy explícito. Sus programas de desarrollo hablan de industrialización, de moderado intervencionismo y de mejoras para el pueblo. Tomadas las cosas con cierta medida y con fidelidad a los principios del derecho natural, contenidos en la doctrina social católica —que poco o nada citan—, esos programas podrían ser aceptables. Pero hay muchos síntomas de que el corporativismo estatista subsiste en la mentalidad nacionalista, y de que las reformas de base (reforma agraria y otras) entran también en sus esquemas.

---

<sup>51</sup> Ver n.º 2, *Verrier obtuvo un triunfo en Europa, El verdadero problema, económico nacional*; n.º 4: *El extraño caso de Industrias Kaiser S.A.*; n.º 6: *Con el dólar entre 40 y 25*; n.º 7: *Las dos vertientes de la política de precios*; n.º 12: *La nueva ley de carnes debe ser reformada*, etcétera.

Esta es la conclusión que nos vemos forzados a extraer del indiscriminado apoyo que prestan a la Alianza para el Progreso, instrumento utilizado por los *liberals*<sup>52</sup> norteamericanos para producir una revolución social “pacífica” en América Latina. Así, “Segunda República” (n.º 8, del 16 de mayo 1962, pág. 4) decía que todo plan de desarrollo debía ir acompañado por una equitativa redistribución del ingreso nacional. “Sin justicia social no será posible una expansión económica duradera y sólida”. Por eso aplauden el programa de la Alianza para el Progreso, cuyos objetivos —que cita “Segunda República”— dicen:

Impulsar, dentro de las particularidades de cada país, programas de reforma agraria integral, orientada a la efectiva transformación de las estructuras e injustos sistemas de explotación de la tierra (Artículo 6º).

También se solidarizan con las siguientes palabras de Dean Rusk, secretario de Estado de los Estados Unidos, en relación con los medios para llegar a una “estructura social que permita que la gran masa del pueblo participe de los beneficios del progreso”:

Esto significa, con frecuencia, cambios básicos y hasta revolucionarios en la estructura de nuestra sociedad.

La misma idea de una “revolución pacífica” goza de las simpatías del nacionalismo:

Aquí solamente podemos señalar nuestra conformidad con la frase que, en marzo de 1962, dijera el presidente Kennedy: “Quienes no hagan posible una revolución pacífica harán inevitable una revolución violenta”. (N.º 9, del 23 mayo 1962, pág. 4).

Hay que recordar que el agravio que tienen los *liberals* norteamericanos contra la “estructura social” de América Latina es que vivimos en un régimen de desigualdades sociales, con aristocracias de la tierra que son acusadas de todos los abusos, y con un pueblo que es descripto como sometido a los peores vejámenes. Kennedy formaba parte de estos grupos *liberals* de los Estados Unidos y su Alianza para el Progreso era una expresión de tales ideas.

Sorprende que los nacionalistas, tan celosos del “país real” y, en la apariencia, de nuestras tradiciones hispánicas, hagan causa común con el izquierdismo norteamericano. Pero dado este hecho, debemos concluir que “Segunda República” desea una reforma agraria al estilo de la que implantarían los *liberals* norteamericanos en los países de nuestro continente, es decir, una reforma agraria confiscatoria e igualitaria.

---

<sup>52</sup> En Estados Unidos se llama “liberals” a quienes sostienen un programa de reformas más o menos socializantes, tendientes a un igualitarismo creciente, con una mentalidad antitradicionalista.

## 14 — El derecho de propiedad privada, según J. B. Genta

Jordán Bruno Genta es un nacionalista que no pertenece a los grupos más actuantes en la política nacional. Sin embargo, tiene gran prestigio en las filas nacionalistas como hombre de doctrina. Sus libros y conferencias insisten — probablemente más que cualquier otro nacionalista de esta tercera época— en los aspectos religiosos y metafísicos del nacionalismo. Sin embargo, en su libro más difundido, *Guerra contrarrevolucionaria* (Editorial Huemul, 1965), sostiene algunas ideas en materia social y económica que están en la línea de las reformas de base. Una reforma moderada, tal vez, pero apoyada en formulaciones doctrinarias tan imprecisas, que bien se prestarían a que otros, más avanzados, extrajeran conclusiones no tan moderadas.

Declara legítima y necesaria la propiedad privada, pero, parafraseando un estudio de Vives (un escritor español del siglo XVI) dice:

Se establece, además, y de manera tajante, que el uso avaro, egoísta, arbitrario, de los bienes poseídos, anula el derecho de posesión (*Op. cit.*, pág. 164).

La propiedad privada no es un derecho absoluto, sino condicionado. No los poseemos [a los bienes materiales] para disponer a nuestro arbitrio ni para reservarlos para nosotros solos. Los tenemos en encomienda y para hacer partícipe al prójimo necesitado. La legitimidad de la posesión privada depende del recto uso social que hacemos de los bienes propios. Si no los comunicamos, perdemos el derecho de poseerlos y su retención indebida es robo. Nos convertimos en ladrones convictos y condenados por la ley natural. Y la ley positiva debe reconocer el carácter criminal de toda forma de avaricia, usura o especulación sobre la necesidad del prójimo (*Op. cit.*, pág. 166).

Otro principio que defiende Genta, citando a Juan XXIII, es que “el trabajo tiene un carácter preeminente, como expresión inmediata de la persona, frente al capital, bien de orden instrumental según su naturaleza”. Esto es claro. Pero no ya la conclusión que extrae Genta, interpretando erróneamente ese texto:

Quiere decir que, en estricta justicia, la empresa económica —agraria, industrial, comercial— es más de los que trabajan y en proporción a la jerarquía y responsabilidad del trabajo de cada uno, que de los que sólo aportan capital y se distribuyen dividendos, sin ninguna participación personal y directa en su actividad (*Op. cit.*, pág. 172).

Peligroso principio igualitario que tiende a desvirtuar el derecho de propiedad privada.

Por esa misma razón, Genta considera que “se justifican plenamente los derechos de los trabajadores y las protecciones sociales que se otorgan” en el artículo 14 bis de la Constitución Nacional, fruto de la reforma de 1957 (*op. cit.*, página 125). Este artículo incluye la obligatoria “participación de las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección” (artículo 14 bis) por parte de los obreros. Estos supuestos derechos

que establece el artículo 14 bis de la Constitución están en conflicto con la doctrina social católica, ya que los Papas, especialmente Pío XII, han condenado la participación forzosa de los obreros en la propiedad, las ganancias o la gestión de las empresas<sup>53</sup>.

## 15 — Juicios sobre el desarrollo en América Latina

Carlos Moyano Llerena, en su artículo sobre *Los supuestos económicos de Medellín*, publicado en la revista progresista “Criterio” (n.º 1578, del 28 de agosto de 1969), dice:

... los recursos [para el desarrollo] han de procurarse de los ingresos no derivados del trabajo, lo que nos introduce al problema de la reforma del régimen de los impuestos y de la propiedad misma.

...en ... lo que se refiere a la reforma de estructuras, no interesa directamente a nuestro planteo si ello ha de hacerse de una manera violenta o pacífica.

La reducida producción de los países **desarrollados**

se debe a la existencia de estructuras sociales que obstaculizan el desarrollo humano en sus más diversos sentidos... o sea que el orden social vigente en los países atrasados, por diversos motivos, no permite o dificulta el desarrollo de las capacidades potenciales de los seres humanos que integran su población. En eso consiste precisamente la injusticia y el pecado de esas estructuras: porque impiden que los hombres sean más... Es allí donde reside la perversidad básica del “orden establecido” que, con diferencias, prevalece en América Latina (Artículo citado).

Por lo tanto, el problema principal del desarrollo no consiste en la producción material de bienes, porque esto podría obtenerse con cualquier sistema económico. La cuestión es la promoción humana, mediante la remoción de esas estructuras que oprimen al hombre de tal manera que impiden su plena realización humana. Es decir, interpretando las palabras del autor, a la luz de la doctrina de los “**grupos proféticos**”, que son los que difunden y sostienen esa teoría, se trata de desalienar al hombre. Ese es el verdadero desarrollo.

Si el subdesarrollo fuera esencialmente la mera insuficiencia de bienes materiales, la falta de acceso a los múltiples bienes que brinda la técnica contemporánea, habría que reconocer que las sociedades industriales modernas, capitalistas y colectivistas, son buenas soluciones. La experiencia indica, en efecto, que por ambos caminos se llega gradualmente a

---

<sup>53</sup> “Tampoco se estaría en lo cierto si se quisiera afirmar que toda empresa particular es por su naturaleza una sociedad, de suerte que las relaciones entre los participantes estén determinadas en ella por las normas de la justicia distributiva, de manera que todos, indistintamente —propietarios o no de los medios de producción— tuvieran su parte en la propiedad o, por lo menos, en los beneficios de la empresa.” (Pío XII, *Discurso a la Unión Internacional de las Asociaciones Patronales Católicas*, 7 de mayo de 1949, “Doctrina Pontificia, Documentos Sociales”, “BAC”, pág. 1069). En el mismo sentido se ha pronunciado Pío XII al reprobar a quienes asimilan el contrato de trabajo asalariado con el contrato de sociedad, que otorga la cogestión de la empresa. (Ver el *Discurso al Congreso Internacional de Estudios Sociales*, 3 de junio de 1950, colección cit., pág. 1092).

una elevación de los consumos de la población, alcanzándose los niveles de los países “desarrollados”. Estados Unidos, Rusia, Japón, Alemania... son buenos ejemplos.

Advierta el lector que en este párrafo se insinúa que es indiferente seguir el sistema capitalista o el colectivista para obtener el desarrollo, y además se lanza la especie —comprobadamente falsa— de que la economía colectivista va elevando el nivel de vida de la población. Toda la información que se publica sobre Rusia dice lo contrario, excepto, desde luego, la de fuentes comunistas. Es curioso que un nacionalista católico, escribiendo en una revista progresista, se haga eco de esta propaganda.

Contra toda la evidencia, también, sostiene el autor que la prosperidad que él atribuye a Rusia no deriva de que ésta explote a sus satélites. Dice:

... aunque las naciones más ricas sometan a las más pobres a la más inicua explotación, no es ésta la causa de su riqueza sino su altísima productividad interna... resultado de su elevada tecnología industrial, tanto en los tradicionales países capitalistas como en las naciones colectivistas más avanzadas. Una prueba de ello se encuentra en la escasísima proporción que dentro de las economías de Estados Unidos y Rusia representa el comercio exterior (apenas 5 % o 6% frente a cifras habituales del 15% y 20%).

Por ese motivo rechaza la acusación de explotadora de sus satélites que Manuel Ríó había lanzado contra Rusia en un artículo periodístico.

Ahora bien, las reformas de estructuras deben ser realizadas con cuidado para no despertar resistencia. Eso es lo que recomienda el autor en este párrafo:

...el desarrollo no puede ser forzado sobre una comunidad. Pareciera existir una cierta inercia (individual y social) frente al desarrollo, que no puede violentarse más allá de cierto límite. Y ello con independencia del régimen jurídico-político de que se trate. Tanto en el capitalismo de Occidente como en el comunismo soviético, se ha apreciado la necesidad de que transcurra no menos de medio siglo para que los factores de cambio puedan rendir resultados apreciables en amplia escala (Artículo cit., pág. 568).

Otro nacionalista, Atilio García Mellid, aplaude la reforma agraria chilena que, como es sabido, es profundamente socialista y confiscatoria, contraria al sagrado derecho de propiedad privada (ver Fabio Vidigal Xavier da Silveyra, *Frei, el Kerensky chileno*, Ediciones Cruzada, que puede ser consultada y/o bajada en [https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Frei el Kerensky chileno libro.htm](https://www.pliniocorreadeoliveira.info/Frei%20el%20Kerensky%20chileno%20libro.htm) ). Dice Atilio García Mellid, en su libro *Revolución nacional o comunismo*, que la reforma agraria chilena “es socialmente justa y económicamente revolucionaria” (*op. cit.*, ed. Theoria, 1967, página 251). Aplauda también la reforma de la garantía constitucional del derecho de propiedad que “reconoció al Estado el dominio absoluto, inalienable e imprescriptible de todos los recursos naturales, terrestres y marítimos de Chile, incluyendo las minas”. “El pensamiento inspirador es auténticamente nacionalista”, concluye García Mellid (*op. cit.*, pág. 252).

Tenemos testimonios personales de los valientes integrantes de la **Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad**, y datos fehacientes que prueban que la reforma agraria en Chile está siendo llevada con violencia estatal y fomento de lucha de clases, que los campos se expropiaban sin otra razón que el odio a la propiedad privada, y que se toman los campos mejor explotados para poder obtener frutos de inmediato. Inclusive se ha lanzado al mercado un viso llamado “De la Reforma” que como título propagandístico agrega: “De las mejores y más antiguas viñas chilenas”. Es decir, que se confiesa que se han expropiado viñas en plena producción y bien cuidadas.

La reforma agraria es también utilizada como instrumento de venganza política. En el momento que esto escribimos nos enteramos de que le ha sido expropiado, en violación de todas las leyes procesales, para no hablar de las naturales, su pequeño campo de 79 hectáreas, al señor Patricio Larrain Bustamante, por el crimen de ser presidente de la **Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad**.

La ley en que estas monstruosidades se fundan la aplaude García Mellid. Pero no se queda en eso. También felicita la reforma agraria de Nasser, en Egipto.

El caso de Egipto —dice— impulsado por la revolución nacionalista de Nasser, puede servirnos de guía... Una ley de reforma agraria fue promulgada el 9 de septiembre de 1952. La primera medida consistió en la expropiación de las fincas de más de 200 feddans (cada feddan igual a 42,62 áreas). No se trató de una expropiación abrupta, pues se fijó la debida indemnización, equivalente a diez veces el importe del arriendo más el valor de los edificios, maquinarias, animales y arbolado. La paga se hizo con títulos del tesoro, amortizables en treinta años y dotados de una renta del tres por ciento anual... Satisfecho el principio del justo reconocimiento del valor de los bienes sustraídos al discrecionalismo individual para someterlos a una función social más bienhechora, la regulación de esta función debe hacerse atendiendo a los fines éticos comprometidos (*Op. cit.*, pág. 249).

No podría haberse caracterizado mejor el despojo. Un precio vil (diez veces el alquiler del campo), pagadero a 30 años, con el 3% de interés anual... Esto en doctrina católica se llama robo, prohibido por dos mandamientos de la ley de Dios. El nacionalista García Mellid lo considera digno de imitación...

Propicia también la cogestión y la coparticipación de los obreros en las ganancias de las empresas, afirmando que ello es un principio derivado de la justicia cristiana. Elogia en este sentido a De Gaulle y a Nasser (página 245).

Sobre la reforma agraria, finalmente, debemos decir que “Azul y Blanco”, en un artículo titulado *Un jefe, un equipo...* se lamenta de que dicha reforma haya sido postergada por Perón.

En la década del 30 —dice— con el fraude patriótico se enriquecieron los dueños de tierras mediante la inflación que achicó sus deudas y valorizó sus campos (Confr. N.º 82, 15 octubre 1968).

Según podemos percibir, el nacionalismo vería con agrado la implantación en nuestro país de una reforma agraria, puesto que a ella lleva la “moda” socialista que la propaganda marxista hace soplar sobre toda América Latina.

## CONCLUSION

Hemos analizado la doctrina del nacionalismo y se ha confirmado que sustenta graves errores. Bajo la apariencia de una posición ortodoxa, católica e hispánica, antiliberal y anticomunista, se oculta un relativismo dialéctico, ansioso de acompañar la moda intelectual, política, social y económica del mundo en que vivimos.

Una constante en la trayectoria tan dialécticamente inconstante del nacionalismo consiste en que, desde sus remotos orígenes hasta nuestros días, reivindica infatigablemente una “Argentina real” por oposición a una “Argentina irreal”.

En el concepto de “Argentina real” la palabra “Argentina” es obviamente clara. No lo es la palabra “real”.

La autenticidad de la Argentina, ¿es para los dirigentes nacionalistas su coherencia en nuestros días con la personalidad nacional que en ella se modeló desde los tiempos de la colonia? ¿Se trata de una identidad como la de un hombre, que es él mismo tanto en la infancia cuanto en la edad madura? Si fuera así, la “Argentina real”, por ser tradicional, es, por definición, antidialéctica. Pero como los nacionalistas, según hemos demostrado, son profundamente dialécticos, debemos concluir que no es ésta la “Argentina real” que ellos reivindican.

Por el contrario, de acuerdo con ellos, por “Argentina real” debemos entender una Argentina en constante mutación evolutiva y dialéctica que rompe su identidad de alma con la Argentina de otrora. A nuestro modo de ver, éste es el concepto de “Argentina real” que tiene el nacionalismo, o mejor dicho, los dirigentes nacionalistas. Una Argentina modelada a todo momento por el movimiento cosmopolítico del “progreso” universal, por la influencia de los sistemas que representan lo que en el día está en boga: tal es la Argentina que ellos propician.

Mientras así se piensa, se habla y se escribe en las cúpulas nacionalistas, por una curiosa paradoja, las bases nacionalistas, que también afirman querer la Argentina real, entienden por “real” no el segundo sino el primero de los sentidos de la palabra. Es para esta contradicción entre el significado ideológico del nacionalismo a nivel de dirigentes y las convicciones y aspiraciones doctrinarias e históricas del nacionalismo de base que quisimos llamar la atención de

los lectores como un dato mal percibido, por lo menos por las bases, y sin el cual la verdadera fisonomía del nacionalismo continuaría siendo una fuente de ambigüedad para gran número de argentinos.

A veces los nacionalistas llaman “país real” a aquello que pertenece a las clases más pobres de la población. Esa parece ser una acomodación del sentido evolucionista dialéctico de la “Argentina real”. Sería la masa en la cual pulsaría de un modo confuso y profundo el sentido de la evolución rumbo al día de mañana. En este caso, la masa sería lo contrario de las elites” cultas, y por eso mismo, encerradas en las “ideologías” inauténticas.

Aun ahí habría, evidentemente, una objeción a hacer. ¿Por qué el evolucionismo dialéctico se arroga el derecho de hablar en nombre de esa masa que le ignora enteramente el pensamiento? ¿Por qué, si él es una escuela como las otras, no es también una ideología como las otras? En suma, ¿por qué no serían “ideólogos” también los nacionalistas?

Quisimos contribuir a deshacer equívocos sumamente graves y peligrosos, tanto más, cuanto que en el nacionalismo confían muchos jóvenes de buena formación cristiana y patriotas. A la luz de estas conclusiones, les invitamos a pensar en los graves interrogantes que se abren para el futuro:

1) ¿Qué posición adoptará el nacionalismo en caso de que alcanzara a nuestro país la onda de reformas de base, propiciadas por la izquierda en general y aun por los Estados Unidos a través de la Alianza para el Progreso y otros programas de asistencia económica ?

La respuesta no da margen a dudas dado que, según vimos, la dialéctica nacionalista inducirá a los adeptos de éste —y ya indujo a varios de ellos— a aplaudir audaces reformas de base.

2) ¿Qué actitud tomará el nacionalismo en caso de desatarse la ofensiva de lucha de clases que se gesta en ambientes progresistas católicos, para la implantación de un régimen socialista cristiano, al estilo de los sacerdotes del Tercer Mundo?

3) ¿Qué actitud tomará el nacionalismo como corriente cultural, frente al hecho del progresismo que va invadiendo temiblemente ciertos medios católicos, extravasándose desde allí hacia todo el ambiente del país?

La respuesta a estas dos últimas preguntas es análoga a la que dimos para la primera.

Estos interrogantes se refieren a problemas de actualidad inmediata. Otros se vislumbran en el horizonte como hipótesis más o menos lejana pero que pueden transformarse en peligros próximos, de un momento para otro, en la atormentada vida política de nuestro país. Frente a ellos, ¿qué actitud adoptará el nacionalismo? Mencionemos apenas el siguiente:

4) ¿Qué actitud tomará el nacionalismo ante la política de coexistencia con el comunismo, dado que las perspectivas parecen presentar como posible —y Roger Garaudy, el conocido “técnico” comunista de la aproximación del comunismo con la Iglesia, está ocupándose de eso ahora— una distensión de la guerra fría, a condición de que los países occidentales se socialicen y los comunistas —en la apariencia— admitan en algo el principio de libre iniciativa y de propiedad privada?

Quedan estos interrogantes que deben preocupar a todos aquellos que realmente amen el ideal tradicional católico e hispánico y quieran preservar nuestra Patria del triunfo del comunismo ateo y materialista.

Pedimos a Nuestra Señora de Luján, Madre de Dios y Reina de la Argentina, que obtenga para nosotros y para todos aquellos que desean el triunfo de su Inmaculado Corazón, las gracias necesarias para luchar eficazmente en la preparación de ese día glorioso.

**FIN**



## BIBLIOGRAFIA

### A

- Amadeo, Mario: *Al día siguiente*, Buenos Aires, 1955.
- Amadeo, Mario: *Frente a los hechos*, Buenos Aires, 1956.
- Amadeo, Mario: *Ayer, hoy, mañana*. Ed. Gure, Buenos Aires, 1956; 217 páginas.
- Amadeo, Mario: *Mario Mendioroz*. Ateneo de la República, Buenos Aires, 1967; 31 pág.
- Amadeo, Mario: *Discursos pronunciados en la comida en honor de Mario Amadeo*. 29 de agosto de 1963; 22 pág.
- Amadeo, Mario: *Por una convivencia internacional*. Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1956; 224 pág.
- Anzoátegui, Ignacio B.: *Nueve cuentos*. Grupo de Editoriales Católicas.
- Anzoátegui, Ignacio B.: *Vidas de payasos ilustres*. Ediciones Theoria.

### B

- Barisani, Blas: *En torno a Sarmiento*. “Reina y Madre”, Buenos Aires, 1961; 84 pág.
- Barisani, Blas: *La verdad sobre el Rotctry Club*. Ediciones Buena Prensa, Buenos Aires, 1961; 33 pág.
- Berdaieff, Nicolás: *Una nueva Edad Media*. Ed. Apolo, Barcelona, 1933; 235 pág.
- Bernardo, Héctor: *El régimen corporativo y el mundo actual*. Adsum, Buenos Aires, 1943; 55 pág.
- Bargallo Cirio, Juan M.: *Ubicación y proyección de la política*. Adsum, Buenos Aires, 1945; 60 pág.
- Beveraggi Allende, Walter: *Urgencia de soluciones económicas con sentido nacional*. 1965.
- Boixados, Alberto: *Cartas de viaje acerca de la realidad latinoamericana*. Ed. Areté, 1968; 147 pág.

Borda, Guillermo: *San Bartolo*. Ed. Perrot, Buenos Aires, 1963; 75 pág.

Bonamín, Mons.: *Mensaje a las juventudes de la patria*. Buenos Aires, 1963; 30 pág.

Bracht, Federico: *El silencio es contra el Verbo*. Prólogo de J. Meinvielle. Imprenta Taladriz, 1969.

## C

Cambours Ocampo, Arturo: *Lugones el escritor y su lenguaje*. Ediciones Theoria.

Carulla, Juan E.: *Al filo del medio siglo*. 2.<sup>a</sup> edición. Ed. Huemul, Buenos Aires; 376 pág.

Carulla, Juan E.: *El medio siglo se prolonga*. Buenos Aires, 1965.

Casares, Tomás D.: *La justicia y el derecho*. Grupo de Editoriales Católicas.

Casares, Tomás D.: *Reflexiones sobre la condición de la inteligencia, en el catolicismo*. C.C.C., 1942; 95 pág.

Casaubón, Juan A.: *El sentido de la revolución moderna*. Ed. Huemul, Buenos Aires; 75 pág.

Castellani, Leonardo: *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* Paucis Pango, Buenos Aires, 1951; 274 pág.

Castellani, Leonardo: *Crítica literaria*, 1945.

Castellani, Leonardo: *Conversación y crítica filosófica*. Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1941; 230 pág.

Castellani, Leonardo: *Cuentos de fantasmas*, 1944.

Castellani, Leonardo: *Decíamos ayer*. Ed. Sudestada, Buenos Aires, 1968; 424 pág.

Castellani, Leonardo: *Doce parábolas comarronas*. Ed. Itinerarium, Buenos Aires, 1959; 173 pág.

Castellani, Leonardo: *El Apokalypsis*. Ed. Paulinas, 1963; 385 pág.

Castellani, Leonardo: *El crimen de Ducadelia*. 1960.

Castellani, Leonardo: *El enigma, del fantasma en coche*. 1959.

Castellani, Leonardo: *Elementos de metafísica*. 1950.

Castellani, Leonardo: *El Evangelio de Jesucristo*. Ed. Itinerarium, Buenos Aires, 1958; 402 pág.

Castellani, Leonardo: *El nuevo gobierno de Sancho*. 1943.

- Castellani, Leonardo: *Enciclopedia escolar*.
- Castellani, Leonardo: *Esencia del liberalismo*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1961; 30 pág.
- Castellani, Leonardo: *El libro de las oraciones*. Ed. Cintra, Buenos Aires, 1951; 244 pág.
- Castellani, Leonardo: *Historias del Norte bravo*. 1935.
- Castellani, Leonardo: *La catharsis catholique dans les exercices d'Ignace de Loyola*. París, 1934.
- Castellani, Leonardo: *La crítica de Kant*. 1945.
- Castellani, Leonardo: *La enseñanza nacional*. 1940.
- Castellani, Leonardo: *La gloria, de Santo Tomás de Aquino* (adaptación). 1944.
- Castellani, Leonardo: *Las canciones de Militis*. 1945.
- Castellani, Leonardo: *Las parábolas de Cristo*. Ed. Itinerarium, Buenos Aires, 1959; 345 pág.
- Castellani, Leonardo: *Los papeles de Benjamín Benavídez*. Ed. Cintra, Buenos Aires, 1947; 239 págs. (Obras completas de Leonardo Castellani, tomo III).
- Castellani, Leonardo: *Leopoldo Lugones*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1964; 128 pág.
- Castellani, Leonardo: *Perspectivas argentinas*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1962; 27 pág.
- Castellani, Leonardo: *Reforma de la enseñanza*. 1937.
- Castellani, Leonardo: *Sentir la Argentina*.
- Castellani, Leonardo: *Sonatas tristes*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1964; 53 págs.
- Castellani, Leonardo: *Suma Teológica de Santo Tomás*. 1945.
- Castellani, Leonardo: *Una santa maestra*. 1944.
- Castellani-Alcañiz: *La Iglesia, patristica y la parusía*. Ed. Paulinas, Buenos Aires. 365 pág.
- Centeno, Miguel Ángel: *Cuatro años de una política religiosa*. Ed. Desarrollo.
- Compañy, Francisco: *La fe de Martín Fierro*. Ediciones Theoria.

## CH

- Chávez, Fermín: *Vida del Chacho*. Ed. Theoria.

Chávez, Fermín: *Historia del país de los argentinos*. Ed. Theoria.

Chávez, Fermín: *Vida y muerte de López Jordán*. Ed. Theoria.

## D

D'Amico, Carlos: *Buenos Aires, sus hombres, su política*. Ed. Huemul.

Dell'Oro Maini, Atilio: *Los orígenes de la tradición colonial*. C.E.P.A., Buenos Aires, 1942; 95 pág.

Derisi, Octavio Nicolás: *Ante una nueva edad*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1944; 61 pág.

Derisi, Octavio Nicolás: *Concepto de la filosofía cristiana*. Grupo de Editoriales Católicas.

Derisi, Octavio Nicolás: *Esbozo de una epistemología tomista*. Grupo de Editoriales Católicas.

Derisi, Octavio Nicolás: *La formación de la personalidad*.

Derisi, Octavio Nicolás: *La psicastenia*.

Disandro, Carlos A.: *Iglesia y pontificado*. Ed. Montonera, Mar del Plata, 1969.

Disandro, Carlos A.: *Principios de una política fundacional*. Ed. Montonera, Mar del Plata, 1968.

Disandro, Carlos A.: *Rainer M. Rilke, etapas de su lírica*. Colección Calíope, Ed. "Hostería Volante", La Plata; 42 pág.

Disandro, Carlos A.: *Respuesta de un aborigen a Toynbee*. Ed. Montonera, La Plata, 1967; 35 pág.

Disandro, Carlos A.: *San Juan Evangelista. Artista, místico, profeta*. Ed. Hostería Volante, 1966; 55 pág.

Disandro, Carlos A.: *Tradición, creación, renovación*. Ed. Hostería Volante.

Estrada, José María de: *El legado del nacionalismo*. Ed. Gure, Buenos Aires, 1956; 94 pág.

Estrada, José María de: *Ensayo de antropología filosófica*. Club de Lectores, Buenos Aires, 1958; 200 pág.

Estrada, Santiago de: *Nuestras relaciones con la Iglesia*. Ed. Theoria.

Estrada, Santiago de: *Santos y misterios*. Grupo de Editoriales Católicas, Buenos Aires.

Estrada: *Stromata 4*. Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires-México, 1942; 194 pág.

Etchecopar, Máximo: *Con mi generación*. Ed. Nuestro Tiempo, Buenos Aires, 1946; 146 pág.

Etchecopar, Máximo: *Esquema de la Argentina*. Ed. Emecé, Buenos Aires, 1956; 204 pág.

Ezcurra Medrano, Alberto: *Catolicismo y nacionalismo*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1939, 24 edición; 100 pág.

Ezcurra Medrano, Alberto: *Las otras tablas de sangre*.

## F

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: *El movimiento justicialista y la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. Encuesta, Buenos Aires, 1952.

Falcionelli, Alberto: *Capitalismo y marxismo como ruptura en la historia*.

Falcionelli, Alberto: *El camino de la revolución. De Babeuf a Mao-TséTung*.

Falcionelli, Alberto: *El licenciado, el seminarista y el plomero*. Ed. La Mandrágora, Buenos Aires, 1961; 340 pág.

Falcionelli, Alberto: *Historia de la Rusia contemporánea, 1825-1917. Las ilusiones del progreso*.

Falcionelli, Alberto: *Historia de Rusia, 1917-1957*.

Falcionelli, Alberto: *La Ilustración ante la historia o Decadencia de la libertad*. 2ª edición.

Filippo, Pbro. Virgilio: *Confabulación contra la Argentina*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *Democracia sana y democracia falaz*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *Drama de barbarie y comedia de civilización*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *El monstruo comunista*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *El reino de Satanás*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *Imperialismo y masonería*. Ed. Organización San José, Buenos Aires, 1967; 362 pág.

Filippo, Pbro. Virgilio: *La religión en la escuela argentina* (Estudio sobre la ley 1.420 y decreto 1.841).

Filippo, Pbro. Virgilio: *Los judíos*.

Filippo, Pbro. Virgilio: *¿Quiénes tienen las manos limpias?*

Filippo, Pbro. Virgilio: *Sistemas genialmente antisociales*. Ed. Lista Blanca, Buenos Aires, 1949; 358 pág.

Font Ezcurra, Ricardo: *La unidad nacional*. Ed. Theoria, 5.<sup>a</sup> edición.

Fronzizi, Arturo: *Estrategia y táctica del movimiento nacional*. Ed. Desarrollo.

Funes, Rafael: *Mito, democracia, comunismo*. Ed. Theoria.

Furlong S.J., Guillermo: *En defensa de Sarmiento*. 3.<sup>a</sup> edición.

Furlong S.J., Guillermo: *La Santa Sede y la emancipación hispanoamericana*. Ed. Theoria.

Furlong S.J., Guillermo: *La tradición religiosa en la escuela argentina*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1957; 146 pág.

Furlong S.J., Guillermo: *Los jesuitas y la escisión del Reino de Indias*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

## G

Furlong S.J., Guillermo: *San Martín ¿masón-católico-deísta?* Ed. Theoria, Buenos Aires.

Gallardo, Guillermo: *Juan Pedro Esnaola*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Gallardo Guillermo: *La política religiosa de Rivadavia*. Ed. Theoria, Bs. Aires, 1962; 308 pág.

Gálvez Jaime: *Rosas y el proceso constitucional*.

Gálvez, Jaime: *Rosas y la navegación de nuestros ríos*. Ed. Huemul.

Gálvez, Manuel: *La noche toca a su fin...* Ed. Theoria, Buenos Aires.

Gálvez, Manuel: *Poemas para la recién llegada*. Ed. Theoria, Bs. Aires.

Gálvez, Manuel: *Tránsito Guzmán*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Gálvez, Manuel: *Vida de don Juan Manuel de Rosas*. Ed. Tor, Buenos Aires, 54 edición, 1958; 487 pág.

Gálvez, Manuel: *Vida de Hipólito Yrigoyen*. Ed. Tor, Buenos Aires, 1951.

García Mellid, Atilio: *Etapas de la revolución argentina*. Ed. Hechos e Ideas, Buenos Aires, 1950; 57 pág.

García Mellid, Atilio: *Montoneras y caudillos en la historia argentina*. Ed. Recuperación Nacional, 1940; 176 pág.

García Mellid, Atilio: *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

García Mellid, Atilio: *Revolución nacional o comunismo*. Ed. Theoria, Bs. Aires, 1967; 337 pág.

Genta, Jordán B.: *Doctrina política de San Martín a través de su correspondencia*.

Genta, Jordán B.: *El filósofo y los sofistas*.

Genta, Jordán B.: *El manifiesto comunista*. Ed. Crítica, Buenos Aires, 1969; 153 pág.

Genta, Jordán B.: *En defensa de la fe y de la patria*. Buenos Aires, 1957; 46 pág.

Genta, Jordán B.: *Guerra contrarrevolucionaria*. Ed. Nuevo Orden, 1964; 254 pág.

Genta, Jordán B.: *Libre examen y comunismo*.

Goyeneche, Juan Carlos: *Mi respuesta al Libro Azul*. Buenos Aires, 1946; 11 pág.

## I

Ibarguren, Carlos: *En la penumbra de la historia argentina*.

Ibarguren, Carlos: *Historias del tiempo clásico*.

Ibarguren, Carlos: *La literatura y la gran guerra*.

Ibarguren, Carlos: *Juan Manuel de Rosas*. Ed. Frontispicio, Bs. Aires, 1948; 352 pág.

Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*. Ed. Peuser, Buenos Aires, 1955; 504 pág.

Ibarguren, Carlos: *Estampas de argentinas*.

Ibarguren, Carlos: *La inquietud de esta hora*.

Ibarguren, Carlos: *La reforma constitucional*. Ed. Valerio Abeledo, 1948; 134 pág.

Ibarguren, Carlos: *Las sociedades literarias y la revolución argentina*.

Ibarguren, Carlos: *Las obligaciones y el contrato en el derecho romano y argentino*.

Ibarguren, Carlos: *Una proscripción bajo la dictadura de Sila*.

Ibarguren, Carlos: *De nuestra tierra*.

Ibarguren, Carlos: *Manuelita Rosas*.

- Ibarguren, Carlos: *San Martín íntimo*. Ed. Theoria, Buenos Aires.
- Ibarguren, Carlos (h.): *De Monroe a la buena vecindad, trayectoria de un imperialismo*. Buenos Aires, 1946; 399 pág.
- Ibarguren, Federico: *Así fue Mayo*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1956; 156 pág.
- Ibarguren, Federico: *Avivando brasas*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1957; 195 pág.
- Ibarguren, Federico: *Lecciones de historia rioplatense*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1966; 2.<sup>a</sup> edición, 156 pág.
- Ibarguren, Federico: *Las etapas de Mayo y el verdadero Moreno*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1964; 320 pág.
- Ibarguren, Federico: *Mayo en ascuas*. Ed. Theoria, Buenos Aires.
- Ibarguren, Federico: *Orígenes del nacionalismo argentino, 1927-1937*. Ed. Celsius, Buenos Aires, 1970; 427 pág.
- Irazusta, Julio: *Actores y espectadores*. Ed. Tor, Buenos Aires, 1937.
- Irazusta, Julio: *Balance de siglo y medio*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1966; 264 pág.
- Irazusta, Julio: *Ensayos históricos*. Ed. La Voz del Plata, Bs. Aires, 1952.
- Irazusta, Julio: *Ensayo sobre Tito Livio*. Ed. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1951.
- Irazusta, Julio: *Ensayo sobre Rosas*. Ed. Tor, Buenos Aires, 1935.
- Irazusta, Julio: *Perón y la crisis argentina*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1966; 24 pág.
- Irazusta, Julio: *Réplica a Ricardo Rojas*. Ed. La Voz del Plata, Buenos Aires, 1951.
- Irazusta, Julio: *Rivarol*. Separata de la “Revista de Estudios Franceses de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo”, Mendoza, 1951.
- Irazusta, Julio: *Burke*. Separata de la “Revista de Estudios Franceses de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo”, Mendoza, 1951.
- Irazusta, Julio: *Saldías y la Confederación Argentina*. Separata del n.º 13 de la revista “Estudios Americanos” de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos”, Sevilla, 1952.

Irazusta, Julio: Tomás de Anchorena. Editorial La Voz del Plata, Buenos Aires, 1950.

Irazusta, Julio: *Urquiza y el pronunciamiento*. Ed. La Voz del Plata, Bs. Aires, 1952; 122 pág.

Irazusta, Julio: *Vida política de Juan Manuel de Rosas*. Ed. Albatros, Bs. Aires, 1941; 295 pág.

Irazusta, Julio, e Irazusta, Rodolfo: *La Argentina y el imperialismo británico*. Ed. Tor, Buenos Aires, 1934.

Jauretche-Mons. Podestá-E. Sábato-Sánchez Sorondo: *El pensamiento nacional y la encíclica "Populorum Progressio"*. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1967; 123 pág.

Kinkelin, Emilio: *Mis correspondencias a "La Nación" durante la guerra europea*. Ed. Kraft, Buenos Aires, 1921; 398 pág.

## L

Laferrère, Roberto de: *El nacionalismo de Rosas*.

La Pira, Giorgio: *Examen de conciencia, frente a la Constituyente*. Prólogo de Héctor Bernardo. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Lastra, Bonifacio: *Nuevo discurso de Marco Antonio*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1956; 43 pág.

Le Caron, H.: *Misión destructora de la revolución*. Ed. Nuevo Orden, Buenos Aires, 1965; 66 pág.

Legión Anticomunista Republicana: *Conferencia de prensa de Manuel S. Rodríguez, personería jurídica y estatutos*.

Lezica, Manuel de: *Recuerdos de un nacionalista*. Ed. Astral, 1968; 196 páginas.

Liberatore, Mateo: *La Iglesia y el Estado*. Prólogo de Meinvielle. Ed. Rovira, Buenos Aires, 1940; 236 pág.

Lonardi, Luis Ernesto: *Dios es justo*. Ed. Francisco A. Colombo, 1958; 395 pág.

López, Adolfo Cándido: *Diálogo con el pueblo desde Las Lajas*. Mocchiola Editor. 62 pág.

Lugones, Leopoldo: *La grande Argentina*. 2.<sup>a</sup> edición. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1962; 230 pág.

Luna, Félix: *Diálogos con Frondizi*. Editorial Desarrollo.

Luna, Félix: *La noche de la Alianza*. Ed. Desarrollo.

Luna, Félix: *La historia argentina en función de los objetivos nacionales*. C.E.N.

Luna, Félix: *Yrigoyen*. Ed. Desarrollo.

## LL

Llambías, Héctor: *La dialéctica comunista y el concepto de la libertad*. Ed. Gladium, Buenos Aires, 1938; 83 pág.

## M

Macabeos Siglo XX: *Manifiesto 1969*.

Maeztu, Ramiro de: *En defensa de la hispanidad*. Ed. Poblet, Buenos Aires, 1952; 311 pág.

Maeztu, Ramiro de: *Frente a la República*. Biblioteca del Pensamiento Actual, Ed. Rialp, Madrid, 1956; 310 pág.

Marfany, Roberto H.: *El Cabildo de Mayo*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Marfany, Roberto H.: *El pronunciamiento de Mayo*. Ed. Theoria, Buenos Aires; 90 pág.

Marfany, Roberto H.: *Visperas de Mayo*.

Maulnier-Thierry: *Más allá del nacionalismo*. Prólogo de César Pico. Ed. Herrera, Buenos Aires.

Medina, José Toribio: *La Inquisición en el Río de la Plata*. Colección B. E. A., Ed. Huarpes, Buenos Aires, 1945; 393 pág.

Medrano, Samuel: *Construcción de la cristiandad en la Argentina*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1940; 63 pág.

Meinvielle, Julio: *Concepción católica de la economía*. C.C.C., Bs. Aires, 1936; 300 pág.

Meinvielle, Julio: *Concepción católica de la política*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1961, 3.<sup>a</sup> edición; 174 pág. — Ed. C.C.C., 1941, 2.<sup>a</sup> edición 277 pág.

Meinvielle, Julio: *Conceptos fundamentales de la economía*. Ed. Nuestro Tiempo, 1953; 225 pág.

Meinvielle, Julio: *Correspondance avec le père Garrigou Lagrange a propôs de Lammenais et Maritain*. Ed. Nuestro Tiempo, Buenos Aires, 1947; 138 pág.

Meinvielle, Julio: *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*. Ed. Nuestro Tiempo, Buenos Aires, 1948; 378 pág.

Meinvielle, Julio: *De Lamennais a Maritain*. Ed. Nuestro Tiempo, Buenos Aires, 1955; 389 pág.

Meinvielle, Julio: *El comunismo en la revolución anticristiana*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1961; 139 págs. — Ed. Theoria, Buenos Aires, 1964; 155 págs.

Meinvielle, Julio: *El juicio en el misterio de historia*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 34 edición, 1959; 137 págs.

Meinvielle, Julio: *El poder destructivo de la dialéctica comunista*. Biblioteca de Ensayistas Contemporáneos, Ed. Theoria, Buenos Aires, 1962; 258 págs.

Meinvielle, Julio: *En torno del progresismo cristiano*. Ed. Huemul, Buenos Aires, 1964; 30 págs.

Meinvielle, Julio: *Hacia la cristiandad*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1940; 99 págs.

Meinvielle, Julio: *La cosmovisión de Teilhard de Chardin*. Ed. Cruzada, 1960; 85 págs.

Meinvielle, Julio: *La Iglesia y el mundo moderno*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1966; 327 págs.

Meinvielle, Julio: *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*. Ed. Adsum, Buenos Aires.

Meinvielle, Julio: *Política argentina, 1949-1956*. Ed. Trafac, Buenos Aires, 1956; 325 págs.

Meinvielle, Julio: *Si un ciego guía a otro ciego*. Separata de "Jauja".

Meinvielle, Julio: *Teilhard de Chardin o la religión de la evolución*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1965; 282 págs.

Meinvielle, Julio: *Un neocristianismo sin Dios, sin Cristo, término del progresismo cristiano*. Ed. Nuevo Orden, Buenos Aires, 1964; 32 págs.

Meinvielle, Julio: *La "Ecclesiam suam" y el progresismo cristiano*. Ed. Nuevo Orden, Buenos Aires, 1964; 37 págs.

Meinvielle, Julio: *La dialéctica de la acción o cómo se propaga al comunismo en nuestro país*. Conferencia.

Meinvielle, Julio: *La dialéctica comunista y el 18 de marzo*.

Meinvielle, Julio: *Toma bolchevique del poder través de generales nasseristas*. Conferencias.

Meinvielle, Julio: *Guerra revolucionaria y revolución nacional en la Argentina*. Conferencia.

Meinvielle, Julio: *La dialéctica comunista y el peligro de la destrucción de fuerzas armadas*.

Meinvielle, Julio: *Comentario a "Pacem in terris"*. Ed. D.A.L.I.A., Buenos Aires, 1963.

Mirackles, Sergio María: *El mundo actual anunciado por 108 videntes*. Grupo de Editoriales Católicas.

Muñoz Azpiri, José: *Rosas frente al imperio inglés*. Biblioteca de Estudios Históricos, Ed. Theoria, Buenos Aires, 1960; 217 pág.

## N

Navarro Gerassi, Marisa: *Los nacionalistas*. Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969; 250 pág.

Núñez, Pbro. David: *La doctrina de la "Humanae vita" es definitiva*. Ed. J.U.S., México, impreso en Buenos Aires, 1969; 192 pág.

Núñez, Pbro. David: *La libertad religiosa*. Ed. Rialp, Madrid, 1965; 296 páginas.

## P

Palacio, Ernesto: *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma*. 34 edición.

Palacio, Ernesto: *Historia de la Argentina*. Tomo I - Tomo II. Ed. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1957; 362 pág.

Palacio, Ernesto: *Teoría del Estado*. Ed. Guillermo Kraft, Colección Cúpula, Buenos Aires, 1962; 137 pág.

Palacio, Juan Manuel: *El alegre porvenir*. Ed. Huemul, 1967; 102 pág.

Paoli, Pedro de: *El revisionismo histórico y las desviaciones del doctor José María Rosa*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Peña, David: *Juan Facundo Quiroga*. Ed. Huemul.

Pearson, Isaac R.: *Nuestras relaciones con la Santa Sede*. Ed. Asum.

Pico, César: *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de 108 católicos con los movimientos de tipo fascista*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1937; 74 pág.

Pinto, Manuel: *Carta sobre educación*.

Puentes, Gabriel A.: *La intervención francesa en el Río de la Plata*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

## Q

Quesada, Ernesto: *La época de Rosas*.

## R

Ramallo, Jorge María: *Historia del sable de San Martín*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Ramos, Juan P.: *Louis Veillot*. Ed. Adsum, Buenos Aires.

Rey, Jerónimo del (seudónimo del R.P. Castellani): *Juan. XXIII (XXIV), una fantasía*. Ed. Theoria, Buenos Aires, 1964; 340 pág.

Rey, Jerónimo del: *Las nueve muertes del Padre Metri*. Ed. C.E.P.A., Buenos Aires; 248 pág.

Rey, Jerónimo del: *Su Majestad Dulcinea*. Ed. Cintra, Buenos Aires, 1956.

Riesco, Gabriel: *El catolicismo y los errores modernos*. Grupo de Editoriales Católicas.

Riesco, Gabriel: *Directivas del pensamiento católico*. Grupo de Editoriales Católicas.

Rosa, José María: *El revisionismo responde*. Ed. Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1964; 206 pág.

Rosa, José María: *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*. 3.<sup>a</sup> edición.

Rosa, José María: *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. 2.<sup>a</sup> edición.

Rosa, José María: *Rivadavia y el imperialismo financiero*.

Rosa, José María: *Nos, los representantes del pueblo*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

Ruiz Guiñazú, Alejandro: *Imperativos de una soberanía*. 1943; 46 pág.

Ruiz Guiñazú, Alejandro: *La Argentina ante sí misma*. Ed. Kraft, Buenos Aires, 1942; 195 pág.

## S

Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968, 3 tomos.

Sáenz Quesada, Héctor: *Elegía de Buenos Aires*.

Sáenz Quesada, Héctor: *Reconquista y universidad*. Tres discursos, 1944.

Sánchez Sorondo, Marcelo: *La clase dirigente*. Ed. Adsum, Buenos Aires, 1941; 45 pág.

Sánchez Sorondo, Marcelo: *La revolución que anunciamos*. Prólogo de Castellani. Ed. Nueva Política, Buenos Aires, 1945; 286 pág.

Sánchez Sorondo, Matías: *Represión del comunismo*. Proyecto de ley, informe y antecedentes. Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1938; 257 pág.

Sepich, Juan R.: *Del hombre y su convivencia*. Ed. Theoria, Bs. Aires.

Sepich, Juan R.: *La actitud del filósofo*. Grupo de Editoriales Católicas.

Sepich, Juan R.: *Lecturas de metafísica*. Grupo de Editoriales Católicas.

Sepich, Juan R.: *Los padres de Occidente*. Grupo de Editoriales Católicas.

Sepich, Juan R.: *San Juan de la Cruz*. Grupo de Editoriales Católicas.

Sierra, Vicente D.: *Así se hizo América*. Colección Ambos Mundos, Madrid, 1955.

Sierra, Vicente D.: *El sentido misional de la conquista de América*. Colección Ambos Mundos, Madrid, 1944.

Sierra, Vicente D.: *Historia de la Argentina*. Ed. Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 8 tomos.

Silveyra, Carlos M.: *El comunismo en la Argentina*. Ed. Patria, Buenos Aires, 1936; 538 pág.

Soler Cañas, Luis: *Negros, gauchos y compadres en el cancionero de la Federación*. Ed. Theoria, Buenos Aires.

## T

Terán, Sixto: *Aproximaciones a la doctrina tradicional*. Ed. Roldán, Buenos Aires, 1935; 999 pág.

Torres, José Luis: *Seis años después*. Centro Antiperduélico, 1949.

Triana, Alberto J.: *Historia de los hermanos tres puntos*. Ed. Huemul, Buenos Aires.

## V

Vocos, Francisco: *El problema universitario y el movimiento reformista*. Huemul, 1962; 186 pág.

## W

Wast, Hugo (seudónimo del Dr. Gustavo Martínez Zuviría): *Obras completas*. 2 tomos. Ed. Fax, Madrid, 1956.

## Z

Zorraquín Becú, Ricardo: *El federalismo argentino*.

Zorraquín Becú, Ricardo: *La organización política argentina en el período his-pánico*. Ed. Perrot, Buenos Aires, 34 edición, 1967; 397 pág.

Zuleta Alvarez, Enrique: *Introducción a Maurrás*.

Zwanck, Carlos Alberto: *El derecho y la justicia*. 1944.

## REVISTAS

[Sobre las revistas se indica el nombre, el director cuando figura, y la época en que fueron publicadas]

\*

“Alianza”, setiembre 1944.

“Azul y Blanco”, junio 1956-1957 (14 época); director, Marcelo Sánchez Sorondo. 1967-1969 (24 época); director. Luis Rivet.

“Balcón”, julio-noviembre 1946.

“Baluarte”, mayo 1932-septiembre 1934.

“La Barbarie”, octubre 1969.

“Concordia”, julio 1936-julio 1939.

“Criterio”, mayo 1928-diciembre 1969; director, Pbro. Jorge Mejía.

“El Cruzado Argentino”, noviembre 1965-noviembre 1966.

“Cuadernos’ de F.O.R.J.A.”, julio 1936-octubre 1936.

“Dinámica Social”, septiembre 1950-junio 1955.

“De este tiempo”, 1965.

“Estudios Teológicos y Filosóficos”, enero 1959-agosto 1962; director, Rubén C. González - Alberto García Vieyra O.P.

“Espuela”, 1955.

“La Hostería Volante”, junio 1965-setiembre 1969.

“Itinerarium”, abril 1945-marzo 1949.

“Junta Grande”, julio 1963-octubre 1963; director, Federico Ibarguren.

“Jauja”, 1967-noviembre 1969; director, Leonardo Castellani.

“Juan Manuel de Rosas”, setiembre 1969 (2.<sup>a</sup> época).

“El Legionario”, octubre 1968-enero 1969; director, Manuel S. Rodríguez.

“Marchar”, noviembre 1968-enero 1969; directores, Humberto Guidi y Argentino Díaz.

“Mayoría”, 1957 - marzo 1960.

“Mazorca”.

“Milicia”, 1964; director, A. Moyano. (Córdoba).

“Momento”, 1969; director, Mario S. Strubbia.

“20 de Noviembre”, 1969; director, Ricardo Montenegro.

“Nuestro pueblo”, 1960; director, Roberto E. Cursack.

“Nuestro Tiempo”, junio 1944-mayo 1945.

“Nueva Argentina”, 1969; director, José A. Fernández.

“Nueva Política”, 1940-1942.

“Ortodoxia”, 1942-1943,

“Panorama de la Economía Argentina”, 1961-1969; dirección: Alejandro de Estrada, Joaquín Llambías, Francisco Mezzadri, Carlos Moyano Walker, Joaquín Padvalskis Simkus.

“El Político”, 1968-1970; director, Mariano Montemayor.

“El Popular”, 1960; director, García Zárate.

“Polémica”, 1953; director: J. L. Pérez Gaudio.

“Presencia”, 1950-1967.

“Rebelión”, 1968; director, Nicanor Dorrego.

“Santo y Seña”, 1959; director, José María Laplacette.

“Segunda República”, 1962-1963; directores, Marcelo Sánchez Sorondo (1.<sup>a</sup> época), 1968: Luis Rivet (2.<sup>a</sup> época).

“Sol y Luna”, 1938-1940; directores, Mario Amadeo y Juan Carlos Goyeneche.

“Tercera Fuerza”, 1962-1963; director: José Ignacio Rivera.

“Todo es Historia” (octubre 1969): Miguel Angel Scenna.

“Todo es Historia” (suplemento n.º 19): *Industria argentina: De la colonia a la integración*.

“La Tradición”, 1954-1970; director, Pbro. Hervé L. Lay.

“Ulises”, 1966-1968.

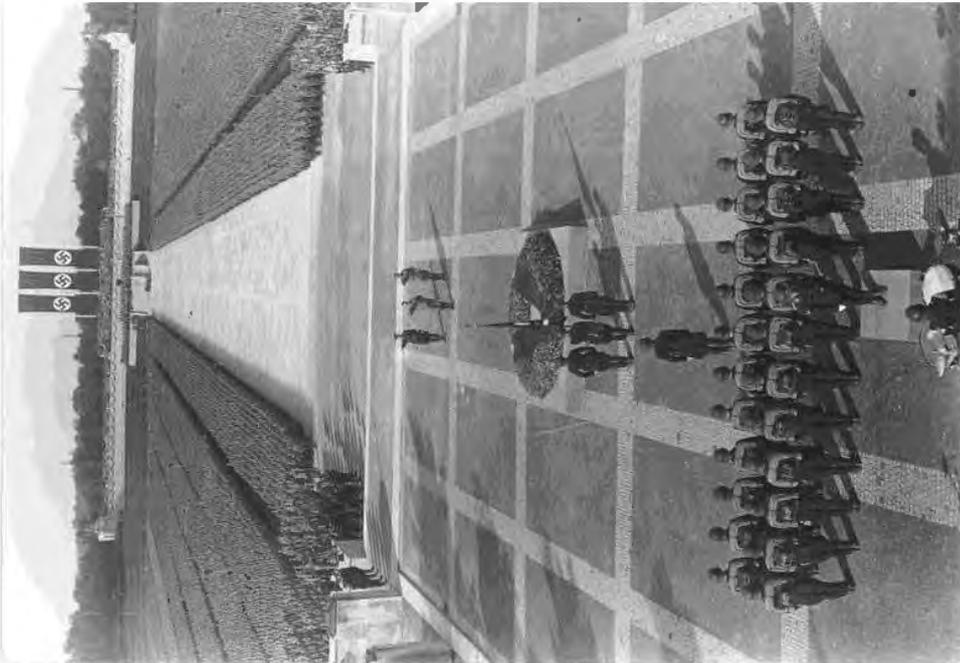
“Confirmado” (12 de noviembre de 1969): *La vuelta de Rosas*.

“Panorama” (11 de noviembre de 1969): *Rosas, la polémica del año.*

“Atlántida” (febrero de 1970): Alejandro Sáez Germain, *¿Con o contra Rosas?*



**Mussolini y Hitler, los dos representantes típicos de la falsa derecha, en 1943. el nacionalismo los admiraba.**



**Congreso anual del Partido nazi, el 5 de setiembre de 1934, en Nüremberg. Un orden y una disciplina teatrales, escondían el profundo igualitarismo y el liberalismo moral propios del nazismo.**



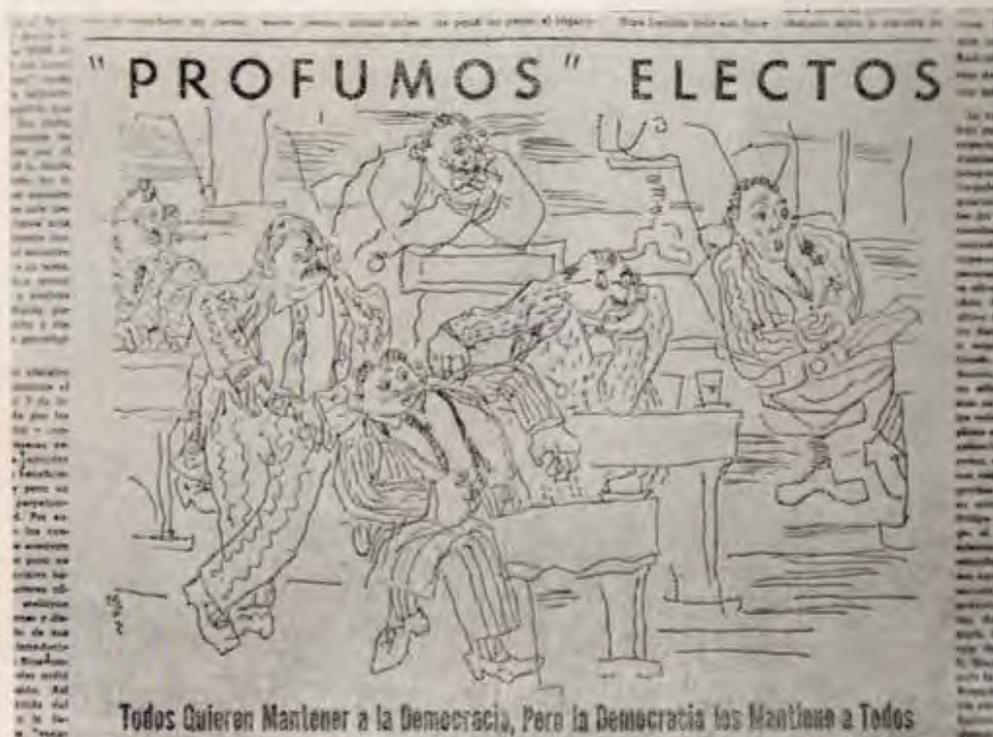
**Con el Gral. Uriburu el nacionalismo quiso imitar a los modelos de la falsa derecha europea. El ensayo no dio resultado.**



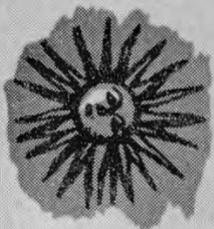


Tipica expresión del periodismo humorístico anti-inglés del nacionalismo político. En la foto, una caricatura de Muñiz, en la tapa de un libro de versos y caricaturas editado por "La Mazorca" en 1941.

El mismo Muñiz, veinte años más tarde, dibuja en "Junta Grande" una sátira de la Democracia, representada por el nuevo Congreso.



# SOL Y LUNA



## S U M A R I O

Sol y Luna . . . . .	7
El Tomismo y La Filosofía Contemporánea, por <i>Reginaldo Garrigue Lagrange O. P.</i> . . . .	9
Mundo, por <i>Justo María de Errada</i> . . . . .	31
Gertrude von Lefort, Poeta de Roma, por <i>María Amalia Coplas</i> , por <i>Rafael Jijina Sánchez</i> . . . . .	35
Eugenio Montes, por <i>Juan Carlos Gorriacho</i> . . . . .	55
De Granada a Rocroy, por <i>Eugenio Montes</i> . . . . .	62
Characteron novelista, por <i>Ignacio B. Anzorregui</i> . . . . .	95
Dialéctica del Imperio, por <i>Marcelo Sánchez Sorondo</i> . . . . .	107
El poeta y la República de Platón, por <i>Leopoldo Marchal</i> . . . . .	119
La calle Mozart, dibujo, por <i>Hicor Basaldúa</i> . . . . .	124
Sobre Historia, por <i>Santiago de Errada</i> . . . . .	125

### F L O R D E L E E R

Lepanto, por Characteron, traducción de <i>Jorge Luis Borges</i> . . . . .	136
Carta de Danica al Cao Grande de la Scala, traducción de <i>Santiago de Errada</i> . . . . .	149
Danza de la Muerte (anónimo) . . . . .	163

### B I B L I O G R A F I A

Por <i>Juan R. Sepich, Samuel W. Medrano y Leopoldo Marchal</i> . . . . .	173
---	-----

1

BUENOS AIRES  
1938

“Sol y Luna”, en el límite de la primera y segunda época del nacionalismo, reunía a los nacionalistas de los Cursos de Cultura Católica, como puede verse en el Sumario del primer número. Defendía un hispanismo aliado con la moda del momento.

# NO SE PUEDE INJURIAR ASI AL PUEBLO ARGENTINO



## ALIANZA

El Nacionalismo se Organiza en una Gran Fuerza Política

HORA DE ALIANZA

ENTREGUISMO  
Y ANARQUIA

"Alianza", órgano de la Alianza Libertadora Nacionalista. Se advierte cómo el nacionalismo político había dado un vuelco hacia una política de masas, demagógica y de tipo nazi-fascista, que habría de preparar el triunfo de Perón.

# NUESTRO TIEMPO

LOS DOS  
UNIVERSALISMOS



"Nuestro Tiempo", inspirada por el P. Julio Meinvielle. Vemos aquí la primera página del número del 24 de noviembre de 1944. A su modo, el nacionalismo más culto, iba también alentando una profunda revolución moderna, una ruptura con la tradición.



El gobierno “descamisado” de Perón significó la quiebra de la Argentina tradicional. Muchas instituciones y costumbres legítimas fueron destruidas, se impulsó la lucha de clases y se alentó de mil maneras el igualitarismo. El nacionalismo colaboró con Perón, por acción u omisión. Sólo cuando atacó a la Iglesia y fue evidente su desprestigio, el nacionalismo se volvió activamente contra él.







# INTERPELAGION

A LOS ACTUALES DIRIGENTES DEL

# PERONISMO



CRUZADA

revista católica que ya realizó una esclarece-

“Cruzada” fue la revista que agrupó primeramente a quienes hoy constituyen la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Pro-piedad. Fue cuando atacó a los dirigentes del peronismo, que los líderes nacionalistas mostraron mayor hostilidad contra “Cruzada”. En la foto, parte de uno de los carteles murales utilizados en dicha campaña, en 1965.

# Sumario

INTRODUCCION .....	8
--------------------	---

PRIMERA PARTE - HISTORIA DEL NACIONALISMO .....	13
---	----

<b>CAPÍTULO I - Historia de la primera época del nacionalismo. Comienza la mistificación de la reacción contrarrevolucionaria - RESUMEN DEL CAPITULO .....</b>	<b>15</b>
--	-----------

1 — La revolución anticristiana de los siglos XVIII y XIX.....	17
2 — La reacción. católica contrarrevolucionaria.....	17
3 — La tradición católica e hispánica en la Argentina .....	18
4 — Un catolicismo que no tenía expresión política.....	19
5 — Un movimiento de falsas derechas nace en Europa .....	19
6 — Surgimiento del nacionalismo en la Argentina .....	20
7 — El ala política del nacionalismo.....	21
8 — La Revolución de 1930.....	24
9 — Declinación del ala política del Nacionalismo .....	27
10 — Otras actividades de la línea política del Nacionalismo .....	30
11 — El ala católica del Nacionalismo.....	32
12 — Vinculaciones entre el Nacionalismo y el Clero.....	34
13 — Otras actividades vinculadas a los Cursos .....	37
14 — La Guerra Civil Española .....	38
15 — La preparación de la Revolución de 1943 .....	39

<b>CAPÍTULO II - Historia de la segunda época del nacionalismo. Preparación de la Revolución de 1943 y gobierno de Perón - RESUMEN DEL CAPITULO .....</b>	<b>41</b>
---	-----------

1 — La Alianza Libertadora Nacionalista .....	43
2 — El ala católica del nacionalismo se politiza .....	45
3 — Fundación de “Nueva Política” .....	47

4 — Qué sucedía en ese entonces en los Cursos .....	49
5 — Contactos con el Nacionalismo de izquierda.....	51
6 — Proliferan los diarios y periódicos nacionalistas. Otros intentos de organización.....	53
7 — La Revolución de 1943 .....	55
8 — Ascenso de Perón.....	57
9 — Los Nacionalistas y el Gobierno de Perón.....	59
10 — Breve descripción del carácter socialista del gobierno de Perón.....	62
11 — Revistas nacionalistas durante el régimen de Perón .....	67

**CAPÍTULO III - Historia de la tercera época del nacionalismo - Los años posteriores a la caída de Perón - RESUMEN DEL CAPÍTULO..... 70**

1 — La colaboración del nacionalismo en el derrocamiento de Perón .....	71
2 — Actuación política del Nacionalismo .....	74
3 — El nacionalismo se divide .....	76
4 — El nacionalismo, la caída de Frondizi y el gobierno de Illia .....	78
5 — Dos formas de ecumenismo político.....	80
6 — Los años recientes.....	83

**SEGUNDA PARTE - CAPÍTULO ÚNICO - Síntesis de la Doctrina del Nacionalismo - RESUMEN DEL CAPITULO..... 88**

1 — Doctrina aparente y doctrina real.....	89
2 — Un ideal católico y de restauración de la Cristiandad medieval.....	90
3 — Los falsos modelos europeos .....	91
4 — La dialéctica nacionalista.....	92
5 — “País real” y “política de cosas” .....	94
6 — Pensamiento social, económico y político influido por el maurrasianismo y el fascismo .....	99

**TERCERA PARTE - LA EVOLUCION DOCTRINARIA DEL NACIONALISMO A TRAVES DE SUS TRES EPOCAS HISTORICAS**  
..... 103

**CAPÍTULO I - La primera época que va desde los orígenes hasta cerca de 1940 - RESUMEN DEL CAPITULO..... 105**

1 — Un nacionalismo maurrasiano a la moda de los movimientos derechistas europeos.....	107
2 —La hispanidad y el catolicismo en los autores de “Criterio”, primera época, y “Baluarte” .....	110
3 — El relativismo empieza a insinuarse .....	112
4 — Visión optimista del fascismo. Silencio inexplicable sobre la guerra cristera .....	114
5 — Opiniones en “Criterio” (1929) sobre el orden social .....	115
6 — También “Baluarte” seguía la moda del momento .....	116
7 — La moda moderna en el estilo y en el arte .....	123
8 — La colaboración con el fascismo según César Pico .....	123

**CAPÍTULO II - Análisis doctrinario de la segunda época del nacionalismo. El intento de justificación de un “nuevo orden” - RESUMEN DEL CAPITULO .....** 128

1 — El nuevo estilo del nacionalismo: revolución económica y revolución social. Una política para conquistar a las masas.....	131
2 — Una “teoría del Estado” .....	139
3 — Hispanismo y catolicismo en “Nueva Política” .....	143
4 — Una generación ansiosa de vivir con “su tiempo” .....	145
5 — La dialéctica del “país real” .....	149
6 — Profetas de la evolución y enemigos de las “ideologías” .....	151
7 — Polémicas internas, “ludus” dialéctico .....	153
8 — Lo extranjero como enemigo .....	156
9 — Simpatías por la victoria del Eje.....	158
10 — Concepto “funcional” de clase dirigente .....	161

11 — Corporativismo de Estado.....	166
12 — “Nuestro Tiempo”, exponente del espíritu dialéctico nacionalista.....	168
13 — Desacralización de la moral y de la cultura .....	172
14 — Estatismo y política como mero juego de poderes .....	173
15 — El “economicismo”, otra característica del nacionalismo .....	175

**CAPÍTULO III - Análisis doctrinario de la tercera época del nacionalismo. El banquete sincretista que sucedió al peronismo - RESUMEN DEL CAPITULO .....** 178

1 — La generación joven de los “Cursos”, en el primer plano político .....	181
2 — Nacionalismo: ir hacia las cosas .....	181
3 — Una crítica dialéctica a ciertas tendencias del nacionalismo .....	185
4 — Más sobre relativismo y dialéctica .....	186
5 — Tratar de ser moderno sin dejar de parecer tradicionalista, he ahí el problema del nacionalismo .....	188
6 — La evolución del nacionalismo: “Ayer, hoy, mañana”.....	189
7 — La dialéctica del P. Meinvielle frente al progresismo.....	192
8 — Opiniones del P. Meinvielle sobre asuntos económico-sociales.....	195
9 — Sánchez Sorondo, una aproximación al progresismo .....	197
10 — Coincidencias entre el nacionalismo y el progresismo.....	198
11 — Oportunismo político creciente.....	199
12 — El oportunismo se funda en la filosofía dialéctica y ecuménica del nacionalismo .....	202
13 — Economicismo, desarrollo y reformas de base .....	204
14 — El derecho de propiedad privada, según J. B. Genta .....	206
15 — Juicios sobre el desarrollo en América Latina .....	207

**CONCLUSION .....** 211

**BIBLIOGRAFIA .....** 215

ESTE LIBRO HA SIDO ESCANEADO A PARTIR DE UN EJEMPLAR DE  
LA TERCERA EDICIÓN, IMPRESO EN SETIEMBRE DE 1970 EN LOS  
TALLERES GRAFICOS BUSCHI S.A. – COCHABAMBA 2271, BUENOS  
AIRES.

